

Orden Martinista del Perú

A.: L.: G.: D.: Y.:E.:H.:O.:S.:H.:U.:A.: G.: A.: D.: U.:

Portal En Honor A La Orden Martinista Del Perú
Colegio de Lima
Grupo Lucian Chamuel N° 37
Círculo "Acanto" N° 19

La Vía Del Corazón



Libros Para bajar



“La Orden Martinista, de la que fue renovador y Gran Maestro el Dr. Gerard Encausse (Papus), considerando que las enseñanzas de Martínez de Pasqually y Luís Claudio de Saint Martín no podían ser patrimonio de unos pocos elegidos, creó en vida de Papus el llamado

MARTINISMO LIBRE,
Orden abierta a hombres y mujeres”

“La Orden Martinista en el Perú fue fundada por el S.O.I.O. Carlos E. Cornejo López, en Lima, con el Círculo "Acanto" N° 19, el 4 de noviembre de 1962. El S.O.I.O. Cornejo recibió en Chile la iniciación Martinista del S.O.I.O. Nicolás Rogalev Girs (Nabusar), el 24 de abril de 1963, recibiendo al mismo tiempo los poderes de Iniciador y como tal, fundó el Grupo "Lucian Chamuel" N° 37, el 5 de febrero de 1964”

"Solo el que es digno y que está versado en la historia del hermetismo, de sus doctrinas, de sus rituales, de sus ceremonias y de sus jeroglíficos, podrá penetrar el secreto, y conocer el significado real del reducido número de símbolos para la meditación del

Hombre de Deseo."

Artículos del Portal Martinista

Dr. Gerard Encausse (Papus)

El Sermón Del Monte - Emmet Fox

El Hombre Nuevo

Louis Claude de Saint-Martin



PREFACIO

La reedición de este libro constituye un acontecimiento de capital importancia para todos los que se interesan por el pensamiento saint-martinista y, sobre todo, para los martinistas. Fue en París donde conoció este libro su primera edición, durante el año IV de la libertad (1795-1796)

Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803) compuso esta obra en Estrasburgo, en 1790 En este libro, igual que en el que publicó en 1790, «El hombre de deseo», destaca la nueva orientación de Saint-Martin En efecto desde 1775 fue distanciándose de la Ordre des Elus-Cohen La vía externa la de la teúrgia, que preconizaba Martínez de Pasqually a los Elus-Cohen, le parece inútil y peligrosa Esta vía, la de las manifestaciones sensibles, la seguía desde 1768 No le había seducido por completo, y sus tendencias naturales lo arrastraban hacia la vía interna, la del corazón Saint-Martin va a tomar «al margen de Martínez, el camino del reparador»¹

Con el fin de ganar perspectiva, viaja a Inglaterra, a Italia y a Alemania, para «estudiar al hombre y la naturaleza y para comparar el testimonio de los demás con el suyo»² . En Londres visita los Templos de la Nueva Jerusalén y juzga con dureza esta vía, de la que piensa que «no lleva lejos» A su llegada a Estrasburgo lo espera también una decepción. Allí conoce el éxito de los que solo se interesan por lo espectacular, «profesores de ciencias ocultas a los que el vulgo ignorante da indistintamente el nombre de iluminados»³ Es en Estrasburgo también donde conoce las obras del que habría de ser su segundo maestro Jacob Boehme (1575-1724)

En la vieja ciudad imperial del Rin que había pasado a pertenecer a Francia conoce también al caballero Silverhielm antiguo capellán del rey de Suecia y sobrino de Swedenborg. El caballero Silverhielm esperaba convertir a Saint-Martin a su maestro Swedenborg No es nada probable que lograra sus propósitos. Además Saint-Martin, en su «Hombre de Deseo» muestra sus reservas en cuanto a las teorías del visionario sueco « ¡Hay en sus obras mil pruebas de que ha sido con frecuencia muy favorecido! ¡Mil pruebas de que ha caído con frecuencia en errores muy grandes! ¡Mil pruebas de que solo ha visto la parte central de la obra y no ha conocido ni el principio ni el fin! »⁴

¹ Octave - Béliard, L Annonce Du Nouvel Homme, Mesure N° 4, 15 De Octubre De 1936, Pp. 99-126.

² Nota Biográfica Sobre Louis-Claude De Saint-Martin O El Filósofo Desconocido J. B. M. Gence, París, Migneret 1824 P 8

³ Louis Claude De Saint-Martin, Le Ministere De L` Homme Esprit; París, Migneret 1802, P 252.

⁴ Saint-Martin L` Homme De Désir, Lyon Sulpice Grabit, 1790 N° 184 P 268.

Siguiendo los consejos del sobrino de Swedenborg, Saint-Martin escribe «El Hombre Nuevo» En esta obra el Filósofo Desconocido no desarrolla grandes teorías sobre los números el libro del hombre o el origen de las lenguas, como en sus dos primeros libros (Des Erreurs et de la Vente, 1775, Le Tableau Naturel, 1782). Para J. Gence, esta obra es «mas una exhortación que una enseñanza»⁵

Su idea central es que lo único que pide Dios es hacer alianza con el hombre, pero quiere que sea solo con el hombre sin mezcla de nada que no sea fijo y eterno, como El hombre debe trabajar por tanto, para suprimir en si todas las impurezas que tapan esta puerta misteriosa por la que quiere entrar la Palabra eterna de la Divinidad, para unirse con el hombre debe sufrir una cura para conseguir esta curación, y para ello cuenta con una «medicina real» que puede ayudarle a desprenderse de su hombre viejo y salir del torrente de la iniquidad El que se dedica a esta labor es el hombre de Deseo Esta purificación es una verdadera grandeza espiritual mediante la cual el hombre de Deseo hará que nazca en él un Hombre Nuevo.

Saint-Martin nos muestra en qué consiste esta cura que debe sufrir el hombre temporal para volver a encontrar el estado de pureza que tenia al salir de su emanación. Afirma «Porque el nacimiento de este hijo espiritual en el hombre no es otra cosa más que el desarrollo y la manifestación de lo que era el hombre primitivo»⁶

Para esta regeneración no se necesita ninguna teúrgia ni adhesión a ningún culto exterior El crisol de esta transmutación esta dentro del hombre y es su corazón. La vía que propone Saint-Martin es una vía cardiaca.

Esta transformación se realiza por etapas y sigue un proceso que toma su esquema de la vida del reparador Este «reparador» es el Cristo Saint-Martin prefiere emplear ese término siguiendo en ello a su primer Maestro Martínez de Pasqually como si pretendiese marear una distancia con el personaje histórico de Jesús y destacar así su aspecto intemporal

Para nuestro autor el Cristo es el nuevo Adán, el que ha abierto de nuevo la vía que se había cerrado desde la caída del padre de la humanidad El reparador no solo ha abierto la puerta sino que ha enseñado el camino Saint-Martin dice «Si el hombre está muerto en todas sus facultades no hay ni un solo movimiento de su ser que pueda hacerse sin que se pronuncie en el esta frase Lázaro, levántate. Es en el hombre en quien profiere continuamente el reparado) esta palabra».⁷

⁵ Nota Biográfica Sobre Louis-Claude De Saint-Martin O El Filósofo Desconocido J. B. M. Gence, Paris, Migneret, 1824 P 21.

⁶ Saint Martin, El Hombre Nuevo N° 45.

⁷ Ibid. n° 15.

Esta vía que describe Saint-Martin en su libro es la de la imitación de Cristo

Pero, que nadie se equivoque el Filósofo Desconocido no preconiza la adhesión a un culto exterior, porque esta adoración hacia lo exterior impide la imitación de actuar en las profundidades del alma «transformar esta última en una totalidad que corresponda al ejemplo ideal».⁸

Las etapas de la vida del reparador, la anunciación del ángel, el nacimiento, la presentación en el templo el bautismo, el sacrificio del cordero la resurrección la ascensión son otros tantos signos para el que sabe ver por encima de la simple historia La vida del reparador nos da un arquetipo cuyo sentido está inscrito en la eternidad Esta imitación va a permitir que el corazón se convierta en el espejo de la Divinidad y, por analogía, la Divinidad se convertirá, a su vez en un espejo para el hombre nuevo Esta transformación debe realizarse en las profundidades del ser «Desde que la religión no es más que una creencia y una forma exterior y la función religiosa no es más que una experiencia del alma de cada uno no ha ocurrido nada esencial Todavía queda por comprender que el *mysterium magnum* (gran misterio) no es solamente una realidad en sí, sino que además y ante todo está arraigado en el alma humana»⁹

Para el filósofo Desconocido el Dios único se ha elegido un santuario único el corazón del hombre Ese es el templo en el que debe adorarlo, y los templos exteriores no son más que las avenidas de este templo invisible En el fondo de él mismo se encuentran los cimientos del templo «El hombre debe tallar, pulir con el espíritu la piedra angular de su templo».¹⁰ En este templo encontrara las siete fuentes sacramentales que fertilizaran todas las regiones de su ser son las siete columnas hechas con esta piedra que tenemos innata en nosotros y sobre la cual ha dicho el reparador que quería edificar su iglesia.

En este templo imperecedero es en el que el hombre debe conservar su fuego sagrado, teniendo que cuidar con esmero la llama que se encendió por el bautismo del espíritu Efectivamente, el Filósofo Desconocido indica que el corazón tiene dos puertas una inferior, por la que puede dar al enemigo el acceso a la luz elemental, y otra superior, por la que puede dar al Ángel, que es su guía y su amigo fiel, el acceso a la luz divina El texto de Saint-Martin enseña a su lector con que cuidado debe avanzar el hombre nuevo, pues su ser exterior está entre dos columnas que pretenden, tanto la una como la otra, atraerlo, y en la frontera de estos dos mundos debe manifestarse «la Sabiduría, la Fuerza y la Magnificencia de los habitantes del reino»¹¹

⁸ C G Jung, *Psychologie y Alchimie*, París 1970, Buchet/ Chastel, p9.

⁹ C G Jung, *Ibid.* p 16.

¹⁰ Saint-Martin, *El Hombre Nuevo*, n° 46.

¹¹ *Ibid.* n° 33.

Este trabajo sería para él menos peligroso si hubiese sabido guardar la ropa con que estaba vestido el primer hombre, porque entonces «ella podría difundir el destello de su luz celestial por las cuatro regiones del mundo».¹² Hoy día, el hombre tiene que ponerse el manto de la prudencia, símbolo de esa vestidura primitiva, para realizar su obra de regeneración.

El proceso de esta regeneración, aunque se realice en el corazón del hombre, no es menos universal. Efectivamente, si el Hombre nuevo es el único que puede recibir en toda su medida las aguas divinas, va a utilizarlas en esta vegetación universal que, desde antes de los siglos, era el objeto de su existencia. Para llegar a esta meta. Louis-Claude de Saint-Martin nos indica el camino que debe seguir este hombre nuevo para volver a ser el cuaternario activo que era al principio de su emanación. El hombre debe trabajar sin descanso para restablecer en él la Jerusalén Celeste y construir con paciencia su santuario interior, en el que Dios se complace en ser honrado. El Filósofo Desconocido termina este magnífico tratado diciendo que todas estas maravillas se encuentran «todavía hoy en el corazón del hombre nuevo porque estaban en él desde el origen».¹³



¹² Ibíd. n° 66.

¹³ SAINT-MARTIN, EL Hombre Nuevo, n° 70.

LE NOUVEL HOMME.

Nous ne pouvons nous lire que dans Dieu lui-même, et nous comprendre que dans sa propre splendeur. Ecce homo. p. 19.



A PARÍS,

Chez les Directeurs de l'Imprimerie du Cercle
Social, rue du Théâtre-François, n°. 4.

L' AN 4°. DE LA LIBERTÉ.



1

La verdad no pide nada mejor que hacer una alianza con el hombre; pero quiere que sea solamente con el hombre y sin ninguna mezcla de nada que no sea permanente y eterno, como ella.

Quiere que este hombre se lave y se regenere perpetuamente y por completo en la piscina de fuego y en la sed de la unidad; quiere que haga beber todos los días sus pecados a la tierra, es decir, que le haga beber toda su materia, puesto que ésta es su verdadero pecado; quiere que tenga en todo momento su cuerpo preparado para la muerte y los dolores y su alma dispuesta para la actividad de todas las virtudes, su espíritu listo para captar todas las luces y hacer que fructifiquen, para gloria de la fuente de donde proceden. Quiere que él se mire en todo su ser como un ejército siempre en pie de guerra y preparado para marchar en cuanto se le dé la orden; quiere que haya una resolución y una constancia que no se alteren con nada y que, como al avanzar en su carrera no puede encontrar más que sufrimientos, pues el mal se le va a ofrecer en todos sus pasos, esta perspectiva no detenga su marcha y tampoco fije su vista únicamente en la meta que le espera al final de la carrera.

Si lo encuentra en estas condiciones, éstas son las promesas que le hace y los favores que le reserva. Como, apenas se abre ante ella el interior del hombre, se ve embargada por un arrebatado de alegría, no sólo como la madre más cariñosa con un hijo al que no ve desde hace mucho tiempo, sino como el genio más excelso a la vista de la producción más sublime que, en principio, le parece nueva, extraña a su espíritu y, por así decirlo, borrada de su memoria; pero que le hace unir el amor más vivo a esta profunda admiración, cuando este sublime genio llega a reconocer que esta sublime producción es su obra.

En cuanto la verdad ve que nace así el deseo y la voluntad en el corazón del hombre, se precipita con todos los ardores de su vida divina y de su amor. Es frecuente que sólo le pida que se prive de lo que es nulo y, por este sacrificio negativo, va a colmarlo de realidades. La más importante de estas realidades es que empieza a darle los signos de advertencia y prevención, para que no se encuentre en el caso de tener miedo, como Caín, y decir: los que me reconozcan me matarán. A continuación, imprime en él signos de terror, para que su presencia resulte terrible y haga huir a sus enemigos; finalmente, lo adorna con signos de gloria, para que pueda hacer que brille la majestad de su maestro y reciba por todas partes las honorables recompensas que se merece un fiel servidor.

Así es como tratará a los que hayan confiado en la naturaleza de su ser; a los que no hayan dejado que se apague la mínima chispa; a los que se hayan visto como si fuesen una idea fundamental o un texto del que toda

nuestra vida no debería ser más que el desarrollo y el comentario, de tal forma que todos nuestros momentos deberían servir para explicarlo y dejarlo más claro y no para oscurecerlo, borrarlo y hacer que se olvide, como sucede casi generalmente con nuestra desgraciada posteridad.

Para cooperar en nuestra curación, la verdad tiene un medicamento real, que notamos físicamente en nosotros cuando considera oportuno administrárnoslo. Este medicamento está compuesto de dos ingredientes, dependiendo de nuestra enfermedad, que es una complicación del bien y del mal que conservamos del que no supo evadirse del deseo de conocer esta ciencia fatal. Este medicamento es amargo; pero es precisamente su amargura lo que nos cura, porque esta parte amarga, que es la justicia, se une a lo que está viciado en nuestro ser para devolverle la rectificación. Entonces, lo que hay en nosotros de regular y de vivo se une, a su vez, a lo que hay de dulce en el medicamento y se nos devuelve la salud.

Mientras no se produce en nosotros esta operación médica, de nada sirve que pensemos que estamos sanos y en buen estado. Ni siquiera estamos en condiciones de utilizar alimentos sanos y puros, porque nuestras facultades no están abiertas para recibirlos. No basta para nuestro restablecimiento con que nos abstengamos de alimentos malsanos y corruptos, es necesario también que utilicemos este medicamento amargo que los ministros espirituales de la sabiduría hacen que pase a nosotros, para producir una sensación dolorosa que podríamos llamar fiebre de la penitencia; pero que termina con la dulce sensación de la vida y de la regeneración.

Los que estén en el camino de la regeneración reciben y sienten este medicamento cada vez que el enemigo los tienta o viene a viciar algo dentro de su ser. Los demás no lo reciben ni lo sienten, porque están en una situación continua de malestar y enfermedad que no deja que se les acerque el medicamento.

Pero este medicamento es tan necesario para nuestro restablecimiento que los que no lo han recibido no pueden comer con provecho para ellos el pan de vida, y no se convierten en el oro puro. Finalmente, debe presionar y trabajaren nuestra alma sin descanso, sin interrupción, lo mismo que el tiempo trabaja continuamente sobre todos los cuerpos de la naturaleza, para llevarlos a la pureza, a la sencillez y a la actividad viva de sus principios constitutivos. De esta manera, se abre en nosotros una fuente viva, que se nutre y se mantiene por la vida misma, y con ella llegamos a tener una naturaleza de alegrías que no pasan y que establecen en nosotros para siempre el reino eterno de lo que es.

Es fácil darse cuenta de que este medicamento no debe confundirse con las tribulaciones terrestres, con los males del cuerpo, con las injusticias que

podemos recibir de nuestros semejantes y que tienen a nuestra alma angustiada. Todas estas cosas están o bien para castigo del alma o para su prueba; pero no le dan más que una sabiduría temporal. Además, solamente podemos recibir la vida divina mediante preparaciones de su mismo orden, y el medicamento de que hablamos es esta preparación exclusiva. ¡Dichoso el que persevere hasta el fin, en deseárselo y ponerlo a beneficio de los demás todas las veces que tenga la felicidad de sentirlo! Notará con esto que el hombre puede tener cosas tan grandes que decir que no necesita ya ser él quien las diga y que debe esperar que le hagan decir las o escribirlas.

Pues el rocío que Dios hace que baje al hombre está compuesto de acciones completamente vivas, completamente formadas, completamente terminadas, como tantos guerreros armados de pies a cabeza o como tantos médicos poderosos que tienen en su mano la ambrosía o como tantos ángeles celestiales que irradian por dentro y por fuera santas y puras luces de vida. Y el hombre, destinado a ser el objeto y recipiente de tantos beneficios, advierte por su inteligencia, en medio de este rocío sagrado, la mano suprema del Dios resplandeciente de gloria que quiere tomarlo al término de esta incomparable munificencia, pues es cierto que la palabra divina no puede venir a nosotros sin crear a la vez todo un mundo.

Dios mío, yo sé muy bien que eres la vida y que yo no soy digno de que te acerques a mí, que no soy más que vergüenza, miseria e iniquidad. Sé muy bien que tienes la palabra viva, pero las espesas tinieblas de mi materia impiden que hagas que se oigan en los oídos de mi alma Haz. sin embargo, que descienda a mí una gran abundancia de esta palabra, para que su peso pueda contrarrestar la masa de la nada en la que se absorbe todo mi ser y que, el día de tu juicio universal este peso y esta abundancia de tu palabra puedan sacarme del abismo y hacer que me remonte hasta tu santa morada Pon en las diversas regiones y facultades que me componen numerosos obreros hábiles y vigilantes que desatoren los canales de todas sus inmundicias y rompan hasta la roca viva que se opone a la circulación de las aguas Entonces entrará en mí la vida de tus fuentes puras y activas y llenará mis ríos hasta los bordes, entonces crearás un mundo de espíritus en mi pensamiento, un mundo de virtudes en mi corazón y un mundo de poder en mi obra, y es el todopoderoso, el santificador universal, el que mantendrá por sí mismo todos estos mundos en mí y quien los alimentara continuamente con sus propias bendiciones.

2

Se ha comunicado un secreto, a la vez inmenso y terrible, en l'homme de désiro, n° 146, pág. 217 Y este secreto es que el corazón del hombre es el único paso en el que la serpiente venenosa levanta su cabeza ambiciosa y en el que sus ojos disfrutan hasta de un poco de luz, pues su prisión está muy por debajo de la nuestra.

Aquí nos atrevemos a comunicar otro secreto no menos profundo, pero más consolador, más animoso, hecho para enseñarnos a respetarnos tanto por la santidad de nuestro origen como por la sublimidad de la obra que debemos y podemos realizar en la tierra. Dicho secreto es éste:

El amigo fiel que nos acompaña aquí abajo en nuestra miseria está como aprisionado con nosotros en la región elemental y, aunque disfrute de su vida espiritual, no puede disfrutar de la luz divina, de las alegrías divinas, de la vida divina, nada más que por el corazón de este mismo hombre que fue elegido para ser intermedio universal del bien y del mal. Esperamos de este amigo fiel todas las ayudas, todas las protecciones, todos los consejos que necesitamos en nuestras tinieblas y todas las virtudes necesarias para realizar el decreto de nuestra prueba, en la que él no tiene derecho a cambiar nada, pero espera de nosotros, como recompensa, que, por el fuego divino que debería inflamarnos, le hagamos sentir el calor y los efectos de este sol eterno del que él se mantiene alejado por la candad viva y pura que lo anima a favor de la desdichada humanidad.

Por eso es por lo que J-C dijo en San Mateo, 18, 10: no despreciéis a ninguno de estos pequeños, pues yo os digo que sus ángeles en los cielos ven continuamente el rostro de mi padre que está en los cielos. Ellos no ven el rostro de Dios nada más que porque los niños que acompañan tienen el corazón puro y es el corazón puro de los niños el que sirve de órgano a estos ángeles, ya que ellos no están en el cielo donde está el padre. Pero, de forma reciproca, el corazón del hombre no es puro nada más que cuando es fiel a la voz de su ángel o, dicho en otras palabras, cuando el hombre se convierte de nuevo en niño y actúa de tal manera que su ángel tenga la libertad de ver el rostro de Dios.

También hay un gran sentido en estas palabras de J-C, en el mismo capítulo, versículo 3 si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. El ángel es la sabiduría, el corazón del hombre es amor, el ángel es el recipiente de la luz divina, el corazón del hombre es el órgano y el modificador. No pueden pasar el uno sin el otro y tampoco pueden estar unidos nada más que en el nombre del señor, que es al mismo tiempo amor y sabiduría y que los une mediante ella en su unidad. No hay ningún matrimonio comparable a aquel ni ningún adulterio que se pueda comparar al que altera tal matrimonio. Además, se dice en Mateo, 18,6 que el hombre no separe lo que Dios ha unido.

Se puede encontrar también en esta gran verdad el sentido del pasaje que dice amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos y el de aquel otro que nos enseña que el que se haga el más pequeño será el mayor. Todo está vivo en esta triple alianza y en ella todo es espíritu, todo es Dios, todo es palabra. ¿cómo se le podría acercar alguna vez el enemigo? ¡Hombre! si captas el mínimo rayo de esta luz elevada, no pierdas un momento para

cumplir todas las leyes que te impone y para hacerte tan vivo, tan activo y tan puro como las dos correspondencias entre las cuales te encuentras situado Este será el medio de acelerar la regeneración y de preparar de antemano un lugar de reposo para el tiempo venidero Tu eres la lámpara, el espíritu es el aire y el calor y el fuego de la luz divina están encerrados en el aceite El aire sopla sobre ti para ponerte en actividad y para que le transmitas el calor dulce y vivo y la santa claridad de este aceite que debe pasar por ti necesariamente para llegar a él.

En esta operación, el hombre se convierte en luz verdadera en medio de las tinieblas y no se convierte en esta luz verdadera nada más que porque manifiesta el principio vivo que quiere recuperarla y hacer que pase por su corazón.

De esta forma, el hombre puede alegrarse muchísimo; pero no puede glorificarse. Finalmente el ángel está colmado de consuelos y de alegrías y, en medio de estas alegrías divinas que le proporcionamos, se une y se apega más aún a nosotros, tanto por su caridad vi\ a y natural como por la necesidad de aumentar su propia felicidad. Por su parte, la Divinidad no procura continuamente nada más que penetrar cada vez más en el corazón de los hombres, para expandir su gloria, su vida y su poder y satisfacer con ello al ángel que lo desea con tanto ardor.

¿Entonces no hay nada por encima de la sublimidad de nuestra clase que nos destine a ser el medio de comunicación entre la Divinidad y el espíritu? ¿Y podríamos en lo sucesivo permitirnos un momento de descanso en una obra tan santa, ya que cada uno de los momentos que perdemos retrasa la realización de este trinario activo que representa en lo espiritual y en caracteres distintos el ternario eterno? ¿O también porque cada uno de estos momentos que perdemos nos hace culpables ante Dios, porque hacemos que fallen sus designios; ante el espíritu, porque lo dejamos sin alimento, y ante nosotros, porque, con independencia del error que cometamos al no cumplir nuestra ley, nos estamos destruyendo nosotros mismos al privarnos de la doble subsistencia que se nos ha concedido en esta santa función, que son la subsistencia divina y la espiritual, que no pueden proyectarse en nosotros sin vivificarnos de una manera secreta y oculta para nosotros?

Pues, cuando se proyecta en nosotros la vida divina, trae consigo también al espíritu y, cuando el espíritu viene a nosotros, trae consigo la vida divina. Entonces se espiritualiza Dios y el espíritu se diviniza y nuestro ser recibe este alimento preparado así por la sabiduría que dispone todas sus operaciones para el beneficio máximo de los seres. Sin esto, nos consumiría la Divinidad, si viniese sola, y el espíritu no nos alimentaría, si viniese solo también, puesto que, sin ser Dios, nosotros somos, sin embargo, más que el espíritu.

Esta ley que se nos ha dictado para que realice nuestra regeneración nos indica con bastante claridad cuál era la ley que debía acompañar nuestro destino primitivo, ya que debía difundirse más aún sin que por ello cambiase de naturaleza, puesto que una ley no cambia, a pesar de que se retraiga o se retire cuando los seres se hacen completamente indignos de que vuelva a actuar sobre ellos. Por tanto, si hoy debemos hacer que llegue la región divina hasta nuestro ángel, antaño debimos tener el privilegio de prestar el mismo servicio a un número mayor de seres y a seres que estuviesen todavía privados de nuestro ángel particular y, si podemos hacer hoy que pasen por nosotros algunos rayos del sol divino, es preciso que, por nuestra naturaleza original, tengamos poder para hacer que pase por nosotros toda la Divinidad entera y, por consiguiente, no podremos considerarnos regenerados nada más que cuando hayamos alcanzado ese objetivo inmenso que es la meta final de nuestro ser, ya que, como acabamos de decir, una ley no puede cambiar y, para conseguir nuestra regeneración, es preciso que toda la Divinidad entera penetre en nuestro ser lo mismo que lo hubiese hecho en tiempos primitivos, si hubiésemos seguido sus designios. Hombre, date cuenta aquí de lo lejos que estás de tu destino y fíjate en si esta perspectiva puede dejarte creer que debes marchitarte en la inactividad.

Nos gustaría no tener necesidad de reforzar todos estos grandes principios con demostraciones razonadas de la naturaleza espiritual del hombre y de la

divinidad de su origen, ya que estas pruebas están depositadas en otros escritos; pero, si no se han digerido con el cuidado suficiente para eliminar todas las dudas, de nada serviría querer seguirnos en este momento: creemos que debemos detenernos un poco en estos elementos que no son nada más que minúsculos preliminares de los conocimientos que se nos han reservado, ya que tendremos que exponer verdades de un rango diferente.

3

Cuando hemos dicho en el número 1 que el hombre era una especie de texto del que toda su vida debía ser el desarrollo y el comentario, no hemos hecho más que presentar bajo otros términos la siguiente proposición: saber que el alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres.

Cualquiera que sea la idea que haya podido sacar hasta ahora el lector sobre la naturaleza del alma del hombre, no debe quedar menos convencido de que esta alma es imperecedera, ya que ¿cómo podría perecer el pensamiento de Dios?

El materialista, incluso el ateo, si existiese, no podría invalidar este principio, ya que, aun admitiendo lo que ellos mantienen, es decir, que todo

es materia, no sería menos cierto que nosotros seríamos imperecederos como esta materia que ellos quieren hacer eterna e inmortal y, en definitiva, como esta materia a la que ellos quieren hacer Dios y de la que nosotros seríamos siempre una modificación necesaria, porque lo que es eterno no puede tener cambios que sean pasajeros.

Por tanto lo único que nos quedaría sería observar con atención si es cierto que hubiese en nosotros más de una sola substancia, es decir, si en nosotros todo es espíritu, si en nosotros todo es materia o si en nosotros hay materia y espíritu.

Además, a los que no hubiesen notado su verdadera naturaleza yo no les pediría nada más que se observasen para estar a cubierto de equivocaciones, ya que, en lo que ellos llaman hombre, en lo que ellos llaman moral, en lo que ellos llaman política, en lo que ellos llaman ciencia y, finalmente, en lo que se podría llamar caos y campo de batalla de sus diversas doctrinas, encontrarían tantas acciones dobles y opuestas, tantas fuerzas que se enfrentan y se destruyen, tantos agentes abiertamente activos y tantos también abiertamente pasivos, todo esto sin buscar fuera de su propia individualidad, que, tal vez sin poder decir todavía de qué estamos compuestos, estarían de acuerdo en que seguramente todo lo que hay en nosotros no es parecido y en que nosotros existimos nada más que en una diferencia perpetua, bien sea con nosotros mismos, con lo que nos rodea o con todo lo que podemos alcanzar y considerar.

Después de esto, ya no haría falta basarse con cierto cuidado en estas diferencias para captar su verdadero carácter y para clasificar al hombre en su verdadero rango, comparándolo con una línea recta, al lado de la cual se pueden describir y se describen diariamente infinidad de curvas, pero cuya rectitud exclusiva no puede confundirse, sin una ceguera grosera, con esas curvas que jamás sabrían parecerse a ella, o, si se quiere, comparándolo con la duración imparable que conserva silenciosamente su imperturbable existencia en medio de todas las revoluciones de los seres.

Con esto basta para demostrar que no es necesario que perdamos más tiempo con objeciones secundarias, con las que los hombres inferiores se ciegan unos a otros todos los días. Tenemos que realizar proyectos más amplios que el de ocuparnos de las oscuridades voluntarias, que no proceden nada más que del frívolo descuido del mundo, y este proyecto consiste en ocuparnos de las oscuridades naturales propias del estado terrestre del espíritu del hombre; pero debemos ocuparnos mucho más aún de las claridades y las luces que pertenecen a su esencia indestructible, ya que hay muchos grados en las necesidades del hombre y estaríamos haciendo muy poco por él limitándonos a pensar únicamente en alguno de los males que puede solucionarse él mismo, bien sea centrandolo en él toda su atención o utilizando los recursos que ya se le han dado. Repitamos, por

tanto, la frase que dice que el alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres.

De esta sublime verdad se deduce otra verdad que no es menos sublime, y es que no estamos dentro de nuestra ley ni pensamos por nosotros mismos, ya que, para cumplir el espíritu de nuestra verdadera naturaleza, no debemos pensar nada más que por medio de Dios, sin lo cual ya no podemos decir que somos un pensamiento del Dios de los seres, sino que nos declaramos como el fruto de nuestro pensamiento, nos anunciamos como si no tuviésemos más origen que nosotros mismos y como si hubiésemos sido nuestro propio principio, de tal manera que, al desfigurar nuestra naturaleza, estamos anulando a aquél de quien la tenemos: ciega impiedad, que puede darnos a conocer el camino que han seguido todas las prevaricaciones.

De esta sublime verdad de que el hombre es un pensamiento del Dios de los seres, se deduce una vasta iluminación sobre nuestra ley y nuestro destino: que la causa final de nuestra existencia no puede concentrarse en nosotros, sino que debe guardar relación con el origen que nos ha engendrado como pensamiento, que nos separa de él para operar fuera de las limitaciones de operación que le impone su unidad no subdividida. Pero ese origen debe ser,

sin embargo, su meta y final, lo mismo que todos nosotros somos aquí abajo la meta y el final de los pensamientos que creamos, que no son más que otros tantos órganos e instrumentos que empleamos para cooperar en la realización de nuestros planes, de los que nuestro nosotros es siempre el objeto. Por eso es por lo que este pensamiento del Dios de los seres, ese nosotros, debe ser el camino por donde debe pasar toda la Divinidad entera, del mismo modo que nosotros nos introducimos todos los días completamente en nuestros pensamientos para hacer que alcancen la meta y el fin cuya expresión son ellos y para que lo que está vacío en nosotros quede lleno en nosotros, ya que ése es el deseo secreto y generalizado del hombre y, por consiguiente, es también el de la Divinidad, de la que el hombre es imagen.

Esta operación se realiza según las leyes de multiplicación espiritual por parte de la Divinidad que hay en el hombre, cuando él le ha abierto su vida integral y entonces la Divinidad desarrolla en nosotros todos los productos espirituales y divinos relacionados con sus planes, como nosotros vemos que, para lo que está relacionado con los nuestros, transportamos constantemente nuestras fuerzas y nuestros poderes a nuestro pensamiento, ya producido, para que puedan llegar a su perfecta realización; pero, con la diferencia de que los planes divinos, que nos vinculan con la propia unidad, son fuentes inagotables cuando quieren unirnos a ellos y, como tienen vida por sí mismos, operan en nosotros una serie de actos vivos que son como multiplicidades de luces, multiplicidades de virtudes, multiplicidades de

alegrías que van cada vez a más. Es más que una lluvia de oro lo que cae sobre nosotros, es más que una lluvia de fuego: es una lluvia de espíritus, de todos los niveles y de todas las cualidades, pues es una verdad reconocida que Dios no piensa sin crear su imagen, por lo que no hay más que un espíritu que pueda ser la imagen de Dios. Yo digo que por eso es por lo que recibimos en nosotros multiplicidades de santificación, multiplicidades de ordenación, multiplicidades de consagración y podemos difundirlas alrededor de nosotros, de forma activa, sobre todos los objetos que están fuera de nosotros y sobre las personas que tenemos cerca.

Tenemos un indicio de nuestro avance en este género cuando notamos considerablemente que las cosas de este mundo no existen y podemos compararlas físicamente con las que existen. Entonces, una sola sensación de la vida nos instruye más que todos los documentos y desbarata, como por arte de magia, todo el tinglado de la falsa filosofía, ya que esta comparación, cuando tenemos la satisfacción de poder hacerla, nos enseña la diferencia que hay entre el pensamiento vivo del Dios de los seres y este montaje confuso y tenebroso de todas estas sustancias mixtas, errantes y mudas, que componen la región material a la que estamos vinculados por las leyes de nuestro cuerpo. Se trata de una operación indispensable para pasar a la categoría de catecúmeno y para poner el pie en el primer peldaño de la escala sacerdotal.

Amigo mío, vamos juntos a preparar altares al Señor. Ve delante a preparar todo lo necesario para celebrar dignamente las alabanzas de su gloria y de su majestad. Sirve de órgano a mi obra, para anunciarla al pueblo, lo mismo

que yo debo servir a la Divinidad para anunciar a todas las familias espirituales los movimientos de la gracia y las vibraciones de la luz. Y tú, Dios de mi vida, si alguna vez te place elegirme para ser tu sacerdote, ¡hágase tu voluntad! Todas mis facultades son tuyas. Me prosternaré en mi indignidad al recibir el nombre de tu sacerdote y tu profeta. Ayúdame solamente para que no haga que tus gracias pierdan su fuerza y para que se rompan en mí todos los escollos que mis iniquidades y mis debilidades han sembrado antes de mi elección.

Jamás me atrevería por mí mismo a pedirte que se apoyase tu mano sobre mí; pero, si por tu pura munificencia quieres poner tu mano sobre mí, no du

daré lo mínimo para que hagas en mi ser todo lo necesario para que sea útil a tus designios y no tengo en estos momentos más preocupación que ofrecerte la dedicación de mi fidelidad a tu servicio y una sumisión universal a todas las condiciones que quieras poner en nuestra alianza.

El hombre que, como es el pensamiento del Dios de los seres, se ha observado hasta el punto de que ha sometido sus propias facultades a la dirección y al origen de todos los pensamientos, ya no tiene dudas en su conducta espiritual, aunque no se encuentre protegido en su conducta temporal, si la debilidad sigue arrastrándolo todavía a situaciones ajenas a su verdadero objetivo, pues, al buscar siempre este objetivo verdadero, debe esperar los socorros más eficaces, ya que, al tratar de seguirlo y alcanzarlo, sigue la voluntad Divina, que es la misma que lo empuja e invita a que se dedique a ello con ardor.

¿Pero de dónde le viene esta forma de ser, tan ventajosa y sana? Es que, si llega a regenerarse en su pensamiento, lo hace pronto también en su palabra, que es como la carne y la sangre del pensamiento y, cuando se ha regenerado en esta palabra, lo hace pronto también en la obra, que es la carne y la sangre de la palabra. No es sólo que penetre en él el espíritu y circule por todas sus venas y se revista de él para darle el movimiento a todos sus miembros, lo mismo que nosotros hacemos que se muevan a nuestro gusto los vestidos que llevamos puestos, sino que en él se transforma todo en sustancias espirituales y angélicas, para llevarlo sobre sus alas a todos los lugares donde lo llama su deber. Así es como vendrá un día el juez soberano, en medio de santos y rodeado de millones de ángeles, para restablecer el reino de la verdad en todas las regiones que sean capaces de recibirla.

Entonces es cuando el hombre se da cuenta de que es, en espíritu y en realidad, el sacerdote del Señor. Entonces es cuando ha recibido el orden vivificante y puede transmitir este orden a todos los que se consagren al servicio de Dios, es decir, atar y desatar, purificar, absolver, sumir al enemigo en las tinieblas y hacer que reviva la luz en las almas, pues la palabra orden viene del término ordinare (ordenar), que quiere decir volver a poner cada cosa en su sitio y en su lugar, y ésta es la propiedad del verbo eterno que produce todo continuamente según el peso, el número y la medida. Y es tal, finalmente, el interés de la palabra por esta obra sublime, que se transformaría en hombre ella misma para venir a ordenarnos y consagrarnos, si no hubiese hombres que pudiesen imponernos las manos, pues ella sabe que es preciso que aquí abajo los órganos de la verdad estén encarnados en forma humana para poder sernos útiles.

No es en absoluto un simple efecto místico ni una simple operación metafísica lo que se produce en nosotros cuando el verbo divino nos regenera y nos llama por nuestro nombre para hacer que salgamos de nuestra tumba, sino una obra viva, cuya sensación se nota físicamente en todo nuestro ser espiritual y corporal, ya que esta palabra es la vida y la actividad y, cuando Lázaro salió de su sepulcro a la voz del Señor, sus miembros no notaron esta sensación real tanto como nosotros la notamos en nuestra regeneración espiritual, porque, después de haber descendido a la

tumba, su alma pasiva, que no podía captar la sensación de la muerte ni del frío sepulcral, no podía tampoco establecer comparaciones con la sensación de la vida que se introducía entonces en él y parecía que lo creaba por vez primera, mientras que nuestra alma inmortal no desciende al lago de su muerte espiritual sin volver a sentir todo su horror y, por consiguiente, cuando recupera la sensación de la vida, debe ser con una sensibilidad inexplicable.

En efecto, nos hemos dejado inmovilizar vivos y en plenitud de facultades por las cadenas del enemigo y notamos que esas cadenas nos destrozan y nos impiden hacer el mínimo movimiento. Si tuviésemos valor para detener a este enemigo y asegurarle que, según las intenciones de la voluntad suprema benefactora, estamos decididos a romper todas las ataduras que él utiliza para esclavizarnos; si le dijésemos con firmeza que debe estar seguro de que su dominio sobre nosotros va a quedar destruido y que además nos resulta cómodo, con los auxilios Divinos que nos rodean, romper este dominio, que nos resulta fácil romper una brizna de paja, y si finalmente, una vez pronunciada esta detención, no olvidásemos nada de lo que hace falta para llevarla a cabo y para mantenernos con perseverancia en esta resolución indispensable y necesaria, no hay duda de que veríamos pronto caer a nuestros pies todos estos impedimentos que tan horriblemente nos atormentan y sentiríamos y sustituiríamos dentro de nosotros, a la vez, todos los arrebatos de la verdadera vida, que sedan tanto más activos y deliciosos para nosotros cuanto más desprovistos de ellos hubiésemos estado. Éste es el paso completo de la muerte y la vida que puede sentir físicamente el alma del hombre en plenitud de facultades cuando, imitando la dulce y humilde sencillez del verbo y de la palabra, llega a recuperar su fuerza, su calor y su luz.

Una palabra más podrá, tal vez, ayudar a persuadirnos y a aumentar nuestro ánimo para trabajar en esta gran empresa, por lo que no vamos a callarla. El hombre, sometido a las leyes de su materia, está aprisionado y limitado por sus cuatro costados y, para atarlo de esta manera, ha sido necesario que se juntasen, formando una especie de unidad, los poderes, las fuerzas y las facultades que él había dejado salir de sí mismo y había diseminado por todas las regiones para producir el desorden de sus planos impíos y mentirosos: el enemigo sigue apoyándose en las cadenas con que lo ha cargado y pretende con ello tratar como su juguete y su víctima a quien otras veces ha fingido que quería tratar como su amigo. Pero este doble peso, que reúne y concentra cada vez más, formando una unidad, los poderes y las facultades del hombre, le da, en su misma privación, una imagen nueva de esta unidad que él habría debido representar, en su justo desarrollo, y esta armonía concentrada, recuperando de forma natural una especie de relación con la armonía superior y libre, lo atrae insensiblemente a ella y ella recibe de él los auxilios que es capaz de recibir, según su medida torpe y restringida.

Por tanto, es cierto decir que nuestra liberación ha comenzado en el momento de nuestro castigo; es cierto decir que el cordero ha sido inmolado desde el principio del mundo; es cierto decir que la escritura tiene razón al recomendarnos la lágrimas y al felicitarnos por nuestras tribulaciones, ya que la medicina de la amargura es el único medio de que podamos recuperar el comienzo de nuestras relaciones con nuestra unidad armónica y primitiva. Finalmente, es cierto que la escritura tiene razón al enseñarnos que el que se haga humilde y pequeño será ensalzado.

Nos asombraríamos un poco de las maravillas sensibles y vivas que se producen en nosotros con nuestra regeneración, si penetrásemos con un poco más de profundidad de lo que lo hacemos en el conocimiento de la naturaleza del hombre. Lo hemos pintado como si fuese un pensamiento del Dios de los seres y hemos dicho que, cuando se regeneraba en su pensamiento, lo hacía también pronto en su palabra. Esto quiere decir que entonces se convierte en una palabra del Dios de los seres, lo mismo que antes era un pensamiento, y eso nos enseña, por tanto, que en un principio era a la vez un pensamiento y una palabra del Dios de los seres y que debe serlo todavía en estos tiempos, cuando tiene la suerte de verse restablecido en su naturaleza original.

Esa es la meta a la que deben dirigirse todos nuestros esfuerzos y sin la cual

nos congratularíamos en vano de haber avanzado en la carrera de nuestro regreso a nuestro principio. Esto es también lo que nos ha restablecido en nuestro mismo trono y ha puesto a nuestros enemigos a nuestros pies. Al mismo tiempo, nos enseña cómo era nuestro poder en otros tiempos y cómo era el uso que habríamos debido hacer de él, ya que hoy día podemos hacer que sirva para lo mismo, pronunciando con fuerza esta palabra interna que constituye nuestro ser y que hace que tiemblen nuestros enemigos. No dejemos de contemplar esa meta sublime e indispensable a la que debemos dirigirnos; no descansenos, no escatimemos ningún esfuerzo hasta que sintamos que renacemos en esta facultad viva que es nuestra esencia y hasta que, por la fuerza de su virtud, hayamos expulsado de nosotros a todos los vendedores que han venido a instalar los puestos de su comercio en nuestro templo.

Notaremos, incluso en esta ocupación, una claridad tan animosa para nosotros como gloriosa para el supremo autor de nuestra existencia. Si nosotros sentimos que no podemos regenerarnos nada más que en tanto en cuanto nos convirtamos en una palabra del Dios de los seres, es una prueba de que el Dios de los seres es también, por sí mismo, una palabra viva y poderosa, puesto que nosotros somos su imagen, y, a partir de entonces, nuestra similitud con Él se nos presenta de la forma más natural, más instructiva y más suave, puesto que en todo momento podemos

convencernos de esta similitud y demostrar que en todos los instantes nosotros tenemos a Dios, lo mismo que Dios nos tiene a nosotros. Además, lo que manifiesta plenamente la gloria de este Dios supremo y la naturaleza espiritual de nuestro ser es que, a pesar de la dignidad y la fuerza de la palabra que hay en nosotros, no podemos esperar su renacimiento y su desarrollo nada más que en la medida en que la propia palabra Divina venga a reanimar la nuestra y a devolverle su actividad, aprisionada por las cadenas de nuestra prevaricación. Esto es, en resumen, sentir irresistiblemente que la palabra es absolutamente necesaria para establecer la palabra, axioma que ha pasado a las ciencias humanas y cuyo imperio indestructible se ha mostrado a los que no se han ocupado nada más que de las lenguas convencionales.

Este axioma, digo yo, encierra las verdades más esenciales, puesto que nos enseña, ante todo, que toda nuestra obra debe pasar al interior del hombre, como hogar invisible de nuestra vida divina, y, en segundo lugar, que esta obra sólo se puede realizar por la palabra de Dios o por la misma Divinidad.

Por este medio, nuestra inteligencia nos impide considerar como una regeneración para nosotros todo lo que tiende únicamente a actos externos, en los que nuestra esencia íntima no sirve para nada, ya que estos actos no están más vinculados a nosotros de lo que las obras de un pintor lo están al ignorante que las mira. Además, nos impide que consideremos como un medio de regeneración todos los agentes secundarios y todos los caminos particulares por donde marchan tantos hombres descarriados, pues todo esto sirve para el nacimiento de nuestro interior tanto como la aplicación externa de medicamentos a un enfermo que tiene viciada toda su sangre. Así, por este medio, nuestra inteligencia nos protege de grandes errores, en cuanto a nuestro progreso, y de grandes idolatrías, en cuanto a la Divinidad.

5

Este renacimiento de nuestra palabra interna no se limita a un simple efecto parcial y concentrado en un solo punto de nuestro ser interior, sino que se propaga en todas las regiones que nos constituyen y hace que resucite en ellas la vida en todos sus pasos. Parece que da los nombres propios y activos a todas las sustancias espirituales, celestes, elementales que se juntan en nosotros y les devuelve su vivacidad de movimiento y el poderoso ejercicio de sus funciones originales, lo mismo que en otro tiempo Adán ponía nombres a todos los animales e introducía su fuerza viva en toda la creación y en todas las obras y producciones de Dios que habían sido encomendadas a su administración libre. Además, estos dos testimonios, o sea, el de nuestra experiencia y el de la tradición, nos enseñan que ésa es la marcha progresiva de la Divinidad eterna en sus santas obras, restauraciones y rectificaciones, en las que, sin duda, la vida de su palabra

Divina se extiende sucesivamente en todos los seres y en todas las producciones que quiere regenerar y que no se oponen a su acción. Y si, por nuestra propia experiencia y por la tradición de las actuaciones de Adán, sabemos que ésa es la marcha restauradora de la palabra Divina, se convierte en una nueva prueba para nosotros que haya sido esa la marcha creadora de esta misma palabra, ya que las cosas no se regeneran nada más que por el mismo medio que las ha creado. Por eso tiene razón San Pedro, cuando nos dice (Hechos, 4:12) que no hay ningún otro nombre, bajo el cielo, dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos; ya que, antes de San Pedro, San Juan nos había dicho que al principio era el verbo y que él era Dios y que sin él no se ha hecho nada de lo que se ha hecho. Por tanto, no podemos encontrar un Dios salvador, un Dios santificador ni un Dios fortificador si no es en el Dios creador, lo mismo que no podemos encontrar un Dios creador sino es en el que es por sí mismo, cuya vida es la eternidad y cuya eternidad es la vida, aunque estas fuerzas distintas hayan actuado en diversas épocas y se hayan manifestado con propiedades diferentes.

Si, como hemos visto, la palabra es necesaria para establecer la palabra y, por consiguiente, no podíamos ser resucitados en nuestra palabra nada más

que por el verbo, no podemos ser resucitados en nuestras demás facultades nada más que por facultades análogas; en nuestro pensamiento, nada más que por el pensamiento; en nuestro movimiento, nada más que por el movimiento; en nuestra vida, nada más que por la vida; en nuestro espíritu, nada más que por el espíritu; en nuestras virtudes, nada más que por la virtud; en nuestras luces, nada más que por la luz. Por tanto, deberíamos estar en una movilidad y una actividad continuas, ya que los rayos más pequeños de lo que hay en nosotros deberían estar reactivados perpetuamente por las chispas similares que saltan incesantemente del fuego eterno de la vida.

Ése es el estado de los que, tras haber vencido al dragón, son elevados después de su muerte a la región del descanso y la felicidad; ése es también el estado de los que han roto aquí abajo las cadenas de su esclavitud y han abierto todas sus facultades a quien no pide nada mejor que penetrar en ellas y llenarlas; ése es, finalmente, el estado de aquellos sobre los que ha impuesto sus manos el espíritu, porque por esta imposición de manos reúne en ellos, formando una unidad, todas las subdivisiones espirituales que ellos habían dejado desperdigarse. También por este medio y en virtud de la unidad indivisible de la que este espíritu es depositario, los pone en el caso de imponer a su vez las manos sobre sus semejantes y de efectuar en ellos las mismas agrupaciones que han tenido lugar en ellos mismos cuando les impuso las manos el espíritu. Y ésa es la finalidad del sacerdocio, esos son los poderes, esos son los frutos de los que se han hecho merecedores y que están incluidos en la decisión divina.

Estos frutos ni siquiera parecen estar ya limitados, desde que el principio, después de haber sido puesto en actividad, se transmite en la misma medida y con la misma alteración, porque actúa siempre por la misma ley y siempre sobre la misma especie de desorden, que no es otra cosa más que una subdivisión. Además, es el mismo espíritu el que, en lo físico y en lo moral, hace por la imposición de manos que vea el ciego, que oiga el sordo, que camine el cojo, que se cure el enfermo, que resucite el muerto y que el esclavo sea puesto en libertad.

Encárgate, Dios mío, de todo lo relacionado con mi elección. Yo te diré, como Moisés, que lo único que puedo hacer es tartamudear y que todo mi ser se encuentra con una impotencia universal para cumplir con las obligaciones que impones a tu elegido. Admiro la gloria de tus profetas y de tus servidores. Mi alma se estremece de alegría al sentir las dulzuras y los consuelos que les esperan, pero si no desatas tú mismo mi lengua, si no pones tu fuego en mi corazón y tu luz en mi espíritu, si tú no me trazas el camino a cada paso, y si no me empujas por ti mismo por los senderos que me hayas trazado, yo me quedaré sepultado en mi debilidad y seré un ser completamente inútil para tus planes.

Hombres que creéis en la virtud de la palabra y en los prodigios que realiza en el alma humana cuando quiere emplearla en sus diversas manifestaciones, creed también en la progresión de sus fuerzas y en el crecimiento, aunque invisible, de las diversas manifestaciones que pretende que fructifiquen en el campo de la muerte en que vivimos. Porque esta palabra tiene vida por sí misma y, aunque esté fija y, en cierto modo, inmóvil en el centro de su esencia los movimientos que produce no pueden limitarse ni fijarse definitivamente en los lugares del tiempo. Vemos cómo se demuestra esta verdad en nosotros mismos por las progresiones que recorre nuestro espíritu y que hacen que parezca que toda nuestra vida no es más que una serie de crecimientos en los que los dones y las virtudes de una época desaparecen y se sustituyen por los dones y virtudes de la época siguiente.

Por eso es por lo que las acciones que envía la sabiduría a nuestra región no se quedan en ella, al menos bajo la misma forma, y también por lo que el hombre se engaña cuando piensa que estas acciones deben ser sensiblemente permanentes, porque, desde que les imprime con su pensamiento ese carácter de estancamiento, ya no puede sacar de ellas ningún fruto, puesto que el estancamiento produciría la muerte y todo debe ser espíritu y movimiento. Además, el movimiento del espíritu es como el del fuego, que va hacia arriba y en línea recta y desaparece enseguida de nuestra vista. Pero, no obstante, estas diversas acciones no tienden más que a llevarnos un día por sus diferentes grados temporales al verdadero descanso en el centro de la palabra eterna.

Hombres que creéis que el hombre es no sólo un pensamiento, sino también una palabra del Dios de los seres, no podéis evitar creer que el hombre es igualmente una de las operaciones divinas de este ser eterno. Si no fuese así, seríais seres incompletos, no seríais la imagen perfecta de Dios, porque Dios es, al mismo tiempo, el pensamiento y la obra eternos. Por último, no podéis dudar que no debáis ser una de sus obras, porque pretendéis continuamente realizar vuestras palabras con vuestras obras, lo mismo que tratáis de realizar vuestros pensamientos con vuestras palabras.

Lo mismo que vuestro pensamiento y vuestra palabra no pueden renacer sin el pensamiento y la palabra superiores, del mismo modo vuestra obra espiritual no se puede producir nada más que si actúa sobre vosotros el espíritu y eso es lo que hemos expuesto hasta ahora como imposición de manos: operación que es un acto de restauración en todas las elecciones que ha hecho Dios, enviando su espíritu sobre los hombres elegidos; pero que es más que restauradora en lo que concierne a vuestra esencia, ya que es esta triple acción de la divinidad la que os constituye y no basta con que la divinidad piense al nombre o hable al hombre, sino que es preciso todavía que haga al hombre.

Por tanto, no debemos ser continuamente otra cosa más que el efecto real de estos tres actos y la diferencia que hay entre Dios y nosotros está en que él es un Dios que piensa, un Dios que habla y un Dios que hace, mientras nosotros somos un Dios pensado, un Dios hablado y un Dios hecho, y esas son las maravillosas fuerzas, luces y virtudes destinadas a alimentar nuestro ser. Estos son, en resumen, los tesoros prometidos a nuestra alma, pues ya hemos anunciado antes que la divinidad debía pasar por completo a través de nosotros, para poder expandirse hasta el amigo fiel que espera de nosotros este alimento divino y para que, tanto por dentro como por fuera, podamos cumplir los planes originales de nuestro principio.

6

¡Pero qué terrible operación debe producirse en nosotros antes de que toda esta divinidad pase por completo a través de nosotros en su esplendor y en su alegría! Es preciso que pase de antemano a través de nosotros en su ignominia y su dolor, es preciso que el Dios que sufre pase por completo a través del alma concentrada y como petrificada por el crimen y la insensibilidad. Alma del hombre, súmete aquí, en la miseria, y prepárate para la operación más dolorosa. Es preciso que el Dios que sufre penetre en ti y resurja como un amanecer a través de tus sustancias más espesas y más duras, para darte tu existencia primitiva. No podrás regenerarte jamás si la operación no es universal y si el Dios que sufre en su pensamiento, en su palabra y en su obra no atraviesa por completo tu pensamiento, tu palabra y tú obra.

Amargura corporal, amargura espiritual, amargura divina, venid a estableceros en nuestro ser, ya que os habéis convertido en el alimento indispensable de nuestras tinieblas y de nuestra enfermedad. ¡Que la amargura espiritual del cáliz se una a nuestra amargura espiritual particular y forme así este medicamento activo y saludable que debe consumir todas nuestras sustancias falsas para dejar que revivan nuestras sustancias verdaderas amortecidas! ¡Desgraciado el que quiera rechazar este medicamento regenerador! No conseguirá más que aumentar sus males y hacer que, con el tiempo, sean incurables. Pues esta penitencia es de tal índole que es la única que puede hacer que resucite en nosotros el espíritu, lo mismo que el espíritu es el único que puede hacer que resucite la palabra y la palabra, que resucite la vida, teniendo en cuenta que hoy día no se puede hacer nada si no es por medio de concentraciones, ya que ése ha sido el origen del principio de las cosas, tanto físicas como espirituales. Esa penitencia, repito, es de tal índole que da al hombre la poderosa tranquilidad de la confianza y la terrible fuerza de la calma, cosas tan desconocidas para los hombres del torrente, que no tienen nada más que el coraje de la desesperación y la fuerza de la ira. Ésta es la penitencia por la que el pastor se digna venir a disfrazarse de lobo, que somos nosotros, para salvar de nuestros dientes al desgraciado rebaño que nosotros devoramos, mientras que, con la penitencia humana y exterior, es el mismo lobo el que se disfraza con la piel del pastor, para devorar al mismo tiempo al rebaño y al pastor, separándolos al uno del otro. Ésta es la penitencia que borra de nosotros no sólo las manchas del pecado, sino hasta su recuerdo y su conocimiento.

Abramos, pues, nuestro ser a este poderoso médico, que quiere darnos la vida de la que él disfruta y cuya fuente es él mismo, y prestémonos, con acciones de gracias, a todos los detalles de sus procedimientos y de sus operaciones curativas, porque, si llegase alguna vez a entrar en nosotros y establecer en nosotros su morada, atravesaría pronto todas las sustancias por su acción siempre operativa, que hará que salgan de todo nuestro ser mil rayos de luz, de la que esta acción es, al mismo tiempo, el hogar y el origen.

Pero si, antes de que penetre en nosotros la divinidad y nos traspase en su esplendor y su gloria, es preciso que nos traspase en su ignominia y su dolor, también es necesario que haga en nosotros una operación primera y esta operación consiste en hacer que nos anuncie el ángel que el espíritu santo debe venir sobre nosotros, que la virtud del altísimo nos cubrirá con su sombra y que, por esa razón, el santo que nazca en nosotros se llamará el hijo de Dios. Y, para que se nos pueda hacer este anuncio, es preciso que estemos renovados en la verdadera inocencia y que tres vírgenes más antiguas que María nos hayan purificado en nuestro cuerpo, en nuestra alma y en nuestro espíritu: es decir, que nos hayan hecho vírgenes como ellas. Cuando, por nuestra constancia y nuestros esfuerzos, hayamos descubierto esta triple virginidad, se producirá en nosotros la anunciación y

no tardaremos en darnos cuenta de la concepción santa que se produce también, lo que nos da la oportunidad de cantar el cántico de María, cuando nuestros seres queridos nos saluden y nos bendigan por el fruto de nuestras entrañas, lo mismo que María recibió el saludo y la bendición de Isabel.

Desde el momento en que se produce en nosotros esta concepción, no debemos escatimar ningún cuidado para hacer que llegue felizmente a su término, lo mismo que en el orden material cuidamos los días y la salud de una esposa querida que nos da la esperanza de verla convertida en madre. Debemos controlar con atención todos los movimientos que se produzcan en nosotros y hasta los mínimos deseos espirituales y verdaderos que se nos sugieran. Sin descuidar ninguno y sacrificándolo todo para satisfacerlos, para evitar que. Por nuestra negligencia o nuestra parsimonia, que no es otra cosa más que nuestra pereza, se dé el caso de que perjudiquemos el crecimiento de nuestro hijo. Pero defendámonos también con cuidado de todos los movimientos falsos que no se deben nada más que a la fantasía, pues con ellos estaríamos dando a nuestro enemigo unos poderes que aprovecharía él para poner inmediatamente su sello y su carácter en algunas partes del cuerpo de nuestra reproducción. Imitemos, pues, en todo a la naturaleza, que emplea todas sus fuerzas para hacer que fructifiquen sus productos cuando nosotros no cometemos el delito de impedir su obra.

Es una sola y única fuerza, es un solo y único amor, lo que realiza nuestra reproducción corporal y lo que se encarga de mantenerla y conservarla. Actuemos de tal manera que, del mismo modo, la fuerza y el amor divino que realizan en nosotros la concepción espiritual alimenten ellos mismos su propio fruto; que la misma mano que ha plantado en nosotros esta planta la riegue todos los días y le quite todo lo que pueda perjudicarle. No temamos ni a las inquietudes, ni a las náuseas ni a los vómitos ni a los insomnios, pues no son más que sufrimientos que facilitan el crecimiento de nuestro hijo y es imposible que él adquiera sin todo esto una forma justa y sólida.

Digamos a nuestro enemigo: es el Dios que sufre el mismo que quiere construir en mí su edificio, es el Dios que sufre el que quiere mantenerlo, él mismo. No podrás defraudarlo. Cuanto más se acerque a mí el Dios que sufre, más seguro estaré contra los ataques, porque él tomará sobre sí mismo la carga que yo no podría llevar. Aunque yo esté colgando del abismo como pendiente de un hilo, aunque me encuentre en medio de leones voraces y de serpientes mortíferas que silban, este Dios que sufre está cerca de mí, este Dios que sufre está concebido en mí y, con un solo movimiento, por pequeño que sea, me apartará de todos estos insectos y reptiles venenosos, de cuya forma corporal han hecho tus inicuas seducciones que se disface corporalmente la desdichada posteridad del hombre. Lo único que pretende este Dios que sufre es hacer que entre en mí su carne, su sangre, su espíritu, su palabra, para introducir por fin el nombre poderoso

que lo ha creado todo y que quiere también crearlo todo dentro de mí. Quiere hacer que planee con él por la región de la vida. Para que me sea imposible volver a caer en los precipicios y en las regiones de la muerte.

Pernicioso enemigo del hombre, produces muchos sufrimientos; pero lo haces mediante una contracción de tu poder desordenado y engañoso contra las leyes eternas de la verdad y contra el orden inmutable de las cosas. Además, tus éxitos, cuando los tienes, arrastran al hombre a la nada, la muerte y las tinieblas; pero, cuando el Dios que sufre se acerca a nosotros y nos produce dolor, lo hace poniendo medida, orden y verdad en contraposición a los desórdenes e irregularidades que has sembrado todos los días en los hombres y que sigues cultivando. Además, la contracción que realiza este Dios que sufre en los que la desean y van en busca de ella, termina siempre en alegría, felicidad y luz.

Efectivamente, para los que hayan sabido dejar que entre en ellos el Dios que sufre, el círculo de las cosas terminará con estos dulces consuelos, pues

el círculo de las cosas no se compone más que de seres que están en contracción y sufriendo, lo que hace que el universo entero nos muestre al Dios que sufre, lo mismo que puede hacerlo el estado penoso de nuestra alma. Esto es lo que hace también que debemos considerar con respeto y agradecimiento todas las cosas de esta naturaleza encerrada, puesto que el más pequeño de todos nosotros es el fruto de la caridad divina que no cesa de modificar su amor por todos los medios posibles, con el fin de hacer que llegue su fuerza, su vida y su luz hasta nuestras regiones más materiales y más tenebrosas. ¡Feliz el que haya considerado al universo bajo este aspecto y haya recogido por este medio un gran número de esas chispas divinas, para prometerle una antorcha en el último día!

7

La sabiduría conduce al hombre por unos grados insensibles con el fin de no asustarlo por la inmensidad de la labor que tiene que realizar. También empieza diciéndole que debe servir de órgano y de cauce para toda la Divinidad entera, si quiere que su ángel disfrute de la paz y de las felicidades Divinas. Este consejo es tan consolador que el alma del hombre está como absorta de admiración y de alegría. Llora de sentimiento, llora de esperanza: es como si la propia imagen Divina hubiese venido a pintarse en todas las sustancias y hubiese sentido el dulce calor de la mano que ha manejado el pincel; pero. Como ése es el final de la obra, esta sabiduría nos enseña enseguida que, antes de alcanzar ese término feliz, debemos ver que pasa a nosotros el Dios que sufre, puesto que es el único que puede encadenar a los voraces leones y a todas las serpientes que circulan por nosotros y no dejan de asustarnos con sus silbidos o de emponzoñarnos con su veneno.

La sabiduría no nos descubre este gran combate hasta el último momento. para que, al estar preparados de antemano por los placeres que se nos han prometido en el Dios benefactor y por los medios que se nos han ofrecido en el Dios que sufre, podamos lanzarnos con más valor al campo de batalla y congratularnos con la victoria, pues con esta victoria es con lo único con que se trazan en nosotros los planos del templo y los diversos departamentos que comprende, entre los cuales hay uno por el que el Santo de los Santos se comunica con nosotros, lo mismo que se comunicaba con el sumo sacerdote en el templo de Jerusalén. Sólo entonces es cuando se confirma en nosotros la anunciación del ángel y la concepción por obra del Espíritu Santo, de la que podemos esperar un feliz alumbramiento Divino, si cumplimos todos los requisitos de los que ya hemos hablado en este tema y si se nos imponen a la vez, por la sabiduría y por la necesidad de nuestra propia regeneración.

No es que, por nuestra victoria sobre estos animales feroces que tratan a diario de devorarnos, vayamos a tenerlos completamente fuera de nuestro círculo y sin ninguna relación con nuestra existencia. No. Están unidos a nosotros por la naturaleza de nuestra carne y de nuestra sangre y están destinados a verse arrastrados con todo nuestro ser en el círculo pasajero que recorreremos, lo mismo que el abismo se ve arrastrado con el universo en el amplio círculo del tiempo; pero, del mismo modo que este abismo es arrastrado por el universo, sin que por ello le perjudique ni entorpezca la marcha de sus operaciones ni el cumplimiento de sus leyes, de ese mismo modo la región de nuestros animales voraces debe arrastrarse con nosotros, sin mezclarse en las funciones de nuestro espíritu, como si ocupase una morada distinta, sin ser para nosotros más de lo que es el abismo para el universo, es decir, para hacer de contrapeso y para que no nos remontemos a la región de la vida antes de haber tenido tiempo para purgar nuestros elementos espirituales, sin lo cual no seríamos admitidos en su seno.

Por eso es por lo que nuestras plegarias no son todavía más que gemidos, lamentos e invocaciones, en vez de ser contemplaciones, mandamientos, acciones de gracias, satisfacciones, como debieron ser en principio y como serán al final de todas las cosas para los que se dediquen al mantenimiento de la justicia y a la observación de las leyes del Señor.

Pues, cuando se creó al primer hombre, Dios no le dijo nada de que se lamentase ni de que pasase su vida en un mar de lágrimas, sino que le dijo que lo estableciese a él en todas las obras de sus manos, le dijo que pusiese nombre a todos los animales, le dijo que llenase la tierra y la dominase; pero, desde la caída, la tierra está maldita y él no debe comer el pan si no es con el sudor de su frente. Por eso, la familia humana no tiene más remedio ni salvación que la súplica y el recurso a la misericordia del Señor, mientras

que las nuevas prevaricaciones de las generaciones sucesivas no hacen más que acrecentar los males y la miseria del hombre.

Además, todos los enviados no le predicán otra cosa más que trabajen para que el hombre se limpie por completo del pecado, con el fin de que, con sus suspiros y sollozos, pueda conseguir que la palabra creadora, doliente, santificante y multiplicadora venga a fundar en él su morada, por no encontrar en él nada que la moleste, que pueda hablar por él en todo lo que lo constituye y en todo lo que él tenga que manifestar, o sea, que hable en el pensamiento del hombre, que hable en la palabra del hombre, que hable en todos los sentimientos del hombre, que hable en todos sus movimientos, en todas sus virtudes, en todos sus elementos, en su sangre, en su carne, en todos los órganos de su vida, en los alimentos de los que se nutre, en todas las sustancias que emplea en sus necesidades y, finalmente, que haga del hombre una oración universal. En una palabra, es preciso que seamos devorados como una presa por todas las fuerzas del Señor, antes de que él encuentre en nosotros su alegría y su consuelo y de que, habiéndonos consumido en sí mismo por el fuego creador de su propia vida, vuelva a darnos esa existencia primitiva libre y alegre, en la que no teníamos que hacer más que plegarias de júbilo.

¡Hay de vosotros, instructores humanos! ¡Cuánto os arrepentiréis algún día de haber abusado de las almas, llevándolas por caminos nulos, imaginativos e ilusorios, que les habrán dado una tranquilidad engañosa, proporcionándoles alegrías exteriores y comunicándoles sombras de verdades que les habrán impedido trabajar por la renovación del centro de su ser! Todas vuestras asociaciones emblemáticas no les habrán comunicado la vida, puesto que ellas mismas no la tienen. Vuestras asociaciones prácticas les serán todavía más funestas, si no es el espíritu lo que las ha convocado, reunido, constituido y santificado con sus lágrimas y las plegarias de su dolor. ¡Y dónde están estas asociaciones que nos serían tan saludables!

Sí, instructores ciegos, ignorantes o que presumís demasiado de vuestras fuerzas y vuestras luces, os arrepentiréis algún día de haber abusado de las almas. No bastaba con que, como consecuencia del crimen primitivo, estuviesen bajo el yugo del septenario temporal que las distrae y las desvía continuamente de la sencillez de su línea, sino que las tendréis aún más apegadas a lo exterior con todas vuestras imágenes y vuestros símbolos y hasta es posible que terminéis separándolas por completo, alejándolas totalmente de ese punto central e invisible que es el único lugar de reunión que tenemos aquí abajo en nuestras tinieblas. Pues el alma mal dirigida encuentra aún más dificultades y el aislamiento de este septenario temporal. Esto es lo que hace que, por nuestra fuerza y nuestra imperiosa impaciencia, hagamos nosotros mismos nuestra existencia cien veces más desgraciada que la de las bestias.

Vosotros mismos seguiréis bajo el yugo de este septenario temporal, hasta que las almas que hayáis descarriado hayan podido recuperar su propio centro particular, para que puedan seguidamente recuperar su centro general, y os estremeceréis de vergüenza y de desesperación, mientras que, si hubieseis tenido más confianza en el espíritu, hubieseis reconocido que no tenía necesidad de vuestros medios artificiales y encubiertos para difundirse y, si hubieseis ido de buena fe, hubieseis dicho que había que empezar por procurar tener el espíritu vosotros mismos, antes de tratar de llevar a los demás a un espíritu que vosotros no teníais.

Amigos míos, tengamos cuidado con otro peligro que nos amenaza a todos: el de ser tratados como aquellos a los que se pide de nuevo la sangre de los profetas, no porque les hayamos quitado la vida temporal, sino por no haber aprovechado su espíritu más de lo que lo hicieron las naciones a las que ellos se dirigieron con su palabra ni más que los hombres del torrente, pues este espíritu de los profetas es su verdadera sangre que derramamos todos en todo momento, cuando no seguimos las lecciones que nos han dado e, intimidados por sus amenazas, no entramos bajo el dominio exclusivo del único y soberano ser que pretende gobernarlo todo por sí mismo, como si fuese el único que haya podido crearlo todo. Sí, ésa es la sangre verdadera que se reclamará a la familia humana, no sólo desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, sino también desde Zacarías hasta la que se vierta y profane mientras duren los siglos. Ésa es la sangre que derraman todos los días los Fariseos, los Escribas y los doctores de la ley que ahogan continuamente el espíritu del profeta, no sólo bajo el peso de la letra, sino bajo el peso de sus interpretaciones hipócritas y fraudulentas y bajo el de sus tradiciones supersticiosas en las que la verdad va siempre en declive.

Vigilemos, por tanto, día y noche, para que esta sangre del espíritu nos sirva de beneficio. Vigilemos para que no se nos reproche algún día que hemos dejado que se pierda y corra en vano. Vigilemos, porque es esta sangre la que debe servir para la formación y el alimento del hijo espiritual concebido en nosotros por obra de la santa sabiduría.

8

Cuando el hombre reza con constancia, con fe, y trata de purificarse en la sed activa de la penitencia, puede suceder que oiga decir en su interior lo que el reparador dijo a Cefas: tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. Esta actuación del espíritu en el hombre nos enseña cuál es la dignidad del alma humana, puesto que Dios no tiene reparos para tomarla como piedra angular de su templo. Nos enseña también hasta qué punto debemos nutrirnos de dulces esperanzas, ya que esta elección nos pone a cubierto de los poderes del tiempo y, más aún, de los poderes de las tinieblas y los abismos. Nos enseña, finalmente, lo que es la verdadera iglesia y que, por

consiguiente, no hay en ningún sitio ninguna iglesia en la que no se advierta esta actuación invisible.

Pero veamos cuál es la razón de que esta actuación del espíritu constituya la verdadera iglesia. Es que es la palabra eterna la que se graba a sí misma en la piedra angular que elige, lo mismo que el reparador grababa su propia palabra en el alma de San Pedro, a quien hablaba cara a cara. Sin la impresión de esta palabra divina en nuestra alma, la iglesia no se eleva, lo mismo que vemos que, en el orden temporal, los edificios que se proponen construir los reyes no empiezan a levantarse hasta que, después de destinarlos a un uso, se inscribe el nombre del fundador en la primera piedra, que se considera puesta por él mismo.

Desde este momento, nos encontramos con el compromiso de vigilar con cuidado la construcción espiritual que se nos ha confiado, construcción que debe sernos tanto más atractiva cuanto más encontremos en nosotros mismos todos sus materiales y, bajo la inspección del que nos ha hecho este anuncio y con su ayuda, podamos llegar a ser, al mismo tiempo, el arquitecto, el templo y el sacerdote por quien será honrado en él el fundador Divino. Debemos, como un artista meticuloso y agradecido, poner en todas las partes de nuestro edificio el nombre del que nos ha encomendado el trabajo, sin olvidar un solo instante que este nombre sagrado, inscrito en la piedra angular, es también el que debe acompañar todos los crecimientos que va a tomar la iglesia en nosotros, marcar las decoraciones exteriores e interiores, regular las divisiones del templo, fijar sus horizontes y determinar todos los detalles del culto que se debe celebrar allí eternamente.

En una palabra, la idea de este ser poderoso debe ser de ahora en adelante tan inseparable de nuestra obra como el pensamiento lo es de las palabras y de todas las obras de las que es fruto. Cuando nos sintamos contrariados en nuestra empresa o disminuyan nuestras fuerzas, tenemos derecho a interpelar con sus propias palabras al que nos ha dicho que quería fundar en nosotros su iglesia, tenemos derecho a recordarle que su palabra no puede quedar sin que se cumpla. Tal como ha prometido (Isaías 55, II) mi palabra que sale de mi boca no volverá a mí sin fruto, sino que hará todo lo que yo quiero y producirá el efecto para el que la he enviado. Honramos a Dios, al utilizar así los títulos que él nos da para con él, y lo único que nos pide es que hagamos de ellos un uso similar y la prueba de que lo honramos al actuar así está en que no tardamos en recibir el premio de nuestra confianza y en que pronto renacen en nuestro ser la paz y la luz, cuando hemos empleado este medio.

Levántate, hombre, todos los días antes de amanecer, para acelerar tu obra. Es una vergüenza para ti que tu incienso diario sólo levante su humo después de salir el sol. No es el alba de la luz la que debería invitar a tu plegaria para que venga a rendir homenaje al Dios de los seres y a pedir sus

misericordias, sino que es tu plegaria la que debería llamar al alba de la luz y hacer que brille en tu obra, para que, acto seguido, pudieses verterla desde lo alto de este oriente celeste sobre las naciones dormidas en su inactividad y sacarlas de sus tinieblas. Sólo con esta vigilancia crecerá tu edificio y tu alma podrá llegar a ser parecida a una de esas doce perlas que deben servir un día de puerta de la ciudad santa.

Pues el alma del hombre ha sido creada para servir, al mismo tiempo, de recipiente y de intermedio de la luz y, lo mismo que los vasos transparentes y llenos de un agua límpida nos transmiten la suave y viva emanación de esos numerosos rayos que se concentran y preparan dentro de ellos, del mismo modo nuestra alma debe contener los rayos del infinito que salen del centro de la ciudad santa y unirlos a nuestras propias facultades, que son finitas, para que, al vivificarnos nosotros mismos por esta santa alianza y estar resplandecientes por la claridad de estos rayos, podamos hacer que salga de nosotros dicha luz más concentrada, más templada y más adaptada a las necesidades de los pueblos que cuando actúa siguiendo su propia dispersión y su vasta inmensidad. Para eso servirán y a eso estarán destinadas las puertas de la futura Jerusalén.

No te relajes, hombre de deseo, porque el Dios de los seres no tiene inconveniente en venir a hacer una alianza con tu alma ni tiene inconveniente en venir a realizar con ella esta generación divina y espiritual en la que él te aporta los principios de vida y quiere encargarte del cuidado de darles la forma. Si quisieras observarte con atención, notarías que todos estos principios divinos de la esencia eterna deliberan y actúan con fuerza dentro de ti, cada uno de ellos según su virtud y su carácter; te darías cuenta de que puedes unirte a esas fuerzas supremas, hacerte uno con ellas, transformarte en la naturaleza activa de su acción y ver que todas tus facultades crecen y se avivan por multiplicidades divinas; sentirías que estas multiplicidades se mantienen y crecen en ti todos los días, porque la impresión que habían transmitido a tu ser los principios de vida las atraería cada vez más y, al final, estos principios no harían en realidad más que atraerse ellos mismos en ti, puesto que te habrían asimilado a ellos.

Podrías, por tanto, hacerte una idea de los futuros placeres, cuyas primicias estarías ya saboreando. Tendrías deliciosos presentimientos de que, gracias a los favores misericordiosos del que te ha creado y quiere regenerarte, tu entrada en la vida está como garantizada por él y tú puedes decir, con una santa seguridad inspirada por él: no se me ha dado mi alma en vano; se ha dignado hacer que renazca, para aplicarla a la obra activa a la que mi sublime emanación me daba derecho a aspirar y me promete además hacerme recoger algún día los frutos del campo, que él mismo ha querido cultivar por mis manos. ¡Que este Dios de todo poder y de todo consuelo sea por siempre honrado por los hombres, como debería ser y como sería si fuese mejor conocido!

Por tanto, ya podemos captar los bienes que se nos han prometido si seguimos manteniendo en nosotros ese espíritu de dolor o, mejor aún, el dolor del espíritu, o sea, esa amargura penetrante que tiene el medicamento espiritual por el que debe comenzar toda nuestra obra, porque no debemos olvidar que estamos todavía en el desierto y que no vislumbramos la tierra prometida nada más que por los relatos y las imágenes que nos ofrecen los fieles enviados que la han recorrido y, si resulta ser un consuelo para nosotros tener que esperar una herencia tan magnífica, no debemos perder de vista el único camino que puede llevarnos a ella.

No dejemos de decirnos unos a otros: la medicina espiritual quiere devolvernos la salud y la vida; el Dios universal quiere pasar todo entero a través de nuestro ser para llegar hasta el amigo que nos acompaña; quiere pasar como doliente, antes de hacerlo en su gloria, y quiere romper los vínculos que nos tienen encadenados en la caverna de los leones y de las bestias feroces y venenosas y quiere regenerar nuestra palabra, por la impresión de su propia palabra, y quiere fundar en nuestra alma su propia iglesia, para que las puertas del infierno no prevalezcan jamás contra ella, y quiere unirse a nosotros para realizar con nosotros una generación espiritual, cuyos frutos sean tan copiosos como las estrellas del firmamento y puedan, como ellas, hacer que brille su luz en todo el universo. Y todos estos bienes que quiere facilitarnos quiere realizarlos en nosotros por la anunciación de su ángel y por la santa concepción de su espíritu, puesto que ésa es la meta final de todas sus manifestaciones. Alabémoslo en la magnificencia de sus maravillas y en la abundancia de sus tesoros, pero dediquemos nuestro pensamiento al camino y a seguir nuestro recorrido, para que estas santas meditaciones nos sirvan para mitigar las fatigas del viaje y no para detenernos.

9

¿Cómo podríamos dejar de abrigar dentro de nosotros el espíritu de dolor o, mejor dicho, el dolor del espíritu, cuando consideramos el camino temporal y espiritual del hombre sobre la tierra?

El hombre está concebido no sólo en el pecado, como decía David de sí mismo, sino que, además, está concebido por el pecado, en vista de las tenebrosas iniquidades de los que lo engendran. Esas iniquidades tenebrosas van a influir en él en lo corporal y en lo espiritual, hasta su nacimiento. Nace y empieza a recibir por dentro la leche contaminada con estas mismas iniquidades y, por fuera, mil tratos torpes que acaban deformando su cuerpo, incluso antes de que termine de formarse. Ideas depravadas, lenguas falsas y corrompidas asaltan todas sus facultades y las espían a su paso, para infectarlas tan pronto como él las manifieste por el menor de sus órganos.

Viciado así en su cuerpo y en su espíritu, incluso antes de haber empezado a utilizarlos, va a entrar bajo la falsa administración de quienes lo rodean en su primera edad, que sembrarán con abundancia gérmenes envenenados en esta tierra ya envenenada de por sí y lo alabarán si produce frutos parecidos, en este ambiente desordenado que se ha convertido en su elemento natural.

La adolescencia y la juventud no van a ser más que un desarrollo sucesivo de todos estos gérmenes. Un régimen físico, casi siempre contrario a la naturaleza, va a seguir imponiendo a contrapelo el principio de su vida. Un régimen moral que destruye toda moral va a seguir perjudicando aún más a su ser interior y desviándolo de su línea, hasta tal punto que ni siquiera creará que hay para él una línea a seguir. Su espíritu rechazará doctrinas de todo tipo por sus contradicciones o porque no le sirven nada más que para inducirlo a error. Absorberán su tiempo actividades ilusorias y le ocultarán en todo momento su verdadera ocupación.

Así es como, en medio de una tormenta perpetua, llega al final de su vida y allí, para acabar de poner el sello definitivo en el decreto que lo ha condenado a venir a este valle de lágrimas, se ve atormentado su cuerpo por los procedimientos de una medicina ignorante y su espíritu, por torpes consejos, mientras que, en esos momentos peligrosos, este espíritu no pretende nada más que entrar en su camino y tal vez sienta en secreto todo el dolor de verse apartado de él.

Cuando se piensa que todos nosotros estamos compuestos por estos mismos elementos, dirigidos por estas mismas leyes, alimentados por estos mismos desórdenes y estos mismos errores, que todos estamos inmolados por los mismos tiranos y que, al mismo tiempo, inmolamos a nuestros semejantes con estas mismas armas envenenadas; cuando, finalmente, se piensa que esta atmósfera nos rodea y se introduce en nosotros, nos da miedo de respirar, nos da miedo de mirar, nos da miedo de movernos, nos da miedo de sentir.

¿Qué es lo que puede pasar si se penetra en el hombre interior y espiritual y se reflexiona en los peligros que lo amenazan y que son incomparablemente más terribles que los que puede temer por parte de los hombres y de los desórdenes del mundo? Entonces es cuando siente la necesidad de que su espíritu lo arroje al desierto, es decir, de rectificar en sí todas las deformidades que la torpeza de los hombres y sus propios desvarios han sembrado en su ser, para que, cuando se haya liberado por completo de este régimen ilusorio, pueda dedicarse de lleno al combate del espíritu, que no empieza aquí abajo para los que se han dedicado al torrente, porque están arrastrados lejos del desierto y no saben ni siquiera que hay

que reñir una batalla. ¡Además, se ve en este artículo cuántos hombres pasan sus días con toda tranquilidad!

Pero el que ha sentido el aguijón del deseo se lanza con valor a esta carrera en la que va a verse rodeado de peligros y de fuerzas enemigas que lo van a asaltar día y noche. El ardor de la victoria no le deja ver la magnitud del peligro y de las fatigas. Está decidido a todo, porque sabe que las recompensas que le esperan lo abarcan todo. Por tanto, debe contar con que, al entrar en este desierto, se ven sometidas a prueba todas las facultades de su ser y con que no tiene ni una sola facultad, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma y en su espíritu, que no deba sudar sangre y empapar las diferentes tierras a las que pertenecen estas diferentes facultades. Y esto sucede continuamente, hasta el día de la sepultura, porque, mientras permanezca en esta tierra de dolor, está en el reino de la mentira y el que domina en él no olvida nada para hacer que prospere su imperio.

Por eso es por lo que no debemos meditar nada más que mientras vamos caminando y siguiendo nuestro camino, en las maravillas que el Señor quiere hacer que brillen de vez en cuando en nuestras tinieblas; pero, sin una vigilancia muy estricta, incluso estas maravillas pueden ser funestas para nosotros, dado que el enemigo tiene poder para adueñarse de ellas y utilizarlas para su gloria, cuando no tenemos la prudencia de emplearlas para importunarlo: misterio de iniquidad que tiene medio inundada la tierra.

Pero, mientras tanto, una vez advertidos, como estamos nosotros, abramos también nuestros corazones a la esperanza y a la alegría y confiemos en que la misma mano que nos ha empujado al desierto, la misma mano que nos ha elegido para servir de cimientos para su iglesia, la misma mano que ha hecho que se produzca en nosotros una idea espiritual, nos acompañará en la prueba y no permitirá que el enemigo altere ni mancille en modo alguno los placeres que nos tiene reservados. Y estos placeres deben ser tan incalculables como lo son para nosotros los peligros y las fatigas de la prueba que tenemos que sufrir y deben ser algo más que su compensación, ya que la misericordia está siempre por encima de la justicia.

Además, todas las facultades de nuestro ser, después de haber vertido sudor de sangre, deben verter sudor de alegría y de placer: no hay ni una sola de nuestras fibras que no deba convertirse en uno de los torrentes de la vida y recibir ininterrumpidamente una acumulación de tesoros que establezca nuestra morada en medio de estas multiplicidades de luces, de estas multiplicidades de confianza, de estas multiplicidades de valor, de estas multiplicidades de esperanzas y de consuelo que ya hemos tenido oportunidad de describir y que nunca recordaremos demasiado para fortalecer la fe del débil e incluso para mantenerla en el que no es tan débil.

¿Por qué razón se nos han de dar tan grandes bienes? Porque es así como se da a conocer la medida suprema, cuando la hemos dejado que se adueñe de todas las medidas que hay en nosotros; porque esta medida, que es la vida por esencia, no puede comunicar ninguna otra impresión a los que se acercan a ella; porque esta medida no pretende más que llegar a la unidad de nuestro centro, para gobernarlo mediante la misma acción por la que ella se gobierna y llevarlo con ella continuamente en la identidad de su movimiento. Ésa es la suerte que está reservada a los que hayan querido comer el verbo.

10

Ha llegado el momento del nacimiento. Las fuerzas superiores, después de haber formado en nosotros, por el espíritu, la concepción de nuestro hijo espiritual, han decretado por su sabiduría que ha llegado el momento de darle el día. Vamos a salir, por tanto, de estos abismos en los que hemos estado habitando, a los que el santo por excelencia no ha tenido miedo a bajar personalmente y a los que no tiene miedo a bajar todos los días para arrancarle sus víctimas y para liberar a los esclavos. Vamos a recibir, en el nuevo ambiente al que llegamos, unas muestras de cariño más vivas y más dulces que las de esta región tenebrosa de la que salimos y que, desde ese momento, consideramos como muerte.

Sin embargo, no tendremos conocimientos mucho más amplios o, mejor dicho, no recibiremos la luz en todas las ayudas de la vida, sin poder contemplar su origen y, mucho menos, sin poder apoderarnos de ella, lo mismo que el niño disfruta de todos los bienes que sus padres y sus guías le proporcionan, sin que pueda darse cuenta de la forma en que se le prodigan todos estos beneficios.

Desconfía, por tanto, hombre, de esas luces precoces que te llegan sobre la naturaleza del ser que quiere gobernarte sin que te des cuenta. Es el Dios desconocido y quiere caer sobre ti, lo mismo que cae el sol sobre las humildes plantas y, cuando venga a ti con unos rayos tan brillantes y potentes que nos deslumbren, diles: me asombráis, me dais luz; pero, desde el momento en que puedo veros, no sois mi Dios, sino sólo una imagen de él. Mi Dios está aún por encima de vosotros, porque su acción debe ser eternamente para mí una sorpresa y un milagro, sin el cual yo no sería su hijo. Diles que quieres estar siempre y exclusivamente en manos de este Dios desconocido que se acerca a ti en secreto y te levanta para hacer que vuelas seguro por encima de los abismos y colmarte de alegrías y consuelos mayores que si todos los tesoros de los cielos estuviesen abiertos ante tus ojos. Ése es el verdadero renacimiento, ése es el hijo querido que acaba de recibir el día.

Tiembla. Herodes. Tu trono está amenazado. Acaba de nacer un rey de los judíos. Los pastores han oído a los ángeles que cantaban el nacimiento de este hijo del hombre; los magos han visto su estrella en Oriente y vienen a visitarlo y ofrecerle su oro y su incienso. Por más que extermines a los hijos de Raquel para tranquilizar tus temores, este hijo es un niño que no se extermina por la mano del hombre, ya que no ha nacido de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre ni de la voluntad de la sangre, sino que ha nacido de Dios. Por tanto, el Dios que lo ha formado sabrá vigilar sus días y hará que se refugie en Egipto, hasta que haya pasado el tiempo de tu furia y haya llegado el momento de la gloria de su hijo.

Y tú, hombre, no te ofendas al ver que naces en un establo y entre animales, porque no naces más que en la humillación, mientras que antes existías en los abismos. Estos animales van a hacer por ti lo que tú deberías haber hecho por ellos si hubieses conservado tus derechos: van a calentarte con su aliento, como tú deberías haberlos calentado con tu espíritu y haberlos conservado por su carácter y sus formas primitivas. Pero hoy día es tu forma la que te conserva, mientras que en otro tiempo tú habrías debido conservar tu forma. Irás pronto al templo para recibir la circuncisión y Simeón cantará el cántico de alegría al tomarte en sus brazos diciendo que tú eres un niño nacido para la salvación y para la ruina de muchos.

Se nos da poca instrucción sobre los cuidados que se deben prestar a la infancia. Sin embargo, hombre, este tiempo va a ser para tu hijo el más precioso de su vida, porque tú vas a ser, al mismo tiempo, tu hijo, tu padre, tu madre, todos tus servidores dedicados al más sublime de todos los trabajos. Que este hijo recién nacido se convierta para ti en el objeto de tus cuidados más constantes. Este hijo es amor y es amor Divino y todas las luces que se desarrollen en él no le llegan si no es por este mismo camino o, yo me atrevería a decir, por su nombre. Será una forma de hacerlo hombre en una época en la que tantos hombres no sólo son todavía niños o no han nacido todavía, sino que ni siquiera están aún concebidos, sin contar los que nacen por aborto ni los que han muerto después de mucho tiempo por otros mil accidentes, aunque los veas que caminan delante de ti, que están bien y que realizan perfectamente todas las funciones visibles del hombre.

Pero no olvides que este hijo es también el hijo del dolor, el segundo nacido de Raquel, que ha costado la vida a su madre, que es el único de los doce jefes de tribu que ha nacido en la tierra prometida y ha nacido después de que su padre hubiese ofrecido un sacrificio al Señor y le hubiese levantado un altar en Betel.

Si quieres conservar ese precioso vástago, aliméntalo todos los días con los mismos elementos que le han dado el nacimiento; haz que en todo momento vaya cayendo sobre él la sangre de la alianza que debe protegerlo de la espada del ángel exterminador. Es más, haz que penetre

continuamente en sus venas esta misma sangre de la alianza que debe dar la muerte a todos los egipcios y ha de ponerlo en situación de saquear un día los vasos de oro y plata con los que celebran festines de iniquidad. Deja que entre en sus venas esta sangre corrosiva, que no se permitirá el descanso sin haber terminado hasta con el mínimo vestigio del pecado. Verás entonces que los miembros de tu hijo van adquiriendo fuerza y consistencia.

¿Y por qué acumula esta sangre la vida así en los miembros de tu hijo? Porque es la sangre del dolor y no hay dolor sin vida, puesto que es una contracción de la muerte contra la vida y de la vida contra la muerte. Ésa es la razón de que cuanto más dolores haya también haya más vida y de que esta sangre de la alianza sea tan dolorosa, porque está compuesta de tinieblas y de luz, de corrupción y salud, de la naturaleza de la Divinidad, del tiempo y de la eternidad.

Haz, por tanto, que caiga en grandes gotas sobre tu hijo esta sangre de dolor; báñalo en este mar de dolor, que es el único que puede darle el sentimiento y hacer que lo conserve. Que se quede en él más tiempo que Jonás en la ballena, más tiempo que Moisés en la montaña, más tiempo que el arco sobre las aguas del diluvio, más tiempo que los hebreos en el desierto, más tiempo que todos estos hebreos en todos sus cautiverios. Que se quede allí durante toda su vida terrestre, porque sólo de esta manera la sangre depositará en su corazón, en sus huesos, en su médula, en sus venas, en todas las fibras de su ser, el elemento sacerdotal de donde deben nacer para él la lanza y la espada. Que coma todos los días este pan sacerdotal y se embriague con el vino de la cólera del Señor.

Que pase los días y las noches en los desiertos, que la muerte de los leones sea como los juegos de su infancia y que se anuncie a primera hora del día como alguien temible para las naciones, teniendo en cuenta que ha comido durante todos los días de su vida el pan sacerdotal. Llegarán tiempos en los que el elemento sacerdotal que se deposite en él hará que florezca a su vez el

hisopo y el olivo, pues la sangre de la alianza se ha convertido en la sangre del dolor, únicamente para triunfar sobre la muerte y hacer que reine la vida.

Pero la lentitud del tiempo no debe hacer que no llegues a tu meta por impaciencia. Fíjate en la lentitud con que se forman las piedras de las canteras. Si no pasas del mismo modo una larga serie de periodos progresivos, no sentirás que se deposita en ti una gran cantidad de sustancias reales y que se consolida de forma adecuada para poder formar esta piedra angular de la iglesia. En estas sustancias, mezcladas y consolidadas de esta manera, se acumula el fuego de vida y, cuando tiene su medida completa, fermenta, produce una explosión que rompe sus barreras, se inflama y se hace para siempre inextinguible.

11

Cuando Dios ve que, al darnos a él, no guardamos nada para nosotros, nos da a cambio una chispa sagrada que, por sí sola, es millones de veces más que nuestro ser y nos enseña todo lo que hemos ganado con este cambio. Sí, nuestro Dios es un Dios efectivo y real y lo que hace en nosotros debe ser efectivo y real como él mismo. Por tanto, no es una esperanza engañosa la que nos promete hacer que sintamos físicamente la espada divina, el soplo divino, el fuego del santuario y el contacto vivo de la fuerza activa y alentadora. Y nosotros mismos no estamos más que en las sombras y en las figuras, hasta que se produzca en nosotros este movimiento sagrado y sensible, lo mismo que el fuego de los cuerpos es nulo, en cierto modo, hasta que entra en contacto y en conjunción con todos los puntos del aire libre y de la atmósfera viva que lo rodea.

Para poder poner el pie en la línea, tiene que haberse producido en nosotros este gran movimiento y, según lo que se nos haya prometido, debemos ver qué es lo que nos cuesta franquear la barrera. Hazte trizas, hazte girones, como si pasases por zarzas y espinos; pero el tesoro está al otro lado de la valla. Te quedarás sin él sí, para formar esta empresa, esperas a disfrutar de la tranquilidad y las comodidades de la vida, porque, si disfrutases de esta tranquilidad y estas comodidades, tendrías que olvidarte por completo de ellas para seguir adelante. ¿Cómo podrías soñar en apoyarte en ellas con esperanza, sin tenerlas todavía? Lo único que sabe hacer el enemigo es engañarte con sus recomendaciones ilusorias. En vez de discutir con él, sigue adelante sin decirle nada, porque, si lo escuchas, se aprovechará de ti hasta el fin de tu vida, con promesas halagadoras de situaciones más favorables que no llegarán jamás si no las creas tú mismo, es decir, si no las captas fuera de esta región de tinieblas.

A partir del momento en que se te presenten estas situaciones de aspecto favorable, el mismo enemigo, que se defiende, te pasará su factura y las irá reduciendo, hasta el punto de hacerlas casi inútiles, por no decir perjudiciales. Ya que te convierten en su esclavo y tributario, en vez de tener la libertad que habrías esperado; pero si creas esta situación fuera de la región de las tinieblas, no podrá imponerse el enemigo y ni siquiera se enterará de que existe tal situación y lo dejarás vagando por su abismo, sin que pueda darse cuenta ni de tus movimientos ni de tus éxitos.

No esperes, por tanto, que se produzca esta situación, si no es por tu valor y tu sacrificio. Son las únicas que pueden descubrirte los tesoros que te esperan, lo mismo que es un sol único el que produce los ricos colores del arco iris.

Pero no es precisamente que el enemigo reduzca, al pasarte su factura, las situaciones favorables que te haya hecho esperar durante mucho tiempo: cuando te vea decidido a avanzar, tratará de quitarte hasta las que tú disfrutabas de antemano, para ponerte más trabas. ¿No sabes que le pertenecen los reinos del mundo? Si no se los da por completo a los que lo adoran, por lo menos se los promete y no siempre se lo queda todo para él; pero se lo va quitando a los que no lo siguen, porque no debe sorprender que éstos, al no encontrarse bajo su influencia ni bajo la del mundo, que es una misma cosa, sean como extraños tanto a la una como a la otra y que el hecho de que se les quite esta influencia sea una gracia de lo alto. Es un indicio de su avance.

Amigo, es posible que te sorprendas de que te hable tan poco de las ciencias y te hable tanto de exhortación y advertencia. Se debe a que yo he sondeado la ciencia y he sondeado la exhortación. La ciencia es grande, es hija de la luz, es un fragmento vivo del sol eterno; pero no quiere conocer ningún otro órgano ni ningún otro camino más que el corazón del hombre. Cuando se ve

obligada a aparecer por otra Entrada, se considera prostituida y se escabulle en cuanto puede. Además, hombre, amigo mío, si se te hubiese comunicado el cuadro universal de la luz y la antorcha de todas las revelaciones pasadas, presentes y futuras, es posible que no hubieses dado un paso todavía, si no hubieses empezado por abrir tu alma al espíritu de la vida y a esta medicina activa de la que todo tu ser tiene necesidad en todo momento, y, por el contrario, si abres un instante tu alma a este espíritu de la vida, notarás que caminas con toda naturalidad por el sendero de la luz y de la ciencia.

Además, ¿quieres ver por ti mismo los efectos de esta ciencia tan respetable y lo poco que ha beneficiado a los hombres? ¡La tierra está llena de monumentos de esta ciencia Divina y de los inmensos progresos que no ha dejado de producir desde el principio del mundo! Todo está escrito, dicho, publicado. No hay aquí abajo ninguna profundidad que no haya sido sondeada, no hay secreto que no haya sido descubierto, ninguna luz que no se haya manifestado. Los hombres están saturados de tesoros de esta índole, están inundados, envueltos, abrumados con ellos, y, sin embargo, ¿qué camino ves tú que sigan en la carrera de la verdad y de la paz? Crean que su corazón está seguro, en cuanto su espíritu ve rayos de luz, y no piensan que, sin la medicina secreta y dolorosa, no hacen, con todas sus luces, más que lanzarse más a sabiendas al precipicio.

¿Quieres saber qué es lo que necesitan y lo que pueden esperar del camino, oculto y natural? Que una parte pueda destacar del promedio general y aportar a todo su ser este espíritu de medida, aplomo, equilibrio, exactitud, seguridad, certeza y confianza animada e irresistible, de la que es a la vez hogar, fuente, órgano, sello, carácter y el efecto continuo,

majestuoso, universal y triunfante. Procura llegar a este nivel, a la vez delicioso y santificante; procura que no haya en ti en lo sucesivo nada que tenga algo de ti, pues, cuanto más encuentre el ti esta parte imperceptible, que yo llamo medida, cosas que le pertenezcan, más lleno estarás de estas medidas tan saludables, cuya sola presencia puede marcar la fecha de tu regeneración.

Yo quisiera que ellos, mis hermanos desafortunados, me creyesen y podría presentarles, sobre este tema, verdades llenas de consuelo. Yo les diría: estáis viendo que vuestra lengua y vuestro paladar pueden distinguir los sabores y las diversas propiedades de las sales; estáis viendo que las sustancias alimenticias está sometidas a esta distinción de vuestro órgano material; estáis viendo que vuestra inteligencia tiene el discernimiento de los espíritus y que por ella podéis probarlos, verificarlos, saborearlos, y juzgarlos, y, si descendéis aún más al fondo de vosotros mismos, descubriréis que vuestro corazón tiene el discernimiento de las intenciones, de las facultades, de las obras y de los movimientos de vuestro mismo Dios y que sois el órgano sagrado al que él quiere dejar que pruebe todo lo que él se digna enviar desde su centro eterno. Con esta lengua invisible, aunque imperecedera, se pueden probar todas las sales Divinas que la sabiduría envía continuamente a la atmósfera del espíritu.

¡Ah, hombre! Purifica continuamente y sin descanso este órgano. Su utilización es tan dulce, la perspectiva que ofrece es tan sublime, que no sé cómo puedes permitir todavía que se cierren tus ojos, después de haber contemplado semejante maravilla. Por muy admirable que sea, dejaría de sorprenderte si recordases que toda la Divinidad entera debe traspasarnos por completo, tanto en el sufrimiento como en la gloria, ya que, si debe atravesarnos toda entera, no debe sorprendernos que estemos ordenados y formados para poder recibir su discernimiento. Aprende aquí, por tanto, a simplificar tus ideas sobre el carácter y el empleo del profeta, compara tu elección y todo su ser con este hijo que acaba de ser concebido en ti por el espíritu y con todos los demás tipos que has ido conociendo, pues debes esperar encontrar lo mismo en todos los pasos.

12

Como nuestro Dios es un ser efectivo, todo debe ser efectivo en el que se acerca a él, así como en lo que sale de él. Por eso, si lo hemos buscado con una penitencia efectiva, una humildad efectiva, un valor efectivo, no podemos dudar que venga a nosotros con poderes efectivos, con dones efectivos, y que imprima en nosotros testimonios efectivos de su interés y de su efectividad. Pensemos también que, si por esa influencia efectiva Divina nos encontramos en una nueva situación efectiva de alegría, de luces, de fuerzas, de virtudes, de fe, de piedad, de santidad y si finalmente nos encontramos efectivamente en una atmósfera realmente viva, podemos

esperar crear esa misma temperatura efectiva en todo lo que nos rodea, porque la efectividad verdadera y viva de nuestro Dios no pretende más que establecerse y difundirse, para que, siguiendo su deseo, todo esté lleno de él.

Cuando David escribió en el salmo ciento diez, versículo siete: las obras de sus manos no son otra cosa más que verdad y justicia, dijo más de lo que la inteligencia ordinaria puede captar en estas palabras y no hay posibilidad de comprenderlas efectivamente nada más que con la ayuda de esta influencia efectiva, para la cual todos hemos sido hechos y que nos es tan necesaria que no podemos renovarnos sin ella. Pero, además, desde que existe, debemos llenarnos de un ardor ilimitado para conseguir que penetre en nosotros en todo momento y que impregnemos con ella todas las obras de nuestras manos y todos los objetos de nuestras obras.

Sí, Dios de mi vida, tú me llamarás y yo te responderé inmolándote sacrificios efectivos, cuyos frutos y cuya recompensa serán vivir con tu espíritu, por tu espíritu y en tu espíritu. No quieres despreciar mi alma, por muy miserable que sea y por muy enferma que esté. Después de hacer que tome la medicina de amargura, harás que conozca también la medicina de la alegría y de dulcificación, y esta dulcificación consistirá en adueñarte de ella, en apremiarla por el impulso de tu mano en todos los movimientos que tenga que hacer y en no dejarla ni un instante sin ti.

Ven, humildad santa, ven a vivir en el sermón interior que oye mi alma todos los días dentro de ella misma, y une tu actividad a la palabra interior que me persigue, con el fin de que yo sea ininterrumpidamente un ser efectivo. Con tu mediación, el defensor Divino y universal se apoye en mí y me proteja de la cólera del Señor.

El hombre está tranquilo en medio de los abismos que lo rodean y se olvida de que sus enemigos son tan temibles que él no puede vencer ni el mínimo nivel de su poder sin que la propia fuerza Divina se ponga en movimiento y sin que cueste a Dios una actuación y un acto real de su fuerza y de toda su acción. El enemigo no ignora esta verdad y no se moverá mientras sigamos sin poner en juego nada más que nuestros poderes inferiores y propios del hombre tenebroso. Uno de sus grandes secretos está en abusar de los mortales con triunfos aparentes basados en plegarias débiles e ilusorias, que hacen que duerman el sueño de la muerte. Por eso es por lo que devora todos los días toda la tierra.

Pero, cuando tenemos la dicha de no apoyarnos en nuestras propias fuerzas y es, por fin, este ser poderoso el que personalmente actúa y opera, el enemigo tiembla y huye a sus antros oscuros, al no poder resistir la fuerza invencible del león de la tribu de Judá, al que el eterno ha jurado, por su nombre temible, que le sería dado todo imperio. Esta promesa categórica es la que asegura el triunfo por la sola presencia de este agente sagrado y hace

que el enemigo sienta la diferencia que hay entre la palabra de verdad y una palabra variable o falsa.

Este enemigo de toda verdad tiene poderes a sus órdenes, que envía por delante de él como espías cuando lo persiguen o lo atacan en su propio país. Tiene a sus órdenes perros y lobos, que observan si pueden devorar al caballero y a su montura y apoderarse después sin problemas de todo el aprisco; pero, en cuanto se dan cuenta o simplemente sienten al león de la tribu de Judá, huyen despavoridos, ya que este león de la tribu de Judá tiene armas afiladas a prueba de todo. Sus armas no tienen ni siquiera necesidad de moverse: al acercarse, tiembla todo ante él.

No busquemos otro jefe. ¿No es él quien ha llamado al alma del hombre y le ha dicho: sobre esta piedra edificaré mi iglesia? Pero nuestra alma abarca e impregna todo nuestro ser, lo mismo que el espíritu del Señor abarca e impregna todo el universo. Por eso, cada parte de nosotros, cada una de nuestras facultades, cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de nuestros movimientos pueden convertirse en otras tantas iglesias en las que se honre por siempre el nombre del Señor. Por eso es por lo que el nombre del Señor será alabado desde Oriente hasta Occidente, de Norte a Sur y en toda la superficie de la tierra. Esas serán las funciones de este recién nacido, al que el espíritu acaba de darle el día, pues su ministerio se propagará en el cuaternario, con lo que el hombre tendrá que dedicarse a las funciones Divinas en el ángulo de Oriente; a las funciones espirituales, en el ángulo del Norte; a las funciones de orden mixto, en el ángulo del Oeste, y a las funciones de la justicia, de la lucha y del juicio, en el ángulo del Sur. Después vuelve sobre sus pasos, para purificar y santificar de nuevo las regiones y hacerlas parte de sus triunfos, para venir a continuación a rendir homenaje al universo triunfante, sin el cual no habría ningún conquistador.

Pero, digámoslo una vez más, es en estas profundidades del alma humana en las que el arquitecto debe poner los cimientos de la iglesia y es preciso que lo haga con la carne, la sangre y la vida de nuestro verbo y de todo nuestro ser. Ese es el trabajo más duro de la regeneración, el que se realiza en esta sustancia íntima de nosotros mismos. En medio de los suplicios que puede sufrir nuestro cuerpo, podemos sufrir otro aún mayor en nuestra alma.

Eso es lo que sucedió al reparador que no pensaba en la muerte de su cuerpo cuando pedía que se alejase de él aquel cáliz. Finalmente, está ese combate del espíritu, ese dolor con el que no se puede comparar ningún otro dolor y que, por su propia grandeza, nos pone en la situación de soportar todos los demás con una especie de indiferencia.

Y, si estuviésemos completamente decididos a hacer que penetrase nuestro espíritu vivo en todas las subdivisiones y zonas de nuestro ser, para

llevarles la vida y el renacimiento, no tendríamos en cuenta para nada los males ordinarios a los que nos exponen nuestra naturaleza y nuestra vida temporal y no habría ya ningún dolor que pudiese compararse con el nuestro; pero, al mismo tiempo, ¿dónde estarían las alegrías que podrían finalmente compararse con las nuestras?

Conoceríamos con ello, en poco tiempo, toda nuestra historia. Nos enteraríamos de que nacemos en lo divino, que tomamos forma en el espíritu, que rectificamos la apariencia y que separamos la iniquidad y que estas cuatro grandes operaciones se realizan por la impresión de la fuerza, del amor y de la santidad sobre nuestro cuerpo, nuestro corazón y nuestra frente, todo bajo el aspecto del gran nombre central que planea por encima de nosotros, para vivificarnos, como vivifica a todos los seres cuyo centro único y universal es él por siempre.

13

Cuando el reparador fue a Betania para resucitar al hermano de Marta y María, que estaba muerto desde hacía cuatro días y olía mal, dijo con voz potente, al lado del sepulcro: Lázaro, levántate. Es a ti, alma humana, a quien se dirige la palabra, más aún que a aquel cadáver, que no era más que el símbolo del verdadero renacimiento, y es ahí también donde puedes encontrar un nuevo detalle de ese cuadro general cuyo tema eres tú y que abarca todo el conjunto de las cosas.

Si has comprendido de antemano que la anunciación del ángel puede repetirse para ti, lo mismo que la concepción y el nacimiento del hijo de la promesa, no te sorprenderá que la resurrección de Lázaro pueda repetirse también para ti, sino que también, por la misma razón, te das cuenta de que esta operación preliminar te resulta indispensable, puesto que llevas muerto cuatro días (tus cuatro grandes instituciones primitivas que ya no sabrías llenar) y puesto que difundes por todas partes la imperfección. La voz del reparador se acerca a tu sepulcro y te grita: Lázaro, levántate. No hagas como hicieron los judíos en el desierto. No endurezcas tu corazón ante esta voz y sal inmediatamente de tu féretro. No faltarán personas serviciales que te quiten las vendas. Recuerda después que, si se te ha dicho Lázaro, levántate, no ha sido nada más que para que, a tu vez, repitas voluntariamente a todas tus facultades dormidas Lázaro, levántate y para que esta palabra se extienda de forma continua por todas las partes de tu ser. Entonces es cuando podrás esperar sentarte a la mesa con el Señor.

Alma humana, recuerda que una tierra se enriquece con los frutos que produce, porque las semillas que recibe en su seno producen las plantas por los jugos que sacan de ella y que hacen que descienda sobre ella el rocío del cielo. Alma humana, más fecunda que la tierra corruptible en la que estás

aprisionada durante algún tiempo, tú puedes, más que ella, atraer y hacer que fluya sobre ti el rico y fecundo rocío. Esos son todos los tesoros que deben enriquecerte para siempre, ya que, si te dices con toda sinceridad Lázaro, levántate, puedes esperar que el consejo celeste venga a deliberar hasta tu propio seno y envíe después su palabra sagrada a todo tu ser, para hacer que se cumplan en él sus decretos y que lleguen en abundancia a todas sus sustancias elementales, espirituales y Divinas las santificaciones eternas que no pretenden más que borrar el tiempo (esa mancha que se ha echado sobre el cuadro de la vida) y que querrían que todo lo que existe tomase el nombre universal del anciano de los días, desaparecida esa imagen que se llama hoy.

Este es el nombre que han llevado todas las cosas antes de su materialización y éste mismo es el nombre que pretenden llevar de nuevo cuando se haya realizado la obra, para que la unidad esté completa en nosotros, no ya por leyes subdivididas, como las que constituyen, rigen, engendran y destruyen la naturaleza, sino por una plenitud de acción que se desarrolla incesantemente y sin el doloroso accidente de las contracciones y las resistencias.

Si el consejo celeste ha de deliberar hasta en nuestro propio seno, de ello sale para nosotros una ley poderosa que lleva en sí la impronta de un terror sano. No deberíamos permitirnos un acto ni un movimiento que no fuese consecuencia de una deliberación de este consejo celeste que el mismo Dios no teme en absoluto tener en nuestra alma. De esta forma, nuestras obras no deberían ser más que la realización viva y efectiva de un decreto Divino pronunciado en nosotros, lo mismo que nuestra existencia espiritual es la realización continua del nombre sagrado que nos ha producido y nos produce continuamente.

Hombre, si esta perspectiva te parece interesante, si te parece agradable vislumbrar al hombre bajo un día como éste, pon manos a la obra y que esta espera consoladora anime tus esfuerzos para que hagas nacer en ti una aurora tan bella, de tal magnificencia, que ningún cuadro podría dar una idea de ella y, al mismo tiempo, tan rica que, por más que te desprendieses continuamente de todo para ofrecerle tu ser en toda su sumisión y en toda su plenitud original, pensarías que aún no le habrías ofrecido nada en comparación con lo que ella puede ofrecerte.

Recuerda, una vez más, que todos los decretos de este consejo celeste no pueden tener como finalidad nada más que la paz, la gloria, la felicidad y la difusión del reino de la vida, por lo que, desde el momento en que el consejo celeste quiere pronunciar en ti tales decretos, cada uno de tus pasos y tus movimientos debe ser una victoria, una ejecución de algún juicio Divino, una liberación de algún esclavo y un crecimiento del reino de la luz, y todas estas obras son otros tantos himnos a la gloria del que ha venido a

deliberar en ti sobre ellas y a decretarlas y que quiere confiarte su realización para transmitirte por este medio chispas de esta alegría Divina e inmortal, que es el elemento primitivo de tu existencia. Anímate. La empresa requiere tus cuidados y tu atención; pero al cabo de poco tiempo te sentirás compensado de tus trabajos y te dirás: ¿Cómo no va a ser Dios un ser incomprendible, si veo que el hombre tiene también este privilegio y que, para que lo reconociesen sus semejantes cuando vuelve a su ley, haría falta que los cielos y la tierra se renovasen para ellos, sin lo cual no es a sus ojos más que una masa muda y sin valor?

Pero, si quieres instruirte aún mejor en tu ley, piensa cuál es la primera liberación de este gran consejo celeste que se produce en ti. La primera y, por así decirlo, continua liberación que se produce es que el Dios que te ha formado se convierte por ti en el Dios que sufre. Sí, Dios dice siempre: olvidemos mi gloria, para salvar al hombre; humillémonos, para levantarlo, y llevemos la carga que él ya no puede llevar por sí mismo.

Esta idea te enseñará que este decreto debe afectarte de una forma aún más directa, por lo que has de sentir que la deliberación de este gran consejo es que tú estés también en el sufrimiento y en el combate, si quieres alcanzar la victoria. Además, este decreto, tomado en su totalidad, se subdivide inmediatamente y se extiende a todos los aspectos de tu vida y de tu existencia. Piénsalo bien. No hay ni un instante en el que no se delibere en este gran consejo Divino que debes dedicarte por completo a la ley suprema de la que dependes, que debes ser puro, que debes ser humilde, que debes amar a tu hermano, que debes tener ambición por acumular todas las virtudes del espíritu y de la verdad y sembrar, al menos, el deseo de ellas en las almas de los que están en la indigencia. Así, pues, en cuanto te descuides un instante en la práctica de estas obligaciones, eres refractario a la ley, eres un prevaricador.

Piensa, alma mía, que es el mismo Dios el que llora en ti, para que tú puedas, por sus propios dolores, alcanzar los consuelos. Piensa que lloró antes de decir a Lázaro: levántate. Piensa que llora a cada momento en todo tu ser y que no pretende más que establecer su propio ayuno o su propia penitencia en tu centro elemental, en tu centro espiritual y en tu centro Divino. Si Dios llora en ti, ¿cómo te negarías a llorar con él, cómo te opondrías a dejar que circulen libremente por ti esos torrentes inflamados de la penitencia sagrada, en los que el amor eterno te invita a hacer tu morada con él, para que, a continuación, tú hagas también tu morada con él en el júbilo y en la vida? Actúa de tal manera que no seas más que dolor, suspiros y lamentaciones, porque ya sólo así podrás ser la imagen y semejanza de Dios.

¿Harás tú como aquellos habitantes de Babilonia que, irritados por las predicaciones de los dos testigos del Señor, los mataron e intercambiaron

presentes para felicitarse de haberse librado de aquellos hombres inoportunos? ¿No sabes que esos tres testigos resucitan al cabo de tres días y medio y que se toman las más terribles venganzas contra quienes los hayan despreciado y maltratado? No trates así a los testigos que te profetizan todo el día, pues, por más que los apartes de ti con desprecios, sólo lo conseguirás por un momento y no tardarán en volver con toda su fuerza a castigarte con todo el rigor de la justicia, cuya administración le ha confiado su maestro, que es el tuyo. Escucha con atención a estos testigos sagrados y actúa de tal manera que no oigas jamás otra voz que la de ellos, porque su voz es la del propio consejo celeste y Divino que quiere descender desde la morada de su gloria para venir a deliberar en ti y convertirte, si tú lo quieres, en una realización viva y continua de sus deliberaciones inefables.

14

¿Cuál es esta alma que parece tan contenta y llena de alegría? Es un alma que Dios acaba de visitar y a la que acaba de dejar las pruebas preciosas de su amor y de su riqueza. ¿Ves cómo rebosa de delicias y de abundancia? Es porque él se ha mantenido con ella fiel a la promesa que ha hecho de atender a quienes lo invocasen. Además, después de recibir estas riquezas, el alma va a imponer la justicia entre sus prevaricadores, va a restablecer el orden y la medida sobre la tierra, va a afiliarse a todas las sociedades espirituales que la reconozcan como uno de sus miembros, va a morar para siempre en el Este Divino, su primera patria, porque el Señor ha pronunciado sobre ella la palabra creadora que ha desarrollado a la vez todas las propiedades, todos los dones, todos los atributos de los que ella es el ensamblaje y el agente. Ha pasado por encima de ella su ojo vivificante y ella se ha visto regenerada en todo su ser, lo mismo que toda la naturaleza se regenera ante las miradas vivificantes del sol.

Eso es lo que el hombre puede esperar cuando persevera con constancia en su plegaria y cuando no se detiene en los impedimentos imaginarios que el enemigo le presenta continuamente como obstáculos insuperables. Una confianza firme en el fuego sagrado que nos anima, una confianza todavía más firme en el origen de donde procede este fuego, que no puede dejar de dirigir hacia él sus miradas, su calor y su luz, hacen que desaparezcan enseguida estos ataques débiles de nuestro enemigo, que no tienen fuerzas nada más que en nuestra pusilanimidad y en nuestra indecisión.

Pronto también viene el Dios de la vida a visitar nuestra alma y podemos decir con alegría: Dios vive en mí, Dios va a vivir en mi penitencia, va a vivir en mi humildad, va a vivir en mi valor, va a vivir en mi caridad, va a vivir en mi inteligencia, va a vivir en mi amor, va a vivir en todas mis virtudes, porque ha prometido que sería uno con nosotros tantas veces como

lo invoquemos en el nombre del que él nos ha enviado para que nos sirva de señal y de testimonio entre él y nosotros. Esta señal o este testimonio es eterno como el que nos lo ha enviado. Asimilémonos a esta señal y a este testimonio y participaremos de su Divina y santa seguridad y estaremos como él tan llenos de vida que quedarán lejos de nosotros la segunda y la primera muerte y nos serán completamente ajenas.

El enemigo trata muchas veces de infundirte una inseguridad, no para enriquecerte con la aparente sabiduría con que la tiñe, sino para detenerte en tu marcha, porque debe resultarle completamente contraria. Se trata de saber si debes atreverte a invocar el nombre del Señor y la señal que te ha enviado antes de haber disipado por completo todos los obstáculos que te rodean o si, para luchar contra estos mismos obstáculos, debes servirte del nombre del Señor y de todas las fuerzas que lleva consigo. El enemigo, que cree en la eficacia de estas armas, te insinúa continuamente que no eres lo suficientemente puro para utilizarlas y hasta se pone algunas veces en primera fila, bajo unos colores impresionantes, para acobardar tu valor y detener tus resoluciones. Otras veces, sabiendo que estás mal preparado, te sugiere que invoques el nombre del Señor, para, a la vista de los malos resultados, convencerte de que todavía no debes dedicarte a una empresa tan sublime y santa y que sería mejor que esperases otra oportunidad.

Ten cuidado con todas estas insinuaciones. Habría en ellas más pereza que virtud, más desconfianza que verdadero valor, más tinieblas que luz. Ante todo, llénate de la persuasión profunda de que la verdad se impone sobre la mentira, lo mismo que la vida se impone sobre la muerte; llénate de la persuasión profunda de que basta con que lleves una conducta regular y atenta, para que el enemigo no tenga sobre ti más que una influencia débil, si no encuentra base para consolidarse y aferrarse; llénate de la persuasión profunda de que la verdad se impone sobre la mentira, lo mismo que la vida se impone sobre la muerte; llénate de la profunda persuasión de que has nacido a la vida y no existes más que en la vida y por la vida y que debes volver a la vida. Finalmente, llénate de la persuasión profunda de que la vida universal y sagrada lo único que pretende en todo momento es reanimar todo tu ser y mantenerlo en la armonía activa y eficaz de todas las facultades que lo constituyen.

Lánzate después con valor al camino de la plegaria y de la súplica, sin pensar en los obstáculos que te hubiesen detenido, de no haber tenido esta precaución, ni pararte siquiera a analizarlo. Dirígete con ardor a los diferentes lugares de tus sacrificios. Implora al padre, invoca al padre, conjura al padre, únete al padre cuando quieras ofrecer el sacrificio en el altar eterno del que mana la fuente de la vida y de la existencia de todos los seres. Sírvete con confianza de su nombre, él mismo estará a medias contigo, puesto que tendrás la intención de difundir su propio remo y el enemigo no podrá oponerse a tu obra y se mantendrá a una distancia muy

grande. Será para esta obra y para tu sacrificio como un ser nulo y completamente extraño.

Cuando quieras ofrecer tu sacrificio en el altar de la regeneración espiritual para santificar tu ser, purificarlo y llenarlo con los tesoros del amor, implora el nombre del hijo y tu corazón se convertirá en una víctima de consuelos, de tal forma que no creará más ni siquiera en los poderes aflictivos de tu enemigo y sentirás que los vientos más favorables llevan suavemente tu barco por encima de las olas, sin la mínima sensación de peligro ni de escollos.

¿Quieres, por fin, ofrecer tu sacrificio en el altar de las poderosas virtudes del espíritu en el tiempo? Implora el nombre del espíritu, invoca el nombre del espíritu, conjura el nombre del espíritu, únete al nombre del espíritu y la naturaleza recuperará para ti su medida, su orden y su equilibrio y no verás alrededor de ti, en ti ni por encima de ti nada más que armonía, felicidad y perfección.

Si el enemigo se levanta envidioso de tus éxitos, habrás adquirido fuerzas para luchar contra él con más ventaja que si te hubieses quedado en esa timidez peligrosa que te sugería intencionadamente y entonces podrás utilizar con mayor provecho esos mismos nombres que deben, sin duda, protegerte tanto que pueden iluminarte y santificarte, ya que está escrito que el que invoque el nombre del Señor se salvará.

Confía en esta ley, que es infalible y que nunca debe estar de acuerdo con las prudencias ilusorias del enemigo. La única virtud que nos pide Dios es la

confianza, por lo que el único error que podríamos cometer con él es la timidez, la indolencia. Pero, además, desde el momento en que has tomado esta santa decisión y has preparado las armas sagradas, considérate enrolado en la milicia Divina y espiritual y piensa que la mínima negligencia puede hacerte indigno de llevar el nombre de soldado de la verdad; piensa que la mínima negligencia puede exponerte a tomar el nombre de Dios en vano, piensa, finalmente, que en lo sucesivo será para ti un crimen dejar en tan sólo una ocasión de ejercer tus santas funciones y dar un solo paso sin utilizar el nombre del Señor, porque está escrito: dichoso el que persevere hasta el fin.

No hay necesidad de ocultarte la enorme diferencia que debes encontrar en estas invocaciones distintas. No hay ninguna comparación entre el trabajo de conservación que tenemos que hacer y ese otro, por el cual la sabiduría se sirve de nosotros para restablecer el orden y la armonía en la clase elemental; no hay ninguna comparación entre ese trabajo y el que tenemos que hacer para unirnos a las funciones del espíritu; no hay ninguna comparación entre ese trabajo y el que tenemos que hacer para ir a

beber en las misma fuente Divina. Cuanto más nos preparamos, más suaves, simples y naturales nos parecen estos trabajos, lo que constituye una de las demostraciones más vivas de que hemos nacido para la paz y para la felicidad y de que las horribles revoluciones por las que pasamos en las diversas regiones de este mundo son todo lo contrario de lo que debería ocuparnos si estuviésemos en nuestra ley y disfrutando de los privilegios de nuestro destino primitivo.

Alma humana, sólo tu experiencia te dará más instrucción sobre todas estas doctrinas. Trata de elevarte en la región pura, simple y Divina. Procura quedarte en ella el tiempo suficiente para impregnarte de la influencia eterna y dulce que la llena y disfrutarás alegrías tan penetrantes y, al mismo tiempo, tan tranquilas y pacíficas, que todo el universo, a pesar de la belleza de sus leyes y de las fuerzas espirituales que lo rigen, te parecerá una especie de superposición extraña a la naturaleza Divina. Te darás cuenta de que no tienes necesidad de la presencia del espíritu para ser feliz cuando estés en presencia de Dios y que, por consiguiente, es Dios y no el Espíritu el que es tu fuente.

Y, cuando descendas de esta región suprema a la región del espíritu, sentirás una forma de ser de la que podría prescindir tu verdadera naturaleza y que no puede ni siquiera suavizarse, si no es considerando esta situación como una consecuencia de los decretos superiores que te aplican a una obra secundaria y que tienen derecho a emplearte como les plazca. Cuando descendas a la región elemental, tu situación te parecerá aún más extraña, con lo que puedes juzgar lo que será cuando descendas a la región tenebrosa.

Pon, sin embargo, en todas estas obras diferentes la sumisión más completa a las voluntades de quien te las envía. Procura o, mejor dicho, no olvides que debes realizarlas todas en su nombre y, si quieres conocer ahora un profundo secreto, no salgas jamás en pensamiento y en espíritu de esta región suprema. Une continuamente los tres nombres eternos y los que no salen jamás de su recinto Divino con los tres nombres Divinos temporales que dirigen las tres operaciones temporales. Este será el medio de ser como Dios en la eternidad y en el tiempo, a la vez. Lo que estoy proponiéndote tiene tan poco de imposible que puedes hacer en ti mismo la experiencia más segura, observando la semejanza que hay entre las facultades internas y externas de tu espíritu, tema que necesitaría toda una obra en exclusiva y que, por esta razón, no trataremos en este escrito.

15

Si el hombre está muerto en todas su facultades, no puede producirse ni un solo movimiento de su ser sin que se pronuncie en él esa palabra que ya hemos mencionado: Lázaro, levántate. Y, si el hombre quiere después

aumentar su inteligencia, verá que no es sólo sobre él sobre quien el reparador profiere continuamente esta palabra, sino también sobre todo el universo y sobre todas las partes del universo, pues no hay en él nada que no esté sumido en las tinieblas de la muerte y que no tenga sufrimiento, según el pasaje de la epístola de San Pablo a los Romanos, 8, 19-23.

Esta verdad que siente el alma, cuando se despoja de todo y se concentra. Le demuestra cuáles son las enormes consecuencias de la prevaricación y le hace conocer, por la experiencia de todos los momentos, que habitamos la tierra de la muerte y el dolor; pero siente, al mismo tiempo, que no hay para ella un instante en el que esta palabra de salvación no pueda verse seguida de una resurrección.

Jacob levantó un altar en Betel, después de luchar con el ángel; Moisés construyó un monumento de piedra después de pasar el mar Rojo; Josué hizo otro parecido después de cruzar el Jordán; David depositó el arca santa en la montaña de Sión, después de derrotar a los filisteos que se habían apoderado de ella, por lo que se ha hecho tan famosa esta montaña; la tierra prometida está casi toda ella llena de testimonios sagrados que dan pruebas del progreso del pueblo elegido y de los favores que han acompañado todos sus pasos.

Hombre elegido antes que Israel, fijate un poco en ti mismo, en la universalidad de los bienes que se te han prodigado y en los que puedes esperar cada vez más si perseveras, y verás que no se debería producir ni un solo movimiento en la más pequeña de tus facultades sin que éste terminase viendo que se levanta un altar al Señor y que todo tu ser es esa tierra prometida que debería estar llena de los monumentos de su gloria, de su amor, de su poder y de las conquistas que él querría en todo momento que ganases sobre los inicuos habitantes de esta tierra santa, a la que nunca deberían haberse acercado Sí, cada acto de la palabra sagrada querría erigir tantos altares en tu pensamiento, en tus deseos, en tu amor, en tu humildad, en tu fe, en tu valerosa actividad, en tu caridad, en tu inteligencia, hasta que no hubiese nada en ti que no estuviese dedicado a ofrecer sacrificios en honor del Señor, para que, al irradiar al Señor por todos los puntos de tu existencia purificada y santificada de este modo, todas las naciones te encontrasen siempre ocupado, como los levitas, en el mantenimiento del fuego sagrado y siempre dispuesto a recibir sus ofrendas y a hacer que lleguen sus plegarias hasta el trono del eterno.

Así es como la palabra Divina querría hacerse oír en todas las regiones del universo, repitiéndoles sin cesar por medio de tu voz: Lázaro, levántate, porque, si es la voz del hombre la que ha vertido el crimen y el veneno sobre el universo, es la voz del hombre la que debe llevarle la luz, la sabiduría, la medida y la armonía. Ése es el hombre nuevo, por el que suspira la Divinidad; ése es el hombre nuevo que hay que llamar de nuevo de todas las

lenguas, de todas las naciones, de todas las tribus, para que venga a adorar en Jerusalén; ése es el pueblo santo, ésa es la nación escogida, cuyos hijos deben tener, según los profetas, a las reinas por amas de leche y ha de ver a los reyes besar el polvo de sus pies. Isaías, 49, 23.

Hombres poco reflexivos, enseñáis que los hombres enemigos de la verdad vendrán a perseguir a los pueblos cristianos, lo mismo que en otros tiempos las naciones paganas vinieron a perseguir y atormentar al pueblo judío; pero ¿dónde están los pueblos cristianos para que se les pueda atacar físicamente? ¿Es en las circunscripciones locales en las que podéis establecer un nombre semejante? Vosotros mismos, que lleváis el nombre de cristianos, ¿cuáles son las partes de vuestro ser que merecen de verdad ese nombre? ¿No os dais cuenta de que ese pueblo elegido está diseminado por todas las subdivisiones de vuestra existencia corrompida y tenebrosa, lo mismo que el pueblo judío está subdividido bajo vuestros ojos entre los gentiles y entre todas las naciones bárbaras e impías que componen el globo? Pues lo mismo ocurre con el pueblo cristiano, que está diseminado por todas las regiones, por todos los climas, por todas las naciones, por todos los pueblos. Su fuerza está demasiado dividida para llegar a levantar la envidia de sus enemigos y éstos no perturban su paz, mientras no se les dé una disculpa y una ocasión para perseguirlo y atacarlo.

Haced la prueba vosotros mismos. Mientras dejéis que vuestro nombre de cristiano vaya degradándose y arrastrándose en la servidumbre y la ignominia por los diferentes pueblos que os tienen sometidos, os dejan tranquilos y no os piden nada, porque ya os han quitado todo y no tienen nada que buscar en vosotros; pero, si tratáis de unir por un momento vuestras fuerzas dispersas, si convocáis a este pueblo en todas las naciones y todas las tribus, veréis que rápidamente el enemigo se opone a esta unión y trata con todas sus fuerzas de obligaros a una nueva dispersión, porque ése es el único medio de establecer su reino y poder triunfar.

Debéis saber, por tanto, que ocurre lo mismo con el pueblo cristiano, considerado en todo su conjunto y como familia divina. Mientras esté disperso, como está, por todas las naciones, sufrirá servidumbres y sumisiones vergonzantes; pero no soportará los ataques personales de los enemigos, porque ahora no forma todo un cuerpo como pueblo. ¿No debe ser todo espíritu y vida en esta familia divina? ¿O es todo espíritu y vida en las circunscripciones locales de los pueblos que llevan en la tierra tan alto el nombre de cristianos? Enemigos visibles y humanos podrían atacar estas circunscripciones nominales y aparentes, sin atacar a la familia divina de los cristianos, que es espíritu y vida, y, por la misma razón, haría falta algo más que enemigos visibles y humanos para atacar a esta familia divina, que es espíritu y vida, si estuviese unida.

Esperad, por tanto, a que se colmen las medidas, esperad que llegue el momento de convocar, en todas las lenguas, en todas las naciones y en todas las tribus, a esta familia divina, dispersa hoy día por todos los pueblos. Cuando empiece esta congregación, el enemigo reunirá también sus fuerzas y no le faltarán órganos ni instrumentos que se conviertan en ministros de sus perversos proyectos. Entonces será cuando la familia divina de los cristianos tendrá verdaderos sufrimientos, porque tendrá que mantener violentos combates, en los que algunas veces parecerá vencida y en los que la gloria del enemigo se hinchará, hasta tal punto que creará que ha conseguido la victoria.

Pero la misma voz que haya congregado a esta familia divina de todas las lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, no dejará que perezca su

obra, porque será espíritu y vida, lo mismo que nuestro ser interior, en su cualidad de familia divina, particular, sería también sensiblemente para nosotros espíritu y vida, si tuviésemos más confianza en las fuerzas y en los medios eficaces que la sabiduría y la misericordia divinas no dejan de prodigarnos.

Esta voz suprema que habrá congregado a la familia divina de todas las lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, se pondrá ella misma a la cabeza de esta milicia santa y no permitirá que sea derrotada. Le comunicará su propia fuerza y romperá todas las trampas que le haya tendido el enemigo.

Confinará a todas estas naciones bárbaras en sus regiones, a las que regresarán cubiertas de vergüenza y confusión por haber creído que podrían apoderarse de la unidad. Al volver así a sus regiones, no volverán a encontrar allí a los diferentes miembros de esta familia divina que habían tenido tanto tiempo bajo el yugo y volverán contra ellas mismas todo el furor y la rabia que hubiesen querido descargar sobre sus víctimas y su presa.

Con independencia de las experiencias personales de todas estas verdades que puedas tener por ti misma, alma humana, se abren temporalmente ante ti caminos que sirven de preparación y encaminamiento para estas grandes sacudidas. Pero todavía no están en actividad y todo lo que pasa y ha pasado desde hace unos siglos por delante de tus ojos no te ofrece más que pueriles imágenes de lo que está reservado para los últimos tiempos. El enemigo no actúa nada más que mediante artimañas, trucos y subterfugios, porque la familia divina de los cristianos no está todavía congregada nada más que de una forma simbólica.

Cuando se congrese de verdad, el enemigo actuará abiertamente y todo tendrá actividad, tanto en el ataque como en la defensa. Prepárate siempre para lo que venga, como si tuviese que llegar ahora mismo, porque

no sabes la hora y esta hora puede llegar también a cada uno en particular desde el momento en que haya tomado la decisión sincera de reunir su propia familia. Además, el medio más eficaz de conseguir la mejor preparación es empezar por ser tú mismo tu prosélito predilecto y no descansar hasta que, por tu perseverancia, tu sacrificio y tus exhortaciones continuas, hayas logrado entrar en el seno de la iglesia y de la verdad.

16

Sembremos una semilla más y dejémosla crecer, lo mismo que hemos hecho con todas las semillas que hemos sembrado ya en este escrito. Después recogeremos los frutos y las cosechas, a medida que se nos vayan presentando. Esta semilla es el arca de la alianza. Ved los trabajos que ha soportado el pueblo judío para transportar el arca de la alianza a través de los desiertos, para cruzar las aguas del Jordán, para arrancarla de las manos de los pueblos impíos que se habían apoderado de ella y que habían querido ponerla entre sus ídolos, como uno más; pero observad, al mismo tiempo, con qué pruebas de alegría y de júbilo llevó David este arca a la montaña santa, en espera de que se construyese el templo del eterno.

Es necesario que esta obra santa se produzca en nosotros, para que podamos decir que estamos admitidos en la categoría de los sacrificadores del eterno. El arca santa está en cautividad en nosotros. Impíos, que no saben distinguir la luz de las tinieblas, la retienen en sus moradas de iniquidad, le hacen mil ultrajes, no se contentan con ponerla al mismo nivel de sus falsas divinidades y quieren que sirva de escarnio para ellas, quieren que sea su esclava, quieren que sea como si no fuese nada ante divinidades que no son más que la nada.

Es preciso que saquemos este arca santa de esas manos criminales que la ultrajan; es preciso que crucemos con ella los desiertos, en medio de los pueblos armados para atacarnos, y la conservemos en nuestro poder. Es preciso que la sintamos salir de debajo de los escombros que la sepultan y pasar a través del hombre viejo, haciéndole gritar de dolor, hasta que lo haya superado y se haya puesto de nuevo a flote por encima de él.

¿Ves a qué precio se puede conseguir de los cuerpos que la tenían encerrada ese aire activo que utiliza la física? Solamente violentándolos con cáusticos y librándolos de la putrefacción. Lo mismo ocurre con el hombre viejo, que debe quedar disuelto de una forma así de violenta por el mismo fuego sagrado que tiene enterrado en sí mismo y es preciso que, a cada grado que recorra este fuego para recuperar su libertad y su esplendor, disuelva, corra y pudra todas las sustancias heterogéneas que componen hoy en ti al hombre de tinieblas y al hombre de la muerte. Es preciso que estas mismas sustancias se descompongan y se deshagan cuando se les acerca este fuego sagrado, como le ocurrió al ídolo de Dagón con la presencia

del arca santa. Es preciso que los habitantes de Betsamés estén heridos de muerte para que se atrevan a mirar esta arca santa cuando la conduce así el Señor y que aterrorizados la envíen rápidamente a la villa de Cariatiarín. Es necesario que, cuando David la lleve desde Obededón hasta Sión, tengas siempre cerca de ti siete coros de música y que, cada seis pasos que den los que transporten el arca, inmoles víctimas.

Es preciso que hagas que entre así en la ciudad santa entre gritos de alegría y al son de las trompetas y que, cuando la hayas colocado en el lugar que tiene destinado, ofrezcas holocaustos en acción de gracias y bendigas al pueblo en el nombre del Señor de los ejércitos. No te detengas ni siquiera ante los desprecios de Mikal. Mikal comparte los sentimientos de Saúl, su padre, y será castigada con la esterilidad, del mismo modo que Saúl será privado del trono.

Recuerda ahora que, al ser tu palabra la imagen de la palabra eterna, no debe tener menos efecto que esta palabra divina, cuya imagen es. Recuerda que, cuando has pronunciado un decreto contra el enemigo, con toda la seguridad y toda la confianza de tus derechos sobre él, no puede dejar de verse cazado y arrojado a sus abismos, si sabes acompañar tu decisión de toda la tenacidad y la constancia. Piensa, pues, cómo van a difundirse y aumentar tus privilegios. Esta misma seguridad, esta misma garantía, esta misma tenacidad, que no es otra cosa más que el vivo sentimiento de la grandeza de tu ser nutrido e iluminado por la verdadera luz, debe seguirte en los demás detalles de tu obra y en las demás regiones de tu circunferencia.

Preséntate, pues, con la misma segundad en las regiones elementales. Deberás esperar a que la virtud que lleva consigo el arca santa haga que se separen las aguas delante de ti, para poder pasarlas sin peligro; a que haga que se convierta el rocío en maná saludable para alimentarte en tus necesidades; a que haga que mane agua de las rocas, para apagar tu sed, y a que haga que caiga el fuego del cielo sobre tus enemigos.

Preséntate con la misma seguridad a la región del espíritu y la virtud que va unida al arca santa te pondrá en contacto con los ministros del Señor que te

dirigirán en tus combates contra tus adversarios, te darán conocimiento de la tierra prometida, te instruirán en las leyes sagradas que tú deberás poner en práctica, si quieres conservar su posesión, y que, tanto de día como de noche, marcharán en tu presencia, para que no te apartes de los caminos del Señor.

Esta virtud que lleva consigo el arca santa te hará entrar en las asociaciones de los patriarcas y de los profetas, para que eleves tu pensamiento hasta las regiones divinas, superiores a esas regiones

imaginarias que te ves obligado a recorrer con tanto sacrificio. Te demostrarán con su ejemplo que la vida divina tiene como objeto animar tu alma y que es la morada más entrañable que puede tener. Lo verás por tus afectos particulares y también por la dulce paz y la seguridad celeste que verás que reina en toda su persona y comprenderás entonces que esta vida divina es nuestro verdadero elemento natural y que sólo en ella recibimos sin desorden, agitación ni trabajo, el maná verdadero que crea en nosotros la vida en toda su plenitud, al no tener que sufrir ninguna separación.

Preséntate, con la misma segundad, a la región divina y la virtud que va unida al arca santa hará que se te abran las puertas eternas y que descendan sobre ti chorros de esas influencias vivificantes de las que se llenan para siempre las moradas de la luz. Este arca santa será el primer receptáculo y hará que disfrutes de las promesas destinadas a los que hayan hecho un uso decidido de la medicina de amargura, del que depende nuestra renovación universal. Se convertirá en el órgano de los oráculos sagrados y bastará con que te pongas en su presencia para que los oigas, pues la voz de nuestro Dios es una voz viva, que no se interrumpe a partir del momento en que haya comenzado, y los sonidos de esta voz sólo pretenden llenar toda la universalidad con su dulzura encantadora y tan sin igual que no podemos concebirla mientras no haya adquirido por completo todo nuestro ser una sustancia nueva y no se haya transformado en todas sus partes en una especie de eco Divino.

Esta misma arca santa encargará al gran sacerdote de la orden de Melquisedec que te ponga él mismo los hábitos sacerdotales, después de bendecirlos, y te dé por su propia mano las órdenes santificantes, por medio de las cuales podrás, en su nombre, derramar consuelos en las almas, haciendo que, por tu proximidad, por tu verbo purificador y por la santidad de tus luces, se den cuenta de que pasamos en la esclavitud, las tinieblas y la muerte todos los momentos en que no estamos directamente en la atmósfera de Dios. Y tú serás en su mano como los soldados en mano de aquel centurión que dice a uno «ve» y va; «ven» y viene.

17

Este niño, anunciado en ti por el ángel, este niño, concebido en ti por la protección y la obra del espíritu, este niño, nacido de ti bajo los auspicios del eterno, este niño, digo yo, se acerca a la edad de doce años. Deja que sus padres terrestres sigan el camino de regreso, cuando van, siguiendo la costumbre, a celebrar la fiesta en Jerusalén, y él se queda en el templo, se sienta en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles, y todos los que lo escuchan quedan asombrados y encantados de su sabiduría y de sus respuestas.

Si cuidas con esmero la educación de este hijo recién nacido que se te ha otorgado, verás también que, a los pocos años, asombrará a los doctores que lo escuchen en ti en silencio y esos doctores serán las dudas que la materia y las tinieblas de los falsos educadores habían creado en tu seno; las insinuaciones continuas que el espíritu de mentira te había sugerido todos los días de tu vida, antes de que este recién nacido hubiese visto el día; pero, en cuanto dé sus primeros pasos en la sabiduría, cambiará en ti, con su doctrina y sus respuestas, todas las incertidumbres y todas las inquietudes con que te habías dejado llenar y que de inmediato se convirtieron para ti en sugerencias, en demostraciones, en convicciones

Transportará la unidad hasta ponerla delante de tus ojos, dentro de tu corazón, en tu espíritu, hasta en las últimas ramificaciones de tus facultades, y hará que la veas y la toques con los sentidos en todo lo que puede ser objeto de tus especulaciones y hasta te hará confesar que no conoces la medida ni la perfección, a no ser cuando esta unidad reina en las obras que contemplas, y que tú mismo no tenías problemas ni extralimitaciones, si no era porque esta unidad no había nacido todavía para ti y en ti.

Así, pues, todos estos doctores, que te habían seducido y extraviado, quedarán ellos mismos atónitos al ver el imperio de la palabra del hijo y el parecido que tiene la luz que él difunde con nuestra claridad natural. Todos los días descubrirán algo nuevo a la luz de esta antorcha que brillará ante ellos y tendrás el placer de ver pronto en ti mil pueblos que se convierten por sus discursos y sus instrucciones y se hacen sinceros adoradores de la verdad, hasta tal punto que no tardarás en ser, tú solo, una gran familia de fieles que no dejarán de elevar día y noche templos a la gloria del autor supremo, dominador y regulador de todo lo que existe.

No te sorprenderás de que este hijo querido dé pruebas de privilegios tan grandes, si piensas que, desde su nacimiento, no ha dejado de comer el verbo y que, por consiguiente, podrá hacer que lo coman, a su vez, todos los que presten oídos a sus palabras. No te sorprenderás de que te haga comerlo en abundancia, ya que este hijo querido será tú mismo y no tendrá más misión que la de convertir en ti todo lo que había dejado de ser tú.

Recuerda la ley de los hebreos del Levítico, 27, 28. Todo lo que se ha consagrado una vez al Señor será para él como si se tratase de algo muy santo. ¿Podía no estar consagrado al Señor este hijo querido, teniendo en cuenta que su concepción había sido anunciada por orden del Señor, que había sido concebido bajo la sombra y por obra del espíritu del Señor, que incluso había nacido bajo los auspicios y por el poder del Señor? ¿No estaba este hijo dedicado por naturaleza al Señor, lo mismo que, por naturaleza, un hijo está dedicado a su padre? El reparador no fue ofrecido en el templo y consagrado al Señor nada más que como hijo del hombre y como ser vestido

con el hábito del esclavo que viene a reclamar su liberación. Tu hijo, por el contrario, es el hijo de la mujer libre, es el hombre regenerado, es el niño espiritual nacido en la región del espíritu y de la vida y como tal ha sido presentado en el templo y consagrado al Señor por el derecho propio de su nacimiento, lo mismo que el verbo eterno está consagrado al anciano de días antes de la formación de los siglos, puesto que es este verbo el que ha formado los siglos.

De esta forma, el hijo amado que se te ha concedido no se ha presentado en los templos que no están contruidos más que por la mano de los hombres; no está consagrado en los altares figurativos y bajo los ojos de los sacerdotes que no reciben su carácter nada más que en lo temporal, pero, al estar consagrado a su padre Divino y bajo los ojos del sacerdote eterno que, al realizar su propia concepción, le ha impuesto las manos del espíritu, no es sorprendente que no haya tenido más alimento que el espíritu y el verbo, no es sorprendente que crezca en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres; no es sorprendente que todos los que lo oyen queden embelesados y admirados de su sabiduría y de sus respuestas.

Tú, que no eres más que su madre, estás afligida porque ha dejado que te vayas sola mientras él se quedaba en el templo, y te quejas a él de que lo has buscado tan disgustada; pero haz como María, escucha lo que él te contesta: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabiais que tengo que dedicarme a las cosas de mi padre?

Tú no comprendes mejor que María estas palabras; pero haz como ella, conserva todas estas cosas en tu corazón. Te enseñarán que lo que queda todavía de material en ti no puede comprender nada de las cosas del espíritu y que debe nacer de tu propio seno una luz, para la cual las tinieblas que te envuelven y te componen son extraordinariamente desconocidas mientras no haya llegado tu obra a la plenitud de su madurez. Notas una diferencia enorme entre tu existencia tenebrosa y ese hijo querido que te ha nacido, lo mismo que María no pudo ignorar las gracias divinas y los prodigios que acompañan al nacimiento de su hijo; pero tú no puedes tampoco, lo mismo que ella, concebir la marcha encubierta de este hijo del espíritu y es para ti un continuo misterio, hasta que haya seguido la serie de todas las manifestaciones a las que está destinado.

¿Sabes por qué? Porque nunca lo conocerás perfectamente, sino cuando él pueda decirte en voz alta: santo, santo, santo. Y aquí vamos a entrever un rayo de una luz nueva sobre la naturaleza del hombre, o sea, sobre la naturaleza del espíritu.

El hombre, o el espíritu, es el extracto activo de todas las fuerzas divinas, puesto que Dios está vivo, y este extracto activo de las fuerzas de Dios, como

ya hemos visto, es una palabra, puesto que Dios es la palabra eterna Pero Dios es santo, Dios es la eterna santidad que siempre se expresa por sí misma Por tanto, es preciso que el hombre, el espíritu o la palabra extraída de esta palabra eterna represente de forma activa su principio y que su existencia sea realmente la santidad pronunciada, de tal forma que Dios no produzca un solo ser fuera de su seno, sin hacer que se oiga fuera de él, únicamente por este acto, la palabra santo que se pronuncia eternamente en su centro divino.

Por eso el hombre, al recibir el nacimiento divino, hizo patente esta palabra celeste que produjo fuera de la santidad de Dios; por eso, cuando, después del crimen, la bondad soberana quiere regenerar al hombre, lo pone en situación de que pueda repetir de nuevo por su propia existencia ese testimonio vivo y expresivo del origen del que procede; pero, lo mismo que el hombre no pudo manifestar en principio este testimonio activo nada más que porque él era el extracto universal de los poderes y de la santidad Divina, no puede hoy recuperar ese privilegio sublime y hacer que se oiga de verdad en su plenitud el nombre de santo, nada más que cuando haya recuperado esa plenitud de relaciones espirituales y Divinas que le devuelven su primera naturaleza.

Por eso es por lo que este hijo querido que ha concebido en ti el espíritu y que te ha nacido no será verdaderamente conocido por ti y por todos los tuyos hasta que haya alcanzado de nuevo este complemento primitivo.

¿Quieres saber por qué el hombre no es otra cosa, por su origen, más que esta palabra santo pronunciada por obra de Dios? Para ello es necesario que

colabores conmigo, sin lo cual esta prueba seria inútil para ti. Trata, por tanto, de despojarte de todos estos impedimentos que te retienen en las tinieblas, vuelve, con tus trabajos y tus constantes plegarias, a tu sencillez original. Oirás que se pronuncia dentro de ti esta palabra: santo, santo, santo, y tendrás en ello un testimonio de que es verdad lo que te he expuesto. No te extrañe que tengas que seguir esta marcha para regresar a tu naturaleza primitiva. Del mismo modo que lo único que te ha separado de ella ha sido tu crimen, lo único que puede devolverte a ella es tu virtud, o sea, tu fidelidad a las gracias Divinas; pero, además, desde el momento en que, al volver a ella, encuentres dentro de ti esta palabra santo, tienes una demostración poderosa de que esta palabra que se ha pronunciado era en otro tiempo todo tu ser.

No quiero alterar este testimonio con otro más débil, sacado de los gritos naturales que dirige el hombre a su Dios cuando sufre y es desgraciado. No estarías en situación de tener tu experiencia con seres que estuviesen en su naturaleza y tampoco ves en tu entorno nada más que seres alterados y manipulados por la educación. Además, todos los males de

los que se quejan no son los que les presentan más impedimentos y ellos sólo piensan en librarse de sus verdaderos males, que son los únicos que les impiden conocer a su Dios verdadero y a reivindicarlo. Sin embargo, no dejes de prestar atención a lo que tu inteligencia pueda hacer que captés en la conducta del hombre más descentrado: siempre podrás encontrar en él una chispa de verdad. Además, si no encuentras, respecto a este tema, nada más que testimonios débiles en el hombre que sufre, los encontrarás más asombrosos e instructivos en el alma que disfruta y admira y yo te dejo el trabajo de recogerlos.

18

No me paro a observar la edad de doce años a la que el reparador hizo su aparición en el templo ni la relación que guarda este número con el número de la naturaleza, con el de la elección de las tribus, confirmada por la elección de los doce apóstoles y que culmina de cara al futuro con las predicciones del Apocalipsis.

Aquí vamos a considerar esta aparición en el templo como el primer grado de la obra del espíritu en nosotros, después de la cual ha concebido y realizado el nacimiento de nuestro hijo o del hombre nuevo.

Llegarán tiempos en que se cumpla la obra trina en este hombre nuevo; en el que la acción y el nombre del padre se comuniquen y se reúnan en este hombre nuevo, de tal forma que no ofrezcan a la vez, en todas las dimensiones de su ser, nada más que una acción única, un solo nombre, una sola obra, una sola multiplicación que ponga al hombre continuamente en medio de la atmósfera de la vida y lo haga tan temible para sus enemigos que huirán ante él, lo mismo que las tinieblas huyen delante del astro del día y van siempre ocultándose, como si estuviesen golpeadas por el terror de su fuerza y cegadas por el esplendor de su luz.

¡Dios de fuerza, Dios de vida, Dios de indulgencia! ¡Ayúdame a acelerar estos tiempos, tan propicios y favorables! Ayúdame por lo menos, para que no los retrase con mi desconfianza y mi desidia, ayúdame a preparar, con la actividad constante de mi penitencia, la huella sagrada de tu triple sello en toda mi persona, de ese triple sello, cuya unidad es el fuego que devora y consume todo lo que no ha nacido del espíritu, de ese triple sello que ya no abandona jamás al alma humana, una vez que ha grabado profundamente en ella sus caracteres vivificantes, de ese triple sello que transporta al instante al hombre, sacándolo fuera de esta esfera de inercia y hastío, en la que no nos alimentamos nada más que de la muerte, en vez de saborear las delicias inexplicables del lugar de paz del que hemos sacado el nacimiento. Y tú, sabiduría santa que deberías ser nuestro alimento de todas las horas y de todos los momentos, ven a poner tus manos benefactoras sobre estos signos sagrados que la bondad suprema se ha dignado unir al hombre. Que

tus manos sean como vendas que contienen y sujetan el bálsamo vivificante que se ha aplicado a mis heridas y que hagan que penetren sus fluidos y sus espíritus regeneradores hasta mis sustancias más corrompidas, para que lo poco de vida que queda en ellas recupere sus fuerzas y mis miembros recuperen su agilidad.

Sabiduría, sabiduría, el hombre no conoce lo suficiente tus propiedades esenciales. Sin ti, las virtudes Divinas le resultan inútiles y no impiden que se altere y se destruya, lo mismo que, sin el aire que pesa sobre el cuerpo, se separarían todas las virtudes que pesan sobre la naturaleza y las formas abocarían en su disolución. Hombre, te lo repito, dirige tus miradas, tus deseos, todos tus trabajos, hacia la reunión de este triple sello sobre ti y hacia la aplicación de la sabiduría sobre este triple sello. Para ti no habrá nada que no pueda abrir esta llave y nadie cerrará, y nada que tú no puedas cerrar y nadie abrirá, porque esta sabiduría hará de ti una imagen de la eternidad, envolviéndote en todas tus partes y haciéndote como una especie de esfera divina que, por su forma, será inaccesible e inalterable a todos los poderes de la ilusión.

En efecto, ¿por dónde podrían tus enemigos llegar a ti, si la santificación y la vida han destruido en ti todas las sustancias falsas sobre las que se habrían atrevido a ejercer sus derechos? ¿Por dónde podrían llegar a ti tus enemigos, si sientes que se mueve en ti la fuerza cuádruple del ser ordenador, santificador, dominador y conservador?

Pues el privilegio del gran nombre que se te ha dado consiste en abarcar así toda la circunferencia, esperando que abarque en principio tu primer corazón; después, tu cabeza; después, tu segundo corazón; después, toda tu persona, de la que hace también un cuaternario activo, cuyo centro es siempre él, y que es el tipo de cuaternario universal y, como lo único que desea es mantener todo tu ser en una actividad total, te pone en todos los momentos de tu vida en el caso de hacer que salgan de todas tus diversas facultades tantas palabras de orden y de regularidad, que hacen que el enemigo se ponga siempre a temblar en tu presencia.

Pero no olvides a qué precio puedes esperar conseguir semejantes privilegios y, para recordarte todos los días tu ley en este punto, piensa en lo que ordenaba la ley a los hebreos en cuanto a las cosas sometidas a la consagración del anatema, pues ahora ya no ignoras que la Biblia entera no tiene al hombre por objeto y que, por tanto, en realidad, la mejor traducción que pueda haber jamás de la Biblia es el hombre.

Recuerda, pues, que todo lo que estaba consagrado por el anatema debía estar sometido a una destrucción total (Levítico 27). Recuerda el ejemplo funesto que ofreció el pueblo hebreo de la justicia divina, por haber desobedecido la ley en la toma de Jericó (Josué 7). Recuerda que, como

Achan quiso, a pesar de la prohibición de Josué, reservar algunos efectos condenados en el anatema, el pueblo fue vencido por los habitantes de Haí, y no pudo alcanzar la victoria más que después de que el prevaricador hubiese sufrido su suplicio.

Debes saber que, a partir del crimen, todas las naciones paganas que componen tu existencia hoy día están condenadas al anatema: no sólo ellas, sino sus viviendas, sus posesiones, sus rebaños, sus vestidos, sus cosechas, sus ídolos y, en general, todo lo que les pertenece. El Señor, al enviarte por su gracia pura a la conquista de estos países y de estos pueblos, no te ha dejado ignorar esta ley del anatema, puesto que la tierra fue maldita después del pecado. Toda tu forma corporal representa esta tierra de maldición y todas las sustancias tenebrosas, engañosas e ilusorias que actúan en esta forma corporal representan todas las naciones impías que llenan la tierra de Canaán.

Eres tú quien debe ir a la conquista que se te ofrece, con la firme decisión de comportarte conforme a la ley que debe asegurar tus éxitos, ya que, si retienes una mínima parte del anatema, si no arrojas al fuego y a la destrucción todas las posesiones de los habitantes o, más aún, si no pasas por la espada a todos los habitantes, sin distinción de edad ni sexo, puedes estar seguro de que no sólo dejarás sin terminar tus santas empresas, sino que incluso los que habrías debido someter se convertirán en tus vencedores y señores y estarás continuamente expuesto a ser derribado por el enemigo, sometido a esclavitud y hasta exterminado, hasta que hayas confesado tu crimen, hasta que hayas declarado cuáles son las porciones del anatema que has reservado y hasta que la justicia haya conseguido la venganza más espectacular de tu prevaricación.

La ley del sino es infalible cuando viene a visitar a los que prevarican contra las ordenanzas sagradas del señor y contra las que el hombre de Dios puede pronunciar en el nombre de su dueño soberano y, si los ciegos hombres han introducido esta aplicación en sus juicios tenebrosos sobre las simples prevaricaciones inferiores, por lo menos nos han demostrado que habían conservado la idea de este terrible poder del sino, aunque no puedan hacer más que un uso falso y abusivo desde que no tienen su espíritu.

Piensa, pues, que esta ley del sino, administrada por el hombre de Dios, pone al espíritu en su camino directo, por medio del cual no puede dejar de guiar a este espíritu a su meta, como remedio poderoso que el sabio médico sabe aplicar correctamente, de tal modo que este remedio no deja de ir a buscar el mal en sus más profundos escondites, encontrarlo y atacarlo, por muy mezclado y combinado que esté dicho mal con las partes sanas. Esta ley del sino del espíritu está siempre activa en ti y no dejará de descubrir, ante todo, a cuál de tus tribus es a la que se le dejará que vaya a violar la ordenanza del anatema, como consecuencia de que es la familia de esta

tribu la que tiene al prevaricador y, finalmente, cuál es el miembro de esta familia que es el culpable. Esta investigación no terminará nunca para ti ni para ningún hombre y algún día, aún por llegar, serán llevados todos los prevaricadores al gran Valle de Achor con todo lo que conserven del anatema y allí serán lapidados por todo el pueblo.

19

Haced sitio al espíritu. ¿No veis cómo se apresura para hacerse un hueco entre la multitud? Es que tiene que hacer una obra tan importante y tiene tanto celo por ella que teme perder un instante. Además, tiene que recorrer un espacio tan grande que teme no llegar hasta el final antes de que se le acabe el tiempo que se le ha dado para esta obra. Es preciso que pase del lugar donde tiene su morada hasta las mayores profundidades del hombre. Sólo viene para colocar la palabra de la santidad, por la que el hombre verá que crecen en él, al mismo tiempo, las siete virtudes, que serán la siete columnas de este edificio construido sobre la roca viva, que debe ser la iglesia eterna de nuestro Dios.

¿Cómo va a derrumbarse esta iglesia? Sus siete columnas están íntimamente unidas en su base y en su punto más alto, al mismo tiempo. La base, las columnas y el punto más alto del edificio no son más que una sola cosa. Es imposible que no se mueva todo junto y que fuerza alguna pueda separar alguna vez la mínima partícula.

Base del edificio, contéplate, pues, con satisfacción y con placer. Dedicáte, sin descanso, a dejarte calar por el óleo de alegría que las siete columnas no dejan de hacer que lleguen a ti. Todos los frutos que produzcas propagarán la vida, la fuerza, la santidad. Es necesario que produzcas todos estos frutos

sin descanso, porque las siete columnas te aportan, sin descanso, la savia de reproducción, y que, sin descanso, el autor supremo de los seres reparta esta savia siempre nueva a estas siete columnas encargadas de transmitirtela. Aquí no ocurre como en la cultura terrestre, en la que el ciclo de los tiempos debe girar muchas veces sobre las sementeras de la tierra para poder compensar los cuidados del labrador. Es preciso que este ciclo de los tiempos sea para ti algo imperceptible y que en todo momento des prueba de tu fertilidad, porque en todo momento tu zona está amenazada por la penuria.

Haced sitio al espíritu. Viene a traer a la base del templo todos los medios necesarios para elevar a la categoría de morada su edificio y hacer que se mantenga intacto, a pesar de la envidia de los samaritanos, y hará que este templo se gane el respeto y la admiración de todos los pueblos. ¿Cómo podría producirse esta admiración y cómo podría ser tan majestuoso este edificio, si el propio arquitecto eterno no hubiese proporcionado sus

planos y diseñado su distribución y si no se generase continuamente de sus propios orígenes? Por eso es por lo que su espíritu viene a traer hasta nuestro centro más íntimo las palabras vivas que reaccionan mutuamente por sus diversos poderes y propiedades y hacen que salgan por sí mismas esta luz y esta vida que asegura una duración eterna a este templo que han construido con sus propias manos.

Sí, el corazón del hombre es un fuego en el que se precipitan y acumulan todas las palabras divinas y están en una fermentación continua. Esta fermentación de las palabras divinas en el hombre es la que, por su reacción mutua, produce el movimiento espiritual de nuestra alma y la protege del estado de muerte y estancamiento. Cualquiera que no haya sentido físicamente esta fermentación interior no puede tener todavía la mínima idea del origen del hombre ni, por consiguiente, de su renacimiento o del hombre nuevo, porque esta fermentación es el principio exclusivo y necesario para hacer que recuperemos la forma que hemos perdido y. si no tenemos la sensación viva y física de este principio, ¿cómo vamos a tener la sensación de los efectos que debe tener y de las obras que deberíamos producir, o sea, cómo podríamos cumplir nuestro destino?

Abramos nuestra alma a esta acumulación de palabras divinas en nosotros y no pongamos ningún obstáculo a su fermentación mutua, impidiendo que se nos acerquen y produzcan su reacción física en nosotros, si queremos que nuestras palabras adquieran, a su vez, algunas propiedades físicas. Recojamos con meticulosidad los mínimos resultados de esta fermentación de las palabras divinas en nosotros, porque que es así como ellas han formado el mundo, porque es así como ellas lo mantienen y generan continuamente la existencia de la obra que han producido, y porque es así como han formado nuestra alma y quieren formarla de nuevo hoy día, ya que, si los caminos de la sabiduría tienen una constancia y una uniformidad tan sublimes, es sólo para que el hombre tenga más facilidad para encontrarlos de nuevo cuando se ha desviado de ellos y para que, desde el mismo seno de las tinieblas, pueda recuperar algunas visiones de conjunto certeras y positivas sobre leyes que jamás habría debido olvidar.

Hemos visto más arriba la lentitud con que se acoplan los diferentes sedimentos de la tierra para formar la roca viva y las masas de piedra; pero vemos también la utilidad tan grande que tienen para nosotros estas sustancias sólidas que sacamos del seno de las rocas. Dejemos, dejemos también que se acumulen en nosotros con un respetuoso y prudente deseo, las influencias vivas y los sedimentos espirituales que deposita la verdad todos los días dentro de nosotros. No sólo podremos algún día extraer piedras vivas que sirvan de cimientos para nuestros edificios de cualquier tipo, no sólo haremos con ellas murallas para nuestras fortalezas, no sólo podremos hacer con ellas palacios y Templos, sino que podremos construir también largos acueductos que lleven el agua desde los sitios más lejanos a

los lugares estériles, con el fin de restablecer en ellos la vida y la vegetación. Finalmente, podremos hacer puentes sólidos y amplios que nos ayudarán a cruzar con toda seguridad los ríos y torrentes, pues el Dios de los seres no busca otra cosa más que poner en práctica en nosotros todas las leyes vivas, de las que la naturaleza y el tiempo no dejan de presentarnos imágenes pasajeras y materiales.

¿No dejó el mismo reparador que se acumulasen en él, con paciencia y con tranquilidad, todas estas sustancias puras y saludables que la sabiduría eterna hacía que se depositasen sucesivamente dentro de él, y por las que él debía algún día encontrar en sí, cuando se hubiesen llenado las medidas, todo lo que fuese necesario para el beneficio de la posteridad humana, para defenderla de sus enemigos, para cegar los pozos del abismo, para formar la clave de la bóveda del templo, para construirnos a todos una fortaleza impenetrable y un templo que jamás se altere con el tiempo? Y esos días de oscuridad del reparador se emplearon en hacer estas preparaciones tan útiles, cuyos resultados debían propagarse más allá de los siglos.

Son estos tiempos silenciosos y regidos por la prudencia y el aislamiento los que preparan al hombre para cumplir algún día su misión con éxito, para la gloria de su señor, para beneficio de sus propios hermanos y para el progreso del reino del Señor, llenándose así día a día de las fuerzas necesarias para ir a atacar a los enemigos de la verdad y arrojarlos a sus precipicios tenebrosos. Por eso San Lucas nos dice que el reparador, esperando la hora de la consumación, pasaba sus días dedicándose a la oración en el desierto. Además, Moisés, que debe considerarse como uno de los precursores de este reparador Divino, pasaba sus días en el desierto de Madián, hasta el momento en que recibió del Señor la orden de ir a liberar a sus hermanos y de pedir al Faraón que dejase salir libremente al pueblo de Dios, para que pudiese ofrecer sus sacrificios al Eterno.

20

Si todas estas fuerzas divinas se transformasen en otros tantos verbos ardientes y en otros tantos instrumentos agudos y penetrantes que, todos al mismo tiempo, rompiesen las diversas ataduras que retienen a nuestro ser pensante y le devolviesen su libertad y toda su sensibilidad Divina, ¿qué lengua podría entonces manifestar nuestra maravillosa situación? Eso es lo que podemos esperar de nuestro renacimiento, si somos lo suficientemente perseverantes para perseguirlo con una actividad constante, ya que, cuando menos lo esperemos, llegará nuestra hora espiritual y hará que conozcamos, como por sorpresa, este estado delicioso del hombre nuevo.

Entre los de esta clase se elige a los que están destinados a administrar las santificaciones del Señor. Es de lo alto de donde descienden físicamente sobre ellos las influencias purificantes y fortificantes que en su mano se convierten en un cayado firme, más fuerte que la maza de los héroes de la

fábula, más alto que el más alto de los cedros del Líbano y con el que pueden franquear sin peligro toda la inmensidad de los mares.

Las influencias de la región inferior están lejos de tener una propiedad semejante. Lo único que se levanta así de la región inferior es la influencia corrompida y lo hace por nuestra falta de cuidado, más que por una orden recibida de arriba, que algunas veces envían para probarnos. Sólo se nos presenta bajo formas irregulares y colores monstruosos. Ni siquiera se mantienen las formas que toma y no hacen más que deformarse continuamente, porque no tiene el principio de las formas regulares y se manifiesta como por sorpresa y como aprovechando algún resquicio que hayamos dejado abierto. Suele hacerlo más durante la oración que en otras ocasiones, porque entonces abrimos más puertas que en otras ocasiones y, sin embargo, no ponemos más atención que en condiciones normales ni la precaución de poner centinelas en todas las puertas que abrimos.

Pero, en el momento en que se manifiesta así, de improviso, no se queda inmóvil ni un instante y parece sorprendida, como un ladrón que ha entrado en una casa que encuentra abierta y que, sobre todo, está nervioso e inquieto por si lo ve alguien, tratando de descubrir la distribución de la casa, y está como deslumbrado por los diversos objetos que ve y que son una tentación para su codicia, más aún por no estar acostumbrado a encontrarse en lugares semejantes ni a disfrutar de tales riquezas. Si no se tiene el cuidado de rechazar esta influencia con decisión tan pronto como aparece, ella va siguiendo sus propósitos criminales y puede llegar finalmente a apoderarse de toda la casa y a ahuyentar a su propietario.

Pero si se pone uno lo antes posible a desconcertarla en sus proyectos, huye inmediatamente a sus abismos o se altera, cambia y se descompone su forma con más o menos rapidez, con más o menos diferencia, dependiendo de que nosotros pongamos más o menos fuerza, rapidez y vivacidad al oponernos a sus empresas.

Por el contrario, la influencia que viene de arriba es casi siempre amorfa. Precipita al fondo todo lo irregular y tenebroso, presiona todos nuestros principios de actividad y los fuerza a pasar a través de nuestras fuerzas compuestas y corrompidas para disolverlas y hacer que aparezca la luz donde no había más que tinieblas. Por eso es por lo que esta influencia superior nos da unos medios tan diversos de ascender por encima de nuestro estado ordinario, por lo que desarrolla en nosotros tantas facultades que nuestra materia no puede disfrutar ni conocer y por lo que todas estas cualidades, que nosotros somos capaces de tener, se manifiestan mediante rayos agudos y lacerantes, como los de la luz y los del fuego.

También es por eso por lo que la escritura compara continuamente la palabra con flechas agudas y con una espada de doble filo, no sólo porque

esta palabra tiene siempre enemigos con los que se ve obligada a luchar y a los que tiene que vencer, sino también porque está naciendo continuamente en medio de los obstáculos que la oprimen y la obligan a afilarse y agudizarse por cualquier medio, para salir a la luz del día a través de estas sustancias extrañas de las que está abarrotada.

Ese es, pues, el triste destino de esta palabra querida que la sabiduría hace

que nazca en el nombre nuevo y que no se puede engendrar nada más que rompiendo todas las barreras que la retienen en la esclavitud y en la coacción. Es la presión de la influencia superior la que obliga a esta palabra a cruzar con fatigas sus obstáculos y a manifestarse con rasgos agudos, cuya imagen es nuestra lengua corporal y de los que encontraríamos figuras aún más sorprendentes en la manifestación que llegó a los apóstoles en Jerusalén, si nuestro plan no nos impidiese dar detalles anticipados del orden de los temas que se van a tratar en este escrito.

Eso no impide que, mientras tanto, no veamos, en el nacimiento de la palabra en nosotros, hasta qué punto es todo revelación, puesto que todo es palabra y puesto que todas las palabras están como sepultadas en los abismos, de donde no se pueden sacar si no es de forma violenta; pero los hombres no quieren creer en una revelación, por mucho que se ha hecho por convencerlos, mientras que, adaptándola a lo que son ellos, no se les haya demostrado la revelación universal y de todos los momentos hasta tal punto que hubiesen estado dispuestos por naturaleza con ello a no ver ni reconocer la obra del reparador nada más que como una revelación aún mayor que la que se producía en ellos y, como es del mismo género, aunque abarque un plan más amplio, podría parecerles más admirable, como si fuese más sublime, aunque no más extraordinaria. Hasta habrían aprendido a reconocer, mediante el examen de las diversas épocas del género humano, los inmensos servicios que les habría rendido esta revelación del reparador al observar estas épocas diversas en el hombre particular.

Pero, si el hombre tiene la suerte de ver que nace en él el hijo del espíritu o el hombre nuevo, enseguida se da cuenta de la diferencia que hay para él entre este estado nuevo y el anterior y esta diferencia consiste en que, en el nuevo estado, está seguro de alcanzar, por su trabajo y su perseverancia en la oración, los frutos de sus deseos puros, bien sea como luces y evoluciones, como consuelos o como dones del espíritu para la manifestación de la gloria de su maestro, todas estas cosas son detalles que podemos considerar ahora como otras tantas revelaciones. Pero, en su estado anterior, no tenía la misma seguridad y, a pesar de todas sus empresas más atrevidas, no podía alardear del mismo éxito, y las especies de revelaciones que podía captar entonces le llegan ahora de una forma más velada, más figurativa, que lo dejaba a menudo como a la espera de los bienes que solamente le enseñaba.

El hombre no debería, por tanto, extrañarse de ver lo que se dice en la revelación del reparador (Mat. 11; 12. 13): Ahora bien, desde los tiempos de Juan el Bautista hasta nuestros días, el reino de los cielos se toma con violencia y los violentos lo acaparan. Pues, hasta Juan, todos los profetas y la ley han profetizado. El hombre sentiría, al mismo tiempo, todo el precio de esta revelación del reparador, es decir, de la obra que ha venido a realizar para liberar nuestra palabra, ya que solamente por esta revelación del reparador y por las virtudes de su obra podemos esperar llegar cada uno a nuestra revelación particular o al nacimiento de nuestro hombre nuevo, que es el único que puede ponernos en situación de tomar en lo sucesivo el cielo por la violencia, en vez de tener que esperar, como antes, que se nos diese, a menos que perteneciésemos a la clase de los seres privilegiados.

Efectivamente, tal como dice la revelación del reparador, el reino de los cielos ha venido a algunos seres, sin esperar que lo tomaran por la violencia, y hemos visto en la ley de los profetas que a muchos elegidos se les ha mostrado de antemano la gloria de esta revelación del reparador, cosa que los ha llenado de alegría, mientras que los demás hombres de su tiempo se quedaban sepultados bajo el velo de la ley y bajo las diversas figuras de las profecías.

Con este estudio del hombre, con estímulos reiterados para que haga que nazca en él un hombre nuevo y con la comparación de sus diversos estados, habría debido trabajar para abrir los ojos de los hombres de deseo sobre la naturaleza de las revelaciones en general, sobre la naturaleza de la revelaciones particulares y sobre la naturaleza de la única revelación, de donde podrían destacar cualesquiera otras revelaciones, porque esta revelación única, que ha producido desde el principio todo lo que ha sido engullido por el crimen, era la única que podía sacar de la tumba y de las tinieblas todo lo que el crimen había encerrado en ellas y por eso es por lo que esta revelación del reparador ha sido, es y será siempre la revelación universal.

21

Como imágenes de la unidad universal, debemos establecer en nosotros unidades de un modo universal, si queremos hacer progresos en la educación del hombre nuevo, pues, tanto en nuestra obra general como en todas nuestras obras particulares, no conseguiremos nada permanente, no produciremos nada perfecto, no disfrutaremos de ninguna paz, de ninguna luz real, si todo lo que conseguimos, todo lo que producimos, todo lo que disfrutamos no es fruto y resultado de una unidad. Éste es, tal vez, el mejor consejo que podríamos recibir en este mundo bajo.

La principal unidad que deberíamos tratar de establecer en nosotros es la unidad de deseo, por la cual el ardor de nuestra regeneración se convierte para nosotros en una pasión tan dominante que absorbe todos nuestros apegos y nos arrastra, a nuestro pesar, de tal manera que todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos, todos nuestros movimientos están constantemente subordinados a esta pasión dominante. De esta unidad fundamental veremos brotar una multitud de unidades más, que deben regirnos con el mismo dominio, cada una de ellas según su clase, o, por decirlo mejor, todas estas unidades distintas están tan vinculadas unas con otras que se suceden y se apoyan mutuamente, sin que jamás se resulten extrañas entre sí.

Por tanto, unidad en el amor, unidad en la obra de la penitencia, unidad en la humildad, unidad en la valentía, unidad en la caridad, unidad en el desprendimiento del espíritu de la tierra, unidad en la resignación, unidad en la paciencia, unidad en la sumisión a la voluntad suprema, unidad en el cuidado de revestirnos con el espíritu de la verdad, unidad en la esperanza de recuperar los bienes que hemos perdido, unidad en la fe en que nuestra voluntad, purificada y unida a la de Dios, debe tener su realización a partir de este momento, unidad en la determinación de disipar las tinieblas de la ignorancia con las que nos envuelve nuestra permanencia, unidad en la vigilancia, unidad en la constancia para la oración, unidad en el estudio continuo de las sagradas escrituras y, finalmente, unidad en todo lo que consideremos correcto para que nos purifiquemos, para que nos resulte más soportable esta bajo mundo y para que avancemos en nuestro reino, que es el reino del espíritu y el reino de Dios. Esa es la ley que debemos imponernos.

Aunque estas unidades distintas estén íntimamente vinculadas entre sí y pertenezcan a la misma raíz, no se puede decir que deban actuar todas a la vez. Sólo en Dios se encuentran todas las unidades apacibles y temperadas, en una actividad perpetua y común, porque sólo Él es la unidad verdadera y radical.

Pero debemos aferrarnos, con una actividad total, a aquella de nuestras unidades que se presente a nosotros en un momento dado, si queremos sacar de ella los beneficios que quiere facilitarnos. No debemos desistir hasta que sintamos que esta unidad ha marcado en nosotros su carácter esencial y ha transformado en unidad efectiva la facultad nuestra en la que ha venido a influir.

No podemos, en modo alguno, equivocarnos en este tema ni imponernos nada a nosotros mismos, porque, tanto en las obras como en la adquisición de las luces y en la práctica de las virtudes, tenemos una unidad interior a la que todas nuestras distintas unidades deben adaptarse y que, como un fluido interno, nos da el asentimiento a nuestros logros buenos o malos.

Añadamos a esto, de antemano, que esta unidad interior que hay en nosotros nos da la sanción de nuestros actos buenos o malos en la marcha de nuestras diversas unidades, por la razón de que está vinculada con la unidad suprema universal. Es, por tanto, nuestra unidad interior la que se erige en árbitro de nuestras unidades parciales y hace que nos demos cuenta de si han alcanzado su plenitud.

Veremos, además, cómo deben producir estas unidades parciales resultados semejantes en nosotros, para cumplir el objetivo de su existencia y de su ley, ya que no hay en la naturaleza ningún ser que no deba producir del mismo modo una unidad, dependiendo de su clase, e incluso una unidad que presente de forma sensible el inventario de todo lo que existe. Por eso, con mayor razón, nuestro ser pensante debe disfrutar de un privilegio semejante, ya que está encargado de un modo especial de representar al ser santo, eterno y divino, mientras que las sustancias de la naturaleza sólo dan pruebas de los poderes de este autor universal de los ángeles, de los espíritus y de todo el universo.

¿Cuál es, entonces, el sublime beneficio que debemos esperar si establecemos en nosotros mismos, con cuidados continuos, estas unidades particulares distintas, virtuales y virtuosas, cuya base y hogar es nuestra unidad interior?

Este beneficio consiste en multiplicar nuestras relaciones con la unidad suprema de tal modo que, cuando hayamos alcanzado el número necesario de estas relaciones para que, por lo menos, empiece a notarse nuestra semejanza con ella, esta unidad suprema no teme en absoluto rendirse a la atracción divina que siente eternamente por su criatura y por su imagen; no teme sustituir con su acción pacífica y vivificante nuestras acciones penosas y trabajosas ni de apoderarse, tanto de nuestras unidades parciales como de nuestra unidad interior, de tal modo que nuestra marcha espiritual no resulte algo tan natural como si no hubiésemos dejado nunca de estar en la santidad. Finalmente, no teme actuar de tal manera que no encontremos en lo sucesivo repugnancia en nuestras obras; oscuridad, en nuestros conocimientos; fatiga, en la práctica del ejercicio de nuestras virtudes. Deliciosa perspectiva, de la que estamos tan apartados aquí abajo que hay que estar muy avanzados en la carrera para que nos parezca completamente ilusoria y quimérica.

Dios supremo, ¡cómo podríamos jactarnos de que, en el estado de oprobio e iniquidad en que nos consumimos, pudiésemos habitar en ti y tú te dignases habitar en nosotros! ¿Cómo podría unirse tu unidad universal a unidades tan incompletas como las que se manifiestan todos los días en el hombre? Más aún, ¿cómo podría unirse a números cuya irregularidad es tan evidente?

No tengamos ningún miedo a decirlo: es un favor de esta sabiduría divina que suspenda así su unión con nosotros y retrase el momento de levantar el velo del templo, hasta que seamos más fuertes para soportar el brillo de su luz, ya que no sólo nos cegaría, sino que hasta podría hacer que perdiésemos la vista.

Cuando hemos pintado antes las delicias que viviríamos si todos los poderes divinos se transformasen para nosotros en otros tantos verbos ardientes, hemos supuesto que el espíritu del hombre habría hecho ya todos estos trabajos preliminares, todas estas colecciones de unidades parciales, cuya unidad interior le da la regla y medida y lo pone en relación y correspondencia con la unidad suprema y universal. Sin esto, ¡pobre de él si esta unidad suprema hiciese un movimiento tan marcado e importante! ¡Pobre de él si descubriese su gloria!

Al no encontrar en él analogías justas con su unidad, que debe triunfar siempre (por su poder y por su fuerza, cuando no encuentra el modo de triunfar por su amor y sus buenas acciones), le haría perecer de vergüenza por su enorme desproporción y porque le demostraría hasta qué punto está desfigurado. Disolvería todos los falsos poderes que estarían en actividad en él, lo dejaría en la nada espiritual absoluta, donde no podría sentir nada más que la desesperación de conseguir un término tan lejano y, en vez de animarlo con la unidad de la vida que lleva consigo misma, lo reduciría a una unidad de muerte por la imposibilidad de formar ninguna relación de verdad ni ninguna correspondencia espiritual divina con él.

Podemos dar una razón muy sencilla y es que las unidades parciales que debemos establecer incesantemente en nosotros son los intermedios indispensables para que se temple la acción divina antes de penetrar hasta nuestro centro. Y, del mismo modo que la divinidad no se comunica nada más que por sus manifestaciones y por sus poderes, nosotros no podemos parecernos a ella nada más que por las manifestaciones de nuestras facultades y de nuestras virtudes, que son los órganos y los poderes de nuestra alma.

22

Si profundizásemos aún más en la industriosa sabiduría de nuestro Dios dejaríamos enseguida de murmurar contra los obstáculos que encontramos en nuestra región terrestre. Todos estos obstáculos, todas estas dificultades, se nos envían para retrasar esta explosión divina, de la que somos tan poco dignos que, lo repito una vez más, querríamos que nos tragase la tierra si se nos dejase conocer un mínimo detalle de ella antes de nuestro plazo. Al mismo tiempo, sirven para desarrollar en nosotros todas esas unidades parciales de las que ya hemos hablado y que deben ayudarnos a restablecer nuestras relaciones con nuestro principio y a que

volvamos a ser de nuevo su imagen. De nada serviría que nos creyésemos que éramos de nuevo su imagen si no hubiésemos hecho que llegasen todas nuestras unidades hasta la medida que deben alcanzar, ya que es el complemento y la justa medida de estas unidades lo único que puede devolvernos los rasgos de nuestra antigua semejanza con nuestro principio.

Veámonos, pues, aquí abajo, como en un lugar de preparación en el que se nos pide que devolvamos a nuestras facultades las disposiciones que le son completamente necesarias para que se las pueda utilizar en la obra. Trabajemos sin descanso para que la unidad de nuestra fe sea capaz de mover las montañas, para que la unidad de nuestro desprendimiento se haga insensible a las privaciones, para que la unidad de nuestra caridad nos ponga en condiciones de arder y de dar nuestra vida por nuestros hermanos, para que la unidad de nuestra valentía nos dé los medios de subyugar todo lo que es materia, lucha en la que tenemos tan buen papel, ya que la materia es indiferente y toma todas las formas que queramos darle. Finalmente, pongamos en práctica continuamente todas las unidades de nuestras virtudes y de nuestros dones espirituales y no dudemos que, cuando hayan alcanzado una medida aprobada por la sabiduría, recibirán de su mano el complemento de que sean capaces.

Pero guardémonos mucho de querer actuar antes de ese afortunado momento, movidos por nuestra impaciencia. Antes de creer en lo frutos de la ley, hay que empezar por creer en la ley, porque, según dice el evangelio, ¿cómo creer en el reparador, si no se cree antes en Moisés y en la ley, que han hablado de este reparador? Pero la ley del hombre del espíritu consiste en no hacer un solo movimiento en la carrera superior sin que dicho movimiento esté ordenado y precedido por una palabra, que es para él lo que Moisés y los profetas eran para la ley de la gracia. Y, si el hombre no cree que ese debe ser su camino respetuoso y sumiso, no creerá mucho más en las maravillas que desearía su impaciencia, porque de esas maravillas es de las que tiene que profetizar la palabra.

Lejos, pues, de lamentarnos por los obstáculos y la lentitud a que afortunadamente estamos condenados, demos gracias a la providencia que nos proporciona la ocasión de recibir en condiciones ventajosas los frutos de la ley, cuando se haya cumplido el tiempo de esta ley. Démosle gracias porque nos proporciona la oportunidad de conseguir una situación o un medio de estar suficientemente preparados para que, cuando llegue la hora del nacimiento del hombre nuevo, no se nos pueda aplicar a nosotros directamente lo que dijo Simeón en al nacimiento del reparador: este niño había nacido para ruina de muchos.

Pero, si este hombre nuevo naciese siempre para nuestra ruina, en vez de hacerlo para nuestra salvación, ¿cómo podríamos vislumbrar y conocer alguna vez el reino que en realidad no se pueda manifestar nada más que a

este hombre nuevo, a este niño amado concebido en nosotros por el espíritu del Señor?

Así es esa unidad interior, a la que corresponden todas nuestras unidades particulares y de la que la unidad universal espera, con más impaciencia todavía que nosotros, poder descansar tranquilamente. Así es esta mina inagotable, en la que no hay riquezas que no podamos encontrar en ella; pero que se ha hecho extraña a su propio propietario, porque los hombres, ávidos de ciencias externas, han sacado fuera todas las facultades de su espíritu, en vez de meterlas en ese interior que les hubiese enseñado todo y les hubiese prodigado todos los tesoros.

Con esta marcha imprudente han dejado que se cierre esta mina con los escombros que caen en ella todos los días y se ha cubierto hasta tal punto que no han creído ni que existiese y han hecho después todos los esfuerzos posibles para impedir que nosotros creamos en ella y tratemos de explotarla.

Los más sabios de ellos han creído que, al construir templos al Señor con piedras talladas con herramientas de hierro y con la forma que ellos le han dado, habían cumplido los planes divinos en cuanto al culto y los homenajes

que espera de los mortales la divinidad. No han visto que era de este templo imperecedero del que esperaba el triunfo de su gloria, de este templo, en el que los instrumentos materiales son completamente inútiles, tanto para tallar las piedras como para sacarlas de las canteras, para transportarlas o, finalmente, para colocarlas definitivamente en el lugar que deben ocupar en el edificio.

Por tanto, es a sacar las piedras de las canteras, tallarlas, transportarlas y ponerlas definitivamente en el lugar que deben ocupar en el edificio a lo que la sabiduría y el espíritu del Señor se dedican con nosotros, y las herramientas que utilizan para ello son los mismos obstáculos y las mismas contrariedades espirituales que encontramos en nuestro camino, cuyo precio el hombre novicio en los secretos de Dios no conoce lo suficiente para darse cuenta de que no hay ni una sola de estas pruebas que, si se realiza con fe y valor, no deba concluir para él con el nacimiento y el desarrollo de una unidad, y que con estas acumulaciones de unidades adquiridas por otras tantas pruebas y victorias, debe ver que se levanta en él el nuevo hombre o el edificio de los elegidos.

Ni siquiera supone que este edificio de los elegidos nos transforma en un verdadero cielo en el que habitan a la vez todos los espíritus del Señor, todos

los poderes del Señor, todos los dones del Señor, todas las virtudes del Señor, de tal modo que nos convertimos en una especie de ciudadela, de

fortaleza siempre armada, siempre a la defensiva, siempre preparada para vigilar por la seguridad de los habitantes y para procurarles todos las ayudas, todos los beneficios que nuestro estado de guerra nos permite esperar en este bajo mundo.

Sin estas pruebas o estos medios de adquirir nuestras unidades, nos veríamos expulsados de nuestro sitio, como tantas bocas inútiles, y quedaríamos a capricho de los asaltantes, o sea de su rabia y su furor.

Armémonos, por tanto, de valor y de confianza cuando el espíritu considere oportuno emplear sus instrumentos en nuestro ser espiritual y no nos escandalicemos, no nos rechacemos, cualquiera que sea la forma en que se presenten estos instrumentos y se acerquen a nosotros. Tengamos siempre presente el salmo 68:7,8, etc.: que los que esperan en ti, oh Señor, no se sonrojen por mi culpa; que los que te buscan no se confundan por mí, ¡Oh Dios de Israel! porque por ti he soportado los reproches y la vergüenza ha cubierto mi rostro.

Si, por tanto, es cierto que el espíritu y el mismo reparador están ocultos y se esconden todos los días bajo la forma de estos instrumentos benéficos, no

los rechazamos por culpa del desagrado o la bajeza de los colores que adoptan. No nos dejemos dominar por la confusión, a pesar de su abyección, porque es por Dios por quien cubre así la vergüenza su rostro y, si desperdiciamos la ocasión que nos ofrecen de compartir algún día la gloria que tienen de vivir en la gran unidad, al compartir con ellos aquí abajo las fatigas y los reproches que ellos barren para elevarnos hasta ellos, no disfrutaremos ni de la misma comunión que tienen ellos con la gran unidad ni del desarrollo maravilloso de nuestra unidad interior ni del de nuestras unidades particulares. Es decir: no formaremos ese templo eterno del que el hombre encuentra en sí mismo todos los materiales.

23

Cuando los hombres consideran los objetos, tanto naturales como artificiales, que se presentan ante ellos por primera vez, ¿no es su primer paso preguntarse para qué sirven y cuál es la finalidad de su existencia? Por eso es por lo que llegan pronto a conocer cuál es la finalidad o el espíritu de todas las cosas útiles, necesarias o agradables que los rodean. ¿Por qué no se preguntan con el mismo interés cuál debe ser la utilidad del hombre? o, mejor dicho, ¿por qué se les responde tan mal cuando hacen esta pregunta? Es porque todavía son débiles y, lo mismo que de niños, les hubiese gustado preguntarse a ellos mismo y porque las personas a las que se dirigen después han caído por debajo de este estado de infancia, en relación con esta gran pregunta.

No tenemos ningún miedo a que el alma del hombre niegue las sublimes respuestas, cuyo origen hemos dicho ya que lo lleva ella en su propio seno. Cuanto más profundice en su propia inmensidad, más encontrará en ella numerosas confirmaciones de los títulos preciosos y del santo destino del que la hemos anunciado como depositaria y no quedará más que el hombre ligero, tímido, ciego y perezoso que no sabrá cuál es la utilidad para la que hemos recibido la existencia.

En cambio, el que haya tenido el valor de contemplar atentamente su verdadera esencia, el que haya distinguido con cuidado su pensamiento del ser tenebroso que nos acompaña durante algún tiempo, el que, finalmente, se haya comportado con este ser inferior y subordinado como con aquel siervo del evangelio que, cuando llegaba del campo, se veía obligado a ceñirse la ropa, preparar la comida de su amo y esperar a que terminase de comer para empezar él, o sea. que no conceda jamás nada a las necesidades de su materia antes de que su espíritu quede satisfecho, como el amo, y, al ser éste el primero que hay que servir, digo yo, encontrará en sí mismo no sólo cuál es el destino del hombre, sino también cuál es el camino que debe llevarlo a conseguir su realización.

Y no dudéis que este camino será para él el que nosotros hemos indicado hasta ahora, casi en todos los pasos, y que nosotros nos congratulamos en volver a trazar, porque lo que necesitamos es el camino, ya que tenemos que hacer un viaje. Así, pues, al descender a sí mismo, encontrará un gran templo en el que oirá hablar a un laborioso pastor que, sin que él lo vea, le gritará con todas sus fuerzas: lamentación, exclamación, purificación, santificación, súplica, consagración, administración. Ahí puedes ver, al mismo tiempo, lo que tienes que hacer y los medios de realizarlo. Así es como se cumplirán las santas promesas que el eterno ha hecho bajo juramento a tus padres; por eso es por lo que serás heredero del Señor cuando te haya liberado de la sartén de hierro en la que se adoraba a los astros, te haya tomado como su pueblo en medio de las demás naciones y haya querido ser él mismo tu Dios en medio de todos esos dioses pasajeros que veneran todos los demás pueblos y te haya puesto en posesión de este país en el que estarás lo suficientemente lleno de él para poder jurar en tu nombre (Deuteronomio, cap. 4 y 6).

Y es en la manifestación del nombre de Dios donde se encuentra la plenitud de su gloria y esta manifestación no puede tener lugar entre las naciones, si no es por medio del pueblo que él ha elegido para este cometido, es decir, por medio del hombre. Por eso es por lo que no deja de pedir a este hombre refractario que se ocupe de su sagrado destino.

Se lo pide por la necesidad que ha puesto en su alma, se lo pide por todos los emblemas que el universo le presenta en todo momento que, al ser incapaces de realizar una obra tan grande, están limitados a la categoría de

emblemas y dejan al hombre el cuidado de expresar su realidad; se lo pide por todas las leyes representativas y figurativas civiles, políticas, históricas, naturales y sobrenaturales y finalmente ha llegado a pedírselo él mismo, para que se decida a dedicarse a esta santa empresa y ha empezado por hacer que renazca en él este hombre nuevo que será el único que merezca llevarla a cabo con dignidad, cuando haya llegado a su edad adecuada y haya alcanzado las medidas marcadas por las leyes eternas de la sabiduría que pueden muy bien, aquí abajo, sufrir alguna expansión o alguna especie de subdivisión que las reduzca, sin cambiar para nada su carácter.

¿Por qué busca Dios así al hombre, por tantos medios tan variados, repetidos, mantenidos y continuos? Es para que sea en todo detalle la imagen y semejanza de esa divinidad eterna, porque, para que exista esta semejanza, no basta con que el hombre pueda leer en las maravillas de la sabiduría, no basta con que pueda pintarlas y manifestarlas con sus obras, no basta con que su palabra pueda repetir alrededor de él las obras de esa divinidad suprema, sino que es preciso que, lo mismo que ella, pueda ejercer tales derechos voluntariamente y por el privilegio sagrado de su santo carácter, para que, al compartir los poderes de su principio eterno, comparta también su gloria y sea de este modo la imagen real de este principio, en vez de no ser nada más que, como la naturaleza, una imagen figurativa. Por eso es por lo que la sabiduría divina lo busca con tanto amor, con tanto interés, y procura con tanto cuidado no forzarlo, porque considera y respeta, por decirlo así, este privilegio honorable del que ella misma lo ha hecho depositario.

Por tanto, hombre, cuando hayas llegado a esta tierra que Dios ha prometido a tus padres bajo juramento, ten mucho cuidado de observar fielmente las leyes y las ordenanzas del Señor, si quieres conservar mucho tiempo tus posesiones y no quieres que las naciones que debes vencer te hagan su propio esclavo. Pues, si el Señor considera y respeta, por decirlo así, el privilegio honorable del que te ha hecho depositario, será siempre que colabores con él en la realización de sus proyectos y en la manifestación de su nombre y no se preocupa menos de su justicia que de su gloria. Lo mismo que procura no forzarte en tus obras puras y dignas de gloria, también tiene poder para detenerte en tus obras falsas y oponerse a los intentos de tu voluntad criminal.

Así, pues, no basta con que abjures de estos intentos impotentes de una voluntad criminal, sino que además es necesario que estés alerta para no seguir nada más que los intentos de una voluntad prudente y dirigida por las luces de tu simple sabiduría natural, si quieres que una sabiduría superior a la tuya venga a establecerse en ti y ponga en ti su morada para siempre.

Cuando se te permita tomar posesión de la parte de tierra prometida que se te asigne, recuerda que es el mismo Señor el que te ha dado los

medios para entrar en ella y que tú no tienes más mérito que el de haber utilizado estos medios. Recuerda que es él mismo el que ha producido esta tierra, en la que encontrarás tantas riquezas y tanta abundancia. Recuerda que, si no te protegiese él continuamente en todo momento, tú no podrías estar seguro ni un solo instante. Fíjate a lo que puede reducirse todo el sentido de estos panoramas espirituales.

Antes de decir en el nombre del Señor, espera siempre que el nombre del Señor haya descendido a ti; pero no debes pronunciar de memoria este nombre poderoso. Debes hacerlo con sentimiento, por instinto, como si estuvieses presionado por el poder de su encanto irresistible. ¿Querías ser como los que lo pronuncian todos los días por sí mismos y en los que la idea que se hacen y el respeto que deberían darle se confunde con los movimientos más insensibles de su alma y no dejan en ella huellas más profundas? Algunos son todavía mucho más culpables y solo lo pronuncian para su condenación, pero esta visión sería demasiado penosa y peligrosa para el ojo del hombre nuevo y sería mejor dejarlo que ignore su existencia y demostrarle por que debe esperar que el nombre del Señor haya descendido a él, antes de atreverse a decir en el nombre del Señor

¿Que eras tu hombre, cuando el eterno te dio la vida? Procedías de él, eras el acto vivo de su pensamiento, eras un Dios pensado, un Dios querido un Dios hablado, no eras nada hasta que el dejó salir de él su pensamiento, su voluntad y su palabra El no ha cambiado de ley, no puede haber nadie que te engendre, nada más que él, y solamente por el puedes engendrar obras regulares Si él no engendra en ti su nombre antes de que digas en el nombre del Señor, actúas de memoria cuando pronuncias este nombre y por eso es por lo que tantos hombres lo pronuncian en vano en la tierra y nos demuestran de una manera tan dolorosa que, desgraciadamente, el hombre no es, ni vive, ni actúa nada más que en la vanidad y en la nada

24

Si el hombre nuevo quiere que la palabra este viva en el, no podrá conseguir este favor nada más que muriendo en esta misma palabra y, si le es permitido poder disfrutar de las inconmensurables magnanimidades del tiempo, es para que pueda llegar a ese final glorioso, mediante avances suaves e insensibles que lo preparan para recibir la unión de la gran unidad, sin deslumbrarse con su fulgor ni consumirse con calor abrasador y, al mismo tiempo para que los combates que se le presentan en estos avances diversos estén siempre en proporción con su valor y sus fuerzas

Incluso en el mismo orden de la simple moral ordinaria, si muriésemos un poco cada día, evitaríamos morir de una vez, como sucede a casi todos los hombres que, por esta razón, encuentran la muerte tan dura, y la muerte física final de nuestro cuerpo, no nos parecería más deplorable que la

muerte momentánea por la que vamos pasando en cada instante Por el contrario, viviríamos también un poco cada día, dependiendo de las porciones de muerte que hubiésemos destruido Si no se tiene esta precaución y a fuerza de hundirse en la vida falsa, el hombre vulgar pierde diariamente las facultades que se le habían concedido por la naturaleza y por la verdad, para que se mantuviese durante su viaje terrestre Además los hombres arrojados al torrente están siempre por debajo de la medida Su corazón ya no tiene ninguna inclinación por la virtud, su oído no tiene sensibilidad para la verdadera música No hay nada, incluso sus facultades animales y digestivas que no quede anulado por su falta de comedimiento

El hombre nuevo, cuyo destino está tan elevado por encima de la sabiduría común, debe como hemos dicho, morir continuamente en la palabra, si quiere que la palabra viva en él, y debe morir progresivamente, para que ella pueda vivir en el algún día, con toda su fuerza, con toda su plenitud Es preciso que viaje en silencio por las orillas del no, que luche a cada paso con los animales que se vaya encontrando y que supere los obstáculos de cada día Por ello recibe sin darse cuenta una triple purificación que purifica su cuerpo, su alma y su espíritu y los llena del fuego de la vida, porque el fuego lo cubre y lo penetra con la palabra del testimonio

Veamos, por tanto, como crece en paz este hombre nuevo Veamos como sacrifica en todo momento cualquier cosa que no pertenezca a la competencia de la palabra y actúa, por este medio, de tal forma que la palabra ocupa en el sitio de todo lo que le molestaba y le impedía llegar a demostrar a este hombre que él es un pensamiento del Dios de los seres, una palabra del Dios de los seres, una obra del Dios de los seres Veamos cómo, con estos sacrificios diarios y continuos, va muriendo poco a poco en la palabra y se entierra en la confianza en esta palabra, para que ella misma pueda resucitar en él, en las mismas medidas, y termine por manifestar de una forma completa y universal, su acción de vida, cuando el haya terminado, a su vez, por manifestar en ella, de una forma completa y universal, su acción de muerte

Entonces, este hombre nuevo habrá salido verdaderamente del estado de infancia en que se encuentra todavía este hijo querido del espíritu que ya hemos visto nacer e incluso aparecer en medio de los doctores, cuando tenía doce años, pero todavía no ha llegado a ese estado de virilidad que figuramos de antemano y que no hay que confundir con el estado de felicidad que nos espera después de la muerte corporal, si hemos seguido las leyes de la sabiduría

Pero esta resurrección de la palabra en nosotros y esta virilidad de la que ofrecemos de antemano algunos detalles se nos puede conceder en este bajo mundo, si abrigamos la esperanza de que así sea y nos comportamos

según el instinto que ella nos sugiere y, si no tuviésemos más explicaciones que dar sobre la felicidad del hombre que las que se nos han ofrecido en las instrucciones vulgares, no creeríamos haber hecho lo suficiente por nuestros semejantes.

Veamos, pues, como si mirásemos desde lejos, a este hombre nuevo que disfruta ampliamente de los derechos de su ser y de los innumerables favores del principio regenerador que ha querido penetrar en él. Veamos cómo una especie de diques, lo mismo que los de un gran río, le cierran el paso y lo mantienen dentro de su cauce, para que no pueda salirse de él y transporte tranquilamente sus aguas a todos los territorios que recorre; pero fijémonos todavía más en cómo se prepara para este magnífico destino.

Lo hace diciendo a la oración: estate siempre a mi lado, estate siempre conmigo y en mí, sé tú misma el obrero que excava el lecho del río y no permitas que pase un solo momento sin que yo haya quitado algunas piedras, arrancado algunas raíces o limpiado algunas inmundicias, para que, de un día para otro, quede más libre el curso de este río y, finalmente, todo mi ser haya bebido de él.

Lejos de temer estas pruebas espirituales que ha de encontrar en su camino, de cuyas ventajas ya hemos hablado, dirá con Jeremías, 48, II: Moab ha estado en la abundancia desde su juventud, se ha quedado en su asiento y no ha pasado de un barco a otro ni lo han llevado cautivo. Por eso es por lo que conserva su sabor y no ha cambiado su olor.

El hombre nuevo que tenga en cuenta estas palabras instructivas conocerá lo útil que es para nosotros que haya siempre muchas regiones, para que podamos ser probados de nuevo y paguemos el doble en las regiones siguientes, si no hemos pagado nada en las regiones anteriores. Sabrá también lo ventajoso que es para nosotros que suframos diferentes servidumbres en estas diversas regiones, ya que todas estas servidumbres, cuando nos las envía la mano del Señor, no pueden tener más finalidad que nuestro progreso. Pues, incluso hablando de la naturaleza, ¿cuántos árboles no tienen necesidad de que se trasplanten? Y, efectivamente, si no tuviésemos necesidad de pasar por estas diversas purificaciones, no habría más que una sola región, y, si no tuviésemos necesidad de estas diversas contemplaciones, no habría más que un clima. ¡Qué soberbia economía la de la sabiduría de nuestro Dios! En su organización respecto a nosotros, él deja que reinen fuera los colores rigurosos de la justicia, para imponer por todas partes el terror y el miedo a su poder; pero dirige en secreto todos los caminos de esta administración hacia nuestra verdadera utilidad y hacia nuestro verdadero progreso, para que, si hemos tenido que empezar temiéndolo, no podamos resistirnos a terminar amándolo.

Por esta misma razón es por lo que los profetas nos resultan tan queridos, ya que ellos son los primeros que han empezado a desvelarnos estos secretos divinos del amor de nuestro principio que, abarcando al mismo tiempo y de un solo vistazo todos los siglos, ve siempre el término consolador de sus obras, mientras que nosotros, miserables mortales, no nos damos cuenta aquí abajo nada más que de los penosos comienzos.

¿Preveías tú, Jacob, los consuelos con que un día se vería colmada tu posteridad, cuando fuiste a Egipto y llorabas por la dureza de la orden del rey que había hecho que fuesen tus hijos antes que tú? Tu dolor hizo hasta que olvidases las promesas que había hecho el Eterno a Abraham y que tú no podías ignorar. Sólo te preocupabas de la dureza de tu suerte y no pensabas que, según el juramento del Eterno, tu posteridad estaría algún día en posesión de la tierra de Canaán, en medio de los prodigios y las maravillas que manifestarían los designios gloriosos que este Dios soberano tenía para su pueblo, preparándolo mediante la esclavitud de Egipto.

Y tú, Israel, cuando se te envió a Babilonia, ¿esperabas ver la reconstrucción de tu templo? ¿No tomaste como una burla y un engaño el consejo que te daba Dios por medio de sus profetas, para que te entregases sumiso a las manos del rey de Asiria, sin poder persuadirte de que este Dios tuviese para ti designios beneficiosos y saludables? Finalmente, pueblo escogido que te consumes por tercera vez en la esclavitud, ¿no recuerdas las palabras de tu legislador, ¡Ay si supiesen cómo van a terminar todas estas cosas! (Deuteronomio, 32,29)? ¿No te das cuenta de que, sin esta triple prueba, no habrías sido suficiente para mantener la majestad de tu Dios?

Es a ti concretamente a quien está reservado el verlo en su gloria: no en una gloria terrestre y humana, como la ignorancia y la concupiscencia no cesan de hacerte ver, sino en la gloria del espíritu, de la palabra y del poder, porque, gracias a estos caracteres divinos, tú has sido el primero en conocerlo, entre todos los pueblos de la tierra, y es una ley ineludible que las cosas acaben por donde han empezado.

Además, ¿no ha aparecido ya en medio de ti, en su gloria humana, este triunfador que esperas en su reino terrestre? ¿No eras tú quien cantaba hosanna, hosanna, hosanna, cuando entraba en Jerusalén? ¿No eras tú quien tiraba sus vestiduras bajo sus pies? Por último, ¿no te ha dicho él que su reino no es de este mundo?

Hombre nuevo, hombre nuevo, instrúyete con estos grandes ejemplos. Sométete con humildad a todas las servidumbres que el Señor quiera enviarte. No te liberes de ti mismo con un movimiento. Serías como Moab y llevarías tus heces contigo y el movimiento no te serviría de nada.

Deja que actúe en ti esta mano vigilante, que no te obligará jamás a hacer movimientos que te perjudiquen y no te hará que entres en las grandes pruebas del espíritu nada más que cuando te haya dado tiempo para desprenderte de tus heces, porque entonces te separarás de estas heces sin nada a cambio y llevarás la vida, la salud y el buen olor en los vasos en los que ella te vierta.

25

¿Cuáles eran las amenazas que hacía Dios al pueblo de Israel, en el caso de que se alejase de los preceptos y las ordenanzas que el Señor le había dado por medio de sus enviados? Vería defraudadas todas sus esperanzas; construiría casas y no las habitaría jamás, tomaría esposas que deshonrarían extraños, tendría hijos e hijas y no los educaría, plantaría viñas y sembraría campos y no recogería nunca sus cosechas.

¿Pero cuáles son, en cambio, las promesas que ha hecho Dios a este mismo pueblo, si se preocupa de mantenerse fiel a su ley? Son éstas (Deuteronomio, 6, 10) el Señor vuestro Dios os hará entrar en la tierra que ha prometido bajo juramento a vuestros padres Abraham, Isaac, Jacob, y os dará ciudades grandes y muy buenas, que no habréis construido vosotros, casa llenas de toda clase de bienes, que vosotros no habréis hecho, cisternas que no habréis excavado, viñas y olivares que no habréis plantado.

¿Por qué dependen promesas tan grandes de la fidelidad de los judíos al observar la ley? ¿Es que su ley es el fruto, el espíritu de su nombre, y es que su nombre es el fruto, el espíritu de su esencia, o qué podemos conocer que atraiga su acción suprema sobre nosotros más de lo que lo hace su propia esencia? Nos da la clave de su amor cuando nos dice a lo largo de todas las escrituras que se acordará de las tribus de Israel a causa de su nombre, que no perderá de vista Jerusalén, porque su nombre ha sido invocado sobre ella y, finalmente, no permitirá que su nombre sea despreciado por las naciones y desplegará todo su poder para vengarlo de los insultos que haya recibido.

¿Pero hay entre todas las naciones alguna que lleve en sí más que los demás hombres el nombre de este Dios supremo? ¿Hay otro hombre, que no sea el hombre nuevo, que pueda ser capaz de manifestar la gloria y las ventajas propias de este poderoso privilegio? En él es en quien debemos aprender a admirar su carácter maravilloso. Efectivamente, no tendremos miedo a perdernos si leemos, en este hombre nuevo, la marcha que ha seguido el propio pueblo hebreo bajo los ojos de la suprema sabiduría que lo ha arrancado de las manos de sus enemigos con prodigios y signos tan extraordinarios.

Es más, veamos a este hombre nuevo como instrumento de la palabra Divina, por medio del cual quiere comunicarse a las naciones. Veámoslo

como el ángel que dio a Moisés en el monte Sinaí las leyes del Señor, para que el pueblo se instruyese en las ordenanzas divinas y, al observarlas, aprendiese a dirigir sus pasos hacia la sabiduría y a volver a los caminos de su origen primitivo.

Sí, hombre nuevo, podemos ver en ti la montaña del Sinaí entera, con todas las maravillas que han sucedido en ella. Podemos ver, en tu nacimiento milagroso, que este lugar sagrado se cubre de nubes celestiales de las que salen luces y relámpagos; podemos ver que los animales tiemblan con esto y el mismo pueblo no se atreve a contemplar su resplandor y te piden, lo mismo que los hebreos pedían a Moisés, que veles tu rostro para no deslumbrarlos. Podemos ver que te quedas solo durante cuarenta días en la cumbre de esta montaña, para recibir en ella todos los grados de tu ordenación en la ley temporal; podemos verte recibiendo de Dios los preceptos del Decálogo y explicarlos a nosotros, más por tu propia esencia que por tu palabra; podemos oírte decir, en el nombre de este Dios, al que te has acercado solo:

«Yo soy el Señor vuestro Dios que os ha sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud, «No tendréis dioses extraños delante de mí, «No haréis imágenes talladas ni ninguna figura de lo que hay arriba en el cielo ni abajo en la tierra ni en las aguas que hay bajo la tierra.

«No las adorareis ni les rendireis culto soberano, pues yo soy el Señor vuestro Dios, el Dios fuerte y celoso, que venga la iniquidad de los padres en sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación en todos los que me odian,

«Y que tiene misericordia durante mil generaciones con los que me aman y guardan mis preceptos. «No tomaréis en vano el nombre del Señor vuestro Dios, porque el Señor no tendrá por inocente al que haya tomado en vano el nombre del Señor su Dios. «Acordaos de santificar el día del sábado.

«Trabajaréis durante seis días y haréis en ellos todo lo que haya que hacer.

«Pero el séptimo día es el día de descanso consagrado al Señor vuestro Dios. No haréis en ese día ningún trabajo, ni vosotros, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro siervo, ni vuestra sierva, ni vuestros animales de trabajo, ni el extranjero que se encuentre en el recinto de vuestras ciudades.

«Pues el Señor hizo en seis días el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos y descansó el séptimo día. Por eso es por lo que el Señor ha bendecido el sábado y lo ha santificado. «Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis mucho tiempo en la tierra que os dé el Señor vuestro Dios. «No mataréis. «No cometeréis fornicación «No levantaréis falso testimonio contra el prójimo. «No desearéis la casa de vuestro

prójimo. No desearéis su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca».

Estos son, en realidad, los mandamientos y las leyes que encuentra el hombre nuevo en sí mismo en el momento de su nacimiento y las pronuncia con tanta fuerza y tanto ímpetu en todas las sustancias de su ser, que se convierte él mismo en el terror de todo lo que no está de acuerdo con la justicia y en el primer órgano de la gloria que se debe al Señor, al ser su primer ministro y el defensor más celoso de su culto.

A partir de ese momento, el hombre nuevo se responsabiliza de la conducta de su propio pueblo, que es él mismo. Va a responsabilizarse de dar órdenes a los levitas y a los sacerdotes que estén encargados de inmolar las víctimas y cubrir el altar de los sacrificios.

Va a responsabilizarse de construir el arca de la alianza de acuerdo con el plano que se le ha enseñado en la montaña, o sea, siguiendo las bases radicales y fundamentales que ha recibido de mano del espíritu Divino, al mismo tiempo que ha sacado de él su existencia.

Va a responsabilizarse de la dirección de todo el ejército de Israel, para hacer que unas veces acampe alrededor del arca de la alianza y otras marche contra los enemigos del Señor.

Va a responsabilizarse de cuidar de la subsistencia del pueblo, así como de su seguridad y su defensa, y, cuando vea que su pueblo se da a la incredulidad, invocará al Eterno y hará, en su poderoso nombre, que mane agua de la roca ante los ojos de los incrédulos.

Va a responsabilizarse de librar una guerra sangrienta contra todos los pueblos que se opongan a él en su avance y en su progreso.

Va a responsabilizarse de exterminar el ejército de los amalecitas y los amorreos, no con armas fabricadas por la mano del hombre, sino con las armas sagradas que él lleva en su esencia y elevando las manos de su alma al Eterno.

Va a responsabilizarse de castigar al pueblo que haya escuchado la voz de Balaam y de los falsos profetas. Podrá precipitar en el abismo a los miembros del pueblo que hayan cometido el acto de impiedad de ofrecer inciensos extranjeros.

Va a responsabilizarse de recibir, de lo alto del propiciatorio, a los oráculos del Señor, para la administración de su culto y para los juicios del pueblo.

Va a responsabilizarse de hacer que recorran la tierra prometida unos emisarios elegidos entre el pueblo, para que le cuenten todas las maravillas que guarda.

Va a responsabilizarse de renovar la alianza que hizo el Eterno en otros tiempos con el pueblo y recordarle las maldiciones que lo amenazan si no es fiel a la ley del Señor, lo mismo que las bendiciones que le esperan si confía en los preceptos del Eterno.

Pero no se encargará de introducir al pueblo en la tierra prometida. La orden que ha recibido no le permite más que acompañarlo por el desierto y durante sus cuarenta y dos campamentos; pero su misión particular se terminará a este lado del río, que representa el límite de nuestra ley temporal. Allí es donde vuelve a formar parte del pueblo, para ser introducido por otra mano en el reino figurativo de la ley espiritual, que va a encontrar también en sí mismo, esperando que descubra el reino figurativo de la ley Divina.

26

Hombre de paz, hombre de deseo, ¡cuántas veces te has olvidado de las ocupaciones frívolas e ilusorias que tomaban ante tus ojos apariencias de realidad, hasta tal punto que borraban para ti hasta la inercia del tiempo! ¿Por que no podrías esperar tener la misma satisfacción y la misma victoria sobre el tiempo, entregándote al cuidado de un objeto real, cuyos rastros puede sobrevivir a la fuerza corrosiva de todos los siglos? La diferencia que encontrarás es que estos objetos ilusorios te dejan un vacío aún mayor y unas tinieblas también mayores, una vez que ha pasado su encanto, mientras que los objetos reales prolongan su dulce influencia mucho tiempo después de que se haya acercado a ti su acción.

Y la razón es ésta: tú mismo eres un ser real que mantiene la categoría más distinguida de entre todas las realidades emanadas, por lo que, al hacer uso de los derechos de tu ser y tratar de aprovechar sus privilegios, te unes con ello a otras realidades superiores a ti durante algún tiempo, más libres que tú, porque no han sido culpables y no sufren expiación, y, finalmente, más elevadas que tú por encima de este tiempo que forma tu suplicio y que te sirve de prisión. Al mismo tiempo que te unes a ellas, te unes a su libertad, según tus fuerzas, según tus grados de regeneración y según las medidas de

misericordia que se te han concedido. Así, pues, al unirte a ellas, te admiten

y te hacen volar con ellas formando esos círculos espaciosos en los que encuentras caminos tan dulces, pues en ellos no hay ningún obstáculo y todo está lleno de luz.

Así es como Ezequiel, unido a una de esas realidades, se traslada de Babilonia a Jerusalén, para ver allí las abominaciones que cometían los sacerdotes en el templo y asustarlos inmediatamente con las terribles amenazas de la justicia del Señor; así es como Habacuc, unido a una de esas realidades, se traslada a Babilonia para llevar el alimento al profeta Daniel; así es como Felipe, unido a una de esas realidades, se traslada hasta el camino del eunuco de la reina de Etiopía, para abrirle los ojos sobre el espíritu de las santas escrituras; así es como San Pablo, unido a una de esas realidades, se traslada hasta el tercer cielo, donde oye cosas inefables. Así es como Job, David y todos los profetas del Señor, unidos a esas realidades, pasaban sus días y sus noches en la contemplación de las maravillas de Dios, en el gozo de la sensación de grandeza del hombre e incluso en los nutritivos dolores de la caridad, que aunque sean mil veces más agudos que los dolores que paren al mundo, son, sin embargo, la ambición del hombre de Dios, porque sabe que en ellos debe encontrar el consuelo y la vida. Por eso, uniéndote a tales realidades, estableces en ti, sin darte cuenta, ese reino espiritual que sujeta por ti el peso del reino temporal y te pone a cubierto del aire corrompido y denso que se respira en él.

No has olvidado que tu palabra, a imitación de la palabra del Eterno, no debe retroceder ante tus enemigos y que, una vez que les has comunicado la firme resolución que tienes de someterlos, no debes ya permitirles su resistencia, hasta que hayas conseguido dominarlos por completo. Pues bien, ten la misma decisión en el propósito de unir tu ser a una de estas unidades superiores que no se dan cuenta del tiempo; entrégate a la búsqueda de este tesoro inestimable y estas unidades harán que no te des cuenta del tiempo más que ellas y te harán disfrutar, de antemano, de esa paz santa que mora con ellas en su atmósfera celeste; sino que aquí abajo no se conoce nada más que para servirle de víctima continua al tiempo.

Pero no seas impaciente, como los hebreos en el desierto, si tus éxitos no son tan rápidos como tus deseos son ardientes. Acuérdate «de todo el camino por el que el Señor, su Dios, los ha guiado durante cuarenta años, para castigarlos y probarlos, con el fin de que se descubriese lo que estaba oculto en su corazón y se supiese si eran fieles o infieles para cumplir los mandamientos; recuerda que los ha afligido con el hambre y que les ha dado como alimento el maná que era desconocido para sus padres, para hacerles comprender que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; recuerda, finalmente, que el Señor, su Dios, se ha dedicado a instruirlos y organizados, lo mismo que el hombre se dedica a instruir y corregir a su hijo.

Además, hombre hermano mío y amigo mío, ¿no volvemos a trazar, con esta virtud amorosa, una viva imagen de nuestro principio? ¿Qué otra cosa hace desde lo alto de su trono, sino manifestar una magnanimidad inalterable por la cual se muestra paciente con todos los obstáculos y con

todas las resistencias? Hagamos, pues, como él, un santo refugio en medio de los ambientes corrompidos que nos rodean. Estemos en él, como el pájaro solitario en el tejado, y que nuestros propios lamentos estén siempre moderados por la esperanza y por una seguridad inquebrantable. Si somos hijos de Dios, él no nos pierde de vista. Las tardanzas y las lentitudes deben entrar, lo mismo que los gozos, en los planes que él ha formado para nosotros y debemos estar seguros de que él se ocupa de nosotros con todo cuidado, para que lo veamos siempre como nuestro padre, a pesar de que nos encontremos lejos de él.

Sí, nosotros podemos, a base de paciencia, demostrar nuestra unidad, nuestra superioridad sobre el tiempo, es decir, nuestra espiritualidad, nuestra Divinidad. Veamos lo que nos prepara la mano benefactora de este principio soberano, para cuando hayamos vencido ya el tiempo a base de paciencia:

La materia se precipita por debajo del espíritu y el espíritu se eleva por encima de nuestro cuerpo tenebroso. Se produce en nosotros una separación de lo puro y lo impuro y una unidad superior nos descubre un amplio campo. Sin su socorro divino, el hombre se arrastra en el fango. Desde el fondo de su antigua morada, apenas puede descubrir a lo lejos algunos rayos de la claridad celeste y su oído, torpe y duro, ni siquiera puede suponer el armonioso concierto que forman los hijos de la luz ante el trono del Eterno. Pero, desde que esta vida suprema ha dejado caer sobre el hombre su rocío vivificante, ¿qué palabras podrían describir las dulzuras y los consuelos que le esperan? ¿Qué palabras podrían hacerle comprender el estado del pensamiento del hombre nuevo, cuando se encuentra dedicado a la contemplación de las obras de la sabiduría y al disfrute de los inefables arrobamientos que embargan su alma, por poco que ella se acerque al ámbito de la eternidad?

¡Bendita seas, fuente inmortal de todo lo que es! Sólo en ti está el ser y la vida, sólo en ti está la sensación de toda existencia, sólo en ti está la expansión de la alegría y la felicidad de toda criatura. Fuera de ti, no puede existir nada, ya que donde no estuvieses tú no habría sensación de existencia ni habría tampoco bendición, y éstos son los elementos eternos de la vida.

Hombre nuevo, hijo querido del espíritu, cuando te llegue el momento «de poner el pie en esta tierra prometida, después de que Dios te haya hecho jefe

de este pueblo de talla elevada y sorprendente, de estos niños de Enac que verás tú mismo, que oirás tú mismo y a los que ningún hombre puede resistir, sabrás que es el mismo Señor el que pasará delante de ti como un fuego devorador que los reducirá a polvo, que los perderá, que los exterminará en poco tiempo delante de ti, tal como te ha prometido. Después

de que el Señor tu Dios los haya destruido en tu presencia, no digas de corazón: es por mi justicia por lo que el Señor me ha hecho entrar en esta tierra y me ha dado su posesión, ya que estas naciones han quedado destruidas por culpa de sus impiedades, porque ni tu justicia ni tu rectitud de corazón son la causa de que entres en su país para poseerlo, sino que se destruirán cuando tú entres, porque han actuado de forma impía y el Señor quería cumplir lo que había prometido, bajo juramento, a tus padres Abraham, Isaac y Jacob.

Sí, hombre nuevo, será por esta justicia y por este homenaje rendido al principio soberano por lo que te mantendrás en esta morada de reposo y de luz. Será por eso por lo que tus fuerzas aumentarán y se mantendrán; será por eso por lo que, aunque estés en medio del tiempo, te entregarás, por encima del tiempo, a las santas contemplaciones de las maravillas que se descubran a tu ser y que te sorprenderían tanto como tu propio nacimiento, si no estuvieses preparado para estos prodigios por la sensación de tu existencia divina.

Finalmente, por esta justicia y por este homenaje rendido al principio soberano podrás desarrollar cada vez más tus relaciones con estas unidades superiores que son las únicas que pueden eliminar para ti todos los vestigios del tiempo, haciendo que recorras continuamente con ellas las regiones que el tiempo no sabría abarcar en su círculo, ya que él es mixto y ellas son simples, ya que él sólo les ofrece una barrera frágil que la acción de ellas puede atravesar siempre y su acción combinada y obtusa no sabría jamás traspasar.

27

Hombre nuevo, «Cuando hayas entrado en la tierra prometida, acuérdate de no hacer sacrificios a tu Dios nada más que en el lugar que él haya elegido para que le rindas el culto que se le debe. No sólo no imitarás a esas naciones impías que han erigido altares en todos los lugares elevados, bajo árboles frondosos, y ofrecen en ellos sacrificios al sol y a la luna y a toda la milicia del cielo, sino que derribarás todos esos lugares elevados, todos esos altares y todos esos ídolos que han sido venerados. No dejarás que quede ni el mínimo vestigio de ese culto impío, tal como te lo ha ordenado el Señor tu Dios, e irás al lugar que te haya indicado el Señor para inmolar tus víctimas».

Este lugar ya lo has conocido, ya lo has visto, desde que recibiste el nacimiento, porque este lugar es ese mismo hijo querido, concebido del espíritu, a semejanza del que es hijo único del Señor por la virtud de su generación eterna.

Evitarás, por tanto, con sumo cuidado, ir a hacer sacrificios al Señor en otros lugares de tu ser que no sean este Santo de los Santos, que es el único asilo sagrado que él ha podido reservar en los escombros del templo del hombre.

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a tus pensamientos ni a los aspectos tan variables de las especulaciones de tu espíritu

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a las débiles conjeturas y a los tenebrosos conceptos de tu inteligencia

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a todos los movimientos falsos del corazón del hombre, que no pretenden mas que establecer en el un culto sacrílego, ya que él mismo se somete al ídolo del templo y acapara la verdadera divinidad

Evitaras con sumo cuidado preparar un altar a toda la región de los astros «si no quieres que en el futuro tus huesos queden expuestos en el suelo a todas las estrellas del firmamento, como quedaron los huesos del rey Jeroboan»

Por el contrario, levantarás tu altar al único Dios verdadero en este hijo querido y concebido por el espíritu, ya que ese es el único lugar donde puede ser honrado, pues solo allí puede encontrar un ser que sea verdaderamente su imagen y semejanza y que tenga las cualidades necesarias para oír su lengua divina y comprender los oráculos de su sabiduría eterna Además, solo allí podrás oír su voz sagrada, recibir respuestas que llenen tu inteligencia y satisfagan todos los deseos de tu corazón y todas las necesidades de tu espíritu

Compara las doctrinas de los demás dioses con la que puedas aprender del Dios único, en el santuario único que él ha escogido en el corazón del hombre Estos otros dioses te enseñaran maravillas sujetas al tiempo, maravillas que, si se cumplen alguna vez, serán con más frecuencia todavía el juguete de las vicisitudes de la región mixta a la que estos dioses están vinculados servilmente maravillas que, aunque se cumplan, desaparecerán de tu memoria tan pronto como hayan pasado los hechos y no te dejaran mas huella que los acontecimientos que te han ocurrido en la infancia

Te darán a ciegas lo que se les ha dado, sin que puedan prever las consecuencias y sin que sepan si es para tu beneficio o para tu ruina, ya que están ciegos, aunque no deberían ser mas que los órganos de la luz, y, si no tomas las máximas precauciones para proteger estos órganos de todas las mezclas que los amenazan, podrán transformarse en principios ante tus ojos y tomar ante ti el titulo y las características del maestro, a pesar de que no se les ha enviado nada más que para que sean servidores ¡Da gracias todavía

si no son sus propios enemigos los que vienen a ocupar su trono y arrastrarte así del error a la superstición, de la superstición a la idolatría de la idolatría a la iniquidad y a la abominación!

Con el Dios único que ha elegido su santuario único en el corazón del hombre y en este hijo querido del espíritu que todos debemos hacer que nazca en nosotros, no tienes que temer los mismos peligros y solo tendrás que recoger frutos saludables, porque es muy simple el ser verdadero, el único ser que es impasible a toda influencia que no sea la de la verdad ¡Además, se ha reservado para el solo el poder de darla a conocer y de manifestarla en toda su pureza!

Eso es lo que enseñaba al pueblo hebreo, mediante símbolos, por medio de su servidor Moisés La tierra de la que vais a tomar posesión no es como la tierra de Egipto de la que habéis salido, donde después de echar la simiente se hace que llegue el agua mediante canales para regarla como se hace en los jardines (imagen de los penosos cuidados que exige el cultivo de los Dioses artificiales, cuyos favores dependen de las leyes físicas de la naturaleza que pueden suspender el curso del Nilo y sumir a la tierra en la esterilidad y la penuria), sino que es una tierra de montañas y de llanuras que espera la lluvia del cielo, que el Señor vuestro Dios ha visitado y sobre la cual echa miradas favorables desde el principio hasta el final del año Si por tanto obedecéis el mandamiento que os he dado hoy de amar al Señor vuestro Dios y de servirlo de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma el dará a vuestra tierra las primeras y las últimas lluvias para que recojáis de vuestros campos el trigo el vino y el aceite

Si, hombre nuevo, ese es el verdadero templo en el que solo podrás adorar al verdadero Dios del modo que él quiere que se haga, ya que todos los templos representativos y figurativos, que ha permitido que su sabiduría te conceda durante tu paso por las regiones visibles, no son más que las avenidas que conducen a este templo invisible, al cual querría ver llegar en multitud a todas las naciones de universo El corazón del hombre es el único puerto donde el barco, lanzado por el gran soberano a la mar de este mundo para transportar a los viajeros a su patria, puede encontrar un asilo seguro contra la agitación de las olas y un fondeadero solido contra el ímpetu de los vientos

No le prohibamos la entrada, si no queremos merecer por su parte los reproches de la ingratitud y de la inhumanidad Por el contrario, tengamos un cuidado permanente para mantener este puerto en buen estado y quitar las arenas que puedan acumularse delante de él y que la mar vaya depositando en todo momento tengamos mucho cuidado de quitarle el fango y los sedimentos que se amontonan todos los días y que al cubrir el fondo solido impedirían que el ancla del barco pudiese agarrarse y quedarse fija tengamos sobre todo mucho cuidado para preparar todos los socorros que

obrarán en nuestro poder para aliviar a los infelices navegantes ya cansados por la mar y actuemos de tal forma que encuentren todos los consuelos que puedan desear, para que este puerto sea cada día más frecuentado y resulte así útil y querido para todas las naciones del universo

De esta forma restableceremos entre nosotros nuestros hermanos y todos los países un vínculo favorable que nos hará disfrutar de antemano de los beneficios de esta comunión universal, por la que hemos recibido la existencia, que es el primer objeto de la ambición del hombre nuevo

Es inútil decir a este hombre nuevo que este barco lanzado por el gran soberano de los seres es el nombre del Señor, ya que es por este nombre poderoso por el que el hombre nuevo ha recibido el nacimiento Es inútil decirle

que este nombre poderoso debe anclarse en él para poder dejar que pase la tempestad y continuar después su ruta hasta que pueda llevar a su destino a los viajeros que tiene a su cargo Este hombre nuevo conoce todas estas grandes verdades, pues sabe que ha nacido, que existe y debe existir exclusivamente para la conservación de la ley del Señor y para cooperar con toda su fuerza en los designios benefactores que la sabiduría Divina produce incesantemente para el bien de la posteridad humana

Pero no podemos evitar recordar también aquí cuales son los maravillosos efectos que produce en nosotros este nombre maravilloso, cuando se digna a

descender hasta nuestra miseria y distribuir sus influencias benefactoras sobre todos nuestros miembros y sobre todas nuestras facultades Me comprenderán los que estén instruidos, cuando les diga que este nombre hace que nos venga como de improviso, una afectuosidad, por no decir una sensación, tan nueva tan dulce y tan consoladora que parece que nuestra primera existencia ha que dado abolida y borrada y la ha sustituido otra de una índole que no hubiésemos podido concebir, por mas que se hubiese tratado de explicárnosla, si ese nombre no nos aportase por si mismo su influencia

Hombre, cualquiera que tú seas, si, por tu perseverancia y tu oración, puedes conseguir que la mano benefactora que vela por nosotros te haga sentir así algún día tu doble existencia, encierra celosamente estas alegrías en tu corazón y prostérnate. Es posible que después de estos dulces favores, tengas de nuevo apatía y lentitud, pero estas tormentas pasaran por encima de tu cabeza se sembrara el grano, lo cubrirá la tierra y seguirá allí, en su apacible oscuridad, su prospero crecimiento, a pesar de los vientos las nieves las heladas y las escarchas que puedan cubrir la superficie de la tierra, y no dejara de presentar sus frutos y su fértil abundancia cuando llegue la estación de la recolección

¿Por qué ibas a tener miedo a volver demasiado a la carga para avisar a este hombre nuevo de las leyes que debe seguir, si quiere llegar a su meta, y de las alegrías y los consuelos que le esperan desde el momento en que este bajo la mano del Señor? ¿No es a base de golpes repetidos como el obrero llega a romper la roca y sacarle la piedra que va a formar parte del edificio? ¿No es cierto que se necesite realizar un trabajo constante para llegar a darle la forma y el acabado que debe tener, antes de ponerla en su sitio?

Ten presente, hombre nuevo, a que precio debes mantenerte en el puesto que Dios te haya dado Moisés decía a los hebreos «Si vuestro hermano, hijo de vuestra madre, o vuestro hijo, o vuestra esposa tan querida, o vuestro amigo, al que queréis como a vuestra alma, quiere convenceros y viene a deciros en secreto vamos a servir a dioses extraños que son desconocidos para nosotros, como lo han sido para vuestros padres los dioses de todas las naciones que nos rodean tanto si son cercanas como si son lejanas de un extremo a otro de la tierra no os dejéis convencer y no lo escuchéis ni tengáis ninguna compasión con este individuo No lo perdonéis ni guardéis en secreto lo que os haya dicho Matadlo inmediatamente Que vuestra mano le de el primer golpe y después siga golpeándolo todo el pueblo»

Hombre nuevo, en ti mismo se pueden encontrar todos estos padres infieles, a los que tienes prohibido perdonar No respetes a ninguno de ellos Si es el más querido de todos ellos el que trata de insinuarse a tu espíritu y atraerte a un culto que pueda engañar a cualquier otra parte de ti mismo distinta a aquella en la que la voz de tu Dios se ha hecho oír cuando él mismo ha encendido su lámpara viva en el santuario de tu propio templo, recházalo lejos de ti, dale un golpe sin piedad, entrégalo a la justicia del pueblo y haz que expire bajo la espada de tu ira Cuanto más severo estés con estos padres seductores, mas aseguraras el reino de la gloria de tu maestro, porque con ello conservarás mejor la unidad, la sencillez y la santidad de este hijo querido que debe representarlo sobre la tierra

Acostúmbrate también de antemano a abarcar de un gran vistazo el círculo que debes recorrer y que no sólo comprende la eternidad y el tiempo, con todas las causas de todo género que hacen que se mueva, sino además todas las leyes que esta sabiduría eterna ha dado al hombre desde el momento de su caída y que va poniendo continuamente delante de él, a medida que gira la rueda de los siglos, y en las que puede reconocer siempre el mismo espíritu, el mismo amor, la misma justicia, la misma bondad, tanto si observa estas leyes en la primera edad de ellas como si lo hace en sus diversos estados de desarrollo, ya que es la unidad la que las ha dictado y es también la unidad las que las dirige y hace que crezcan y manifiesten su luz, cuando llega el momento.

La única diferencia está en que estas leyes te han parecido duras y difíciles, mientras no has sido admitido nada más que al primer recinto de este santuario, ya que este recinto es el que limita con las naciones extranjeras, contra las cuales tenías que estar siempre en guardia, mientras que, cuando penetras en los recintos interiores, estas leyes te parecen suaves y tranquilas como la atmósfera de la eternidad, porque serán ellas las que actuarán en ti y por ti y las que te harán que disfrutes de este descanso.

Éste es el Sabbat que el reparador, del que tú eres imagen y hermano, ha traído a la tierra y ha querido que penetre en el corazón de todos los hombres, porque él mismo era ese lugar de reposo y sabía hasta qué punto parecía su obra tranquila y deliciosa, en comparación con la obra complicada de todos los agentes inferiores, pues, cuando dice que el hombre era el señor del propio Sabbat, quería referirse solamente a esta obra laboriosa y llena de tormentos, que había dominado hasta ahora al género humano y que este reparador divino había venido a abolir para poner en su lugar la obra de la paz y el Sabbat del amor.

Además, ¿qué nos dice la sabiduría cuando queremos contemplar nuestros caminos y los penosos senderos de nuestro regreso a la luz? Nos dice: disipad vuestras tinieblas materiales y encontraréis a Dios. Cuando se desenredó el caos de la naturaleza, apareció el hombre como si fuese el órgano de la verdad para la administración del universo. Cuando se disipó el caos espiritual en que se había sumido el hombre culpable, se mostró el reparador como la vida del espíritu y el agente supremo de nuestra liberación y nuestra regeneración. Fue entonces cuando el nacimiento del río pudo decir a las aguas que fluían: Vosotras sois mi regeneración. Fue entonces cuando se pronunciaron en realidad esos pasajes proféticos y figurativos, tan repetidos en las escrituras: sabréis que yo soy el Señor, yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

Por tanto, si no hemos disipado nuestras tinieblas materiales, para encontrar al hombre, y nuestras tinieblas espirituales, para encontrar a Dios, ¿cómo podemos notar efectivamente que se cumple en nosotros esta verdad, cómo podemos sentir de nuevo que Dios engendra nuestra alma, cómo podemos conocer ese Sabbat que no se encuentra nada más que en Dios, cómo podremos ver que aparece en nosotros el hombre nuevo, cómo podemos ver que se levanta en nosotros ese edificio y ese templo imperecedero, en el que debe arder eternamente el fuego sagrado y en el que no deben dejar de inmolarse víctimas, para manifestación de la gloria y el poder de Dios, que sólo puede ser conocido y honrado por medio de los que son santos?

Pero no nos engañemos. No hemos llegado aquí abajo a esta feliz meta nada más que para disfrutar de ella durante algunos momentos pasajeros y

por un espacio intermedio, en vista de la privación a la que estamos condenados, y no podemos oír de forma constante e ininterrumpida la palabra continua que crea en todo momento. ¿Pero no es lo suficientemente grande esta verdad que podemos conocer desde este mundo, o sea, que el corazón del hombre es la zona que ha elegido la Divinidad para su lugar de reposo y que lo único que pide es venir a ocuparla? ¿No es una verdad muy grande para nosotros saber que Dios no ha elegido semejante lugar de reposo nada más que porque el corazón del hombre es amor, ternura y caridad y porque, por consiguiente, este secreto nos descubre la verdadera naturaleza de nuestro Dios, que consiste en ser eternamente amor, ternura y caridad, sin lo cual no trataría de habitar en nosotros, si no fuese a encontrar estos beneficios indispensables?

Alma del hombre, piensa en cuidarte, en limpiarte meticulosamente, ya que estás destinada a recibir a semejante huésped. Piensa que debes ser el espejo del eterno, sí, el espejo, el reflejo activo de su amor. Aunque no pases, por decirlo así, más que un día en la tierra, ya es tiempo suficiente para observar y conocer no sólo cuál es la meta de tu existencia, sino también cuál es el camino que se te ha marcado para mantenerte en el puesto, cualquiera que sea, que quiera confiarte la sabiduría suprema durante esta estancia pasajera.

Vemos que el sol recorre todos los días un arco de su gran círculo. Vemos que este arco es cada día el único que recorre para nosotros y vemos que va siguiendo todos sus puntos con una regularidad perfecta. Aprendamos su lección y tomemos el ejemplo que debemos seguir. Veámonos todos nosotros

como astros que tienen que recorrer un arco cada uno en la gran esfera de la obra de nuestro Dios. Desde el polo hasta el ecuador, cualquiera que sea nuestra latitud, recorramos nuestro arco con fidelidad y sin dejar que se escape el mínimo murmullo, sin el mínimo movimiento de celos ni deseo de tener que aparecer en un clima más afortunado que el que tenemos asignado. Recorramos nuestro arco, lo mismo que lo hace continuamente el sol, sin tener en cuenta si brillamos sobre la Arabia feliz o sobre las arenas del África o sobre los desiertos de Tartaria. Recorramos nuestro arco, como él, purificando las regiones que se encuentren bajo nuestro paso y sin dejar nunca que se empañe nuestro fulgor por las manchas y las influencias infectas que se levantan de estas regiones.

No tengamos ambición por cubrir en nuestro recorrido un campo mayor que el que tengamos asignado. Si bastase con un solo hombre para atender las necesidades de todas las regiones del universo, la sabiduría eterna no hubiese creado el número incalculable de individuos que componen la familia humana.

Sol Divino, tú, de quien han sacado su existencia todos los espíritus y todas las almas; tú, que dominas el centro de nuestro mundo espiritual, lo mismo que el sol elemental domina el centro de nuestro globo, a ti solo te pertenece el poder de iluminar al mismo tiempo, lo mismo que él, todos los puntos de nuestra atmósfera y de compensar el peso de las tinieblas con la abundancia y la vivacidad del día que expandes por todas las partes de la región Divina que habitamos. Sólo a ti te pertenece el poder de transmitirnos hasta esta porción de luz, para encargarnos a nuestra alma de verterla después sobre los diferentes climas espirituales que tú nos asignes.

29

Todavía no hemos llegado en este escrito nada más que a la segunda edad del hombre nuevo y todavía no hemos abierto la entrada del reino Divino, porque el hombre nuevo está aún en su crecimiento y no ha llegado a la edad de la virilidad. Mientras él crece, hagamos aquí, en el reino profético, una observación esencial: que los espíritus de Pitón no han influido en los patriarcas y los profetas, como lo han hecho en todos los tiempos con el género humano. Abraham, Jacob, Noé, Moisés, David, Ezequiel, Jeremías, Daniel, han seguido la vía natural en mil circunstancias de su vida en que se les confiaba la luz superior. Se les indicaban los acontecimientos proféticos más remotos, se les enseñaban a veces hasta en sueños y después se les dejaba a la ley del tiempo y a las tinieblas naturales que envuelven a toda la familia humana.

En cuanto a los que fueron depositarios de la ley sacerdotal, tenían el derecho a consultar al Señor y aplicar el Efod, siendo el Señor el único que respondía; pero, al debilitarse estos privilegios por las iniquidades de los sacerdotes y al no haber tenido el reino profético más que un tiempo, las naciones de la tierra se han dejado engullir en las tinieblas y en las abominaciones pitónicas.

No dudemos ni siquiera que, al final de los tiempos, estas abominaciones se hagan universales y casi todas las naciones se sometan a la dirección de espíritus particulares e inferiores que, al no estar relacionados con la gran fuente de la luz, extraviarán a los hombres, cada uno a su manera. Nacerá una multitud de ciencias, de sectas, de prodigios y de acontecimientos maravillosos que lucharán unos contra otros. Ése es el sentido del evangelio: se verá levantarse pueblo contra pueblo, reino contra reino.

Todas estas rutas resultan ser otras tantas divergencias y subdivisiones; pero la masa corrompida de estas ciencias verá que todas esas parcelas se separan y se disuelven a medida que se van elevando, y es ese estado de agitación recíproca y de división universal entre estas ciencias falsas y entre estos sabios falsos lo que las hará desaparecer y las disipará,

para no dejar que reme nada más que la verdad que ha de salvar los restos del mundo.

Se puede reconocer en algunos de estos signos que esos tiempos han empezado ya en la tierra, por la multitud de visiones, de inspiraciones, de asociaciones espirituales que se levantan por todas partes y que, devorándose unas a otras, se precipitan mutuamente hacia la destrucción. Se puede reconocer también en que la mayor parte de estos prodigios alejan mucho más el espíritu del hombre de la única ruta simple e interior que podría salvarlo. Además, se nos dice en el evangelio que, a pesar de todas estas maravillas predichas para el fin de los tiempos, no habrá, sin embargo, fe en la tierra.

Señor, la iniquidad de los hombres sería demasiado grande para no cansar tu paciencia y no encender tu justicia. Sin duda hay hombres de paz y elegidos que ya han llegado a tu santa morada que, por sus virtudes y sus inciensos, te consuelan de las abominaciones acumuladas por otros hombres. Te consuelan con sus plegarias y retienen tu brazo, esperando que, una vez colmadas las medidas, hagas que estalle tu furor, que no podrá dejar de desarrollarse, cuando ya no haya fe sobre la tierra, ya que, cuando no encuentres asilo en el corazón del hombre, destruirás al hombre en tu sabiduría y tu justicia, como un edificio viejo que no es ni robusto ni seguro, en el que ya no pudieses habitar.

Mortales, enterrados en el sueño, levantaos y ved lo terrible que será esta ira, pues debe compensar y llevar el peso de las iniquidades que se hayan ido acumulando a lo largo de todos los siglos, y sabed, antes de nada, que sois, vosotros mismos los que determináis la medida de las plagas y las venganzas que debéis hacer que caigan algún día sobre vosotros. Aprended, digo yo, a no blasfemar más contra vuestro Dios, porque, si debéis esperar encontrar en él una justicia y un poder superior a todas vuestras abominaciones, ¿por qué no podéis pensar, del mismo modo, en encontrar en él una dulzura y un gozo superiores a vuestras virtudes y a vuestros movimientos más puros y más avivados por el fuego del espíritu? Si determináis vosotros mismos la medida de vuestros males y de vuestros tormentos, también tenéis derecho a determinar la medida de vuestras alegrías y de vuestras recompensas, sin dudar que el corazón de vuestro Dios prefiere mil veces recompensaros a castigaros.

Pero habéis preferido seguir caminos ilusorios y seductores, habéis preferido las imágenes de la verdad a la misma verdad y, lo que es peor, no os habéis preocupado de analizar de qué mano os venían esas imágenes y os habéis creído obligados a adornar vuestras moradas con el brillo de sus colores, os habéis creído obligados a engalanaros vosotros mismos con ellos, sin pensar que con eso os comprometíais a observar las leyes, las órdenes y las voluntades de quien os enviaba estas decoraciones.

Ved cómo han bajado a la tierra las iniquidades; ved cómo se colmarán las medidas de la abominación, porque cada soberano o, mejor dicho, cada usurpador, no dejará de difundir ampliamente estas decoraciones engañosas, pero atractivas, para ampliar su reino y ganarse la fe y los honores de los que haya subyugado con semejantes proezas.

Por estos medios falsos y engañosos, hace que los hombres no tengan facultades nada más que para conocimientos de orden inferior, que no son en sí más que apariencias muertas y engañosas. Por estos medios hace que estos tipos de luces turbias e inciertas se conviertan en los únicos elementos del hombre y la única medida de su espíritu. Además ¿qué efecto pueden producir en los hombres los cuadros vivos y las alegorías espirituales enviados por la verdad? Este efecto es nulo o falso a sus ojos y lo relacionan todo con ciencias inferiores o con el invento de un historiador o no ven en él absolutamente nada.

Pero ¿por qué tienen tan poca influencia en el espíritu del hombre estas figuras proféticas y las formas tan pintorescas que toma continuamente el espíritu, si no es porque han perdido por completo de vista los modelos de las grandes verdades y se han sepultado en las imágenes que, en cambio, no piden ningún sacrificio de su inteligencia ni de sus demás facultades morales y divinas?

El hombre nuevo ha visto ya brillar en él la luz propia de su esencia, con demasiada claridad para no poder evitar caer en tales trampas. Dirá con David (salmo 15:7, etc.): «Bendeciré al Señor por haberme dado la inteligencia y por lo que, hasta por la noche, me han censurado y enseñado mi corazón. Veía al Señor y lo tenía siempre ante mis ojos, porque él está a mi derecha para impedir que me estremezca. Por eso es por lo que mi corazón se ha regocijado y mi lengua ha cantado cánticos de alegría y, además, hasta mi carne descansará en la esperanza, porque no dejaréis mi alma en el infierno ni permitiréis que vuestro santo sea objeto de corrupción. Me habéis dado el conocimiento de los caminos de la vida, me colmaréis de alegría al mostrarme vuestro rostro. A vuestra diestra hay delicias imborrables».

Efectivamente, el hombre nuevo es el que guarda cuidadosamente en él la palabra del Señor, por miedo a que la lleve a otra parte. Trabajará día y noche para conservar en su corazón el calor del espíritu y para conservar su luz en los tesoros de su inteligencia. Verá el cuerpo del hombre como un vaso de un metal resistente, que soporta el fuego sin romperse ni fundirse. Se dirá: antes de que yo hubiese recibido de forma sensible para mí este nacimiento espiritual que me ilumina con tanta fuerza sobre mi verdadera naturaleza, el Señor me colmaba de bienes. ¿Cómo va a abandonarme, después de haberme dado la existencia? Él me ha enseñado a distinguir la

alegría que disfrutamos en él; ¿cómo no vamos a venir todos por completo para disfrutarla? ¿Cómo vamos a contentarnos con la alegría que no depende nada más que de las imágenes, cuando podemos disfrutar de la alegría de las realidades y, sobre todo, cuando se nos ofrecen las imágenes como si estuviesen en el fondo de un abismo y en el seno de las tinieblas más profundas?

¡Qué gracia necesitamos de arriba y qué trabajos tenemos que realizar para mantenernos firmes al borde del precipicio por donde caminamos!

El hombre nuevo conoce la necesidad de estos auxilios indispensables y, como los ha recibido, se llena de indulgencia y de compasión hacia los desafortunados conciudadanos que siguen esperando todavía. Sabe que no conocemos a Dios aquí abajo nada más que por los objetos sensibles; que, al morir, empezamos a conocerlo por los centros espirituales; pero que sólo después de nuestra reintegración total lo conoceremos por él mismo. Él ve que es esta espera lo que desanima a los mortales y los lleva al desierto por los caminos de la impaciencia. Se estremece de dolor al saber que el camino de regreso no es tan ancho como lo hacen los hombres, con todas sus doctrinas que no parecen ser más que recetas de empiristas y charlatanes.

Por eso ha dicho al Señor no dejéis a los hombres en los caminos que perjudican a vuestra propia obra, que tantas ganas tengo de ver realizada. Venid a socorrer su debilidad, puesto que vos sois el único que puede protegerlos de la muerte y darles las fuerzas y todas las ayudas que necesitan. Después, dirigiéndose al enemigo, le dice: ¿Es necesario que se derrame la sangre de mi espíritu para saciar tu sed y hacer que sueltes la presa? Fíjate, deja que mis hermanos se vayan en libertad. No te hablo solo en mi nombre, sino en el nombre del que acaba de darme la vida, pero, si no quieres creer en mi nombre ni en el nombre del que me ha enviado, cree, al menos, en la obra que él ha realizado en mi ser: tuya evidencia no puedes negar porque la tienes demostrada con mi existencia, ya que ni tu ojo puede menospreciarla ni tú puedes evitar el sentirla.

30

Uno de los mayores prodigios que puede advertir el hombre es el que siente que se produce en el mismo, cuando da algún paso en la carrera de la regeneración. Nota algo así como si todas las gracias que ha recibido se juntasen con una unión muy fuerte para afrontar los obstáculos que hayan podido levantar en él sus viejas culpas y todos los que el propio enemigo haya puesto. Siga poniendo todos los días sobre estas bases, que son sus propias obras y los cimientos de su templo de iniquidad. El hombre se da cuenta de que no solo se le bendice en todas estas sustancias, sino que, además, todas estas sustancias dan sus bendiciones a su vez y, con la ayuda de estas gracias Divinas que descienden sobre él, puede convertirse

en un bálsamo benefactor que difunda por todas partes el aroma más agradable

Además, su deseo y su celo aumentan con estas dulces experiencias Su oración se convierte en un santo furor y quiere tomar el cielo por la violencia

Dios de mi vida, ven a vivir en mi vida, para que pueda acercarme a la muerte y no morir, sino, por el contrario, poder hacer, a mi vez, que reviva la muerte lo mismo que tú has hecho que reviva yo cuando estaba muerto

¡Ay! ¡Los hombres solo se conmueven ante la muerte, en vez de hacerlo ante la vida! ¿Cuáles eran los designios de la justicia, cuando, después de su crimen, los ha precipitado al abismo terrestre en que vivimos y los ha puesto a unos junto a otros? Era para que aprovecharan mutuamente testimonios de su perdición y signos de su miseria Era para que tuviesen continuamente ante sus ojos el triste cuadro del horror al que los había reducido el pecado Era para que cada uno de ellos al ver a su hermano en las tinieblas, en la inquietud, en la tribulación, en los sufrimientos y bajo el dominio de la muerte física y moral, se enterneciese y diese un giro sobre sí mismo y, reconociendo humildemente los derechos de la justicia al verlos aplicar con tanta constancia y severidad, tratase de calmar su enojo y suavizar su rigor, con sus lágrimas y su penitencia

Por este medio, los hombres, después de haber aprovechado recíprocamente

los testimonios de su perdición y los signos de su estado de expiación, podrían ayudarse después unos a otros con signos de enmienda, de resignación y de estímulo a la oración para desviar la cólera Divina y, sin duda alguna, llegarían poco después a servirse mutuamente de los signos de gracias celestes, de perdones, de consuelos y de gozos que hubiesen cambiado para ellos el reino de la muerte y los hubiese puesto de algún modo en el remo de la vida, incluso antes de que hubiesen abandonado esta región terrestre y mixta, a la que la unidad parece tener que ser tan extraña No lo dudemos esos eran los propósitos de la sabiduría para el género humano, ya que lo único que pretende esta sabiduría es llenar toda la tierra

Pero los hombres no son los unos para los otros ni signos de consuelo ni signos de enmienda, sino que incluso hacen todos lo que pueden para borrar de entre ellos estos testimonios de su extravió y estos signos de su miseria, que deberían enseñarse recíprocamente, por lo que no se han convertido, los unos para los otros, mas que en realidades activas de imprudencia, de orgullo impío, de iniquidad y de corrupción pestilente

En realidad, lo vemos bien claro en la naturaleza, donde se transmite a todas las plantas el mismo aire y la misma fuente de vida y, sin embargo, unas nos lo devuelven con bálsamos y perfumes y otras corrompido e infectado, pero no es esta imagen dolorosa lo que produce la verdadera

aflicción del hombre nuevo, sino ver que el hombre desafortunado ofrece a nuestros ojos el mismo cuadro, pero con colores cien veces más llamativos y propios para llenar de desolación todas las sustancias del espíritu

La vida divina penetra en las almas, lo mismo que el aire en los cuerpos Penetra en las almas para que puedan germinar y producir innumerables flores, dignas de adornar el jardín del Edén Pero estas mismas almas en vez de llenar el ambiente con el dulce olor de los aromas benefactores no esparcen por la región del hombre nada más que los venenos mas penetrantes y fétidos

Lloremos de vergüenza y de humillación por encontrarnos tan lejos de nuestra patria, por vernos continuamente oprimidos y rasgados por el cilicio de la iniquidad La sangre fluye por todos nuestros poros y, por si el dolor no es lo suficientemente fuerte, hurgamos en las heridas de otros y todos resultamos los verdugos de los demás Amigos, amigos, dejemos de sacrificarnos unos a otros y esforcémonos cada uno para que del alma de nuestros hermanos salgan victimas puras que puedan ser presentadas en el altar de los holocaustos

Ved a este hombre nuevo que, mediante la oración, ha hecho que entre en el antídoto poderoso que es lo único que puede destruir a estos maléficos animales, que tienen su guarida en el corazón del hombre. Ha limpiado todos los días, los mismo que Job, el pus de sus heridas, con el cascote de vasija de barro que le quedaba, pero el espíritu del Señor ha venido a renovar su sangre y devolverle la salud Además, su alma será algún día el trono del Señor Desde lo alto de esta sede soberbia, asombrara a las naciones con su gloria, lanzara el rayo contra sus enemigos, marcara las leyes de su poder a los innumerables pueblos que habiten en sus dominios, publicara medidas de gracia para los que quieran volver a los caminos de la verdad, distribuirá premios y recompensas a los que se hayan dedicado al servicio de su maestro y no hayan respirado nada más que por la gloria de la casa del Señor

Vigila sin descanso, hombre de paz, hombre de deseo, para que el trono este

firme e inamovible, ya que, si este trono no está en buenas condiciones, puedes retrasar con tu negligencia la obra y la manifestación de las maravillas y las gracias del Señor ¿Qué pasaría si ese trono no se hubiese levantado en nombre de la verdad? Dios os diría, como en Amos (5:20. etc.) «Detesto vuestras fiestas y las aborrezco No puedo soportar vuestras reuniones Me ofreceréis en vano holocaustos y presentes y yo no los recibiré y, cuando me sacrificuéis los mejores holocaustos para cumplir vuestros votos, no me dignare mirarlos Evitadme el ruido tumultuoso de vuestros cánticos, no escuchare los aires que cantáis con la lira, mis juicios caerán sobre vosotros como el agua que se desborda y mi justicia, como un torrente

impetuoso Casa de Israel, ¿me habéis ofrecido sacrificios y hostias en el desierto durante cuarenta años? Habéis llevado el tabernáculo de Moloc, la imagen de vuestros ídolos, y la estrella de vuestro Dios, que no eran más que obras de vuestras manos Por eso es por lo que os haré transportar al otro lado de Damasco, dice el Señor que tiene por nombre Dios de los Ejércitos»

El hombre nuevo no quiere tener ningún Dios que sea también obra de sus manos Por eso es por lo que no tiene otro cuidado ni otro deseo que no sea dejar que actúe en él la mano del Señor El nota que penetra hasta el interior de su ser y empieza por revelar en él la sensibilidad espiritual cuando se le acerca, le proporciona un alimento dulce y vivificante que deleita su paladar y esparce perfumes deliciosos para su olfato Estos son los primeros sentidos espirituales que nacen en el hombre, por la mano del espíritu

Esta mano benefactora es la que le abre a continuación los ojos para hacerlo testigo de las maravillas de su sabiduría y de su poder y se encarga de proporcionarle los cuadros adecuados para la juventud de su vista y la debilidad de sus órganos, pero, cuando ya tiene los ojos abiertos a todas las riquezas de la mano divina que le proporciona todos estos tesoros, ya no puede retirar su mirada y, al cabo del tiempo, llega a distinguir aun mejor el valor de la riqueza

Esta mano divina le abre entonces el sentido del oído, para convencerlo de que todos los tesoros no son mudos y silenciosos, como los tesoros de la tierra, y su oído queda encantado por la armonía de los conciertos que oye, lo mismo que por la elocuencia viva, luminosa y persuasiva de todas las lenguas que lo rodean

Finalmente, esta mano divina desata hasta la lengua de este hombre nuevo para que pueda demostrar a los que le hablan que tiene la satisfacción de oírlos y que sus palabras no han caído en vano A partir de entonces, toda la vida de este hombre nuevo va a ser un crecimiento continuo y un desarrollo de todos sus sentidos y de todas sus facultades espirituales, por los cuales dará testimonio de que el espíritu ha venido a él y de que lo ha hecho su órgano Tratara de persuadir a sus semejantes de que esta mano del espíritu es exclusivamente la unidad que puede realizar en nuestra alma todas estas operaciones diversas lo mismo que como vemos, la naturaleza es la única que las realiza en los sentidos físicos de nuestro cuerpo, y nosotros no podemos hacer más que perjudicar nuestra configuración y nuestra regularidad, si obstaculizamos en lo mínimo esta operación de la mano divina El les enseñara también que el don de la palabra es el último de nuestros sentidos espirituales que suelta la mano divina en nuestra alma, lo mismo que vemos que la palabra material es la última evolución que reciben los niños

31

Ya es hora de que el hombre nuevo empiece su misión. Se ha cumplido su edad terrestre y va a empezar su edad celeste. La primera ley que va a seguir al entrar en esta edad celeste es el bautismo corporal y este bautismo debe recibirlo de la mano de su guía, para poder recibir después el bautismo Divino de la mano del Creador. Es nuestro compañero fiel, encargado de realizar en nosotros ese bautismo corporal, porque tiene la misión de defendernos, protegernos y purificarnos de todo lo que hay de heterogéneo alrededor de nosotros, con el fin de romper la barrera que nos separa de nuestro único y universal principio de reacción, que es la Divinidad.

Sin embargo, este bautismo que aquí llamamos corporal no cae sobre la forma exterior del cuerpo, porque esta forma tiene acciones de su orden para cuidarla y bautizarla según sus medidas; pero en caso de que esta forma no fuese pura en sus elementos exteriores, el bautismo de que hablamos no podría tener lugar, porque cae sobre los principios de la forma y no podría llegar hasta estos principios si la forma exterior le ofreciese obstáculos con sus culpas. Al mismo tiempo, este bautismo se produce por medio del agua principio, que nuestro compañero fiel puede utilizar para actuar sobre nuestros principios y esta propiedad del agua principio está indicada físicamente por el agua elemental, que todo el mundo sabe que es el principio de toda corporización material.

No hay duda de que es para nosotros una vergüenza y una humillación tener que recibir este bautismo corporal regenerador de la mano de una criatura espiritual, de la que estamos destinados a ser algún día maestros y jueces, ya que debemos juzgar a los ángeles y a la misma justicia (1 cor. 6:3); pero ésa es la consecuencia de la inmensa transposición que se ha producido en el momento del pecado y es también una gracia de infinita magnitud la que nos hace aquí la misericordia Divina, al permitir que la mano de la criatura espiritual pueda romper nuestras cadenas, para ponernos en condiciones de recibir la vida superior y creadora, de la que estamos tan prodigiosamente alejados.

Este ángel, fiel y lleno de amor por nosotros, quiere, sin duda con mucho ardor, realizar en nosotros esta obra saludable, pero también lo desea por su propia cuenta, ya que, como hemos dicho antes, no puede disfrutar de la vida Divina si no es por medio de nosotros. Sin embargo, como todo su ser es humildad, espera con dulce paciencia a que llegue el momento en que las medidas estén en su punto y, sobre todo, a que se le dé la orden de realizar su labor, ya que se ha dedicado a la obediencia, ofreciéndonos así el ejemplo de la forma en que debemos comportarnos con Dios.

Todos estos movimientos son los que se han producido en San Juan Bautista, cuando el reparador vino a verlo junto al Jordán para que lo bautizase: sabía que el que sería enviado debía bautizar en el espíritu y en el fuego; sabía que él no era digno de desatar los cordones de sus sandalias; no se atrevía, por humildad, a bautizar al Señor; no se decidió a hacerlo hasta después de recibir la orden, y este San Juan se nos presenta en el Evangelio como alguien que sigue el espíritu y la virtud de Elías o como si fuese el mismo Elías, es decir, el espíritu del Señor. Además, era el precursor.

Cuando se produce en nosotros este bautismo corporal por el agua del espíritu, entonces el hombre nuevo sale de las aguas donde había estado inmerso y, cuando ha puesto el pie en tierra, se oye una voz del cielo que dice: éste es mi hijo muy amado, en quien encuentro toda complacencia. Hasta entonces, este hombre nuevo era el hijo de Dios, ya que había sido concebido por el espíritu y había recibido el nacimiento; pero no se había promulgado su nombre ni su familia Divina y, mientras no se hubiese roto esta barrera, que debía ceder al agua del espíritu, el hombre nuevo no habría podido recibir de su padre ese reconocimiento auténtico por el cual lo reconoce como hijo y le asegura no sólo su existencia entre las naciones, sino también los derechos más constantes a su herencia legítima.

Entonces es cuando la Divinidad empieza a hacer realmente su entrada en nosotros y tenemos la esperanza de ver descender, para establecerse en nosotros, los tres principios Divinos, para producir con su indisolubilidad suprema una unión íntima de los tres principios que nos constituyen personalmente, unión que ha de hacer de los tres principios uno solo y manifestarlos siempre en esta unidad fuerte y armónica en cualquier lugar, en cualquier circunstancia, en cualquier obra y en cualquier parte de nosotros mismos en la que tengamos necesidad de ella.

Esta entrada de Dios en nosotros es el principal deseo y el objeto esencial de la Divinidad. Además, nosotros no tenemos más que una idea muy débil de los sacrificios que realiza para conseguir esta meta y, si hay algo verdaderamente lamentable en nuestra existencia, es precisamente darse cuenta y notar que nosotros mismos cerramos el paso a esta Divinidad; sentir físicamente que se mueve continuamente alrededor de nosotros, buscando un sendero por el que pueda entrar hasta nuestro corazón, y que nosotros, por el contrario, hacemos todo lo posible por estrecharle el camino, para que se vea obligada a herirse y hacerse sangre para entrar dentro de nosotros y traernos la vida; notar que el amor que tiene por nosotros le hace soportar todos estos dolores y que no se queja ni se lamenta por verter lágrimas, ya que el fuego de su caridad vence todos los obstáculos y triunfa con la santa gloria de su amor, mientras que nosotros, en nuestras abominables tinieblas y en nuestros caminos llenos de iniquidad, cerramos los oídos a sus peticiones y nos quedamos insensibles a su ternura.

¿Pero cuáles son los proyectos que tiene para nosotros? Llamarnos y hacer que nos levantemos de entre los muertos, sacarnos del fango y de la infección en que hemos caído, hacernos luminosos por el fuego del espíritu, para que podamos servirnos unos a otros de guías y de puntos de reunión en nuestros abismos y sacarnos juntos, por su Divino poder, de esa morada sepulcral en la que no somos otra cosa más que verdaderos cadáveres.

Pero el mínimo rayo de su palabra basta para producir en nosotros este prodigio, para llenarnos a todos de fuerza, de amor y de luz e implantar en nosotros virtudes y cualidades características, en vez de ese estado tenebroso y carente de significado, que es la propia región que habitamos. Y es el rayo de esa palabra el que tratamos de rechazar con todas nuestras fuerzas, como si fuese a darnos la muerte.

El hombre nuevo no ha querido seguir esos caminos erróneos. Ha sido concebido en Nazaret, ha vivido entre los nazarenos y, siguiendo las costumbres y las leyes de los nazarenos, al llegar a la edad apropiada se ha dirigido al Jordán, que es la frontera de la tierra prometida. Allí se ha sometido humildemente a la mano de su guía y de su precursor, que se ha agachado para coger las aguas del río y extenderlas sobre la cabeza y sobre toda la persona interior de este nazareno.

Este bautismo invisible, del que nos da una idea el bautismo visible del reparador, tiene un efecto doble en el hombre nuevo. No sólo oye, como el reparador, las palabras de consuelo éste es mi hijo muy amado, en quien encuentro toda complacencia, sino que, como él, nota en lo más profundo de su ser los tesoros ocultos cuyo valor ignoraba por completo, que no le habían sido descubiertos todavía y que tampoco podían serlo nada más que mediante este bautismo invisible que no le puede ser administrado nada más que por su guía. Desde el instante en que se le administra esta bautismo invisible, la voz divina pueda entrar en él como en su propia forma y penetrar en todas las facultades que lo constituyen y, a medida que va entrando en todas sus facultades, él descubre en sí mismo las riquezas de que está dotado por su naturaleza Divina y el uso que debe hacer de estas riquezas para la gloria de aquél de quien las ha recibido.

Estas riquezas consisten principalmente en siete canales espirituales que estaban esperando la ordenación sacramental para poder empezar a reiniciar su actividad y convertirse en órganos de la fuente suprema, cuyas aguas fertilizantes deben transmitir a todas las regiones azotadas por la esterilidad. Estos siete canales tienen entre ellos la correspondencia más perfecta y, aunque cada uno tenga sus características o cualidades diferentes, ninguno puede actuar sin el apoyo de los otros seis ni sin que estén determinadas sus relaciones con todos los demás. Así es como, por la manifestación que nos ofrece la verdad universal en la armonía musical, no

se puede producir ningún sonido sin que se establezcan inmediatamente sus relaciones con todos los demás sonidos.

Ése es el instrumento divino que la fuente superior ha confiado al hombre nuevo o, más bien, ha querido regenerar en él para ponerlo otra vez en condiciones de celebrar de nuevo, con cantos regulares, la gloria de su autor, de su maestro y de su padre; obra que el hombre no puede realizar si no es con la ayuda de este instrumento espiritual y sometiéndose a todas las leyes de su armonía, porque, como lo que debe celebrar es la unidad, no podría hacerlo con exactitud si no tuviese en su mano lo representativo de esta unidad; obra que no se habría debido interrumpir nunca, si el hombre hubiese seguido los planes de su destino original, pero que, a pesar de la interrupción que ha sufrido por la fuerza cruel que ha tenido el crimen para obstruir en nosotros esos preciosos canales, está siempre dispuesta para revivir y desarrollar todas las maravillas que es capaz, en cuanto el hombre se decida a tomar la resolución sincera de ponerse, con su trabajo constante y su humildad íntima, en condiciones de recibir el bautismo invisible de su guía, que es el único que puede llevarlo a las puertas de la región de la vida.

Cuanto más asombrado queda el hombre nuevo al descubrir en sí tan granados maravillas y un instrumento espiritual tan valioso, más siente la necesidad de dedicarse con ardor al cuidado de limpiar cada vez más todos estos canales y a estudiar con una atención infatigable todos los sonidos, para que el concierto que deben formar no produzca más que una armonía perfecta y para que no se desbaraten por segunda vez los planes de la fuente suprema.

Por eso es por lo que va a retirarse al desierto, no sólo al desierto material de las circunscripciones locales y terrestres, sino al desierto del espíritu y al desierto de Dios; o sea, que, dándose cuenta de lo poco digno que es todavía de acercarse a ese espíritu y a ese Dios, del que ha sido apartado tan lejos por el crimen, va a replegarse en sí mismo para acumular sus fuerzas y sus luces dispersas, con el fin de que, cuando haya tenido la suerte de hacer que recuperen su unidad, pueda ofrecerse en las medidas más justas a quien es la misma medida.

Además, lo que lo conduce a este valeroso aislamiento es un sentimiento de justicia y equidad. Por nosotros, dice, se ha concebido el crimen y tiene influencia, por nosotros se ha producido la subdivisión de nuestro ser, por nuestra voluntad hemos merecido que se nos separe de nuestro principio y, por tanto, es por nosotros y por nuestra propia voluntad por lo que debemos merecer que se nos una y se nos devuelva a ese principio. Es una dicha enorme que no sólo se nos haya advertido que era posible esta aproximación, sino también se nos haya mostrado al mismo tiempo le meta y los medios, mediante el día que acaba de infundir en el alma del hombre el bautismo invisible de nuestro fiel compañero

Así pues, el hombre nuevo va a ser empujado al desierto por este espíritu de humildad, de justicia y de valor, y allí, con la luz que acaba de recibir, va a recorrer las soledades más profundas de su ser y no descansará ni de día ni de noche hasta que haya eliminado todas las inmundicias, todos los malhechores y todos los animales nocivos.

Hay doctrinas profundas que nos han enseñado ya que en este desierto será tentado en realidad, del mismo modo que fue tentado el primer hombre en el ámbito primitivo que le fue confiado. Nos han enseñado que lo será en su cuerpo, en su alma y en su espíritu, dependiendo de los tres principios que nos constituyen; nos han enseñado que jamás podrá defenderse mejor que oponiendo a su enemigo la palabra que sale de la boca de Dios, de lo que nos ha dado un ejemplo el reparador al no responder al tentador nada más que con pasajes de la escritura; nos han enseñado que este hombre sometido a prueba debe pasar cuarenta días y cuarenta noches en el desierto para cumplir la rectificación de esa cuarentena que caracteriza al alma humana y que ha sido desfigurada por el pecado. Por tanto, no confiaremos en estos grandes objetos.

Además, el hombre nuevo descubrirá en él y en su alma todos estos principios y no sería un hombre nuevo si no aprendiese estas verdades elevadas nada más que por la tradición y no adquiriese su conocimiento íntimo nada más que por la experiencia y el sentimiento. Dedicuémonos, por tanto, solamente a no perder de vista el camino que va a seguir en el desierto.

El primer paso que va a dar es sentir que su ser físico no es más que la muralla de la fortaleza que tiene que defender; que esa muralla no sólo debe ofrecer una resistencia invencible a los enemigos, sino que también debe lanzar sobre ellos rayos y relámpagos para impedir que se acerquen y aterrorizarlos con su poder. Pero, como ha reconocido abiertamente que sin el bautismo invisible que acaba de recibir no hubiese tenido jamás la fuerza necesaria para emprender obras tan duras como las que se le presentan, actuará de tal modo que ese mismo bautismo se extenderá sucesivamente por todas las porciones de su ser. Así, invocará el nombre del Señor, para que sus elementos se mantengan | en la medida y la precisión que les convenga, para que la muralla conserve su asiento; invocará el nombre del Señor para que reaccionen los elementos superiores y fortifiquen continuamente esta muralla y esté protegida de toda degradación, para que pueda resistir mejor a sus enemigos; invocará el nombre del Señor para que el principio de su vida corporal colabore continuamente con la acción de sus elementos constitutivos y la reacción de los elementos superiores, de tal modo que su armonía los haga como inseparables y forme un triángulo poderoso e irresistible, sobre el cual no pueda tener ningún dominio el desorden; alimentará así a su ser elemental con la fuerza, la paciencia, la

firme constancia, el valor, la elevación por encima de los males y los peligros, mientras note que este ser elemental no es, en realidad, más que la muralla de la fortaleza y tenga que pensar, con no menos cuidado, en poner en situación de defensa y seguridad el cuerpo de la plaza.

Veamos, pues, a este hombre nuevo, en medio de su soledad, vagando unas veces por caminos apartados; sentado otras, abrumado por la amargura y vertiendo torrentes de lágrimas, o sumiéndose en la profundidad de sus pensamientos, siempre gimiendo, siempre deseando, siempre esperando los momentos de consuelo y de triunfo que se le han anunciado, siempre orando para que no desfallezca su esperanza, a pesar de la austeridad de su desierto, a pesar de la acidez de sus alimentos y a pesar de las rudas pruebas que debe sufrir a cada momento. Veámoslo, al mismo tiempo, defendiéndose siempre con medios simples y sacados siempre del amor y el respeto que tiene por su Dios.

Efectivamente, todas las veces que se presenta en su pensamiento un objeto cualquiera y trata de hacer que nazcan en él deseos, por muy legítimos que sean en apariencia, antes de detenerse con este objeto, se vuelve hacia Dios y dice:

He notado que mi Dios era el principio de todas las cosas, que no había nada que no sacase de él su fuerza, sus propiedades, sus virtudes y todo su valor, por lo que no debo decidirme jamás a dedicar mi pensamiento y mi corazón a ningún objeto, sin haber averiguado si mi Dios no tiene en sí algo que haga las veces de este objeto, ya que, si hay en él algo que haga las veces de este objeto, sería un insensato si no me dedicase exclusivamente a ello y formase otras alianzas que no fuesen con él, ya que cualquier otro objeto que sea secundario para él y no pueda ofrecerle más que una alegría pasajera es limitado, lo mismo que es la esencia particular de este objeto, mientras que, al hacer una alianza exclusiva con mi Dios, encontraré en él todos los objetos secundarios que existen fuera de él, aunque existan por él, y los encontraré allí con una existencia duradera, permanente y universal, porque estarán vinculados a la fuente eterna e imperecedera que los creará y los engendrará continuamente y sin que puedan jamás dejar de ser y de colmarme de alegrías y delicias.

Con esta respuesta simple y tomada en el espíritu de la verdadera fe, aleja insensiblemente de él todos los encantadores que no pueden resistir semejante marcha y que posiblemente se dispersen mejor así que con una resistencia abierta y declarándole la guerra. A medida que este hombre nuevo fortifica la muralla de la fortaleza, adquiere estos vastos y simples desarrollos instructivos para la administración del interior.

Puede captar sus poderosas razones. En principio, cuanto más fielmente se guarde y mantenga esta muralla en sus justas medidas, menor será la comunicación y el entendimiento entre los enemigos que están fuera

y los habitantes mal intencionados que pudieran estar dentro del recinto. Hasta es posible que, al no poder comunicar con el enemigo e impresionados por el ejemplo de los ciudadanos que se mantienen fieles, se pongan voluntariamente del lado de la causa buena y, al unirse todas las fuerzas para la salud común de la fortaleza, se multipliquen entre los habitantes la prudencia, la sabiduría, las luces y el valor y descubrirán cada día nuevas claridades y nuevos recursos para desanimar a los sitiadores y hacer que suelten la presa y, posiblemente, exterminarlos cuando se presente la ocasión de luchar contra ellos cuerpo a cuerpo.

En segundo lugar, como todas estas fuerzas y estas luces no pueden encontrarse en el hombre nuevo si no es porque le vienen de la vía superior por las diversas progresiones de la sabiduría y por el uso sagrado que el hombre tiene la fortuna de hacer de ellas, el buen estado de la muralla de la fortaleza puede favorecer y secundar la aproximación de estos socorros, pues hemos visto que nuestro Dios era un ser activo y efectivo y que procuraba que penetrase por todas partes su actividad y su efectividad; pero, por la ley de las analogías, de la que es a la vez modelo y origen, no puede unirse nada más que a la actividad y a la efectividad. Por tanto, sólo en la medida en que tratamos de acumular la actividad espiritual y efectiva en nuestros elementos por la invocación del nombre del Señor, la actividad divina puede comunicarse en nuestro interior y desarrollarse allí de un modo útil y real.

Antes de que esta actividad divina pueda descender y establecerse en nosotros de una forma provechosa, necesita encontrar órganos activos y lo suficientemente llenos de fuerza para poder corresponder a todos sus movimientos y realizar en su medida los planes que ella trace en gran escala en la suya. Finalmente, y no basta por mucho que se repita, es preciso que el hombre nuevo sea sacrificado, regenerado, espiritualizado y hasta divinizado para que la acción divina pueda descender a él con alegría, con las seguridades de encontrar en él la morada que le conviene, donde su gloria, sus poderes y todos sus tesoros no estén expuestos a quedarse sin frutos o a que los robe el enemigo.

33

Este cuidado y esta vigilancia de nuestro ser exterior parecerán tan indispensables al hombre nuevo que no le costará trabajo considerarlos como los principales, o incluso los únicos, que deberían ocupar al hombre aquí abajo. Efectivamente, este ser exterior es el que está en la frontera, y a través de él deben manifestarse la sabiduría, la fuerza y la magnificencia de los habitantes del reino; a él afluyen y concurren todos los resultados de las sabias deliberaciones que no deben dejar de tomarse en el interior del imperio. No deberíamos tener otras funciones que la de vigilar y colaborar en la exacta realización de estas sabias deliberaciones, porque no somos más que los agentes del Estado y no sus legisladores. Podríamos llevar a cabo

nuestro trabajo con toda fidelidad, sin preocuparnos lo mínimo por las luces y la sabiduría, que no faltarán en el consejo, mientras nosotros no interrumpamos su marcha y su ejecución con nuestra negligencia en el mantenimiento de nuestro puesto en buen estado.

La razón por la que podemos confiar sin inquietudes en las luces y la sabiduría del consejo es que este consejo se celebra o se debe celebrar en nuestro interior; que este consejo se apoya y debe apoyarse en nuestro interior y que, por consiguiente, al ser nuestro interior por su propia naturaleza vecino de este consejo, no puede dejar de descubrir sus luces y de recibir continuamente sus decretos y deliberaciones, lo mismo que un río que fluye por su cauce, siguiendo su naturaleza.

Si dejásemos el camino de nuestro interior abierto a esta sabiduría y a estas luces, fluirían indefectiblemente dentro de nosotros, lo mismo que el río fluye por su cauce que está siempre abierto, y nosotros no deberíamos tener más temor que el que debe tener el río a que la fuente pueda llegar a secarse alguna vez. Nuestro crecimiento espiritual exterior se realizará lo mismo que el crecimiento corporal de las plantas que transforman constantemente en corteza, ramas, hojas, flores y frutos los jugos que les proporciona el principio de su vida vegetal, sin que tengan necesidad de ocuparse por el modo en que esta savia radical y creativa puede hacer que les lleguen nuevos jugos, para que se produzcan los nuevos resultados que están siempre dispuestas a realizar, y nosotros no tendríamos más inquietud por el modo de fluir la fuente divina en nuestro interior, que la que tienen ellas por el flujo de la fuente viva de la naturaleza, en sus diversos canales que están dispuestos para cumplir los planes de esta naturaleza, ya que nosotros estaríamos seguros de que la fuente divina tiene planes mil veces más amplios y duraderos y una abundancia incomparablemente más inagotable.

Fuente divina, oh fuente divina, ¿qué es lo que hace tus planes tan amplios y tu abundancia tan inagotable? Es esta santa analogía que te has dignado establecer entre el hombre y tú. Como tú nos has puesto inmediatamente debajo de ti, el río de tu vida fluye por nosotros, como si se viese arrastrado por el peso de sus aguas en la vertiente natural que tú mismo les has dado, al concedernos la existencia; como tú has dado a nuestro corazón la facultad de crecer a medida que se acumulan en él las aguas divinas, quieres hacer que baje hasta nosotros este río sagrado que es tan eterno como tú mismo, y tratas de dirigir hacia nosotros los cursos de estas aguas, porque sabes que el corazón del hombre es lo único que puede recibir las en toda su medida, conservarlas en toda su eficacia virtual y emplearlas para esta fertilización y para esta vegetación universal que, desde antes de los siglos, era el deseo de tu ser y el objeto de tu existencia.

Alma del hombre, no corresponde al hombre pintar las delicias con que tú puedes quedar inflamada, cuando, una vez establecida, por la gracia superior, una medida justa, fuerte, duradera y resistente a toda prueba en tu ser exterior, que es como la frontera del estado, notas que descienden a ti estas aguas divinas, estas virtudes divinas que te dan, al mismo tiempo, la vida, la sensación de vida que ellas te aportan y la santa confianza en que tú participas de su inmortalidad; pero el hombre puede hacerte saber que todavía no ha llegado el momento de dedicarte a estas alegrías sublimes.

Piensa que aquí no estás nada más que en el desierto. Piensa que todavía estás entre feroces leones; piensa que estás suspendida, como pendiente de un hilo, por encima del abismo, piensa que estás aquí para gemir, para entrar en acción, y no para disfrutar. Por tanto, mantén la guardia incluso contra las delicias de estas influencias divinas que, por ser demasiado prematuras, podrían confundirte en cuanto a tu labor, si las escuchases durante mucho tiempo y con demasiada complacencia. Es mejor que las moderes con tu sensación de enfermedad; mantente siempre en condiciones de sacrificar en ellas, para prepararte mejor para recibir las algún día, de un modo que no te represente ningún peligro y te resulte completamente provechoso. Recíbelas, finalmente, con una alegría mezclada de temor y estremecimiento, por si tuvieses la desgracia de no poder protegerlas por completo de los peligros que amenazan a todos los tesoros sagrados que bajan a este bajo mundo. No te preocupes nada más que de hacer que lleguen a su término sin accidente y sin avería y no dediques al disfrute de tus propias satisfacciones el tiempo que debes emplear en el progreso de la obra de tu maestro y en la vigilancia de los depredadores de sus riquezas.

No olvides que en el corazón del hombre hay dos puertas: una inferior, por la que puede dar al enemigo el acceso a la luz elemental, de la que no puede disfrutar más que por este medio; la otra es la superior, por la que puede dar al espíritu que se encierra en él el acceso a la luz Divina que sólo se puede comunicar aquí abajo mediante este canal. Si, en vez de abrir la puerta superior para consolar al amigo que está encerrado contigo en tu prisión, abres la puerta inferior y dejas que entre en ti tu adversario, te conviertes en un campo de batalla en el que tu amigo fiel, ya en inferioridad de condiciones por el amor que te tiene, queda expuesto unas veces a un combate cruel y otras, a ataques desgarradores, cuando ve que te declaras también contra él, y está siempre en una situación lamentable por el horrible vecindario que le has proporcionado y por la desgraciada necesidad que tiene, por tu negligencia o por tus crímenes, de permanecer junto a su enemigo y al tuyo, encontrarse encerrado en el mismo recinto, ver todos los días cómo te corrompe con su infección y estar obligado a respirar sus influencias pestilentes.

Piensa, en cambio, lo que ocurriría si, después de haber dejado que entre en ti este enemigo de toda verdad, abrieses de inmediato la puerta superior de tu ser y fuese la propia verdad la que bajase a ella, siguiendo su vertiente natural. Apartemos la vista de este cuadro o, por lo menos, no lo contemplemos más de lo que sea útil y necesario para acumular en nosotros una fuerza mayor que la que nos quedase todavía, después de los perjuicios tan grandes que ya le hubiésemos producido a nuestro fiel amigo. Invoquemos esta fuerza superior para que venga a unirse a la de este amigo fiel y a la nuestra, para que este poder triple caiga como un rayo sobre el predador y el funesto enemigo que hemos dejado entrar en nosotros, para que les haga volver a sus abismos y cierre después de un modo seguro esta puerta inferior que jamás deberíamos haber abierto.

Ésa es, en realidad, la obra del hombre nuevo durante su permanencia en el desierto: conseguir de lo alto una llave poderosa para atar al enemigo en sus cavernas tenebrosas, separar lo puro de lo impuro, como se le había ordenado a los hebreos, devolver la respiración del aire celeste y Divino a este amigo fiel, a quien el primer hombre hacer respirar continuamente un aire infecto desde el crimen. Finalmente, es su misión arrancar de las manos del enemigo las partes de los tesoros Divinos y las chispas de la propia verdad que en otras ocasiones le hemos dejado robar, cuando hemos abierto imprudentemente nuestra puerta superior, si tomar la precaución de ahuyentar al enemigo a sus abismos y cerrarle con cuidado la puerta inferior.

Ésa es la labor que nos queda por cumplir desde que la debilidad del hombre primitivo dejó que entrase la iniquidad en nuestros dominios. Cuando él comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, juntó, el uno al lado del otro, a su ser que habitaba en la luz y a su adversario que moraba en las tinieblas. Ésta era la reunión monstruosa que quería impedir la sabiduría Divina, advirtiéndole que no comiese de este árbol de la ciencia del bien y del mal, que habría de darle la muerte. Lo que tenemos que hacer nosotros ahora es la ruptura de esa asociación, si queremos estar en condiciones de comer los frutos del árbol de la vida, sin cometer la más abominable de las profanaciones.

Lo repito: este último cuadro sería demasiado lamentable y demasiado desesperante para los que no tuviesen todavía los ojos, la edad y la fuerza del hombre nuevo, y no podrían considerar, sin peligro, las horribles prostituciones a que han estado expuestos los frutos del árbol de la vida, por la iniquidad de los mortales; pero el hombre nuevo se dedica especialmente a la expiación y la abolición de estas prostituciones: Por eso es por lo que no puede tener ni un solo momento de descanso, ya que el enemigo no sólo se defiende en todo momento, por miedo a volver a los abismos, sino que, por el contrario, siempre que puede, procura que le abran la puerta superior del

corazón del hombre, para multiplicar cada vez más las abominaciones que acaban inundando la tierra, lo mismo que la inundaron antes del diluvio.

34

Estas ocupaciones y estos cuidados del hombre nuevo son tan urgentes y tan importantes, que va a quedarse todavía algún tiempo más en el desierto, para consolidar los cimientos de la obra. Si ha recibido el nacimiento espiritual, si se ha nutrido con el verbo hasta la edad de su misión, era por su propia conveniencia y por su satisfacción. Ahora tiene que pensar en la obra de su maestro. Tiene que cerrar la puerta inferior del corazón del hombre, después de haber echado de él al enemigo, de tal modo que se pueda abrir la superior sin inconvenientes y sin temor a estas horribles prostituciones que no deja de proyectar y maquinan este enemigo por todos los medios que hay a su alcance.

Ésa era el espíritu de las tres tentaciones con que atacó al reparador: bajo la apariencia de la devoción y de la fe, lo único que pretendía era hacer que descendiesen las virtudes divinas hasta su región y hacer que se utilizasen en prácticas falsas, para que sus frutos sirviesen para sus propósitos avarientos y criminales. Ésa era, digo yo, la intención de aquellas tres tentaciones, ya que, como el príncipe de las tinieblas no camina a la luz, no puede conocer más que el mismo camino erróneo que ha seguido desde el principio y atacaba al reparador, lo mismo que atacó al primer hombre y como ataca cada día a todos los mortales.

Pero el reparador, por el contrario, se portó con él tal como debía haberse comportado el hombre en el tiempo primitivo, como se portará el hombre nuevo de ahora en adelante y como deberían portarse todos los mortales. Es decir, que, considerándose solamente como ministro y servidor de Dios, no puede responsabilizarse de tomar la decisión de ceder a ninguna proposición, cualquiera que ésta sea, sin la autorización de su Señor, y se limita a comunicar la ley y la voluntad de este Señor a aquél a quien quiere seducir. Le hace comprender de este modo que no puede rendirse legítimamente a lo que se le propone y que, al ser su primera ley la voluntad de su dueño, debe consultarla antes de actuar y seguirla desde el momento en que la conozca.

Es posible que hasta los ojos inteligentes encuentren en la afabilidad de esta respuesta y en la mención de las voluntades superiores un índice de la manera en que el hombre debería haberse comportado en su estado de gloria y de la función que hubiese tenido que realizar ante el ser descarriado, ya que esta cita de la ley y de la voluntad superior hubiese sido una especie de instrucción que el hombre hubiese dado al prevaricador y que, posiblemente, le hubiese obligado a cambiar por completo y entrar en el camino de la verdad.

Pero debería haber hecho esta cita, no como la hizo Eva, cuando dijo a la serpiente, vacilando y desconcertada: Dios nos ha ordenado que no comamos del fruto del árbol que está en el centro del paraíso y que no lo toquemos, para no correr el riesgo de morir; pero, con la firme decisión de mantenerse fiel al precepto y oponerse con esta fidelidad a todas las tentativas del prevaricador. Eso es también uno de los frutos que el hombre nuevo puede comunicar a sus hermanos, esperando las numerosas cosechas que saldrán de él cuando haya terminado el desarrollo de sus pruebas y de sus combates en el desierto.

Este fruto es la forma que tenemos de librarnos del enemigo cuando nos tienta con alguna proposición insidiosa, con imágenes ilusorias y con sus insinuaciones habituales. Digámosle, como el hombre nuevo: Yo no soy mi dueño; yo no soy más que el servidor de Dios. A él te remito para que se juzguen tus planes y tus proposiciones. El enemigo no podrá resistir este lenguaje o, si pretende seguir con sus proyectos y sus tentativas, se estrellará contra la misma ley, que lo romperá y lo cubrirá de vergüenza y confusión.

¡Cuántos trabajos y cuidados necesitará este hombre nuevo para cerrar al enemigo todas las salidas! Pues no debe haber ni un solo punto de su ser por el que este enemigo pueda llevar a cabo el mínimo de sus proyectos seductores y establecer las falsas alegrías con las que encadena todos los días a los mortales. Estas las reuniones de juegos y diversiones, en las que Jeremías decía que no se encontraba.

Este hombre nuevo os dirá también, como Jeremías: 15:15. «Señor, tú conoces el fondo de mi corazón. Acuérdate de mí, ven a mí y defiéndeme de los que me persiguen... Tu palabra se ha convertido en la alegría y el gozo de mi corazón, porque yo he llevado el nombre de tu profeta, oh señor, Dios de los ejércitos... no me he encontrado en las reuniones de juegos y diversiones... me he mantenido retirado y solitario... ¿por qué se ha hecho permanente mi dolor? Por eso es por lo que dice el señor: si sabéis distinguir lo que tiene valor de lo que es mezquino, seréis como la boca de Dios. Os haré ante este pueblo como un muro de bronce inquebrantable. Os harán la guerra y no tendrán ninguna ventaja sobre vosotros, ya que yo estoy con vosotros para salvaros y libraros... os quitaré de las manos de los malvados y os protegeré del poder de los fuertes».

Recordemos que no hay ni un solo punto del ser del hombre sobre el que no deban pronunciarse estas sublimes palabras y que lo único que pide Dios es que el hombre nuevo esté en condiciones de comprenderlas en todo momento. Ya hemos estado demasiado lejos para que nos asombre esta maravillosa misericordia. La grandeza del hombre es un testimonio evidente de la grandeza de la obra de Dios con la desdichada familia humana y, a la

inversa, la grandeza de la obra de Dios es una demostración de la grandeza del hombre. Esta obra es tal que bastaría con contemplarla y captarla para renacer y volver a ocupar las regiones santas del amor y de la sabiduría, de tal modo que no sólo desapareciese de nosotros el mundo de las tinieblas y las ilusiones, sino que incluso pareciese que se encontraban en nuestra alma todos los mundos de luz, lo mismo que se encuentran en el pensamiento de Dios.

¡Hombre nuevo, qué respetable resultas ante tus propios ojos cuando notas lo que hace para ti el autor de las cosas! Él es el Dios único y tú eres su hijo. ¿Puede haber algo que no sea divino en la obra que se realiza en ti y en él? ¿Puede haber algo que no sea el acto mismo de tu Dios? Además, no vivirías y estarías muerto si no creyese en el que él ha enviado a ti.

Al mismo tiempo, por esta confianza viva, por esta fidelidad a las voluntades de su señor, el hombre nuevo va a dar a su ser la actividad que le es propia. Siente que nada en la sangre del reparador, como en un mar abundante que

envuelve todo el Universo; siente que los gérmenes engendrados por esta sangre ya no son perecederos, como los gérmenes terrestres, ni están producidos por las simples fuerzas secundarias; siente que los frutos que proceden de ellos no son vanos ni están sometidos a la ley del tiempo y se admira de encontrarlos en el de nuevo llenos de actividad, cuando le parecía que hasta había perdido de vista su existencia; siente que su actividad se comunica con su propio germen y lo prepara para practicar todas sus virtudes, a imagen y semejanza del que ha querido elegirlo como hermano.

Además, no hay ninguna duda de que esta sangre en la que nada llegara a restablecer, en todos los puntos de su ser, la vida que les falta y la fuerza y la seguridad que necesitan para conservar intacto el interior del lugar y escapar del furor de los que lo atacan y lo persiguen, ya que, si su ser es el compendio universal de todo lo que hay en los dos mundos, es preciso que recupere todas las medidas que le corresponden en esta relación y que, de este modo, los dos mundos que hay en él restablezcan sus relaciones su equilibrio y sus facultades originales.

Ése es el sentido de su verdadera reconciliación y regeneración. Por tanto, es preciso que se reconcilie en él con sus principios y acciones elementales, con todas las regiones temporales, con las dos regiones espirituales, celestes y terrestres, con todas las regiones supracelestes, con todas las regiones santas y con todas las regiones divinas, ya que todas estas regiones están en él y no se han puesto en él para que permanezcan inertes y muertas.

El primer hombre dejó que el crimen arrasase estos siete dominios y nos expuso a todos a la necesidad de trabajar, como él, para rehabilitarlos

en nosotros, antes de trabajar para rehabilitarlos en nuestro entorno. El agente supremo prestó su apoyo al primer hombre, desde el momento del crimen, para ayudarlo a emprender con éxito la gran obra de su rehabilitación. Este mismo agente supremo no deja de prestar su auxilio al hombre nuevo, para ayudarlo a regenerarse en sus leyes y en sus medidas particulares. Por eso es por lo que ha visto renacer en él los siete canales que debían convertirlo en principio en el instrumento activo de la Divinidad; por eso es por lo que se ha retirado al desierto, para separarse por completo de lo que no tenía ninguna relación con sus elementos primitivos. Finalmente, es por eso por lo que, lleno de confianza en el que no lo ha perdido de vista y en todos los gérmenes de regularidad, de fuerza, de oportunidad, de luces, de sabiduría, de fortaleza y de verdades que ha sembrado en él esta mano suprema, va a abandonar su desierto y a esparcir por fuera los frutos que, gracias al poder total, ha sabido hacer que produzcan con un cultivo cuidado y vigilante.

35

¿Cómo parece tener este hombre nuevo relaciones tan perfectas y derechos tan activos sobre la naturaleza, hasta el punto de poder cambiar las substancias que la componen y darles propiedades tan poderosas, en comparación con las que presentaban antes de que él apareciese? Es que ya ha tenido las bodas de Caná. Es que ya ha transformado el sí el agua en vino; es que ya ha revitalizado en sí los seis cántaros, es decir, las seis acciones elementales que componen la circunferencia visible de todo lo que es materia y que, mediante esta revitalización, ha dado acceso a él a su principio central, el septenario que les da el movimiento y la vida y que puede transmitirla por medio de ellos a todo lo que no la haya recibido y se encuentre todavía en la muerte y la inactividad; es que, al dar a su forma corporal su propiedad original, puede demostrar a todas las demás formas que su destino primitivo fue, en efecto, producir tales resultados y semejantes regeneraciones sobre todas las formas de la naturaleza que hubiesen estado sometidas a su imperio.

Ésa es la razón de que no haya nada comparable a la imprudencia del que trata de realizar cualquier empresa en este orden de cosas superiores, sin haber empezado por devolver a su forma las propiedades esenciales de las que debería ser depositaria y órgano; pero, además, si consigue devolver a su forma sus propiedades originales, no hay resultados que no pueda esperar, ya que dicha forma está por encima de todas las formas de la naturaleza.

¿Qué ocurriría si el hombre nuevo se regenerase en todo su ser? Haría cosas más grandes que el mismo reparador, ya que el reparador no ha hecho más que sembrar los gérmenes de la obra y el hombre nuevo puede realizar la recolección, pues la cosecha madura todos los días. El reparador resucitó

de los muertos individuales; el hombre nuevo podrá resucitar de las tribus enteras. El reparador apaciguó las olas de un lago; el hombre nuevo podrá calmar las olas del océano. El reparador devolvió la vista a algunos ciegos; el hombre nuevo podrá abrir los ojos a todo el que lo rodea. El reparador liberó a hombres detenidos corporalmente por las ataduras del enemigo; el hombre nuevo podrá romper, al mismo tiempo, todas las cadenas de todos los hombres de deseos.

Al realizar todas estas maravillas, dirá: Señor, a tu nombre se debe toda gloria, porque te has humillado para elevar al hombre, no has hecho más que volar delante de él ligeramente, lo mismo que el águila vuela delante de sus polluelos para enseñarles a volar y a su vez y a ejercitar sus fuerzas, y has querido que con tus lecciones se haga todo lo grande que habría debido ser, si no hubiese abandonado el antiguo puesto que le habías confiado. No has querido actuar ante el hombre más que en tu estado de abatimiento, de humillación, para que, por su fidelidad para seguir tu ejemplo y tus órdenes, pueda llegar a operar en tu gloria, y por eso es por lo que le has prometido que haría cosas más grandes que las que tú has hecho. Pero, por muy grandes que sean las obras que pueda realizar, no podrá dejar de celebrar tus alabanzas, ya que eres tú quien lo ha regenerado y es solamente por ti por quien ha recibido el poder de operar en ti.

Ése era el espíritu de sabiduría y de humildad que dictó la respuesta que dio el reparador a su madre, cuando ella le dijo: no tienen vino. Pues, cuando el reparador le respondió, ¿mujer, que hay de común entre tú y yo? todavía no ha llegado mi hora, él contempló su gran poder por el cual debía abrir un día la fuente de las aguas vivas del cielo y ver el fruto nuevo de la viña en el reino de su padre; pero, como los hombres no estaban todavía preparados para compartir divinamente estas ventajas, por estar todavía bajo el yugo de la apariencia, declara que no ha llegado todavía su hora y se limita a dejar que actúe su acción delante de ellos en las sustancias elementales, operación bastante sorprendente para llenarlos de asombro y de respeto por quien es su autor, mientras que la sublime operación Divina, de la que es imagen, escaparía de sus miradas y resultaría completamente inútil para ellos.

Esta operación resultaba, al mismo tiempo, instructiva para aquellos cuya inteligencia hubiese adquirido algún desarrollo, pues no sólo anunciaba la renovación de la naturaleza, sino que hizo que la persona que organizaba el banquete comentase a los esposos: todo el mundo sirve en principio el buen vino y, cuando ya se ha bebido mucho, se saca el peor; pero vosotros habéis reservado el bueno para el final.

El sentido de esta respuesta puede anunciar, en realidad, la diferencia que hay entre el reino de la materia y el del espíritu, ya que el reino de la materia está degenerando continuamente, pues su principio, sus medios, su

final, todo lo que hay en ella es limitado y termina en la nada, mientras que el reino del espíritu tiene que seguir un crecimiento continuo y siempre promete al hombre nuevos placeres. Pero, esta diferencia estaba muy clara, ya que es el mismo reparador el que había actuado directa y espiritualmente en el agua con que había hecho que llenasen los cántaros. Además, el sentido de la observación del responsable del banquete anunciaba de una forma aún más clara el carácter y el alcance de la ley antigua y el espíritu de la ley nueva que acababa de traer a la tierra el amor Divino.

Como esta ley antigua estaba circunscrita en las medidas del tiempo y proporcionada al estado terrestre de la familia humana, debía tener un final y no podía dejar de producir la saciedad cuando se hubiesen desarrollado más las necesidades del hombre, mientras que la ley nueva, que vuelve a colocar al hombre en la línea de vida, debía proporcionarle placeres cada vez mayores como el infinito y tesoros cada vez más dulces y más abundantes. Pero sólo el reparador podía facilitar así el buen vino al final del banquete y esta obra fue la causa de una gran alegría en la región superior y Divina, ya que el gran mundo no puede dejar de sentir euforia cuando el pequeño mundo entra en sus medidas particulares, visto el restablecimiento de las similitudes que es el principal deseo de este gran mundo.

Veamos aquí una segunda razón por la que el hombre nuevo ha adquirido tantos derechos y propiedades tan poderosas y maravillosas. Es que, durante el tiempo que ha estado en el desierto, ha aprendido a conocer el nombre del enemigo que estaba obstinado en su persecución. Ha conocido su región, sus facultades, su fortaleza, las causas remotas o próximas que lo han puesto junto a él, el nombre y la autoridad de los jefes bajo cuyas órdenes actúa, sus relaciones, sus correspondencias, los planes generales y particulares que se le han marcado y los medios que utiliza cada día para tratar de alcanzar sus fines desastrosos. Cuanto más profundos descubrimientos ha hecho el hombre nuevo sobre el motivo y la razón de este malhechor, más ha estado a punto de desbaratar sus planes y de hacer que fallen todas sus trampas, ya que, lo mismo que el espíritu del hombre no puede quedarse en la nada ni en el vacío de acción, tampoco puede alejar de sí la influencia falsa sin que lo llene la influencia verdadera.

El hombre nuevo ha recibido además en el desierto el conocimiento del nombre de quien lo protege y lo acompaña en su carrera de pruebas y combates. Ha conocido no sólo el nombre de quien lo protege, sino la categoría que ocupa en la jerarquía celeste, sus relaciones, sus correspondencias, los vastos designios que le ha confiado la sabiduría para dirigir a su alumno y los motivos sagrados por los que esta sabiduría lo ha enviado junto a él. El beneficio que ha sacado el hombre nuevo de todos estos descubrimientos es haber dejado que entre en él una especie de ímpetu espiritual que se ha apoderado de su coraje, de su amor, de su palabra, de su pensamiento y que no es más que la correspondencia de este

ímpetu divino con que la acción superior trata de precipitarse en nosotros para ocupar allí el lugar de las tinieblas y de la muerte.

Pero un fruto semejante sólo lo ha recogido después de haber tenido una sensación que era, al mismo tiempo, muy lamentable y muy consoladora. ¿Cómo vamos a contemplar con indiferencia el panorama de desgracias del hombre y de los recursos que se le ofrecen contra estas desgracias? Además, el hombre nuevo, acuciado alternativamente por estas dos fuerzas opuestas, ha llegado, por comparación, a sentir su dignidad y su nobleza. Después de haberse estremecido con las miserias de hombre, se ha estremecido con su grandeza, que no lo habría hecho tan desdichado si no hubiese tenido medios tan poderosos para hacerse culpable. Y, a la inversa, después de haberse estremecido por la grandeza del hombre, se ha estremecido por estas miserias y por la conmoción que producen todas estas sensaciones violentas, el alma del hombre nuevo ha quedado al descubierto y el principio superior ha podido realizar en ella un contacto poderoso que la ha revitalizado y la ha impregnado con esta impetuosa activa y santa, que es el verdadero carácter de la vida.

36

El Señor ha elegido al alma del hombre para poner en ella su morada. Le gustaría pasar el rato paseando por los senderos espaciosos que se ha preparado en ella. Allí despliega toda su majestad y, para que ésta se pueda percibir mejor, hace que brillen astros deslumbrantes, cuya luz difunde un resplandor inefable que llega hasta los rincones más ocultos de este refugio sagrado. Se ha levantado allí un templo en el que sus Levitas se dedican todos los días al culto de su Dios y a poner en práctica ceremonias santas. Todos los días consagra el óleo de la vida que debe servir para renovar eternamente las fuentes sacramentales de todos los dones de su espíritu. Ha colocado en el lugar más destacado de este templo una cátedra de la verdad y hace que se siente en ella su enviado para anunciar a las naciones la palabra de alegría que oye en la lengua eterna.

Moisés, el Señor nos ordenó que escuchásemos a los que estaban en tu cátedra y que pusiésemos en práctica lo que recomendaban sobre la ley. Santo reparador, Tú nos ordenaste que escuchásemos a los apóstoles que enviaste al mundo para anunciar tu palabra, ya que Tú no pedías nada más que por ellos y por los que creyesen en su predicación. ¿Cómo no íbamos a creer a los apóstoles que viven en el templo del hombre, si hemos tenido que creer a los profetas que ya han profetizado en él? ¿Cómo, digo yo, no íbamos a creer a los apóstoles que viven en el templo del hombre, en ese templo que es más antiguo que los templos temporales de las dos alianzas, en ese templo en el que el que predica la palabra no sólo está sentado en la cátedra de Moisés y en la cátedra de la segunda ley, sino también en la cátedra de la

ley primaria, de esa ley que es lo suficientemente antigua para sentarse ella misma en la cátedra de la unidad?

Ésa es la montaña a la que va a subir el hombre nuevo para hablar a todo el pueblo que lo rodea y, después de sentarse y de que todos sus pensamientos se hayan agrupado alrededor de él, como si fuesen sus discípulos, abrirá la boca y les dirá:

« ¡Bienaventurados los que son tan pobres de espíritu que dejan que su enemigo secreto les robe su gloria y sus beneficios temporales y dejan que su propio mundo brille por encima de ellos y los sumerja en la oscuridad, ya que, al dedicarse exclusivamente a la búsqueda de su principio y al acercarse a la verdad, se harán parecidos a ella, para que ella venga a visitarlos y los haga de este modo poseedores del reino de los cielos, al mismo tiempo que de su propio mundo, donde el hombre de pecado que está con ellos los considera en la indigencia y en la ignominia!»

« ¡Bienaventurados los que no se ofenden por los esfuerzos o tentativas que haga este hombre de pecado para dañarlos, sino que estarán tan ocupados en el cultivo de su tierra que no dejarán que los distraigan ni siquiera con los reproches que les haga interiormente de estar sin luces, sin brillo, sin honor, sin riquezas, sin estima ante sus propios ojos, que son lo mismo que los ojos del mundo! Con justicia se les dará la tierra, les pertenecerá y la poseerán, ya que se habrán ganado su posesión con un cultivo tan exclusivo y unos cuidados tan asiduos».

« ¡Bienaventurados aquellos cuyo hombre interior está en lágrimas y cuyo corazón está atormentado por la abundancia de amargura! Es una prueba de que la palabra del Señor ha bajado a ellos y que comprime todas las substancias de la mentira; es una prueba de que la propia palabra se ha impregnado de sus dolores hasta hincharse con ellos, es una prueba de que han sentido los sollozos de la palabra de vida que se ha esparcido por el alma de los profetas de todos los tiempos, que no ha dejado de hablar por ellos de los sollozos de los sacerdotes, de los sollozos de la tierra de Israel, de los sollozos de los caminos de Sión, de los sollozos del muro y de la muralla, de los sollozos de la recogida de la vid, de los sollozos de las moradas de los pastores, que se ha convertido en lágrimas de sangre en la obra del reparador, que se ha apresurado a recomendar al hombre que deje que la palabra lllore en él con toda libertad y que lllore él copiosamente con ella, ya que sólo así saldrá de él el pecado para que lo reemplace la alegría pura, el sentimiento activo de la libertad de su nueva existencia y los consuelos más dulces e inefables de la vida».

«¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, que hayan amado su ser hasta el punto de decidirse a saborear la muerte para darle los medios de saborear la vida y para ponerse en condiciones de pronunciar el

juicio que se ha transmitido a todos los hijos de los hombres! Pues el hombre viejo está siempre en litigio con el hombre nuevo y, si el hombre interior pronuncia con fuerza el fallo y la sentencia contra el hombre viejo, ¿no se encuentra el hombre nuevo inmediatamente en posesión de todos sus derechos, lo mismo que ocurre en las controversias de los hombres, por el mero efecto de la sentencia de los jueces de este mundo? ¿No debe ser mayor el efecto en las cosas referentes a un orden vivo? ¿No es ese el verdadero medio que se ofrece al hombre para saciarse de justicia?»

« ¡Bienaventurados los que sienten que nadie más que ellos mismos puede hacerles una verdadera ofensa, ya que nadie más que ellos mismos puede profundizar hasta su verdadera esencia! Sólo se dedicarán a su propio cuidado y a no permitir hacerse ellos mismos el mínimo daño ni la mínima ofensa. Esta severidad sin límites los absorberá, como si fuese para ellos lo único útil y necesario, hasta el punto de que tendrán una predisposición natural a ser misericordiosos con los demás, ya que los demás no pueden ofenderlos. Con esa indulgencia verdadera y vivificante hacia los demás, el hombre nuevo puede hacer que les nazca el deseo de cuidar de sí mismos a su vez y llevarlos así a la vida de su ser que consistiría en no hacerse ellos mismos ninguna ofensa. De esta manera conseguirá que Dios sea misericordioso con él, si fuese tan desdichado de olvidarse hasta el punto de ofenderlo».

« ¡Bienaventurados los que hayan purificado su corazón lo suficiente para que pueda servir de espejo a la divinidad, ya que la divinidad será a su vez un espejo para ellos! El hombre nuevo no duda que por este medio llega a ver a Dios interiormente, pues sabe que éste era el objeto de la existencia del hombre primitivo. Por consiguiente, pondrá vigilantes en todas las avenidas de su ser para impedir que penetre en él alguna influencia falseada y empañe el brillo de este espejo divino que lleva en sí. Estos vigilantes serán fieles guardando su puesto, ya que el hombre puede colocarlos con autoridad y no pueden dejar de cumplir con cuidado sus funciones cuando se decide a darles sus órdenes».

« ¡Bienaventurados los que suspiran por la paz de espíritu y caminan por el sendero de las obras pacíficas, sin formar parte de ninguno de los bandos opuestos y furiosos que están luchando todos los días en el hombre! Al librarse así de la turba tumultuosa de su propio mundo, tomarán como padre al autor soberano de la calma suprema y de la paz eterna y serán hijos legítimos de Dios, ya que manifestarán el carácter distintivo de esta fuente, de la que han tomado el nacimiento, que no puede dejar de ser tranquila, ya que está perpetuamente llena del sentimiento inalterable de su infinitud, de su eternidad, de su universalidad. Así podrán decir a sus enemigos: temblad, huid, no podéis hacer nada contra mí, porque llevo en mí un nombre que significa el hijo de vuestro Dios».

« ¡Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia! Se parecen a los pobres de espíritu y tienen reservada la misma recompensa, ya que sólo el hombre nuevo sufre persecución por la justicia, contando con que él es el único que tiene hambre de justicia y con que el enemigo deja tranquilos a todos los demás, porque los demás no lo molestan, no se rebelan contra él ni lo importunan en sus actuaciones falsas e injustas; pero, cuando se pone la lámpara sobre el celemín, descubre a los malhechores que se habían escondido en la casa y los obliga a huir o a entrar en combate con el dueño para evitar que los denuncie y los ponga en manos de la justicia. ¿Qué persecuciones y qué combates no tendrá que sufrir el hombre nuevo, ya que es él quien enciende las lámparas en todas las habitaciones de la casa y anima contra él, al mismo tiempo, a todos los malhechores que se habían metido en ella y la amenazaban de ruina? Pero, también, ¿qué alicientes y qué consuelos no puede esperar por haber vigilado tan bien la casa que se le ha confiado, ya que esta casa es la casa del Señor? El mismo cielo será su recompensa, ya que el cielo no esperaba más que el momento en que estuviese esta casa limpia y purificada de malhechores para venir a poner en ella su morada.

37

«Sabéis que está escrito (Ezequiel 33, 8) si, cuando yo diga al impío: impío, tú morirás de mala muerte, no hablastes al impío para que se retire de su mala vida, él morirá en la iniquidad; pero a ti te pediré cuenta de su sangre. Y yo os digo que la justicia os pedirá cuentas no solamente de la sangre de los demás, sino también de la vuestra propia, si no os habéis preocupado de emplearla en defensa de vuestro propio reino, os habéis contentado con desterrar de él la iniquidad y no habéis eliminado hasta la mínima debilidad».

«Vosotros sois el oro, vosotros sois el talento que repartió el amo entre los criados. Recordad que se lo entregó para recibir por él frutos abundantes y para que esté siempre en las manos de los banqueros. Si no habéis hecho que rinda, la justicia os reclamará no sólo el capital, sino también los intereses que este capital hubiese podido producir, y os quitará hasta el capital con el que habríais podido conseguir esos intereses en el futuro ¿Cómo llegaríais a estar en paz con ella? Vosotros sois la sal de vuestra tierra. Si se vuelve insípida, ¿con qué se salará? ¿No se volverá insípida también vuestra tierra?»

"Toda vuestra lección está en estas palabras: los servidores que ama mi padre son los que los sirven en espíritu y en verdad. Por tanto no os atengáis a una simple creencia en el principio divino del que ha recibido la vida vuestra alma inmortal. No os atengáis ni siquiera a esa fe viva en que por vuestra unión con él podéis hacerlo todo para vuestro bien y por el de vuestros hermanos que están con vosotros en vuestro templo concreto, sino

que debéis actuar de tal modo que no os toméis ningún descanso hasta que esta fe viva se convierta en actos positivos y en hechos reales. Los servidores que ama el padre son los que demuestran su fe en la divinidad de su naturaleza por la divinidad de los frutos que producen y por el cuidado que ponen para que se cumplan en ellos los números triples, sin lo cual el círculo se queda abierto, no se termina la obra y se queda incompleta y no podréis decir que servís a Dios en verdad, ya que no lo servís en obras efectivas».

«Podéis honrar a Dios con vuestra plegarias; pero podéis honrarlo aún más con los servicios que os prestáis a vosotros mismos en su nombre y en el espíritu de su gloria y de la manifestación de su luz, pues los servicios de este tipo serán para él, mientras que vuestras plegarias son sobre todo para vosotros, como una especie de preventivos contra los peligros que os amenazan y apoyos contra las debilidades que os corroen».

«Los que no sirven a su Dios nada más que con la inteligencia no conocen la vida real, ya que no viven nada más que en las imágenes y, por consiguiente, no son recompensados nada más que por imágenes. Es preciso que vuestro corazón y todas las facultades de vuestro ser se conviertan en otros tantos agentes activos sin interrupción, si queréis vivir en las realidades y servir a vuestro amo en espíritu y en verdad».

«Se os ha dicho que el corazón del hombre era la tierra donde Dios quería sembrar continuamente la semilla. Por tanto, tenéis la cualidad de hacer que fermente y produzca, añadiéndole los jugos nutritivos y vegetativos de los que sois órgano y hogar. La verdad siembra en vosotros menos de lo que espera recoger, para dejaros la gloria y el mérito de haber colaborado en la obra y el derecho a reclamar vuestra retribución cuando llegue la cosecha. Ved hasta qué punto la tierra perecedera que habitáis da sus riquezas, sus frutos innumerables, a cambio de unos cuantos granos de un trigo corruptible que el trabajador siembra en su seno. Pensad qué inmensa cosecha debe producirse cuando se siembra en la tierra viva la semilla de la verdad eterna, sobre todo si no dejáis de sentir que es de Dios de quien proceden tanto la tierra viva como la semilla y el sembrador».

«Cuando el Señor pone una semilla en vosotros, empezad cubriéndola cuidadosamente con todas las tierras que hayáis removido de antemano, es decir, con la confianza, la vigilancia y la constancia para cuidar de la conservación de este depósito precioso. Que nunca dejen a vuestro espíritu los señuelos seductores de la contemplación el tiempo necesario para que vuestro corazón interrumpa su obra, sin lo cual dejaríais vuestra semilla descubierta, en vez de quedarse fermentando en la tierra. Se secará, no podrá dar ningún fruto o se la comerán los pájaros».

«Recordad que, si el alma del hombre está destinada a servir de templo para el autor eterno de lo que existe, es preciso que tenga en sí, al mismo tiempo, todas las facultades de este ser infinito, según todas sus virtudes, acciones y subdivisiones, sin lo cual este supremo y majestuoso creador de todo lo que existe no podría habitar en ella plena y libremente. Recordad, por tanto, que, si el alma del hombre está destinada a servir de templo del Eterno, no tenéis ni un solo movimiento que deba quedar en vuestra posesión, ya que el autor soberano que ha producido estas formas para que le sirvan de morada y venir a habitarlas, debe ser el único a quien pertenezca la disposición. Por eso es por lo que el reparador nos ha prohibido jurar por nuestra cabeza, ya que nosotros no podemos dar ni un solo cabello, blanco o negro, pues, para jurar por algo, hay que poseerlo; pero nosotros no poseemos nada, ni siquiera nuestro ser, ya que sólo es de la forma y el dominio de Dios».

«Habéis tenido noticia del reparador, o sea, nuestro padre, y no podíais tener noticia de Él de no ser por Él, ya que, hasta Él, estabais sin Dios en este mundo (Efesios, 2:12) ya que habíais venido a este mundo únicamente porque os habíais separado de Dios, y, si Él no se hubiese hecho hijo de Dios para enseñaros con estas palabras de consuelo y con su persona que el hombre es el hijo de Dios, os habríais olvidado para siempre de que Dios es vuestro padre. No habríais podido pronunciar este nombre que había que reconocer para abrir la puerta a vuestra reconciliación y hubieseis sido asimilados por el que ya no se acuerda de que ha llevado en otro tiempo el glorioso título de hijo de Dios».

Este reparador os ha enseñado a pedir a vuestro padre vuestro pan de cada día y que os proteja del mal. Si vuestra edad lo hubiese permitido, os hubiese descubierto maravillas aún mayores en la misericordia de Dios, os hubiese descubierto que este Dios no deja de ofreceros ese pan de cada día, sin dejar de comunicaros su acción santa y exclusiva, que debería animaros a todos. Por tanto, toda nuestra sabiduría debería dedicarse a no rechazar los socorros que nos ofrece diariamente y nuestra única plegaria podría reducirse a pedirle la gracia de no rechazar, como estamos haciendo, los dones y los favores con que Él nos colma. Pues el hombre nuevo sólo se diferencia de los imprudentes en que acepta ese pan de cada día y se alimenta con él, mientras que los demás lo rechazan, lo desprecian y niegan después su existencia».

Sabéis lo que dijo el reparador a los que esperaban ser reconocidos como hijos de Dios por haber curado enfermos y expulsado demonios en su nombre. Les dijo: el Señor contestará idos, no os he conocido nunca. Efectivamente, el hombre nuevo os enseñará que estas obras equivalen a los derechos de vuestro ser y que no son el objeto principal de vuestro renacimiento. Los judíos no tenían exorcistas y, a pesar de eso, ¿no han sido tratados con cólera? Sí, estas obras están tan relacionadas con los derechos

de vuestro ser que se os recomienda que os purifiquéis de vuestros pecados. Pero esta purificación sólo puede realizarse expulsando de vosotros al enemigo, que es el príncipe de la iniquidad y de la deshonra y, cuando hayáis logrado echarlo de vosotros por completo, ¿no tendréis, como algo natural de vuestra esencia pura, la facultad de echarlo de los demás?»

«Pensad, pues, que el verdadero objeto de la obra del hombre nuevo es regenerarse en la vida Divina, que es el amor y la luz. Pensad que no podéis alcanzar este grado de placer sin que Dios os conozca y sin que esté íntimamente unido a vosotros, como estuvo unido a Moisés cuando lo llamó y lo conoció por su nombre. Pensad que no podéis resucitar (Romanos 8: 9) ni salvaros sin confesar que el reparador ha resucitado, porque no podéis confesarlo sin saberlo, sin sentirlo, y, a partir de ahí, sin haber resucitado con él. Recordad después que el reparador no había resucitado todavía cuando dijo a los judíos las palabras que acabáis de oír sobre el poder de expulsar a los demonios y que es una prueba más de que ese poder sólo es secundario en el orden de vuestra regeneración».

«Se os ha dicho que cualquier cosa que pidáis al padre en el nombre del reparador os será concedida; pero ¿cómo vais a pedir en el nombre del reparador, si no conocéis su nombre, si no ha penetrado hasta la inteligencia de vuestro corazón, por la dulzura de su actividad viva? Ved cómo podéis esperar que este nombre se os dé a conocer y cómo podéis servirlo de él con provecho»

«Cada vez que vuestro espíritu se sienta en la indigencia y en necesidad, presentad al reparador la enumeración de las gracias anteriores que os ha hecho. "Yo soy aquél a quien habéis condonado tal o tal deuda: a quien habéis confortado en tal ocasión, en quien habéis desarrollado tal luz, a quien habéis protegido en tales circunstancias, a quien habéis asombrado tantas veces con la insólita dulzura de vuestros caminos siempre nuevos. En fin, yo soy aquél por quien habéis hecho, y seguís haciendo todavía, numerosos milagros de misericordia y de consuelo en mis trabajos, en mis peligros y en mis tinieblas Él reconocerá sus propias obras en esta enumeración que le presentáis y se acercará a vosotros aún más, para que podáis algún día llegar a pedir a su padre, en su nombre, todas vuestras necesidades"».

38

«Sabéis que está escrito que no debéis echar las perlas a los cerdos, porque las pisarían y se volverían contra vosotros. Este precepto se refiere en particular al hombre que suspira por su regeneración: se hace tal idea de la grandeza de los tesoros que se le han prometido y un concepto tan horrible de la mezquindad de su ser que siempre tiene miedo a que quede en él alguna substancia corrompida que, como los cerdos, fuese a pisar las perlas

que le ofreciesen y se volviese contra el que le hubiese ofrecido todos estos tesoros. Cuando lleguéis a ser hombres nuevos, no habléis de la verdad a lo que, dentro de vosotros, no se haya regenerado todavía en la inocencia y en la fe del espíritu. Observaos para ver si no queda en vosotros todavía algo que tenga tal nivel de debilidad o bajeza, que convenga dejarlo que ignore hasta que hay un remedio universal: el de la amargura».

«Cuando ya estáis en el sendero de la vida, debéis comunicar únicamente a las facultades el útil misterio de los dolores de la penitencia del espíritu, que es la única que nos descubre de forma tan clara los dos seres que hay en nosotros y la única también que ofrece al hombre tantos escalones para ayudarlo a subir al altar del sacrificio, hasta que el fuego del espíritu descienda sobre él, como en los tiempos de la ley de los holocaustos, y lo eleve después con ella a la región de la vida».

«De este modo, reconoceréis que vuestros pecados están cubiertos, cuando sintáis que la sabiduría hace que descienda a vosotros una base nueva y fecunda sobre la cual podréis construir el edificio universal, ya que esta sabiduría no os enviaría esté presente, si no hubiese quitado de antemano todos los escombros y todas las ruinas que habían producido vuestros extravíos». «Tened, pues, en todo momento, el cuidado de romper la cadena de vuestros crímenes y de dejarla definitivamente a vuestros pies, para que no haya en vosotros nada que pueda rechazar los tesoros que os prodigará la sabiduría que vela por vosotros, ya que os enviará bienes mucho mayores que los que el enemigo os había hecho perder, pues es mil veces más rica y bondadosa de lo que él es perverso y malvado. Enviará ángeles para quitar las piedras de vuestros sepulcros y, después de veros salir vivos de vuestras tumbas, se sentarán en estas piedras como señal eterna de que la muerte no volverá a tener derechos sobre vosotros».

« ¿No deben la meta final y el destino del hombre nuevo llevarlo a los niveles oscuros y penosos de su reconciliación y no lo esperan en un templo mucho más brillante y amplio de lo que puede hacerle imaginar hoy día toda la magnitud de sus pensamientos? ¿No hace falta que todo se precipite para que se le dé la gran claridad? Santificaos, decía Josué al pueblo, porque el Señor hará mañana maravillas entre vosotros».

« ¿En qué consisten estas maravillas? En hacer que planee el hombre nuevo por encima de los mundos, en hacer para él un signo perpetuo de gloria y de triunfo y en hacer que se siente bajo los pórticos sagrados, para cantar eternamente los cánticos del Señor. Y, si tenéis con las leyes y las ordenanzas del Señor la fidelidad suficiente para que su nombre os llene y tome posesión de todo vuestro ser, ese mismo nombre engendrará en vosotros todas vuestras substancias vivas o todas las formas de las virtudes Divinas. Vuestras facultades serán los agentes y los órganos de estas formas, la sabiduría las conservará en sus justas medidas y en sus

proporciones, para que todo lo que hay en vosotros manifieste la armonía del Padre celestial que os ha dado la vida. De este modo, todo vuestro Dios pasará por completo a vosotros y con ello os haréis semejantes a vuestro principio y seréis la imagen activa del gran mundo y de la eternidad».

«No os apeguéis nada más que a los deseos que os envíe la sabiduría. Los conoceréis por la tranquilidad que harán que nazca en vuestro corazón y por la luz que los acompañará, ya que serán los hijos de la luz. La sabiduría no envía jamás deseos al corazón del hombre, sin mandarle, al mismo tiempo, todos los medios necesarios para satisfacerlos, ya que ella es la unidad y no realiza ni engendra nada más que la unidad y no puede actuar nada más que en sus propias leyes, que están todas recopiladas en esta unidad. Desconfiad, pues, de los deseos que no procedan nada más que de vuestra propia sabiduría. Los reconoceréis por los movimientos impetuosos e inquietos que excitan en vosotros, así como por las innumerables dificultades que acompañarán a su realización, que no podrá producirse jamás sin retrasar, el menos temporalmente, vuestro avance por la carrera simple y libre de la verdad».

«Apresuraos para llevar a cabo vuestra obra, incluso antes de tiempo, si es posible. No sólo conseguiréis con ello los medios de tener mayores riquezas en las posesiones de la luz y del espíritu, sino que podréis además disfrutar tranquilamente del descanso durante el calor del día, mientras que los que hayan estado menos activos, así como los que hayan sido negligentes y no se hayan preocupado de nada, se verán obligados a soportar tantas fatigas que hasta es posible que no las resistan y acabarán reducidos a la penuria y a una miseria terrible».

«No os detengáis ante los obstáculos que los infieles que viven en vuestro seno quieran oponer a vuestra obra. Decidles: por más que rechacéis mi palabra, aturdiré con ella vuestros oídos y os perseguiré hasta que se cumplan las órdenes de mi patrón y rindáis homenaje a su gloria. ¿Soy yo el que tiene que medir y juzgar los caminos del Señor? He aceptado con toda la humildad de mi alma el nombre de su profeta y de su enviado y, lleno del deseo de hacer honrar su nombre y su poder, no quiero que tenga que reprocharme que no se lo he advertido a los que se extravían. En vosotros, que vivís conmigo y que estáis más cerca de nuestros semejantes, debo manifestar su imperio y anunciar su nombre. Sobre vosotros tengo que hacer que caigan todas las plagas de Egipto, hasta que hayáis concedido la libertad al pueblo elegido».

«Ni siquiera diré, al ir hacia vosotros, lo que decía Moisés: ¿por qué signos me reconocerán? Me reconoceréis por el poder del Señor que ha descendido al alma del hombre y que ha hecho que no ha surgido en Israel ningún profeta igual al hombre. Me reconoceréis en que todo hombre ha

nacido para triunfar en su propio reino, aunque deba esperar a que se cumpla esta palabra, ningún profeta es bien recibido en su país terrenal».

«Dejad, pues, que sigan libremente su curso las palabras de salvación y de regeneración que se han confesado al hombre nuevo. Ayudadle a exterminar los agentes de la iniquidad, a precipitar en el mar los animales impuros que habrán servido de asilo a los espíritus de tinieblas y a hacer que se abran para siempre los siete canales de la santidad. La vida que baje por ellos os comunicará un nombre cuyos maravillosos poderes y riquezas inefables no podéis concebir Recurrid a la ayuda del fuego del cielo para que todo lo que hay en vosotros tiemble ante el Señor y para que caminéis por las huellas que ha dejado el hijo del gran Azarías, en quien la palabra santa y Divina consumía todas las substancias que son extrañas al espíritu».

«Lo mismo que la acción continua de Dios consiste en alejar de él el error y las tinieblas y ampliar perpetuamente el reino de la vida, a pesar de todos los enemigos que asedian y amenazan este reino, así, cuando este Dios se une a nosotros, podéis realizar las mismas obras en vuestro reino particular, ya que la acción de Dios, al cambiar de lugar, no cambia ni de fuerza ni de poder y no hace en vosotros nada más que lo que hace continuamente fuera de vosotros».

«Se os ha dicho que no os preocupéis por el futuro y que cada día tenía bastante con su mal. Se os ha dicho esto al hablar del alimento y la vestimenta y de todas las cosas de las que se preocupan los paganos, como si Dios no conociese la necesidad que tienen de ellas ni supiese darlas con creces a los que buscan ante todo el reino de Dios y de la justicia; pero podéis aplicar también estas palabras a los alimentos y a la vestimenta de vuestras almas, que se os darán con abundancia, si buscáis verdaderamente el reino de Dios y su justicia; pues, si es cierto que cada día tiene bastante con su mal, también es cierto que tiene consuelo suficiente, ya que se ha dicho que vuestro padre que está en el cielo hace que salga el sol para los buenos y para los malos y que llueva en el campo de los justos y de los injustos. Por tanto, no hay día en que no salga para vosotros el sol Divino sobre la tierra de vuestras almas, de vuestros espíritus y de vuestros corazones».

«Está escrito que si vuestra mano derecha es motivo de escándalo y de pecado, debéis cortárosela y tirarla lejos de vosotros, ya que es mejor que se pierda una parte de vuestro cuerpo y no entre todo él en el infierno. Estas palabras sólo caían sobre los crímenes a los que podían arrastraros los desórdenes de vuestra materia; pero también golpeaban en secreto sobre las concupiscencias de espíritu y sobre esos falsos profetas que os inducen siempre a romper la alianza que habéis hecho con vuestro Dios y a relacionaros con dioses que no son dioses, que se presentan a vosotros disfrazados de corderos, siendo por dentro lobos rapaces. Pues la puerta de

la vida es estrecha y son pocos los que la encuentran y entran por ella, mientras que la puerta de la perdición es ancha, el camino que lleva a ella es espacioso y son muchos los que pasan por ella».

Así es como el hombre nuevo, sentado en la montaña, verterá sobre sí mismo la luz de arriba y se instruirá en una doctrina interior y viva, en vez de hacerlo con una doctrina exterior, muerta y superficial, como hacen los doctores y los fariseos.

39

El hombre nuevo entrará en su templo los días septenarios o en los días del Sabbat del espíritu, ya que será fiel a la ley. Cuando haya entrado y se levante para leer, se le presentará el libro del profeta Isaías y lo abrirá en 61: 1, donde está escritas estas palabras: el espíritu del Señor se ha posado sobre mí. Por eso es por lo que me ha consagrado con su unción. Me ha enviado para predicar el Evangelio a los pobres, para curar a los que tienen roto el corazón, para anunciar a los cautivos que van a ser liberados, a los ciegos que van a recuperar la vista, para dar libertad a los que están abrumados por sus hierros, para publicar el año de las misericordias y de las gracias del Señor y el día en que Dios retribuirá a cada uno según sus obras.

Cerrará el libro y dirá: es de mí de quien se han escrito estas palabras. He atraído sobre mí el espíritu del Señor por los deseos y las lágrimas de mi espíritu; he atraído sobre mí las virtudes del Señor por mi sed de su justicia y mi afán de su sabiduría; he atraído sobre mí la misión del Señor en pro de los afligidos con mi celo por su gloria y por aliviar a mis hermanos; he atraído sobre mí la palabra del Señor por la constancia y machaconería de mi palabra, ya que no podemos conseguir nada del Señor si no es presentándole similitudes sobre las cuales pueda hacer que descienda y se apoye su acción.

Pero esta acción no puede descender ni apoyarse sobre nosotros sin agregarse a la purificación que hemos iniciado con nuestro trabajo, y que nunca está completa, si la mano del Señor no viene a consumir ella misma la obra.

Por eso es por lo que esta acción del Señor no viene jamás sobre el hombre sin excitar en él santos estremecimientos que, al limpiarlo de sus pecados, hacen que sienta físicamente lo terrible que es la debilidad a la que queda reducido, si no se renueva la alianza, y, al mismo tiempo, lo grande que es el poder del ser infinito que lo abarca todo, que lo mueve todo, que lo penetra todo y que ha dado al alma humana el derecho a contemplarlo y a sentir su actividad viva.

¡Desdichada el alma humana que, después de haber renovado así su alianza con el espíritu y la palabra del Señor, no vibra de respeto por la misión que se le ha encomendado y no llena de un santo temor todas las funciones de su ministerio! ¡Desgraciada ella si, después de conseguir nuevos poderes y dones más amplios para hacer que desciendan con más abundancia sobre ella y sobre su región las gracias y los favores de la palabra y del espíritu del Señor, utiliza estos dones con deseos que no son los del mismo espíritu, con una fe que no es la del amor y de la luz y con unas facultades que no están dedicadas plena y exclusivamente a la obra que debe realizar en la tierra! Se hará culpable del cuerpo y de la sangre del Señor (1 Corintios 11: 27), comerá y beberá su propia condenación y se debilitará y enfermará y caerá en el sueño.

Pero si no escucha en ella nada más que los deseos del espíritu de verdad, por muy duras que puedan parecer sus palabras a todos los de la sinagoga, no debe temer su cólera ni las venganzas de los que la amenazan. Prosperará, aunque a ellos no les guste, porque estará sostenida por la mano del Señor, por más que ellos la echen de su ciudad y la lleven al borde de la montaña sobre la cual se ha construido la ciudad, para precipitarla, ella pasará entre ellos y se retirará.

Cuando se haya unido así a la mano vigilante del Señor, sus facultades que estén poseídas por demonios impuros no podrán acercarse a ella sin que sus espíritus de tinieblas no den grandes alaridos y le digan: déjanos. ¿Qué hay entre tú y nosotros, alma nazarena? Sé quién eres, eres el santo de Dios. ¿Has venido para atormentarnos antes de tiempo? Pero ella les responderá con amenazas: callaos y salid de mí, y se irán sin hacerle ningún daño.

Este hombre nuevo, al ver en él a tantos de estos hombres atormentados por espíritus impuros, tantos enfermos y lisiados, que le llegarán de todos los rincones para que los cure, sentirá sus entrañas conmovidas de compasión, al verlos sufrir así y dispersos como los corderos que no tienen pastor, y dirá a sus buenos intelectos: la cosecha es grande, pero hay pocos obreros, pedid al jefe de la siega que envíe más obreros. No dejará de animarlos con su ejemplo para que se hagan ellos mismos obreros y le ayuden en su obra. No dejará de advertirles que esta obra encontrará muchos contradictores invisibles que no podrán tener opinión sobre ella, ya que estarán siempre en las tinieblas.

Además, los contradictores dirán que es por el príncipe de los demonios por el que todos estos obreros expulsan los demonios, prefiriendo cubrirse de confusión con esta respuesta insensata, que confesar su derrota y la superioridad del que viene a manifestar su ignorancia. Y verán hombres mudos poseídos por el demonio; verán que es por la palabra de este hombre nuevo por lo que estos hombres mudos recuperarán el uso de su lengua, después de librarlos de su demonio, y, sin embargo, no tendrán miedo a

confundir al que cura con el que produce la enfermedad; al que quita la palabra, con el que la devuelve. Además, no tendrán miedo a caer en contradicción ante estos demonios, aunque quieran verlos como príncipes de sus obras poderosas y maravillosas, ya que estos demonios reconocerán ellos mismos la fuerza y el nombre del que los expulsa y le dirán: eres el hombre nuevo, eres el Cristo, eres el hijo de Dios (Lucas, 4: 41).

Se escandalizarán al verlo que enseña de una manera que llenará a todo el mundo de asombro, ya que su palabra estará acompañada de poder y de autoridad y él será el blanco de las contradicciones de los fariseos, de los doctores de la ley que vendrán de todas las ciudades de Galilea, de la tierra de Judea y de la ciudad de Jerusalén y, sentados junto a él, verán actuar su virtud mediante prodigios y por la curación de los enfermos.

Y el hombre nuevo, viendo en sí mismo un paralítico y la fe de los que lo llevan a sus pies, le dirá: amigo mío, tus pecados te son perdonados.

Entonces los fariseos y los doctores de la ley lo acusarán de blasfemo, asegurando que solamente Dios puede perdonar los pecados, mientras que en su propia ley, de la que son doctores y príncipes, había sacrificios para la expiación y para el pecado y estos sacrificios se ofrecían por la mano de un hombre que, en esta circunstancia, era el intermediario, el órgano y el agente de la Divinidad.

Pero el hombre nuevo, que conoce de antemano sus pensamientos, habrá empezado por la curación interior del enfermo, para tener ocasión de darle una instrucción sana y luminosa, dándoles a entender que no es más difícil decir levántate y anda que decir tus pecados te son perdonados, ya que a los ojos del hijo del hombre todas las fuerzas emanan de la misma fuente y, sin duda alguna, el primer servicio que pueda darse a sí mismo es emplear las que afectan a la curación de sus facultades interiores sin preocuparse de la curación de su cuerpo nada más que cuando se ha restablecido su interior, sin lo cual, lejos de avanzar en su perfeccionamiento y su regeneración, no haría más que hacer más culpables a sus facultades, dándoles la culpa de sus pecados, mientras que les dejaría la substancia de sus pecados.

Pero, cuando haya empezado a utilizar los derechos originales del alma humana (que consistían en perdonar los pecados) perdonando los pecados al paralítico en recompensa a la fe que lo animaba, querrá además llamar la atención a los ojos materiales de los doctores de la ley, con un prodigio corporal y la curación material del enfermo y, sabiendo hasta qué punto se elevan los poderes del espíritu por encima de los que no caen nada más que sobre el cuerpo, demostrará la curación y el poder que ha tenido para perdonar los pecados, por la curación exterior, ya que un poder menor está necesariamente implícito en un poder mayor, lo que nos enseña hasta qué

punto nuestros males físicos están vinculados a nuestros desórdenes morales y que, si nuestro interior estuviese mejor organizado, tendríamos infinitamente menos enfermedades corporales. Penetrado de estos principios, el hombre nuevo, después de soltar en el paralítico las cadenas del pecado, que suspendían la acción de todos sus órganos, dirá con seguridad a estos órganos liberados de sus ataduras: levántate, te lo mando, coge tu camilla y vete a tu casa. El paralítico se levantará, cogerá su camilla y se irá a su casa, con gran asombro de los testigos de este glorioso acontecimiento.

El hombre nuevo estará siempre tan pendiente de su obra que podrá hacer que todo su ser vuelva a sus elementos primitivos, trabajando sin descanso para realizar lo que dicen los profetas: yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Es decir, actuando de tal manera que cada parte de su ser manifieste de forma activa la santidad de Dios y diga santo, santo, santo, como hemos visto antes, ya que ésa era la verdadera propiedad que nos descubría el análisis divino de nuestro ser. Digamos finalmente que todos los puntos de este ser que hay en nosotros deberían estar movidos por las conciencias vivas y progresivas de las diversas regiones del espíritu, por las que podemos y debemos pasar, hasta que estemos universalmente llenos de la conciencia Divina. Además, si llegase a este feliz término el ser interior del hombre nuevo, ¿qué males físicos podrían resistir a su poder en su cuerpo? ¿Y no podría decir con toda seguridad a todo lo que esté paralítico en él: levántate, yo te lo mando, coge tu camilla y vete a tu casa?

40

Éste es el momento en que el hombre nuevo, lo mismo que los discípulos del reparador, va a ir a predicar a los pueblos y ciudades de Israel que es el hombre. Este es el momento en que, en el nombre del espíritu, podrá seguir la huella de los doce discípulos, desarrollando en sí los dones que destacaron en los doce enviados por el reparador. Ofrecerá en sí mismo un reflejo de esta decisión, en razón del poder secreto y de la operación continua, aunque invisible, de una antigua ley que ha establecido primitivamente doce canales para la comunicación de la luz, del orden y de la medida entre las naciones, ley a la que todos los dispensadores de las leyes divinas han sido fieles, que ha sido observada en todos los tiempos, incluso de la parte de los mismos sectarios de las ciencias elementales que han consagrado de forma general doce signos en las regiones del firmamento material.

No irá a llevar el fruto de esta decisión a los gentiles ni a los pueblos de los samaritanos, porque estos pueblos son los representantes figurativos de los pueblos reservados para el juicio; sino que irá hacia los corderos perdidos de

la Casa de Israel, a las regiones que hay alrededor de él y se han visto perturbadas y desorientadas por las influencias del crimen, pero no han

cerrado aún su corazón a la penitencia, y dirá a estos pueblos, para darles ánimos, que el reino del cielo está próximo, y en medio de ellos, con sus lágrimas, sus oraciones y sus trabajos, devolverá la salud a los enfermos; la vida, a los muertos; la libertad, a los que están sometidos a las cadenas del demonio. No escatimaré nada para llenar toda su tierra de la abundancia de sus obras.

Cuando entre en alguna ciudad o en algún pueblo de la tierra del hombre, buscaré a alguien que sea digno de alojarlo y se quedará en su casa hasta que esté en situación de irse. Al entrar en una casa, saludaré diciendo: que la paz sea en esta casa. Si esta casa es digna de ella, la paz vendrá a ella y, si no es digna, la paz volverá a él, porque la paz no puede confundirse con las naciones que no son dignas de ella.

Pero, cuando el hombre nuevo encuentre en sí alguna casa o algún pueblo que no quiera recibirlo ni escuchar sus palabras, al salir de esta casa o de este pueblo sacudirá hasta el polvo de sus sandalias y este pueblo y esta casa serán más culpables que Sodoma y Gomorra, porque Sodoma y Gomorra no han oído más que una doctrina exterior que sólo se refería a sus sentidos corruptibles y, al despreciarla, ha hecho que caiga la cólera de Dios sobre sus cuerpos y sus moradas terrenales, mientras que el discípulo del que hablamos llevará a este pueblo y a esta casa la doctrina del hombre nuevo, que caerá en lo más profundo de los mismos cimientos de su ser y que, si llegase a ser desdeñada, debe atraerles las plagas más terribles y los castigos más dolorosos.

El espíritu que envía de este modo el hombre nuevo a su propia tierra le advertirá que lo envía como un cordero en medio de los lobos, recomendándole que sea prudente como la serpiente y cándido como la paloma. Lo prevendrá contra todas las resistencias que encontrará por parte de los hombres, es decir, de las naciones impías e incrédulas que habitan en el reino de este hombre nuevo. Le dirá: Estos pueblos te harán comparecer en sus asambleas, te harán flagelar en sus sinagogas y serás presentado por mi causa a los gobernadores y a los reyes para dar testimonio de mí delante de ellos, ante los gentiles. Después, cuando te pongan en sus manos, no te preocupes por la forma de hablarles ni por lo que vayas a decirles. Lo que tengas que decirles se te indicará en ese mismo momento, porque no eres tú quien habla, sino el espíritu de tu padre que habla en ti... Será odiado por todos, por causa de mi nombre...

Ésa será la suerte del hombre nuevo cuando recorra las diversas regiones de su ser, porque encontrará en él, por todas partes, hombres de iniquidad que lo rechazarán y tratarán de confundirlo; pero el espíritu del Señor estará con el hombre nuevo y sentirá que nacen en él respuestas que tendrá que dar para el triunfo del que lo haya enviado, pues el hombre

nuevo no vendrá de la parte del espíritu nada más que para combatir a los enemigos.

Todos los hombres pueden hacer esta observación en sí mismos, estando bien seguros de que, con cuidado y atención, oirían todas las respuestas que

tendrían que dar en cualquier circunstancia, si estuviesen más acostumbrados a escrutar y aprovechar las luces del hombre nuevo e, imitando a los discípulos del reparador, podrían contar con que si, cuando los persiguen en un pueblo, se van a otro, no habrían acabado de recorrer todos los pueblos de Israel en los que no estuvo el hijo del hombre, es decir, no habrían recorrido así todas las casas del hombre en las que el hombre nuevo no se dio a conocer en ellos y no los recompensaría con su venida de todas las humillaciones que habrían sufrido.

Pero no hay nada oculto que no deba quedar descubierto, ni secreto que no deba conocerse; esperanza más consoladora que puede esperar el hombre aquí abajo, ya que, con las nociones que puede haber adquirido con todo lo que hemos visto, conoce los inmensos tesoros que se encierran en él y debe quedar atónito de admiración al pensar que algún día, cuando se hagan todas las revelaciones de todas las maravillas que se guardan en su seno, será resplandeciente como la luz, activo como el fuego y puro como la verdad.

Sin embargo, estas maravillas que se descubrirán algún día en el hombre, no son aún nada más que imágenes y representaciones de las que verán sus ojos cuando el ser soberano, del que él es semejanza, haya descubierto todo lo que hay en él oculto para nosotros, bien sea en las diversas envolturas del tiempo o por encima de este límite universal que pone un velo tan denso entre nuestros ojos espirituales y el reino de la luz.

Aquí es, pues, donde podemos llenarnos de una esperanza que debería hacernos temblar de alegría, al leer estas dulces palabras que dicen que no hay nada oculto en el universo, en el hombre y en Dios que no deba ser descubierto, nada secreto en toda la universalidad que no debamos conocer. Hombre de paz, hombre de deseo, hombre nuevo, si no encuentras ahí poderosos estímulos, otros tantos vehículos inmensos para mantenerte y avanzar en la carrera, no eres digno de poner el pie en ella.

Haced lo que se recomendó a los discípulos del reparador: «Decíos en la luz lo que se os ha dicho en la oscuridad, predicad en vosotros, desde lo alto de las casas, lo que se os haya dicho al oído. No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma y temed, en cambio, al que puede perder en el infierno el cuerpo y el alma. No cae un pájaro al suelo sin la voluntad de vuestro padre. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados».

Que vuestra pasión más activa sea avanzar así por el reino de la luz en todo vuestro ser, para que quede descubierto lo que todavía está oculto en vosotros y que, por vosotros, se descubra después lo que está oculto en Dios y en el universo, pues está escrito: a cualquiera que me confiese y me reconozca ante los hombres (empezando por todo lo que hay en vuestro interior), yo lo reconoceré también ante mi padre que está en el cielo y a cualquiera que me niegue ante los hombres, yo lo negaré ante mi padre que está en el cielo. Pensad que este padre y este cielo están en vosotros y que cada día de vuestra vida estas palabras pueden tener para vosotros su realización. Tened mucho cuidado de no debilitar vuestra obra por desidia, por consideraciones inferiores y por falta de confianza en quien debéis reconocer en todos los puntos de las facultades que os constituyen. Se ha dicho: El que no coge su cruz y no me sigue no es digno de mí; el que conserva su vida la perderá y el que pierde su vida por amor a mí la conservará, porque los sufrimientos, los trabajos y las aflicciones son esa comprensión violenta que es la única por la que puede manifestarse por todas partes la substancia divina que hay en vosotros y que no puede salir y darse a conocer nada más que por una contracción sana.

Además, es así como se manifiestan en vosotros las substancias falsas que velan y encierran esta misma substancia divina desde el pecado y así es como se prepara el juicio que pronunciaréis un día entre vuestro pueblo sobre los justos y sobre los injustos, sobre los buenos y sobre los malos. Pues sabéis que está escrito: «El que os reciba me recibe a mí y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado. El que reciba al profeta en calidad de profeta recibirá la recompensa del profeta; el que reciba al justo en calidad de justo recibirá la recompensa del justo y cualquiera que dé aunque sólo sea un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, como discípulos míos, yo os digo en verdad que no estará privado de su recompensa.

Esas son las instrucción que debéis difundir ampliamente entre vuestro pueblo, para que el hombre nuevo sea horado como debe ser y pueda comunicar la vida que ha recibido a todos a los que ha sido enviado para librarlos de las tinieblas y de la esclavitud de la muerte, ya que, si alguno se avergüenza de él y de sus palabras, el hombre nuevo se avergonzará también de él, cuando venga en su gloria, en la de sus padres y en la de los santos ángeles.

41

Es posible que haya en vosotros algunos seres de deseo que, como San Juan, después de conocer en su prisión las obras que realizáis, envíe a alguien para preguntaros si sois el que debe venir o si hay que esperar a otro. Vosotros les contestaréis lo mismo que el reparador respondió a San Juan: «Id a decir a Juan lo que estáis oyendo y lo que estáis viendo. Los

ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se curan, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres ¡dichoso el que no haga de mí objeto de escándalo y de pecado!» Pero vosotros diréis además, al hablar de este ser de deseo que será enviado a vosotros: « ¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Un junco movido por el viento? ¿Un hombre vestido con lujo y molicie? ¿Un profeta? Si, en verdad os digo y más que un profeta, porque de él es de quien está escrito, envió por delante de mí un ángel que os preparará el camino; yo os digo en verdad que, entre todos los que han nacido de mujer no hay ninguno más grande que Juan el Bautista; pero el que es más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él».

Sí, podréis decir: ése es el amigo fiel que no me ha dejado en la desgracia y en el dolor y que ha sido encarcelado por mi causa; ése es el que me ha convertido en hombre nuevo con su bautismo espiritual y físico, el precursor que ha clamado en el desierto a todo mi pueblo, enderezad los caminos del Señor. Es más que un profeta, ya que los profetas no han anunciado la luz nada más que bajo velos e imágenes que no eran más que una especie de sombras, mientras que él ha mostrado y ha indicado, por sí mismo, esta luz y la ha hecho tocar con el dedo, lo mismo que descubrió San Juan en el mundo del reparador, cuando dijo, al verlo venir: ése es el cordero de Dios. Ése es el que quita los pecados del mundo. Es más que un profeta, ya que, como San Juan, por su boca ha pasado el anuncio y la señal de la salvación de las naciones.

Por eso es por lo que entre todos los que han nacido de mujer o del dolor, de la justicia y de la condena a las privaciones, no hay ninguno más grande que él, ya que ha venido para servir de precursor al reino de la luz y para introducirnos en los senderos de la vida; pero el hombre nuevo, es decir, el que es el más pequeño en el reino del cielo, es más grande que él, ya que este hombre nuevo, en vez de haber nacido del dolor, de la justicia y de la condena, ha nacido del consuelo, del amor, de la misericordia y de la gracia y, en vez de no ser más que el precursor de la vida y de la luz, os da él mismo esta vida y esta luz que ha recibido de su padre y de las que ha sido establecido como órgano y dispensador.

¿Pero qué podemos decir de estas naciones impías, en medio de las cuales han sido enviados este hombre nuevo y su precursor? «Se parecen a esos niños que están sentados en la plaza, y gritan a sus compañeros, diciéndoles: hemos tocado la flauta para que os divirtáis y no habéis bailado; hemos cantado aires lúgubres para incitaros a llorar y no habéis dado muestras de dolor». Porque el precursor del nombre nuevo, o nuestro fiel compañero, ha venido al dolor y a las lágrimas, como si hubiese nacido de mujer y las naciones impías han dicho: está poseído por el demonio. El hombre nuevo ha venido en la alegría y en el consuelo, como nacido del espíritu y del amor, y le han dicho: es un hombre de buen comer, al que le gusta beber; es un amigo de los publicanos y de la gente de mal vivir. Han

tratado al hombre nuevo y al fiel compañero lo mismo que trataron al reparador y al que iba delante de él en la virtud y en el espíritu de Elías, para preparar los caminos de la misericordia.

Así es como han tratado las naciones impías las dos leyes y las dos alianzas. La primera de estas alianzas era el camino de los trabajos, de las aflicciones y de las ceremonias penosas y laboriosas, porque era la figura de los precursores y, lo mismo que ellos, había nacido de mujer, puesto que sus ministros procedían de la raza carnal del pecado propagado por la primera mujer sobre toda la posteridad humana. La segunda era la alianza de la paz y del descanso, ya que el que venía a traerla a la tierra había nacido de su propio amor, de su propia voluntad, de su propia caridad, y venía a evolucionar ante nosotros, su generación eterna, para elevar nuestro espíritu hasta esa sublime y pura región donde terminan todas las fatigas y toda la tristeza del espíritu.

Pero las naciones impías que se han hecho enemigas de estas dos alianzas han combatido a la primera o la han despreciado, porque imponía cargas muy pesadas, y no han aprovechado la segunda, porque las cargas que les imponía eran tan poco materiales que las encontraban inconsistentes y no han querido tener en cuenta su precio ni comprobar todo su valor. Así es como los primeros prevaricadores no han aprovechado el camino laborioso de la reconciliación que habrían encontrado en el primer hombre, antes de su caída, y tampoco han disfrutado de las ayudas que se les han concedido después de su crimen. Pero generalmente una prevaricación es causa de otra aún mayor y el castigo que inflige la justicia a los culpables consiste en dejarlos que se hagan aún más culpables, cuando no duplican sus esfuerzos para entrar en los caminos de la verdad, por medio del arrepentimiento y de la penitencia, al ver los auxilios que se les envían.

Además, «maldita seas, Corazaín; maldita seas, Betsaida, porque, si los milagros que se han hecho ante ti se hubiesen hecho ante Tiro o Sidón, hubiesen hecho penitencia desde hace mucho tiempo con sacos y cenizas. Por eso es por lo que digo que, el día del juicio, Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿vas a seguir elevándote hasta el cielo? Serás rebajada hasta el fondo de los infiernos, porque, si los milagros que se han hecho en ti se hubiesen hecho en Sodoma, tal vez sobreviviese todavía. Por eso es por lo que os digo que el día del juicio se tratará a Sodoma con menos rigor que a vosotras.

«Hombre, hermano y amigo mío, ten en cuenta los milagros que se han hecho ante ti y haz lo posible por evitar el juicio que amenaza a Corazaín, Betsaida y Cafarnaúm. El efecto de la primera prevaricación del padre de los humanos fue sumir a toda su posteridad en la región del destino. Ese hombre desgraciado abandonó su morada espaciosa y libre, en la que

ninguna frontera limitaba sus caminos ni podía producirle inquietud sobre su suerte. La cambió por una morada molesta, incómoda, sometida a unas leyes rigurosas y severas, y, en resumen, por una morada tan peligrosa que nunca puede saber que será para él el resultado del destino que la dirige y manda con terrible despotismo. Pasó a una región en la que la apariencia los lleva continuamente de ilusión en ilusión y en la que ejércitos de fantasmas se suceden continuamente ante él para evitar que vea la realidad. De este modo se impuso una ley terrible: la de trabajar para volver, a cualquier precio, a la región de su libertad, si no quería correr los riesgos de quedarse en la región de su esclavitud, sin más esperanza que las tinieblas ni más ayuda que el poder ciego de un amo feroz y duro que, al no conocer el descanso, no puede permitírselo a ninguno de los que vienen a establecerse en sus dominios y a situarse en sus territorios.

«Por tanto, hoy día es preciso que el hombre desdichado no deje de verter sudores de sangre para convertir esta terrible morada en una morada de libertad y de alegría, en la que su suerte no tenga ya que producirle la misma preocupación ni la misma inquietud, sino que, por el contrario, pueda caminar en ella, como hacía en otros tiempos, por caminos ilimitados que le ofrecen a cada paso las perspectivas más consoladoras. Es preciso que transmute su cuerpo de muerte en cuerpo de actividad, de fuerza y de dominio sobre todas las leyes inferiores que constituyen y dominan este mundo bajo; es preciso que transmute todas las ilusiones que persiguen aquí abajo su corazón y su pensamiento en otros tantos signos certeros e invariables, que sean, al menos, como indicios de esas verdades eternas, en las que había tenido su nacimiento y que no debería haber abandonado jamás. En una palabra, si es él mismo el que ha venido a formarse un destino y a ponerse bajo el yugo, es preciso que sea él mismo el que saque su vida Divina de debajo del yugo de este destino y lo arranque de allí con dolor, para ponerlo de nuevo en su cómoda situación primitiva.

«Ahí es donde la vida suprema, tocada por su miseria, no ha podido impedir venir a compartir sus males y sus privaciones, para ponerlo en condiciones de compartir después con ella esta libertad que había perdido. Nuestro fiel compañero descendió con nosotros a nuestro abismo, lo mismo que el reparador descendió al abismo universal; vierte sudores de sangre con nosotros, para ayudarnos a realizar esta transmutación que estaba tan claramente por encima de nuestras fuerzas; este amigo fiel, trabajando de forma tan constante por nuestra regeneración, ha desarrollado en nosotros el hombre nuevo que nos ha enseñado lo terribles que podríamos ser para nuestros enemigos, ya que éramos la palabra y el nombre de Dios y no hay nada tan terrible como la palabra y el nombre del Señor (Salmo 110: 9).

«Nos ha enseñado que nuestra esencia, que es el nombre y la palabra del Señor, podía comunicar a nuestras facultades el derecho a ser también el nombre y la palabra del Señor, lo mismo que el Eterno comunica su nombre,

su palabra y sus poderes a todos los seres emanados de Él y empleados como ministros de sus voluntades y dispensadores de sus gozos. Así es como este amigo fiel nos enseña que las puertas de la vida están abiertas todavía para nosotros, ya que las puertas de la vida están en nosotros. «Te doy gloria, padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado todas estas cosas a los sabios y a los eruditos y las has revelado a los sencillos y a los pequeños. Sí, padre mío, así es porque Tú lo has querido. Mi padre ha puesto todo en mis manos y nadie conoce al hijo nada más que el padre, lo mismo que nadie conoce al padre nada más que el hijo y aquél a quien el hijo se lo haya querido revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y cargados, porque yo os aliviaré. Coged mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga ligera».

42

Si el hombre nuevo es depositario de tan grandes privilegios, ¿qué antorcha seguirá para comunicar sus frutos y para dar sus testimonios y signos a los que se los pidan? Se adherirá fielmente a la antorcha de la similitud y la analogía y, como tendrá la sensación íntima e invencible de la naturaleza espiritual de su ser y de la divinidad de la fuente de la que ha recibido todo lo que es y todo lo que posee, empezará por observar los interrogantes que nazcan en él.

Si en el examen que haga los encuentra no sólo inestables en estas bases fundamentales, sino incluso dispuestos a negar su existencia, y ve que no se

acercan a él nada más que por el espíritu de la duda y como para apartarlo de los senderos de su fe y hacerle caer en la confusión, no responderá nada, o les dirá, como el reparador decía a los judíos que le pedían prodigios y milagros: no tendrán ninguno más que el del profeta Jonás, pues este milagro se puede ver en el alma del hombre que está aprisionado aquí abajo durante tres días elementales, por no haber querido cumplir su misión ante los antiguos ninivitas y, por consiguiente, el hombre tiene en sí mismo un milagro suficiente para que no tenga excusa su falta de fe.

Pero, si estos interrogantes que nazcan en él le parecen llenos de la misma persuasión que tiene él, si vienen a él con una conformidad de confianza y de deseo que favorece su avance espiritual y la gloria de su señor común, no dudará en abrirles todos sus tesoros, porque se verá movido a ello por la relación y la similitud que haya entre ellos y él y, además, tendrá la viva esperanza de que estos seres de deseo, uniéndose a él, alcanzarán con más facilidad, por su reunión, las gracias y las ayudas que tanto necesitan y necesitarán siempre, al no ser nada más que los servidores de Dios. Tendrá, repito, la viva esperanza de que esta reunión alcanzará con

más facilidad la manifestación de las fuerzas divinas y con ello aumentará el número de los adoradores del Dios verdadero.

El hombre nuevo no hará en esto nada más que caminar siguiendo las huellas del reparador en toda la conducta que ha tenido hacia los que lo han tratado y buscado durante su permanencia en la tierra. Pero no empezaba rindiéndose a los deseos de los que le pedían milagros, sino que les preguntaba: ¿Creéis vosotros que puedo hacer lo que queréis? Y, cuando estaba seguro de su fe, desplegaba todo su poder en su favor y los curaba. Había algunos a los que no tenía necesidad de hacerle tales preguntas, ya que su fe se veía claramente por su fervor al acercarse a él.

También había otros que ni siquiera tenían necesidad de darle semejantes pruebas para que conociese su fe, pues, como era el modelo supremo del hombre nuevo, leía en su interior con más claridad que ellos mismos, ya que el primer carácter y el primer derecho del espíritu consiste en leer en el espíritu, comunicar, penetrar en todo lo que es espíritu. Pero, para desarrollar los tesoros de su sabiduría y de sus poderes, esperaba siempre hasta estar completamente seguro de su fe, bien fuese mediante las preguntas que les hacía, por sus testimonios visibles o por una visión íntima y penetrante, tres modos de esclarecimiento que deben estar igualmente a disposición del hombre nuevo, según sus proporciones y sus medidas, y que están trazados según la triple muralla que nos rodea, ya que estamos más o menos educados en nuestra fe, según como estemos unidos a alguna de estas tres murallas. Pero, cuando el reparador no encontraba en los que se le acercaban ninguna especie de fe, ni en las respuestas a las preguntas que les hacía ni en las demostraciones de su celo ni en su interior, los despedía sin darles ninguna satisfacción y cerraba cuidadosamente sus tesoros para no exponerlos al insulto y a la profanación.

De este modo, a imitación del reparador, el hombre nuevo no se ofenderá con las respuestas de Natanael, porque, en medio de su franqueza y su sinceridad, descubrirá la rectitud de su corazón y la pureza de la fe de este israelita.

Se conmooverá con el llanto de Magdalena y sus atenciones al ungirle los pies y secarlos con sus cabellos y le perdonará sus pecados.

Admirará la fe del centurión cuando lo oiga decir: «no soy digno de que entres en mi casa, di una sola palabra y mi siervo sanará, porque, aunque yo no soy más que un hombre sometido a los demás, como tengo soldados a mi cargo, digo a uno ve y va y a otro, ven, y viene, y a mi siervo, haz esto, y lo hace».

No cerrará su corazón ni sus poderes a sus discípulos cuando, estando en el mar en medio de una tempestad, lo despierten aterrorizados y le digan:

maestro, sálvanos. Se limitará a acusarlos de timoratos y de falta de confianza en ellos mismos; pero verá por su propia petición cómo confían en él para su salvación y ordenará a los elementos que se calmen.

Rechazará mucho menos todavía a los que vengan a él con una confianza humilde, esperando que, sólo con acercarse, se cumplan sus deseos: «y cuando aquella mujer, que tenía una pérdida de sangre desde hacía doce años, se acerque a él por detrás y toque el borde de su vestidura, diciéndose si pudiese tocar, aunque sólo fuese su vestidura, me curaría, él se volverá y, al verla, le dirá: hija mía, ten confianza, tu fe te ha salvado y esta mujer se curará en ese momento».

Con mucha más razón atenderá las peticiones de los que se dirijan a él, como el leproso que vendrá a él, diciendo: Señor, si quieres, puedes curarme. El hombre nuevo le tenderá la mano, lo tocará y le dirá: quiero, cúrate, y su lepra quedará curada en ese mismo instante.

Pero este hombre nuevo, dando ejemplo de humildad, rendirá también homenaje a la ley temporal y a los canales visibles que le hayan transmitido sus derechos y su poder, pues está escrito que la salvación viene de los judíos. Además, en medio de todos estos prodigios, dirá a los que haya curado: «cuidaos mucho de no hablar de esto a nadie e id a presentaros al sacerdote y ofreced el don prescrito por Moisés, para que les sirva de testimonio», es decir, rendid homenaje conmigo a la ley y a los caminos de aquél por quien tenemos todo. El hombre nuevo, lo mismo que sabe que la humildad se mantiene y se conserva por la fe, también es consciente de que la fe se conserva y se mantiene por la humildad y que sin estas dos virtudes desaparecen todos los dones del espíritu. Por esta razón, santa y de primera necesidad, hará lo mismo que el reparador, no dejándose conmovir nada más que por los deseos que sepa que han nacido de la fe y de la humildad, de los que él mismo dará el primer ejemplo, al haber alcanzado su renacimiento al precio de esta fe y esta humildad que manifiesta en sus obras más gloriosas. Y es también por esta razón por la que el reparador no ha dejado de recomendar la fe y la humildad en todas las instrucciones que ha difundido.

¿Pero qué es esta fe recomendada por el reparador? Es la que se ha desarrollado en el hombre nuevo, la que se basa en el sentimiento de la santidad y de la fuerza de su ser, cuando, por su fidelidad a los movimientos secretos que recibimos todos nosotros, haya conseguido que la mano bienhechora de la sabiduría venga a liberarlo de sus tinieblas y a romper sus cadenas, para darle a conocer las regiones de la vida y de la luz que hay en él y que sólo estaban envueltas en nubes. Pero, lo mismo que un solo rayo de sol que atraviesa las nubes es suficiente para disipar la oscuridad, igualmente el mínimo rayo de nuestro ser, que puede salir de sus precipicios y de sus abismos, es suficiente para aclararnos el alcance de nuestras

posesiones, para descubrir a nuestros ojos todos los planes de los enemigos, que se dedican sin descanso a fustigar nuestra tierra, y para darnos fuerza para tirar por tierra todos sus proyectos. Por eso es por lo que el reparador decía a sus discípulos que si tuviesen una fe tan pequeña como un grano de mostaza, dirían a una montaña que se tirase al mar y se tiraría. Esto sería la lucha entre la vida y la muerte y no sería extraño que la muerte llevase todas las de perder y la vida tuviese todos los triunfos.

Esta convicción de los poderes del hombre es, al mismo tiempo, lo que preocupaba al reparador cuando veía que sus discípulos dudaban en sus obras y en su confianza. ¿Qué tenía que demostrar, cuando encontraba hombres enterrados en sus tinieblas hasta el punto de ser los primeros adversarios y los primeros destructores de esta convicción y, sobre todo, cuando estos hombres estaban situados en la cátedra de la instrucción? ¿Cómo ha tratado, además, a los escribas, los fariseos y los doctores de la ley?

Si la fe es en realidad el hombre nuevo, la humildad es, sin duda alguna, su alimento. Además, ¿no es en la humildad y en el santo temor donde se encuentra a Dios, se conocen sus secretos y se puede aprender a servirse de ellos con utilidad? ¿O qué podemos hacer mientras no sintamos físicamente a Dios en nosotros? Por eso es por lo que el reparador no dejaba de decir a los judíos: «que él no podía hacer nada por sí mismo, que sólo juzgaba según lo que oía; pero que su opinión era justa, ya que no buscaba su propia voluntad, sino la voluntad de su padre que lo había enviado». Por eso es por lo que, además, no dejaba de darles las razones de su poca fe y de reprocharles que no se basasen en verdaderos testimonios y que sacasen toda su gloria de los hombres: ¿Cómo podríais creer vosotros, que buscáis la gloria que os dais unos a otros y no os preocupáis por la que viene únicamente de Dios? (Juan 5: 44).

43

Lo propio del espíritu de tinieblas es mantener al hombre desconfiando de sus propios derechos o, si no puede impedir que alcance alguna vez el conocimiento, procurar envolverlos de colores ilusorios que retengan a este hombre desgraciado siempre por debajo de su verdadera medida y hagan que sacrifique continuamente la realidad a las imágenes y las apariencias. Así es como ha conseguido en casi toda la tierra sustituir la ley por las tradiciones, el espíritu por la letra y las luces de la verdad, que han iluminado a los profetas, por las tenebrosas pasiones humanas. El hombre, a partir del crimen, se ha visto arrastrado en la pendiente de esta región terrenal y muerta, que no pretende nada más que hundirse y hundir con ella al hombre, cuando deje de acordarse de su ilustre origen. El enemigo del hombre va aumentando día a día este peso, tan terrible de por sí, que hacía

exclamar a Salomón: Esta morada terrestre sume al espíritu en la multiplicidad de sus preocupaciones. (Sabiduría, 9: 15).

Solamente con la vigilancia más fervorosa, el hombre nuevo sabrá superar tantos obstáculos, pues va a encontrar en sí mismo tanto la tradición que ha recibido su memoria como la ley que ha recibido su espíritu y, tanto si se dedica a las obras de su ley como si lo hace a las del espíritu, se levantará contra él la voz de la tradición y tratará de abrumarlo y hacer que le parezcan criminales las obras de la ley y del espíritu.

Sabe que su naturaleza espiritual y divina lo llama a realizar obras de paz y a trabajar por el restablecimiento del orden universal; sabe que esta misma naturaleza divina y universal que lo anima está por encima del tiempo y está hecha para no conocer el tiempo y, de este modo, cada vez que se le presente la ocasión de realizar su obra, la aprovechará, aunque se trate del día del Sabbat terrenal. Pero entonces se elevará contra él esta voz del Sabbat y querrá transformar su beneficio en una verdadera prevaricación: posiblemente para dar un nuevo sentido a este símbolo del hombre y a ese angustioso conjunto que hay en él, el reparador curó en sábado, en medio de la sinagoga, a aquel hombre que tenía una mano seca, ya que la sinagoga representaba entonces perfectamente la reunión de la luz y de las tinieblas, donde, por un lado, actuaba la virtud activa del que venía a devolver a los hombres del espíritu el uso de su mano seca, y, por otro, la oposición de un pueblo material y grosero que se basaba en la letra misma de su ley para combatir el espíritu del verdadero destino de nuestra alma.

Pero no fue solamente para dar un nuevo sentido al símbolo del hombre de este angustioso conjunto para lo que el reparador actuó así, sino que lo hizo aún más para comunicar a los hombres ciegos la instrucción de la que esta obra de curación no era más que la oportunidad y la base. Además, cuando se suscitó el murmullo entre los judíos, les dijo: « ¿quién de vosotros, si tiene una oveja y cae a un barranco en sábado, no va a sacarla? ¿Y no vale un hombre mucho más que una oveja? Por tanto, está permitido hacer el bien en día de Sabbat».

Les habló de forma aún más tajante sobre las espigas que cortaron y comieron sus discípulos un Sabbat, al pasar por un trigal: « ¿No habéis leído en la ley que los sacerdotes, en día de Sabbat, violan el Sabbat en el templo y, sin embargo, no son culpables? No obstante, yo os aseguro que el que está aquí es más grande que el templo. Y, si supieseis bien lo que quiere decir la palabra me gusta más la misericordia que el sacrificio, no hubieseis condenado a inocentes, pues el hijo del hombre es el dueño del propio Sabbat.

El hombre nuevo, iluminado por la misma luz, explicará sin descanso la tradición por la ley; la letra, por el espíritu, y el espíritu, por la voluntad del

autor supremo de las cosas. Este hombre nuevo no olvidará, por tanto, que no es en el templo donde se debe prescribir esta ley y las formas de los sacrificios que deben realizarse dentro de él; que es en el templo donde debe recibirse esta ley y sus sacrificios, tal como corresponde prescribirlas al príncipe de los sacerdotes, según la orden de Melquisedec; que este templo no tiene más obligación que mantenerse siempre en el orden conveniente y estar preparado en todo momento para cuando quiera este príncipe de los sacerdotes venir a ofrecer su incienso.

Además, tendrá la sabia precaución de no atreverse jamás a acercarse por sí mismo a las ceremonias santas, sin que sienta que el templo está preparado, que todas las lámparas están encendidas, que el fuego del espíritu ha traspasado sus paredes, sus cimientos, sus columnas, y ha decorado todas las partes de este templo de una manera digna del sacrificador que debe dirigirse a él y de los santos misterios que en él se deben llevar a cabo.

Sentirá de este modo que no sólo el hijo del hombre está por encima del Sabbat temporal, sino que el templo tiene también este magnífico privilegio, ya que este templo no es otra cosa más que el hombre nuevo y el hombre nuevo participa de todos los derechos y todas las facultades del espíritu del Señor. Reconocerá entonces que el espíritu del Señor es también el jefe y dueño del hombre nuevo, del mismo modo que el hombre nuevo se convierte por él en el jefe y dueño de la ley; que, si corresponde al hombre nuevo esperar y recibir del espíritu del Señor las luces, la santidad y la vida, corresponde al templo, construido por la mano de los hombres, esperar y recibir del hombre nuevo la administración de todas estas cosas, para que así el espíritu del Señor se encuentre con que es, al mismo tiempo, el dueño del hombre nuevo, el del templo, el del Sabbat y el de la ley, ya que lo comprende todo, lo dirige todo, lo penetra todo y solamente en él pueden encontrar su explicación y su verdadera realización las propiedades de las cosas, sus virtudes, sus figuras y su espíritu.

Es posible que se encuentren en el hombre nuevo Judíos que le pregunten, como hicieron al reparador en otro tiempo los doctores de la ley y los fariseos: ¿Por qué violan tus discípulos la tradición de los ancianos? pues no se lavan las manos cuando van a comer. Cuando no son capaces de elevarse a estas sublimes regiones del espíritu que lo explican todo, les hará caer en la confusión reprochándoles su propia conducta en asuntos de la máxima importancia y les dirá: « ¿y por qué violáis vosotros el mandamiento de Dios por seguir la tradición? Pues Dios ha hecho este mandamiento honrad a vuestro padre y a vuestra madre y este otro el que ofenda de palabra a su padre o a su madre será castigado con la muerte. Sin embargo, decid: el que diga a su padre o a su madre cualquier don que hago a Dios os es útil, satisface la ley, pero, si después no honra ni atiende a su padre o a su madre, se inutiliza el mandamiento de Dios con vuestra tradición. Sois

hipócritas, como profetizó Isaias cuando decía: este pueblo está cerca de mis palabras y me honra con los labios; pero su corazón está muy lejos de mí... toda planta que no haya sido plantada por mi padre que está en el cielo será arrancada».

No hay verdad mayor que estas palabras ni que merezca más la atención del hombre nuevo, ya que estas palabras abarcan a la vez todas las leyes, todos los tiempos y toda opinión. Por eso es por lo que este hombre nuevo se hará con ellas una especie de armadura, con la que romperá continuamente los proyectos del enemigo. Por eso es por lo que empezará atándolo con fuerza, para poder entrar en su casa y coger sus armas, teniendo siempre presente que, si no está unido continuamente al espíritu, si no procura nacer continuamente del espíritu, si no pone todos los cuidados para ser plantado por el espíritu y, finalmente, si no está con el espíritu, estará contra el espíritu; si no atesora con el espíritu, despilfarrará.

El sabe que «se perdonará a los hombres todo pecado y toda blasfemia; pero la blasfemia contra el espíritu no se les perdonará. Sabe que, si alguien habla contra el hijo del hombre, le será perdonado; pero, si habla contra el espíritu, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro». Además, creería estar blasfemando contra el espíritu, si no estuviese siempre atesorando con el espíritu, ya que sería como si creyese en otro poder distinto del poder del espíritu. Creería que hablaba contra el espíritu, si no estuviese unido por siempre al espíritu, ya que sería como si creyese que podía vivir una vida distinta de la del espíritu.

De este modo, no sólo se abstendrá de todas las blasfemias contra el hijo del hombre que podrían perdonarse, ya que no caen nada más que sobre el hombre temporal y sobre la envoltura del espíritu, sino que este hombre nuevo no dejará que queden en él ni siquiera los mínimos vestigios de ofensas aún menos importantes y más susceptibles de perdón, mientras esté ocupado en protegerse contra las blasfemias imperdonables y en llenarse de la actividad del espíritu, para que no se le pueda reprochar algún día, en el futuro, que no se ha dedicado exclusivamente al espíritu y no se le haga pagar hasta el último óbolo, es decir, todos los momentos que no hubiese pasado en esta confianza plena y absoluta que debe tener el hombre en el espíritu. Y aquí es donde se cumple la terrible palabra muchos llamados y pocos escogidos, ya que todos los hombres han nacido para cumplir esta importante ley.

¿Pero quién no temblara por lo reducido del número de los que puedan verse tratados como él, por haber sido fieles, y por la multitud que el enemigo ha alejado desde el principio y seguirá alejando hasta el final con sus ilusiones de todo tipo y, sobre todo, haciéndoles sacrificar la ley a la tradición; el espíritu, a la letra, y la realidad, a la apariencia? ¿Quién no temblará, digo yo, al ver a qué número tan pequeño quedarán reducidos los

que cumplan con fidelidad suficiente la voluntad del espíritu, para que un día se diga de cada uno de ellos: ése es el hermano, la hermana y la madre del espíritu?

44

El hombre viejo ha caído bajo el yugo de una muerte triple, que se conoce como muerte del cuerpo, muerte del alma y muerte del espíritu, pero que, al haber tenido en su origen como causa y principio la muerte o abolición de sus títulos de pensamiento, palabra y obra del Eterno, debe considerarse bajo el nombre de la muerte de su ser Divino, que, en realidad, está hoy como enterrado en un sepulcro, comparando su deplorable situación con el estado glorioso de que ha disfrutado. Por tanto, es preciso que el hombre nuevo tenga por misión procurar la triple resurrección, es decir, que rescate su pensamiento, su palabra y su obra de las regiones tenebrosas donde están esclavizadas, que contenga su pensamiento, su palabra y su obra al borde del abismo en el que el enemigo intenta precipitarlos todos los días, y que evite en lo sucesivo la muerte de su pensamiento, de su palabra y de su obra, en cualquier circunstancia en que el enemigo pueda amenazarlos.

Ésa es una de las facetas bajo las cuales podemos considerar la triple resurrección del hombre nuevo, y este punto de vista es tanto más real cuanto más es la imagen demasiado fiel del peligroso destino de toda la posteridad humana. Además, es el detalle y el cuadro reducido de la obra universal que se realiza a gran tamaño en toda esta posteridad del hombre.

Pero esta gran obra, que abarca todos los tiempos, todas las regiones y todas las generaciones de la familia humana, ha tenido que actuar desde el principio para arrancar la presa al enemigo, que se la había llevado de antemano a la casa de servidumbre o a la tumba. Ha tenido que actuar desde entonces para quitar de las manos de este enemigo las víctimas que atrapaba cada día y se llevaba también a sus sombrías moradas. Finalmente, seguirá actuando en el futuro para impedir que este enemigo pueda apoderarse tan fácilmente de nuevas víctimas o que, por lo menos, no pueda venir a cogerlas hasta el redil. Y no dudemos que no es ése el espíritu de las tres épocas de las leyes de restauración entre los hombres, el espíritu de la triple manifestación de la sabiduría eterna en el tiempo y el trinario que caracteriza esencialmente todas las operaciones que se han realizado, o simplemente anunciado, y figurado por los diversos elegidos que, de formas diferentes, ha enviado esta sabiduría eterna a la tierra, para liberar a los mortales, para aliviarlos y para instruirlos.

¿Pero por qué habríamos de ver nosotros, en esas causas de restauración que se han abierto, un camino sacerdotal y levítico, un camino espiritual y profético y un camino de libertad, de luz, que no se puede

considerar nada más que como un camino Divino; por qué habríamos de ver nosotros en este orden sacerdotal, levitas, sacerdotes y un solo gran padre; por qué habríamos de ver en el pueblo hebreo, que nos representa a toda la familia humana, un estado de esclavitud, un estado de guerra, un estado de victorias y de triunfos, si todos estos cuadros no tuviesen como finalidad darnos una instrucción que ampliase nuestro espíritu y se nos pudiese aplicar a todos nosotros?

Sí, el hombre nuevo puede leer ahí hasta descubrir esta triple resurrección, tan necesaria a nuestro ser para que disfrute de algún descanso y tan ajustada a esta triple muerte, o triple concentración, que pasamos con tanto dolor cuando queremos fijar un instante nuestras miradas sobre nosotros mismos y que nos convence de una forma tan triste y tan demostrativa de esta triple muerte o de esta triple concentración, en la que el primer hombre ha sumergido sus facultades espirituales y ha arrastrado con ellas las facultades espirituales de toda su desdichada posteridad.

La primera y más difícil de estas tres resurrecciones que tendrá que realizar en sí mismo el hombre nuevo consiste en separar de todas las substancias falsas que lo rodean los pensamientos, voluntades y acciones suyos que se han engullido y, por así decirlo, se han amalgamado en ellas, y que están allí como en una verdadera tumba en la que no sólo no disfrutaban del día y de la luz, sino que van continuamente hacia una repulsiva putrefacción. En realidad, es imposible concebir una operación más dolorosa que la de separar así los diferentes metales que hemos dejado que se suelden en una sola pieza, pues sólo se puede conseguir con una fusión total; pero lo que parece estar por encima de las fuerzas ordinarias no está por encima de las fuerzas del hombre nuevo, ya que éste es hijo del espíritu y ha bebido la saludable medicina o ese poderoso disolvente que Jeremías compara con una almádana que rompe las piedras (23: 29).

La segunda resurrección consistirá en retener al borde del precipicio aquellos pensamientos, voluntades y acciones suyos que estén a punto de caer en él, si no está completamente pendiente de arrancarlos de las manos que los llevaban ya hacia el sepulcro; pero el mismo poder del que se servirá en la primera resurrección le será igualmente útil en la segunda, y retirará nuevas víctimas de los brazos de la muerte.

La tercera resurrección será la que realice de antemano en sus pensamientos, voluntades y acciones que, en el futuro, podrían estar expuestos a los ataques del enemigo y que él querría tratar de corromper para sumirlos con él en los abismos, pues al hombre nuevo no le bastará con abarcar las épocas pasadas y presentes en la manifestación de su fortaleza y de su sabiduría, sino que tendrá que cubrir también las épocas que no han llegado todavía, ya que ése es el mayor privilegio del espíritu.

Además, trabajará sin descanso para conseguir que la mano suprema lo rodee, lo sostenga y lo proteja de tal modo que el enemigo no pueda en lo sucesivo tener sobre él ningún dominio, cosa que conseguirá cuando haya sometido todo lo que hay en él y pueda decir de él lo que decía el reparador de la corrupción exterior: He vencido al mundo.

Pero, para tener también una idea más simple, más exacta y, por consiguiente, más fácil de comprender, de esta triple resurrección, considerémosla en una época en la que la muerte haya producido sus estragos en todas las facultades espirituales del hombre. Este cuadro, al estar al alcance de muchos más, tiene que ser más útil, por fuerza.

Efectivamente, podemos morir en nuestras obras si llevamos nuestros pensamientos falsos y nuestros deseos criminales hasta su consumación; podemos morir en nuestras voluntades corrompidas, si se unen a los planes desordenados que pueden adoptar nuestros pensamientos, aunque no lleguemos a realizarlos en nuestras obras. Finalmente, podríamos morir en nuestros pensamientos si los dejásemos que se llenasen de cuadros contrarios a la verdad y a la gloria del espíritu, aunque no los adoptásemos en nuestras voluntades y aunque no dejásemos que se transformasen en actos.

Ésa es la triple resurrección que debe realizar cada hombre en sí mismo, si quiere llegar a la dignidad del hombre nuevo; pero jamás podremos tener la mínima idea de nuestros derechos primitivos y de nuestro verdadero renacimiento, si no restablecemos definitivamente en nosotros una fuente de acciones regulares, una fuente de movimientos verdaderos y una fuente de pensamientos sanos, ya que estas tres fuentes manan juntas de la fuente única y eterna del espíritu.

El hombre nuevo, una vez convencido de estas verdades, no sólo por su íntima persuasión, sino también por su propia experiencia, verá con agradable sorpresa que el reparador no ha tenido más propósito que hacer que se abran los ojos de los hombres sobre estos deberes indispensables y tan beneficiosos, cuando ha empleado toda su fuerza en producir las tres muertes en medio del pueblo de Israel. Esto es algo sorprendente y no se sabría marcar bien la diferencia que hay entre los lugares en los que cada uno de estos muertos ha sido llamado a la vida. Lázaro fue resucitado en la tumba en la que llevaba cuatro días, cuando ya olía mal; el hijo único de la viuda de Naím fue resucitado en el camino, cuando lo llevaban al sepulcro; la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, de doce años, fue resucitada en la casa de su padre. ¿Cómo no vamos a ver, en estas tres resurrecciones realizadas por el reparador, esa triple resurrección que tenemos que hacer todos en nosotros mismos y que es, al mismo tiempo, la obra principal y la recompensa del hombre nuevo?

Efectivamente, ese Lázaro resucitado en su tumba, libre ya de la putrefacción, es la representación de nuestros actos depravados y de las prevaricaciones que hemos llevado hasta la obra y a la realización, es decir, hasta la morada de la muerte y de la corrupción, que está representada aquí por los sepulcros materiales. El hijo único de la viuda de Naím, resucitado camino de la tumba, es la representación de nuestras voluntades criminales que se han adherido a los planes falsos de nuestro pensamiento, pero han quedado detenidos camino de la tumba, es decir, antes de llegar a su realización y a los actos inicuos que hubiesen completado su corrupción y les hubiesen hecho conocer la putrefacción sepulcral. Finalmente, la hija del jefe de la sinagoga, resucitada en su casa, representa la muerte que podemos sentir en nuestro pensamiento, cuando lo dejamos que se infecte con planes culpables e injuriosos para el espíritu de la verdad, que no quiere que adoptemos más proyectos que los suyos, se ha dignado elegir el pensamiento del hombre para ser jefe de la sinagoga universal y quiere en todo momento que este pensamiento del hombre y todos los hijos que puedan emanar de él, difundan por todas partes la vida que los anima.

45

Sin duda alguna, solamente después de haber purificado así su ser y realizado en sí esa triple resurrección, el hombre nuevo hará en sí mismo la elección de que hemos hablado antes, o elección de las doce virtudes que deben manifestarlo en toda la extensión de sus propias regiones. Antes de esta época, era tan incapaz de hacer una elección de este tipo, que ni siquiera hubiese podido concebir su idea y mucho menos llevarla a cabo, si no hubiese venido el espíritu de verdad a ocupar en él el puesto de sus substancias de mentira. Además, se da más cuenta que nunca de hasta qué punto nos exponemos cuando nos atrevemos a caminar solos por la carrera espiritual y aprende de nuevo en el espíritu que lo dirige, en el príncipe de los justos y en el reparador, a adherirse a esta santa reserva, ya que este mismo reparador, o príncipe de los justos, no quiere hacer por sí mismo la elección de los doce apóstoles, sino que pasa toda la noche en oración antes de elegirlos (Lucas 6: 12).

Pero no será esta disposición interior de sí mismo lo único que someterá al movimiento del espíritu, sino que, en todas las circunstancias de la vida, tendrá siempre en su boca las palabras del salmo 101: 3: Cualquier día que yo te invoque, escúchame. No querrá ni siquiera una virtud que no venga de él, porque sabe lo frágil que sería; pero abrirá en él todas las substancias de sus virtudes, para que venga el espíritu a apoderarse de ellas, a vivificarlas y a regirlas en todas las circunstancias.

Por tanto, pedirá continuamente al espíritu que venga a quedarse en su penitencia, en su humildad, en su valentía, en su resignación, en su oración, en su fe, en su amor, en sus luces, en su esperanza, en su caridad, en todos

los afectos puros del alma y en todos los movimientos de su esencia espiritual y divina, para que ya no puedan vencerlo en los combates que tenga que mantener.

Verá con qué arte evitan los hombres los peligros naturales que los amenazan, con qué sabiduría eluden los males que su experiencia les ha enseñado a prever, con qué inteligencia saben poner en combate a los elementos y enfrentar a unos con otros para protegerse de los estragos que podrían producirles estos elementos, si los dejasen en manos de la fuerza oculta e impetuosa que los empuja continuamente a los desórdenes. Ve que el hombre dispone de estos elementos y tiene poder sobre ellos para moderar a su gusto el fuego con el agua; el frío, con el calor; la sequedad, con la humedad, y es capaz de alterar las propiedades de su entorno, mediante la aplicación de sustancias diversas que ha puesto la naturaleza en su mano con una abundancia pródiga.

El hombre nuevo no pondrá en duda que el espíritu tiene los mismos poderes en las regiones en que su esencia pura y su supremacía lo requieren para reinar como dueño y soberano. No dudará que este espíritu tiene, según su clase, incomparablemente más dones de previsión y de sabiduría de los que haya podido tener alguna vez el hombre, que está limitado a la región elemental, cualquiera que sea la actividad que haya podido desarrollar este hombre. No dudará que este espíritu tiene a su disposición una cantidad de propiedades y de sustancias de su propia naturaleza, que es incalculable en comparación con las pocas sustancias elementales que podemos emplear aquí abajo para conservar nuestra materia y producir y mantener las obras de nuestras manos.

Convencidos con esta sana persuasión, el hombre nuevo, cuando se encuentre débil y cansado, dirá al espíritu: pon una de tus fuerzas sobre mi debilidad y se fortalecerá. Cuando se encuentre flojo y frío, dirá al espíritu: pon una de tus sustancias ardientes sobre mi frialdad y se calentará. Cuando se vea arrebatado por su ardor impetuoso, dirá al espíritu: pon una de tus sustancias tranquilas sobre mi impetuosidad y se moderará. Cuando esté entre tinieblas, dirá al espíritu: pon una de tus sustancias luminosas sobre mi oscuridad y se iluminará. Cuando esté deslumbrado por la luz, dirá al espíritu: pon sobre mis ojos una de tus sustancias intermediarias y dejaré de tener miedo a perder la vista; cuando se vea rodeado de enemigos, dirá al espíritu: pon entre ellos y yo uno de tus escudos y estaré protegido de todos sus ataques. Cuando se sienta como pendiente de un hilo encima del abismo, dirá al espíritu: tiende hacia mí una de tus manos y caminaré por encima de estos abismos como por el terreno más firme.

Así es como se unirá el hombre nuevo a la actividad del espíritu para curarse de todos sus males, para evitar todos sus peligros y para satisfacer todas sus necesidades, pues no debemos tener miedo a repetir una verdad

tan esencial y consoladora, como es que el espíritu se presta a aliviar nuestras necesidades con una facilidad mil veces mayor de lo que lo hace la naturaleza con las necesidades materiales, ya que nos ama, mientras que la naturaleza no puede amarnos, sino que todo lo que puede hacer es darnos a ciegas todas las substancias que engendra para que nosotros nos encarguemos después de utilizarlas en nuestro beneficio, según nuestra sabiduría y nuestras luces. Así es, pues, como se comportará el hombre nuevo con el espíritu: tratará de ganarse su benevolencia hasta el punto de poder decirle: Cualquier día que te invoque, escúchame.

La mejor forma de llegar a este feliz término y poder decir verdaderamente con confianza al espíritu cualquier día que yo te invoque, escúchame, es sacar provecho de las substancias saludables que quiere facilitarnos para alivio de nuestras enfermedades. Cuanto más beneficios saquemos de ellas, más nos facilitará atrás en abundancia, de tal modo que nuestra plegaria podría transformarse al final en una invocación activa y perpetua y, en vez de decir esta plegaria, podríamos realizarla y llevarla a cabo en todo momento, con una conservación y una curación continuas de nosotros mismos.

Pensemos que este hombre nuevo está rodeado de todas las substancias del espíritu y que con su fe efectiva o su oración convertida en actos, las aplica a todas las necesidades que pueda encontrar en su obra. Veámoslo en cada paso que da en su carrera, procurándose nuevas gracias, nuevos apoyos, nuevos beneficios y con esa fidelidad y esa dedicación viva, se identifica con el espíritu de tal modo que esas mismas gracias, esos mismos apoyos y esos mismos beneficios descienden hasta él como de forma gratuita, pero, al mismo tiempo, como si fuese para él algo natural los recibe en todo momento, sin buscarlos y sin sorprenderse al ver cómo previenen así todas sus necesidades.

Con esta dulce perspectiva, pensemos qué debería ser para nosotros ese estado glorioso en el que ya no estamos, pero del que el hombre nuevo nos autoriza a creer que podemos percibir vestigios aquí abajo. Pero este hombre nuevo no debe ser para nosotros nada más que el desarrollo y la manifestación de lo que era el hombre primitivo, antes de que las consecuencias del crimen lo hubiesen metido en su prisión tenebrosa.

Veamos cómo desarrolla los tesoros que hay ocultos en él, de los que el reparador nos ha mostrado tantos frutos sembrados en el campo evangélico. Veámoslo en medio de una multitud de unas cinco mil personas, sin tener más que cinco panes y dos peces para alimentarlos. Les dirá que se sienten en grupos de cincuenta, cogerá los cinco panes y los dos peces, levantará los ojos al cielo los bendecirá los partirá y se los dará a sus discípulos para que se los ofrezcan a la multitud Comerán todos hasta quedar hartos, y quedaran doce cestas llenas de los trozos que sobraran En otra ocasión

cogerá siete panes y algunos peces para cuatro mil hombres pero tendrán para comer todos y se hartaran y sobrarian siete cestas llenas Veámoslo en otra ocasión, como Elíseo multiplicar veinte panes para mil personas quedando también sobras.

Todos estos hechos no son más que testimonios y frutos de los dones que el espíritu ha hecho que germinen en el hombre nuevo No hacen más que anunciar ese alimento espiritual, activo y psíquico, que este hombre nuevo puede multiplicar ilimitadamente en el, en beneficio de los diversos pueblos que habitan las distintas regiones de su ser, ya que si el está unido a la fuente de la vida, ya no tiene en si nada a donde no pueda hacer que lleguen los arroyos de esta fuente viviente y donde estos arroyos no puedan acumular sus aguas fecundas, de tal modo que se establezca allí la fecundidad y proporcione en abundancia la subsistencia para todo lo que tenga hambre e indigencia en sus dominios legítimos

Si la inteligencia quiere elevarse aun mas por encima de este hombre nuevo y llegar hasta las leyes y caminos que utiliza la sabiduría Divina para hacer que descendan sus gracias y sus favores a los desdichados mortales, vera en los hechos antes expuestos, en primer lugar, el poder supremo que sacia nuestra hambre y cura nuestra miseria, por el numero de nuestra propia miseria, en segundo lugar, vera que este poder supremo nos reserva además, el número necesario de fuentes abundantes para ayudarnos en nuestra regeneración Finalmente vera que este mismo poder supremo influye seguidamente por un numero puro en el hombre regenerado y, de este modo, nos hace de nuevo poseedores de este mismo número puro que fue en otro tiempo nuestro signo distintivo

46

La razón de que el hombre, al unirse a la fuente de vida, se vea como depositario de tan grandes tesoros y pueda manifestarlos en sí mismo en tan grandes y saludables multiplicaciones es que esta fuente de vida le hace descubrir en el fondo de su ser siete fuentes activas que, al unir en común sus diversas fuerzas, desarrollan unas con otras sus propiedades particulares de una forma que no puede interrumpirse y que hace que estas fuentes sean inagotables a que es la fuente de la vida la que las anima y las mantiene.

Son como otras tantas bases sacramentales que llevamos en nosotros mismos y sobre las que se debe elevar todo edificio sacerdotal al que fue destinado el hombre por su naturaleza primera y según los planes de su origen Son las siete columnas levantadas con esta piedra innata que hay en nosotros sobre la cual ha dicho el reparador que quería construir su iglesia

Esta piedra es cuadrada y esta tallada con el cincel del espíritu y debe servir de base para este templo Divino destinado a reemplazar en el hombre nuevo las tiendas que han sido, hasta entonces, el único asilo del arca santa o de la verdad Esa es la puerta del templo que, según el profeta Ezequiel, 41: 21, era cuadrada y a la que respondía la fachada del santuario al estar una frente a otra Por esta puerta es por la que los oráculos del santuario deben promulgar al pueblo, según Isaías (9: 8) El Señor ha enviado su palabra a Jacob y se ha verificado en Israel Todo el pueblo lo sabrá Efraín y los habitantes de Samaría Por esta misma puerta es por la que deben entrar las naciones para venir a adorar en el templo de Jerusalén y estas son las siete columnas levantadas en el templo que hacen que este templo sea perfectamente solido y que las naciones puedan habitarlo con seguridad, ya que Salomón nos dice (Proverbios 9 1) que la sabiduría se ha construido ella misma una casa y que ha tallado siete columnas.

Hombre nuevo, contéplate con respeto Tienes ante ti el santuario o la unidad eterna y Divina Tienes, en el fondo de tu ser, la base angular del templo y encuentras en actividad en este templo las siete fuentes sacramentales que, vivificadas por la fuente de la vida, deben fertilizar para siempre todas las regiones que te componen Eres tu quien tiene que velar continuamente para que las aguas de esta fuente de vida no se salgan de su curso natural y vengán todos los días a juntarse en tus siete canales espirituales. Jamás se saldrán de su cauce, porque, por su propia pendiente, tratan de venir a buscar en ti su descanso, pero, si tú no estás en todo momento atento para prepararles los caminos, haciendo que el espíritu talle y pula la piedra angular de tu templo y manteniéndola perfectamente a plomo, esas aguas Divinas se desbordaran, en vez de entrar en tus siete canales espirituales, y no te darán ningún beneficio, pues es esta piedra angular de tu templo la que han elegido como único mar suficientemente inmenso para servirles de depósito.

Esta piedra angular es en realidad la raíz de esas siete fuentes sacramentales que descubre el hombre nuevo en si cuando ha sufrido las pruebas preparatorias e indispensables, al ser en ella donde ha descubierto a este instructor divino del que hemos hablado antes y que, sentado en la cátedra anterior a todas las cátedras temporales, ha pronunciado ante él, en la verdadera montaña, los sermones y las instrucciones que deben servir de guía y de norma al pueblo de Israel, si quiere mantenerse con los privilegios de su elección.

Al encontrarse la raíz de estas fuentes sacramentales en la piedra angular de nuestro templo, llevamos dentro de nosotros el testimonio y el carácter vivo que debe hacer que nos respeten las naciones y el hombre nuevo puede decir, a imitación del reparador: «lo mismo que el padre tiene la vida dentro de él, le ha dado al hijo también la facultad de tener la vida dentro y poder para ejercer el juicio, porque es hijo del hombre...» Además,

puede decir como el reparador: «no recibo el testimonio de un hombre... tengo un testimonio mucho mayor que el de Juan... y mi padre, que me ha enviado, ha dado testimonio de mí».

El hombre nuevo puede, digo yo, mantener este lenguaje, porque, cuando ha descubierto en él la piedra angular del templo, ha reconocido también que no era más que el fruto, el extracto, el producto y el testigo de la misma unidad y que, si esta piedra angular fuese el testigo de la unidad, la unidad, a su vez, sería el testigo de esta piedra angular, ya que el hijo es el testigo del padre, lo mismo que el padre es el testigo del hijo.

Éste es el doble testimonio que asegura para siempre la dignidad de este hombre nuevo y constituye la base de su confianza y de su seguridad. Es, al mismo tiempo, lo que da todo su valor y toda su virtud a estas siete fuentes sacramentales, que proceden de esta piedra angular sobre la cual debe construirse la iglesia, lo mismo que esta piedra angular procede de la unidad. La armonía se da a conocer también en estas fuentes, ya que son la expresión de la armonía que debe reinar en la piedra angular, a imitación de la que reina en la unidad. Todas ellas están íntimamente vinculadas, aunque tengan caracteres distintos, y se prestan a la ayuda mutua, no para eclipsarse las unas a las otras, sino para facilitar sus diversas manifestaciones.

Pero sus manifestaciones, aunque sean distintas, tienden todas a una meta común y única, que es la propagación y la comunicación de lo sagrado, pues un sacramento lleva este nombre porque es el medio por el que se transmiten las cosas santas y divinas donde son necesarias para que desaparezcan la muerte y la nada. Y, bajo esta relación, vemos que va aumentando aún más ante nuestros ojos la dignidad del hombre que ha sido elegido para ser la piedra angular del templo y, además, tener las siete fuentes espirituales por las que la vida divina trata de comunicarse con los lugares áridos y estériles. Pero ya no podemos seguir ignorando qué es lo que desarrolla en él estas siete fuentes sacramentales, puesto que hemos presentado al hombre en tantas ocasiones como el pensamiento, la palabra y la obra del eterno, que ha tenido una necesidad ineludible de la ayuda de la palabra para que se le concediese la palabra y para que pudiese alcanzar la dignidad de hombre nuevo.

Digamos, pues, que el hombre nuevo no tiene en sí estas siete fuentes sacramentales o estos siete sacramentos, porque ha recibido en realidad dentro de él el sacramento de la palabra y porque es este sacramento de la palabra el que ha hecho que broten en él estas siete fuentes, que antes estaban estancadas en la muerte; pero, como este sacramento de la palabra no ha podido llegar hasta las siete fuentes sacramentales del hombre nuevo, sin haber actuado de antemano sobre la piedra angular del templo, esta piedra angular del templo debe estar previamente penetrada y revestida por

este sacramento de la palabra, para que las siete fuentes que van a salir de ella en abundancia y los ríos divinos puedan llenarlas sin interrupción y en toda su pureza.

Reunámonos aquí ante Dios, ante este príncipe eterno de toda vida y de toda existencia, el único a quien se pueden ofrecer homenajes meritorios que no corresponden a ningún otro ser. Reunámonos ante él, con respeto y admiración porque ha permitido que el alma del hombre comparta así la benignidad de su existencia divina y la administración de sus tesoros santificantes. Reunámonos, repito, con un santo estremecimiento, para que nuestra existencia inmortal reúna así todas sus fuerzas para no recibir en vano este sacramento de la palabra y para que pueda contener las aguas de este río inmenso que este sacramento hará que fluya por ella.

Tengamos siempre presente la suerte tan gloriosa del hombre nuevo que acaba de regenerar el sacramento de la palabra. Ha sido investido con esta palabra y, por así decirlo, sacramentado en su esencia. A partir de ese instante, en él se ha convertido todo en sacramento, todo se ha sacramentado en su ser, ya que las siete fuentes sacramentales que han brotado de su piedra angular abarcan su región terrenal y corporal, su región celestial y espiritual y su región divina.

Una vez sacramentado así en todo su ser, él ha sacramentado, a su vez, todos los objetos de su entorno y a todos los seres que esperaban que se abriesen esas fuentes sacramentales para recibir las aguas del río de la vida. Esa es la situación de la que hubiese disfrutado el hombre si hubiese conservado su dignidad primera, ésa es la situación de la que puede recuperar aquí vivos vestigios, humillándose ante el sacramento de la palabra y administrando con sabiduría y santo temor los dones que saldrán de estas siete fuentes sacramentales; ésa es, finalmente, la situación que debe engalanarse para él algún día venidero, si sabe unirse para siempre a este sacramento de la palabra, del que ha sido hecho, para estar eternamente sacramentado.

47

Este sacramento de la palabra da tres nombres al hombre nuevo, según las tres facultades que nos distinguen. Así, en su acción se llamará celeridad de la obra; en su amor se llamará unidad de reflejos de la afección divina; en su pensamiento se llamará la mañana perpetua del día más bello y todo su ser, al desarrollarse así, hará sentir de tal modo sus fuerzas al enemigo que temblará de miedo al enterarse de que se está despertando el león y lo amenaza con no dejarle un momento de reposo y con perseguirlo hasta que haya soltado su presa y se haya quemado en el fuego de la palabra del hombre nuevo.

¿Cómo ha tratado la palabra a Efraín y a Judá, los pueblos que han roto, lo mismo que Adán, la alianza que habían hecho con ella y habían violado las órdenes del Señor con su culto? (Oseas 6: 7) los he tratado con dureza con mis profetas y los he matado con la palabra de mi boca (dice el Señor, id. 5) y dejaré clara como el día la equidad de los juicios que instruiré sobre ellos. Si es así como se ha tratado a los pueblos prevaricadores, a pesar de que perteneciesen al pueblo escogido, ¿no tratará la justicia con más severidad todavía al príncipe de la iniquidad y al padre de todas las abominaciones de la tierra? Y es al hombre nuevo al que se le ha encargado la ejecución de estos terribles juicios en todo su ser, antes de llevarlos a cabo en las naciones que están fuera de él.

Además, se sentará día y noche en su trono, no saldrá de la sala de audiencia, hasta que los decretos que se produzcan hayan sido llevados por fieles mensajeros hasta los confines de sus posesiones y de su imperio particular, hasta que estos decretos hayan sido recibidos con temor por los pueblos culpables y tenga el testimonio auténtico de que estos decretos han producido su efecto y se han ejecutado. El cetro se debilitaría si no se cumpliese la obra. El hombre debe vigilar y no respirar nada más que para el triunfo de la ley y, si quiere que la autoridad no pierda el respeto que se le debe, es preciso que no ordene nada en vano.

Para que no ordene nada en vano, el hombre nuevo se unirá en todo momento a los hombres de Dios, para que unjan a sus miembros con el óleo santo y eviten que los asesine el enemigo o se sequen por le apatía. Pedirá al sumo sacerdote que venga a renovar en él las diversas alianzas que Dios quiere establecer siempre con el hombre y que el hombre procura siempre anular. Le pedirá que venga a todas horas y en todos los momentos para administrar en el seno de su alma el sacramento del renacimiento y de la revivificación, ya que, sin él, ¿cómo iba a poder reunir las partes dispersas del nombre del Señor? Pero así es como ha distribuido la sabiduría los órganos del hombre nuevo, para que pueda cumplir su santo destino y reunir las partes dispersas del nombre del Señor.

El corazón está sentado a la derecha del alma y es el que tiene que ayudarle a poner a todos los enemigos bajo sus pies. El espíritu está a la izquierda, para advertir la proximidad del enemigo. Cuando tiene la satisfacción de hacer que triunfe la ley y de poner a sus enemigos bajo sus pies, el espíritu se pasa a la derecha y la derecha entra en la línea de la unidad. ¿No se dice por todas partes que el reparador, que es el modelo divino del hombre nuevo, está a la derecha de Dios? El espíritu está a su izquierda y es el encargado de vigilar al enemigo y promulgar los juicios de la inteligencia eterna, expresiones que no tienen lugar nada más que para el tiempo y sobre las cuales el hombre iluminado no puede hacer premisas, ya que sabe que, por encima del tiempo, todos los nombres no forman nada más que un solo nombre, lo mismo que no expresan nada más que un solo

acto. Pero, en el cuadro de esta disposición temporal de las obras divinas, el hombre nuevo ve por qué se nos ha dicho que nuestra vida estaba oculta en el reparador: es porque el reparador es la vida y porque nosotros no vivimos nada más que por el corazón y ésa es una razón más de que el hombre esté a la derecha del Señor.

Sí, el corazón es el cielo del hombre y su alma es el Dios. El Dios no puede morir; pero sus cielos pueden oscurecerse, pueden enrollarse, como un pergamino. El único medio de que el hombre nuevo impida que sus cielos se oscurezcan es enrollarse como un pergamino, haciéndose un corazón a la imagen de Dios, identificándose con el que está a la derecha de Dios y así se manifiesta como vida. Hombres de paz, si queremos que nuestro cielo tampoco se oscurezca y no se enrolle como un pergamino, hagámonos un corazón que se parezca a la derecha de Dios, que luce, como ella, en todo el mundo contra los desórdenes; que, como ella, precipite la iniquidad por su propio peso; que, como ella, deje continuamente que salgan de su interior brotes de todas las virtudes y brille día y noche el candelabro de los siete brazos; que, como ella, pueda bastar para nuestra propia seguridad y las necesidades espirituales de los indigentes y, finalmente, como ella, esté siempre preparado para llevar a cabo la obra de Dios en todos los géneros y en todas las ocasiones.

Pero el hombre nuevo puede decir de antemano que, a imagen del reparador, ha de ser entregado a los hombres, es preciso que sufra mucho, que sea rechazado por los senadores, por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley y que finalmente sea condenado a muerte y que resucite al tercer día. Pero este hombre nuevo, dedicado al servicio de su maestro, no ve más que los consuelos que le esperan y no lo detienen los males que tiene que sufrir, porque ha bebido la medicina de amargura y, con este medio, su corazón le ha engendrado inteligencia y la inteligencia le ha engendrado la palabra con la que tiene una confianza viva en que al final vencerá a sus enemigos. Por consiguiente, ésa es su forma de utilizar las diversas ayudas que le ha concedido el espíritu y que encuentra dentro de sí por las diversas evoluciones de su ser.

Pone la constancia al oriente, pone la purificación al occidente, pone la confianza al norte, pone la santa audacia al mediodía y así camina hacia su obra, siempre en medio de las virtudes. No se deja debilitar ni siquiera por las ternuras de sus hermanos que quieren retenerlo e impedir que vaya a Jerusalén, donde tiene que sufrir y morir. Sólo conoce las cosas del cielo y «se queja mucho a sus hermanos de que no renuncien a ellos mismos para seguirlo y de que sólo tienen gusto por las cosas de la tierra. ¿De qué serviría al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? ¿Por qué cambio se podría rescatar, cuando venga el hijo del hombre en su gloria, con sus ángeles, para dar a cada uno según sus obras?

Ésa es también la diferencia que hay en las vías por las que nos llegan los movimientos y las órdenes. Cuando recibimos de arriba órdenes o consejos, el cuaternario procede por la inteligencia, la adhesión, el celo y la obra; cuando es nuestra alma la que se mueve, procede por el afecto, la opinión, la voluntad y la expresión, porque, como estamos en las tinieblas, es imprescindible que vayamos a someter nuestros movimientos al gran juez que tiene su sede en la región superior y que debe sancionarlos; pero, mientras no hayamos puesto todo en orden en nuestro ser, es posible que se sienten intrusos en el tribunal, que sancionen, bien sea por ignorancia o por depravación, los planes más perversos, y nos pongan, por las obras que éstos produzcan, en el caso de no poder recibir de arriba en lo sucesivo ni órdenes ni consejos, ya que, si un ciego guía a otro ciego, ¿qué puede ser de los dos? ¿No hay que temer que caigan los dos en el foso?

Por eso es por lo que mi corazón ha recibido una herida que no se puede curar con nada en la tierra, ya que esta herida es parecida a la que se le ha asestado al reino de la verdad. Además, yo no buscaré en la tierra el remedio para la herida de mi corazón. Buscaré este remedio en el reino de la verdad, porque es la única que ha podido vencer al enemigo y puede curar todas las heridas. Hasta el reino de los cielos llora y está lleno de tristeza desde que el mal ha vertido su veneno y el príncipe de las tinieblas se ha sentado en el tribunal. ¿Cómo no iba a estar triste y lloroso el corazón del hombre, si el reino de los cielos y el corazón del hombre están unidos por una alianza que los hace como inseparables? En esta alianza que los hace como inseparables es donde se encuentra también el único consuelo que se ha hecho para el hombre, ya que los llantos del reino de Dios, al penetrar en mí ser, le dan la inteligencia, lo mismo que los llantos de la vid dan claridad a nuestros ojos corporales.

Llora, pues, vid sagrada, llora con abundancia y nosotros recogeremos los llantos que derramas. Haz que llore nuestro ser contigo, porque, si nuestro ser debe estar unido a ti en los consuelos, también debe estar en la tristeza. Son tus llantos los únicos que pueden curar la herida universal; pero son los llantos de los hombres los que tienen que curar las heridas particulares. Cuanto más llore, más podrá esperar estar próximo a su curación, pues sólo puede conseguirla con sus llantos y sus gemidos. No hace nada más que repetir la imagen de tu obra restauradora: cuanto más llores, más anuncias, como la vid, una gran cosecha y mejor manifiestas las virtudes saludables de la primavera.

48

El hombre de Dios está obligado a menguar continuamente y a llegar, como Elías, a las pequeñez del hijo de la viuda de Sarepta para resucitarlo. Eso es lo que hace su ministerio tan laborioso: es preciso que este hombre de Dios esté siempre en contracción para adaptar las virtudes Divinas a

nuestra morada impura y sucia, pues el hombre de Dios se ha establecido para ser por siempre el órgano de estas virtudes, tanto en la oración y en la instrucción como en las obras.

Que el hombre nuevo no tema ante todas estas fatigas, pues el tiempo de descanso le hará olvidarlas todas. El hombre nuevo es un hombre de verdad y el hombre de verdad no conoce ningún obstáculo. Incluso en medio de sus trabajos y de sus pruebas, siempre tiene presente el pasaje de David que dice: que toda la tierra se regocije en Dios. Servid al Señor con alegría, entrad y presentaos ante Él con santo embeleso Sabed que el Señor es el Dios verdadero y que es Él quien nos ha hecho y que no nos hemos hecho nosotros mismos. Además, toda la tierra del hombre nuevo se mantiene en seguridad, en alegría, porque se da cuenta de que sus huesos se van asemejando a los huesos de la vida y que la virtud de la carne celeste y de la sangre espiritual penetra y nutre su carne y su sangre.

Hombres del torrente, querriais conocer las voluntades de Dios en las diferentes situaciones en que os encontráis, como si estuviésteis unidos a Él, mientras que no se puede hacer nada por vosotros sin esta unión; querriais estar unidos a Dios, como si estuviésteis purificados, mientras que esta unión no se puede realizar nada más que después de vuestra purificación; querriais ser purificados, como si hubiésteis hecho todos los sacrificios para ello, mientras que vuestra purificación no puede producirse nada más que después de largos y penosos sacrificios. Querriais que se hiciesen estos largos y penosos sacrificios, como si los objetos de estos sacrificios hubiesen desaparecido ya de delante de vosotros, mientras que estos mismos objetos componen hoy todas las substancias de vuestro ser.

Empezad por poner un velo entre vosotros y los objetos informes que os han deformado la vista y la inteligencia. Este primer paso os llevará a los sacrificios; los sacrificios os llevarán a la purificación; la purificación os llevará a la unión con el principio activo de vuestro ser y este principio activo os desvelará en todo momento las voluntades de vuestro Dios, pues vuestro Dios está siempre lleno de sus planes y sus proyectos para los hombres y, cuando se une realmente a nosotros, debe ser de una manera viva y eficaz, que desarrolle activamente todas nuestras relaciones y todas nuestras leyes.

Se nos ha dicho que Dios era todo; pero no podemos comprender esta verdad en el lenguaje de una moral vaga y estéril, sino que sólo puede sernos inteligible de Él, por Él y en Él. ¡Ved lo que hacen los hombres del torrente en medio de riquezas tan abundantes! En vez de unirse a esta acción única, se dejan atraer y seducir todos los días por diversas acciones de todo tipo y multiplicadas, que los destruyen y los descomponen a fuerza de abusar de ellos.

Pero si tú, santa sabiduría, tú que no pierdes jamás de vista a tus hijos, los dejas que cometan faltas de negligencia y de error, ¿no pueden adquirir virtudes dobles cuando vuelvan al camino recto? Tú puedes darles, al mismo tiempo, los frutos del tiempo que han aprovechado y los frutos del tiempo que han perdido, ya que tú puedes, si quieres, abolir y borrar para ellos la diferencia de las horas. Pero estos desdichados no deben olvidar jamás en qué condiciones les será abolida esta diferencia de las horas. Sólo ocurrirá cuando cada parte de su ser se haya convertido en un órgano de dolor y de penitencia, pues, sin esta transpiración aguda, se quedará en ellos la corrupción y les roerá hasta la médula.

Sabios del siglo que aseguráis que la naturaleza del hombre no puede llegar a nuestro conocimiento, si no probáis nunca el verdadero secreto que podría daros este conocimiento, ¿cómo queréis conseguirlo? ¿No está hasta la misma materia saliendo continuamente de las envolturas que la encierran, para venir a ofreceros sus secretos? Hay que empezar, por tanto, siguiendo la lección que os da y saliendo de vuestras propias trabas, lo mismo que ella sale todos los días de las suyas. Después podríais comparar estos frutos con los de vuestro ser interior y esta comparación bastaría para dirigir vuestras opiniones de una manera que sería más segura.

Efectivamente, encontraríais una prueba positiva de que esta materia es engañosa y nula: que, cuando recorréis sus oscuros caminos y encadenáis vuestro espíritu bajo sus leyes, os parece que estáis en el vacío y como en una carencia universal. Por el contrario, encontraréis una prueba de que el espíritu es todo en que, cuando lo cultiváis y os apegáis a sus inteligencias, os parece que tenéis la plenitud y que no os falta nada.

Además, la ley, por sí misma, tomada en su sentido integral y esencial, no es más que el camino que nos lleva a la unidad y tiene a la unidad como meta, es decir, el placer de la realidad, pues, cuando estamos en la unidad, tenemos sensación de placer y dejamos de tener la idea de ley; pero, en cuanto salimos de la unidad, nos atrapa la ley, con todas sus ramificaciones, si no estamos atentos para evitar los niveles inferiores a los que puede hacernos descender.

El deber va de la mano de la ley; la fatiga, de la mano del deber; el desánimo, de la mano de la fatiga, y la miseria, de la mano del desánimo. En el orden mismo de los placeres legítimos de este bajo mundo y en todo lo que podemos llamar aquí dulzuras y bienestar del espíritu, ya no estamos seguros, mientras no sea la unidad misma la que nos dirige, nos domina y nos guía, pues el placer va de la mano de la felicidad; el error, de la mano del placer; el crimen, de la mano del error, y la muerte, de la mano del crimen.

¡Hombre! Vuelve, vuelve a la unidad, que es la única que te mantendrá por encima de todos los peligros, ya que te mantendrá por encima de todas

las leyes, por la abundancia de su sabiduría y la inmensidad de su luz. No imites a este ciego tirano que tiene a las naciones con el cuello encorvado bajo el yugo. Ves que el mundo está contento, porque el espíritu se calla en él y no le pide nada, contando con que el cuerpo encuentra en él todo lo que pide. No olvides que, en el orden verdadero, sería el espíritu el que tuviese todo lo que pidiese y que, por el contrario, el cuerpo no debería atreverse a levantar la voz ni a pedir nada, sino esperar, como un vil esclavo, a que se le quisiese dar lo que necesita. De no ser así, el espíritu se degrada y se convierte en servidor de este esclavo. ¿No estamos ya bastante degradados por los duros cuidados que debemos dar a diario a esta forma material que nos rodea y por la obligación a que hemos quedado reducidos de limpiar vergonzosamente esta bestia de carga?

Sangre del hombre, profetiza contra su injusticia y contra su crimen; profetiza que tú eres la carga de su iniquidad. Está pagando con usura sus primeras desviaciones, desde que la sangre se convirtió en su vestidura. Se le había dado esta sangre para que ahogase en ella a todos los súbditos del faraón, después de pasar él a pie enjuto, como Israel por el mar Rojo; pero, en vez de separarse todos los días de esta vestidura que lo deshonra, no deja de ponerse nuevas señales de infamias que pueden acabar de convertir al hombre en un objeto de oprobio.

Sí, la sangre es el infierno terrestre. Lejos de calmar la tormenta, sólo pretende hacerla tan espantosa que el hombre no pueda evitar verse arrastrado al fondo del mar. Ordena a los cuatro vientos del cielo que vengan a agitar continuamente las olas de este mar tormentoso y estas olas, al agitarse, se levantan lo suficiente para descubrir los cimientos del altar de Baal. ¡Oh sangre! ¡Oh sangre! Cada una de tus palabras es una revelación de la impiedad del hombre y una profecía del príncipe de la mentira. Por eso es por lo que todos nuestros días transcurren en la ilusión y en la nada. Por eso es por lo que vivimos en medio de las espesas tinieblas de Egipto.

Pero, si la palabra del Señor debe descubrir algún día los cimientos del mundo (Salmo 17: 16), ¿no puede descubrir también los cimientos del alma del hombre? ¿Y podría seguir teniendo esperanza sin esto el hombre nuevo? Dirá, por tanto: «Señor, acuérdate otra vez de la sabiduría de los propósitos que tenías cuando diste la existencia al hombre. ¿Podrías olvidar alguna vez ese gran objeto de tu antigua alianza con él? Si el sabio se frena ante Ti, de nada sirve que tenga los ojos abiertos sobre las demás cosas de la obra: se convierte en el objeto de las lágrimas de los profetas, que lo comparan con los siervos perezosos, pues ya no puede cantar los cánticos de la paz y la felicidad, esos cánticos que al oído de la sabiduría tanto le gusta escuchar».

El hombre nuevo oye en el fondo de su ser este cántico que embelesa al oído de la sabiduría: «De lo alto vendrá mi fuerza, de lo alto esperaré la luz. El peso de la fuerza del Señor precipita al abismo a todos los enemigos que

con su poder impiden que el alma humana desarrolle el suyo propio y el poder del alma humana es como un baluarte del ejército del Señor».

Alma humana, llénate de confianza y piensa en los beneficios que obtendrías si quisieses sacarles provecho. El enemigo no tiene más que una puerta para acercarse a ti y esta puerta puedes cerrarla todavía cuando quieras. Pero, para ti, tus fuerzas pueden desarrollarse en todos los sentidos, porque tú eres el centro y te mantienes en el centro universal. De ti es de quien hablaba el reparador cuando decía: lo mismo que me ha enviado mi padre, que está vivo, y yo vivo por mi padre, así vivirá también por mí el que me coma. Pero comer al reparador es transmutar todas las substancias en las obras y la actividad de su espíritu y actuar de tal modo que este espíritu eterno y Divino penetre en todas tus facultades, lo mismo que los jugos de tus alimentos groseros penetran en todas las fibras de tu cuerpo.

49

No es por la repetición de las palabras de la oración por lo que el hombre nuevo ha llegado a esta unión con el espíritu, sino por el fuego interior de su ser, que se ha inflamado y ha difundido alrededor de él una luz parecida a aquella de la que ha tomado su origen. La ley de la afinidad ha hecho todo lo demás y ni siquiera ese fuego de su ser interior se ha encendido nada más que por el suave soplo de la sabiduría, que no pretende más que dar a cada cosa sus propiedades.

El que no haya sentido ese suave soplo de la sabiduría que desciende sobre él, tira por tierra todas las materias extrañas que bloquean ese fuego y le impiden que se manifieste en todo el esplendor y la regularidad de su forma. El que no haya tenido esta experiencia útil no conoce todavía el verdadero camino.

Efectivamente, así es como se dan a conocer las recompensas prometidas al hombre de deseo, que se ha consumido en la vigilancia y en el celo por guardar la ciudadela que se le ha confiado, a este hombre de deseo, que se ha prometido no dedicarse jamás a una especulación del espíritu y de la inteligencia sin haber consagrado de antemano unos esfuerzos y un tiempo a cualquier obra activa del espíritu. Hasta ese punto está persuadido de que el hombre debe temer siempre no hacer lo suficiente, pero no debe tener ningún temor a no saber lo suficiente, y este prudente temor de no hacer lo suficiente establece en él una virtud también muy beneficiosa: la de estar siempre dispuesto a seguir las órdenes de su maestro, siempre lleno de resignación con todos los acontecimientos a los que puedan conducirlo sus servicios, siempre felices, desde el momento en que pueda darse interiormente el testimonio consolador de que ha sido celoso con la gloria de su maestro y no ha caído en falta ni en retraso en su servicio.

Ese es, pues, el suave soplo de esta sabiduría que va a desarrollar en el hombre nuevo su verdadera oración, que es la acción natural de su ser, pues esa oración no debe tener más finalidad que mantener en el hombre el orden, la seguridad, la medida. Debe hacer que el enemigo esté siempre fuera de lugar, que el corazón del hombre beba siempre en las fuentes de aguas vivas y su pensamiento sea como un foco en el que se unen las luces Divinas, para reflejarse después con más fulgor. Como éstas son las facultades primitivas del hombre, cuando llegan a alcanzar la meta a la que están destinadas, el hombre está realmente en su oración o, mejor dicho, el hombre está entonces realmente en la oración y en el sacrificio del aroma más agradable que pueda recibir el Señor. Pero ¿dónde está el que se ha convertido de verdad en una oración y en un sacrificio del aroma más agradable para el Señor?

Dios ha dicho: «el hombre será un centro en el que se reflejarán todos los rayos de mi gloria. Ha recibido de mí, en su cuerpo, la base de todas las impresiones y de todas las cualidades de los seres sensibles, lo mismo que ha recibido de mí, en su espíritu, la base de todas las impresiones y de todas las propiedades superiores. He puesto y colocado al hombre en este rango elevado, para mí. He tenido como objetivo mi propia satisfacción y el progreso de mis propósitos. Pero el hombre ha despreciado mis presentes. No ha querido trabajar por mi gloria y por el progreso de mis propósitos. ¿Cómo voy a tratar a este servidor infiel? Lo trataré como a las naciones que hayan tomado a los ídolos por dioses. Mil universos amontonados unos sobre otros no esconderían de mis ojos a estos culpables. Su crimen se atrevió a conmovier mi trono y la sacudida que sintió no la ha olvidado todavía mi justicia. Hombres negligentes, hombres insensibles a mi gloria y al progreso de mis propósitos, llenaos del celo de mi casa hasta que se hayan levantado los muros de Jerusalén, hasta que os hayáis convertido de verdad en una piedra activa y en un sacrificio de olor agradable para el que os ha creado».

En cuanto al hombre nuevo, se ha convertido en realidad en una oración activa, con lo que sus facultades han recuperado los derechos de su destino original. Ha dicho: «invocaré a Dios en el nombre del reparador, invocaré al reparador en el nombre del cumplimiento de la ley, invocaré al cumplimiento de la ley en el nombre de la fe, invocaré a la fe en el nombre de mis obras y de la constancia de mis santas resoluciones». Estos son los cuatro ríos que este hombre nuevo ha encontrado en él. Ha encontrado también en él el jardín del Edén. Desde entonces, se ha llenado de confianza y de celo y las cosechas han sido abundantes. En otros tiempos, estos cuatro ríos no formaban más que uno, cuando este jardín del Edén tenía todavía su fertilidad primitiva; pero las catástrofes de la naturaleza, multiplicando las montañas y los valles, han separado las fuentes de los ríos y han multiplicado sus corrientes.

Esta multiplicidad puede y debe retrasar la obra; pero no debe impedir que se lleve a cabo. Todos los caminos de la sabiduría son suaves: no restringe la medida de nuestros placeres nada más que porque nosotros hemos restringido la medida de nuestras facultades y porque, vista nuestra desproporción actual con la luz que se nos había destinado en otro tiempo, hoy no podríamos contemplarla en todo su esplendor, sin perecer. Pero esta luz tiene todavía suficiente vida y suficiente abundancia, no sólo para satisfacer nuestras necesidades, sino también para colmar de delicias al que pone en ella todo su apego.

Por eso, el hombre nuevo ha dicho con alegría y lleno de esperanza: «cuando el fuego del corazón haya inflamado mi corazón y haya quemado mis riñones, cuando los hombres de Dios hayan preparado todos los sentidos de mi alma, cuando el óleo santo haya realizado mi consagración exterior e interior, entonces entrará en mí el Señor y se paseará dentro de mí, igual que paseaba en otro tiempo por el jardín del Edén. Oiré a mi Dios, veré a mi Dios, comprenderé a mi Dios y sentiré a mi Dios. Él allanará los caminos por donde quiera hacer que camine su sabiduría, dispondrá mi corazón para poder morar en él como en un lugar de reposo y, cuando yo quiera alimentarme con las dulzuras de la virtud, con el imperio de las fuerzas y los poderes y con la deliciosa contemplación de la luz, tendré en cuenta al habitante celeste que morará en mí y Él, a su vez, me proporcionará todos estos bienes».

«Cuando el habitante celeste que mora en mí me haya proporcionado todos estos bienes, sembraré en el campo de la vida las semillas de estos árboles poderosos, que crecerán en las riberas de estos ríos de mentira que inundan la peligrosa morada del hombre. Entrelazarán sus raíces para dar consistencia a las tierras que bañan estos ríos con sus aguas e impedir que se derrumben y se vean arrastradas por la corriente. Extenderán largas ramas que cubrirán de sombra las orillas de los ríos y protegerán de los ardores del día al paciente pescador que, caña en mano, vendrá a buscar su alimento. Estas ramas darán otro servicio al barquero que podrá atracar su barquilla y tener un momento de descanso después de un penoso viaje. Con más fuerza todavía se agarrará a estas ramas, que le facilitarán seguridad en los frecuentes naufragios que marcan todos los días su peligrosa navegación. Se agarrará a ellas con pavor y las bendecirá por haberle ayudado a librarse del torbellino que iba a tragárselo».

«Esos son los frutos que debo esperar de las virtudes de mi pensamiento y de mi corazón, si tengo celo por la gloria y el servicio del habitante celeste que mora en mí. Son como unos imanes que yo hubiese puesto fuera de mí, que levantasen del suelo mi masa informe, que me atrajesen hacia la verdadera mina y me sirviesen de brújula en los diversos senderos de mi carrera. Serán mis tesoros en este bajo mundo y mi corazón

estará con ellos, pues se nos ha dicho *que donde esté nuestro tesoro allí está nuestro corazón*».

Nunca insistiríamos bastante en que no ha sido con la repetición de las palabras de la oración con lo que el hombre nuevo ha llegado a llenarse de estas tranquilas inteligencias que difunden alrededor de ellas la calma y el reposo. Lo ha hecho recogiendo con cuidado todo el fuego de su ser interior que ve que se eleva con una llama pura, viva y ligera que purifica el aire y lo agita suavemente, haciendo que exhale un viento refrescante. Así es como ha llegado a descubrir en él los cuatro ríos del jardín del Edén, subdivididos en estas siete fuentes sacramentales que son los poderes de su alma y que no habrían podido jamás recuperar su actividad natural, si el alma de este hombre nuevo no se hubiese regenerado también y se hubiese ordenado de nuevo por el sacramento de la palabra.

50

Es una verdad, que se ha tratado con frecuencia, que, aunque el hombre haya nacido para el espíritu, no puede disfrutar de las dulzuras ni de las luces del espíritu más que en la medida en que él haya empezado a hacerse espíritu. Por eso es por lo que la sabiduría activa e invisible hace que descienda continuamente su peso sobre el hombre, para agrupar sus fuerzas y sus principios de vida espiritual. Además, esta sabiduría activa e invisible no hace que descienda así su peso sobre el hombre sin verter en su corazón algunas de esas influencias vivas de las que es órgano y ministro y entre las cuales hace eternamente su morada.

Cuando ha preparado así al hombre y éste no la ha contrariado en sus designios, transporta al espíritu del hombre a la morada de esta luz, donde él ha tenido su origen, y allí el hombre bebe largos tragos de las dulzuras que corresponden a su existencia. Los bebe sin problemas y sin inquietud, como la propia sabiduría, porque, con los cuidados que ella le ha dado, su corazón se ha hecho puro, como ella, e independiente de los movimientos tan inseguros de la frágil rueda del tiempo. Al encontrarse para él lo de arriba y lo de abajo en una analogía perfecta, siente que la paz que encuentra en estas regiones invisibles está también dentro de él. No sabe si su interior está en este exterior divino o si este exterior divino está en su interior. Lo que sí nota es que todo esto no parece ser más que una sola cosa para él, que todas estas cosas y él tienen el aspecto de no ser más que una sola y misma cosa.

Por eso es por lo que no teme volver a su interior cuando ha disfrutado de estos consuelos superiores, tan atractivos, porque piensa que los va a encontrar parecidos en sí mismo. Por eso es también por lo que no teme elevarse de su interior hasta esas regiones tan sublimes, porque sabe de antemano cuales son los consuelos que le esperan.

Pero no puede recorrer todas estas regiones, tanto interiores como exteriores, sin sentir un deseo que comparte con la propia sabiduría, ya que ella lo ha sentido antes con él, que es el de ver a sus semejantes disfrutar de la misma felicidad. Y en este deseo secreto, bebido de nuestra propia fuente y limpio de sus manchas y sus tinieblas, descubrimos el verdadero destino del hombre nuevo y, por consiguiente, el del hombre primitivo.

Si los hombres hubiesen querido no cerrar los ojos a la simple ley de las compensaciones, no hubiesen tenido necesidad de elevarse tan alto para captar este destino primitivo: efectivamente, ateniéndonos únicamente a las nociones naturales de nuestra razón no descarriada por el vicio y la corrupción, ¿no podemos descomponer el fin de nuestro ser en los dones y los medios que hay al alcance de todos los hombres? Según esto, puedo decir a mi semejante: ¿Has nacido fuerte? ¿No es para proteger al débil? ¿Has nacido rico? ¿No es para poner tus bienes en las manos del indigente? ¿Has nacido con luces? ¿No es para iluminar al que está envuelto por las tinieblas? ¿Has nacido virtuoso? ¿No es para reconfortar con tu ejemplo al que no tiene fuerza y asustar al malvado y hacer que tiemble? Ve remontándote por estos niveles hasta la ley de origen. Si comparas con cuidado todos los eslabones de esta gran cadena, llegarás a reconocer que has nacido en principio para una gran compensación.

¿Pero qué sacrificios necesitará el hombre para no dejar que se oscurezca su vista ante verdades tan simples y tan naturales, en medio de tantas nubes como la cubren? ¿Hasta qué punto deben aumentar aún más estos esfuerzos del hombre para llegar a realizar ese sublime destino, suponiendo que hubiese sido lo suficientemente feliz para no perderlo de vista? Ya no podemos disimular que estamos rodeados de dificultades tan numerosas y obstáculos tan poderosos que es como si se hubiese excavado para nosotros una prisión profunda en medio de una roca muy grande y no viésemos alrededor de nosotros nada más que tapias de roca viva.

No, no es difícil ver que los hombres están aquí abajo como prisioneros aislados de toda comunicación con las criaturas vivas que los han puesto, por así decirlo, en un lugar secreto. No podemos disfrutar de la conversación ni del consuelo de nadie: un carcelero antipático y brutal nos tira con desprecio todos los días nuestra bazofia, sin dignarse dirigirnos ni siquiera una palabra de consuelo.

Algunas veces, es cierto, después de pasar muchos días en esta situación desoladora, se nos permite el ligero alivio de ver a algunos de nuestros allegados y de nuestros amigos; pero sólo por un instante. Después, se nos mete de nuevo en nuestra afrentosa soledad. Por fin, algunas veces, después de estas pruebas crueles, se nos abren las puertas de la prisión y se nos pone en libertad. ¡Pero qué pocos son los que ven

brillar por fin el día de la liberación! ¡Cuántos, por el contrario, ven que se multiplican sus hierros y están condenados a no conocer jamás el mínimo alivio! ¡Cuántos hay que tienen que pasar sus días en los calabozos, sin que haya ningún intervalo entre los horrores de su prisión y los horrores de su tumba!

¿Cuál es, por tanto, el triste estado de la posteridad humana, en el que hasta el hombre de deseo está obligado a llorar en vano y a ver a sus hermanos atados con fuertes cadenas en tenebrosos calabozos o transportados a los sepulcros de la muerte y de la putrefacción? No hay ninguna duda, hombre desgraciado, de que el tiempo y la muerte son los reyes de este mundo. Tienes deseos puros, tienes deseos divinos, tienes deseos que coinciden con los que llenan tu corazón y la sabiduría de Dios; ¡pero estos deseos no se cumplen y, en cambio, la obra verdadera se ve como obligada a ceder el paso a la obra ilusoria! ¡Nuestro mismo Dios envuelve su gloria y parece obligado a esperar otros tiempos para mostrar los triunfos!

Señor, Señor, ¿es cierto que necesitas al hombre para llevar a cabo tu obra aquí abajo? Sí, lo necesitas, porque esta obra no es otra cosa más que la reunión del hombre contigo. Señor, Señor, ¿puede ser cierto que necesites al hombre aquí abajo y, sin embargo, este desdichado se oponga a tus deseos y tus necesidades? ¡No! No hay nada que pueda compararse con la horrible ferocidad y la impía crueldad del hombre; no hay nada tan desgarrador como la idea de su terrible voluntad. Dale, Señor, con la vara del tiempo, para que sepa que el tiempo abusa de él todos los días. Dale con la vara del tiempo, para que deje de creer en él. Entonces el tiempo se golpeará él mismo, entonces el tiempo estará lleno de remordimientos y de vergüenza, por haber encontrado un final a sus propósitos. Al tiempo, a la muerte y a estos reyes de la tierra habías dirigido tantos reproches, por boca de tu profeta David (Salmo 2).

Así dijo en su dolor: « ¿por qué se han levantado las naciones con mucho ruido y han formado los pueblos vanos proyectos? Los reyes de la tierra se han opuesto y los príncipes se han unido contra el Señor y contra su Cristo. Rompamos, dicen, sus vínculos y echemos lejos de nosotros su yugo. El que mora en los cielos se reirá de ellos y el Señor se burlará. Les hablara en su cólera y los llenará de problemas y de furor. Pero yo he sido instituido por Él rey de Sión, su montaña santa, para anunciar sus preceptos. El Señor me ha dicho: eres mi hijo y te he engendrado hoy. Pideme y te daré las naciones como herencia y extenderé tus posesiones hasta los confines de la tierra. Las gobernarás con vara de hierro y las romperás como una vasija de barro. Y vosotros, reyes, abrid vuestro corazón a la inteligencia: recibid las instrucciones, vosotros que juzgáis la tierra».

Hombre nuevo, considérate como el rey establecido sobre Sión, la montaña del Señor, para anunciar sus preceptos. Pide a Dios tus propias

naciones como herencia y él extenderá tus posesiones hasta los confines de la tierra y hasta las almas de tus semejantes, pues su sabiduría activa e invisible sólo pretende hacer que penetren hasta ti sus suaves influencias y mantenerte desde lo alto de su trono en tus combates, para hacer que alcances victorias. Después llevará junto a ella a tu espíritu triunfante, a las tranquilas regiones donde tiene establecida eternamente su morada y donde el hombre habría debido morar también eternamente con ella, si no hubiese tenido la debilidad de abandonarlas. Esto son verdades que, aunque se rebatiesen en todas las páginas de todos los libros, no se justificaría el reproche de repetirlas demasiado, porque ¿cómo se va a reprochar a los escritores que repitan una cosa que es la única cosa que debería decirse?

51

El reparador se llevó con él a tres de sus discípulos y los subió a una montaña elevada y se transfiguró delante de ellos. Su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos blancos como la nieve. Al mismo tiempo, vieron aparecer a Moisés y a Elías, que hablaban con él.

Cuando el hombre reúne y concentra sus fuerzas, siente que la vida Divina no tiene a menos influir en él activamente y calentarlo con su fuego suave y vivificador. Esta vida Divina que lo ha formado no teme formar lo de nuevo y, después de formar lo de nuevo, venir a establecerse en él y mantenerlo con sus santas influencias y, después de establecerse en él y haberlo mantenido con sus santas influencias, no teme comunicarle la alegría de la que ella es fuente y se nutre perpetuamente ella misma. En esta operación el hombre toma en realidad un carácter nuevo, porque está tan invadido de la luz Divina que su interior resplandece por completo con ella y se forma dentro de sí como un sol vivo y brillante que su cuerpo material no puede conocer, siendo uno de los sentidos del pasaje de San Juan: la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no lo han comprendido. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron.

Si el hombre fijase con más atención su vista sobre su ser interior, llegaría, sin duda, a descubrir en él este sol radiante y a verlo físicamente con los ojos de su espíritu, lo mismo que puede ver en un espejo la belleza de su cara con los ojos materiales, porque siempre tiene, delante de su ser interior, un espejo vivo que reflejaría su esplendor de forma natural. Se vería acompañado de la derecha y de la izquierda de Dios, que no dejan de protegerlo y defenderlo, que han estado en actividad temporalmente en las dos alianzas o iniciaciones espiritual y Divina, y que han estado representadas corporalmente, para los tres discípulos del reparador, por los precursores de estas dos iniciaciones: Moisés, que había guiado al pueblo hasta las puertas de la tierra prometida, y Elías, que había venido a preparar los caminos de la alianza eterna de la paz y de la santidad. Pero el reparador

no mostraba todavía en esta transfiguración nada más que los senderos por donde debía pasar el hombre para volver al reino de la vida.

Sin embargo el hombre de Dios, acompañado así de forma visible por la derecha y la izquierda de Dios, sigue escuchando, por encima de él, la voz Divina que pronuncia estas palabras consoladoras: éste es mi hijo muy amado, en el que he puesto todo mi afecto. Escuchadlo, de tal forma que, al encontrarse situado entre el ternario Divino y superior, del que procede y del que es hijo, y el ternario espiritual de sus propias facultades, o de sus tres discípulos, descubre en sí mismo el cuadro universal de todas las regiones, de las leyes de acción y reacción que han actuado para la emanación del hombre y que siguen actuando todos los días para su santificación y para su glorificación. Ésos son los tesoros que se descubren al hombre nuevo.

No ha de extrañar que los tres discípulos del hombre nuevo, al verlo así radiante de gloria, estén fuera de sí y uno de ellos le diga: Señor, aquí estamos muy bien. Hagamos, si te parece bien, tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías, y, cuando la nube quita de su vista este ternario superior y se hace oír la voz que sale de la nube, no debe sorprendernos que los tres discípulos caigan al suelo, con el rostro contra la tierra, presas del miedo. Pero el hombre nuevo se acercará a ellos, los tocará y les dirá: levantaos y no temáis, y ellos levantarán los ojos y ya no verán nada más que al hombre nuevo, porque el ternario superior no puede permanecer en la tierra.

Les ordenará que no hablen a nadie de esta visión hasta que haya resucitado de entre los muertos, porque, si a ellos, que estaban preparados, les había costado tanto trabajo soportar su fulgor con la vista, ¿cómo podrían soportar su narración oídos impuros y groseros? Según esta transfiguración, basta con que los discípulos del hombre nuevo lo vean como hijo de la Divinidad y se dediquen a su servicio con tanto celo como si estuviesen en presencia de un Dios. Instrucción que el hombre nuevo no puede grabar demasiado en ellos para mantenerlos vigilantes y para que, trabajando de acuerdo con él, dediquen siempre todos sus esfuerzos a conservar la medida, el orden, la actividad y el amor en todas sus obras y todos sus movimientos, para que, él con ellos y ellos con él, manifiesten cada vez más y en una representación cada vez más perfecta esta unidad suprema, de la que son imagen el hombre nuevo y sus tres facultades.

Efectivamente, sin esta transfiguración interior del hombre nuevo, conocemos, solamente por las imágenes de la inteligencia, la fuente de la que hemos tomado nuestro origen, las relaciones que teníamos en principio con ella, las que hemos conservado después de la fatal caída, las que se han restablecido de nuevo por el conducto de las dos alianzas y, por consiguiente, las fascinantes esperanzas de que podemos llenarnos todavía.

Pero, cuando nuestra propia transfiguración nos ha elevado por encima de la nube, ésta puede cubrir a continuación la montaña y no perdemos el recuerdo de lo que ha ocurrido delante de nosotros. Bajamos llenos de respeto por la esencia que nos anima, llenos de amor y de adoración por el que nos ha hecho lo que somos; guardamos nuestro secreto en lo más profundo de nuestro corazón, completamente convencidos de que, en esa soledad interior, podemos honrar al ser soberano mejor que descubriendo sus riquezas y sus tesoros a ojos que no serían dignos de ello.

Nos decimos que, si estábamos solos en esta montaña cuando vino a juntarse con nosotros allí y saturarnos de sus influencias vivificantes, para transfigurar todo nuestro ser mediante su actividad divina, puede venir a juntarse con nosotros también en cualquier lugar donde estemos, pero estaremos solos allí, porque, al no ser nuestra existencia más que el fruto de ese ternario eterno del creador, desde que existimos, es una prueba de que ese ternario está en acción en nosotros, sobre nosotros, alrededor de nosotros, a pesar de que nosotros no lo conozcamos de forma visible.

Entonces es cuando empezamos a estar inscritos en el libro de la vida, en ese libro cuyas letras debe formar y producir nuestro interior y dejarlas continuamente en manos de la sabiduría, para que las utilice según sus planes y según sus proyectos y les comunique la vida, el sentido y la inteligencia que ella considere que pueden recibir para el progreso de la obra.

Además, solamente después de la transfiguración del reparador puede disfrutar el hombre nuevo de su transfiguración personal y, lo mismo que nosotros no conocemos nuestro ser de una manera intuitiva sin esta transfiguración personal, igualmente no sabríamos nada de la posibilidad de nuestra transfiguración personal, si la transfiguración del reparador no nos hubiese dado el conocimiento de ella.

Sí, libertador Divino y exclusivo de los hombres esclavizados, era preciso que te transfigurases para que se extendiesen los tesoros Divinos delante de nuestra vista y la llenasen con su fulgor inmortal. Sin ti no hubiésemos sabido qué era nuestro origen, qué era la obra, qué era la caridad y qué era la fontana de vida. ¡Bendito seas por siempre, por todas las generaciones y en todos los siglos! Que todas las voces celebren al reparador universal, cordero sin mancha interior ni exterior, cuya naturaleza vive de la vida misma, el que ha abierto para todos nosotros los canales de las dos alianzas, los únicos medios por los que podíamos recuperar la explicación de nuestro ser.

¿Cuándo puede disfrutar de la vista el niño que acaba de nacer? Cuando la luz ha sabido hacerse día en él e insinuar en sus ojos una porción de ella misma, sobre la que va a reaccionar en lo sucesivo: hasta entonces,

está en tinieblas. Lo mismo ocurre con los demás sentidos, en relación con la fuerza que debe moverlos, así como con todos los sentidos de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Hubiésemos quedado para siempre en el embotamiento de todas las facultades de nuestro ser natural, si el Divino libertador que ha sido glorificado no hubiese disuelto todos los vapores nocivos que obstruían todos nuestros órganos. No habría inteligencia, ni tacto, ni movimiento, ni vida en nosotros, si este agente supremo no hubiese lanzado a cada uno de nuestros órganos interiores y ocultos uno de sus rayos vivificadores, sobre los que quiere después aseter continuamente su acción, para mantenernos con él en esta actividad Divina, de la que él es la fuente y en la que nos ha llamado a participar con él.

52

Nos rodean virtudes diversas y numerosas que tratan de penetrar dentro de nosotros. Cada una de ellas dirige su soplo saludable sobre uno de nuestros órganos, del mismo modo que, mediante la palabra, nosotros transmitimos a los que nos escuchan los diferentes movimientos que nos animan. Una de estas virtudes, que es superior a todas las demás, dirige su soplo divino sobre el mismo centro de nuestro ser y, por el órgano de la palabra, de la que es el principio, nos transmite su propia vida, su propio amor, su propia luz: Felipe, quien me ve, ve a mi padre. (Juan, 14: 9) Ése es el lenguaje que el hombre nuevo puede utilizar con sus discípulos, a ejemplo del reparador, porque, lo mismo que él, pretende transmitir su propia vida a todas las facultades de su ser, por el soplo de su boca y por el órgano de su palabra.

Pero este hombre nuevo debe multiplicar y variar su acción y su palabra un número incalculable de veces, dependiendo de las diferentes regeneraciones que tiene que realizar en sí mismo. Por tanto, tan pronto se muestra rodeado de gloria y de poder para llenar a los pueblos de admiración por su nombre y por la grandeza de sus obras, como se pinta como víctima dedicada a la salvación del pueblo y como un ser de reprobación expuesto a todos los insultos y a todos los desprecios de sus enemigos. Otras veces se pinta como el amigo, el sabio instructor de sus hermanos, a los que distribuye los diversos preceptos que les convienen para guiarse en la carrera, y, en otras ocasiones, se presenta como hombre de dolor e incluso como hombre de pecado, empleando sin descanso lágrimas y suspiros para inspirar misericordia.

Eso es lo que hace tan distintos los caracteres y los matices que deben manifestarlo a los ojos de los suyos y por eso es por lo que resulta tan difícil conocerlo bien para los ojos de los que sólo viven en el exterior. No lo captan, les parece contradictorio porque no tiene la monótona uniformidad de los seres de materia que no tienen más que una acción que realizar y, por consiguiente, no reciben más que una sola reacción y dejan pasar en vano

por encima y alrededor de ellos todas las demás reacciones que no son de su clase inferior y de las que ellos ni siquiera se dan cuenta, mientras que este hombre nuevo está, a su vez, por encima de todas las reacciones destructivas de las que tiene que protegerse y de todas las reacciones regenerativas, de las que es preciso que se deje impregnar, a las que tiene que corresponder y cuyos frutos y virtudes saludables tiene que transmitir todavía a todo el círculo particular que lo compone.

Esta misma razón es la que hace que sean tan variados e imperceptibles los caracteres de todos los escritos que anuncian al reparador, en los que unas veces instruye; otras, se oculta; otras, se lamenta, se felicita por sus triunfos, se ofrece como víctima o se pone como ejemplo para el hombre y las naciones.

El hombre de regeneración parece haber sido concebido bajo el reino patriarcal, parece que ha estado en la cuna en tiempos de David, donde se le da una alimentación proporcionada a su edad; parece pasar su adolescencia entre los profetas, con una alimentación más fuerte y unos alimentos más concretos, y la edad viril, con el reparador, que lo libera y lo emancipa de las trabas de la minoría. Es la muerte la que lo pone en el rango de los ancianos y de los príncipes del pueblo, para recibir de él la veneración y el respeto que se debe a los sabios ancianos.

Con esta marcha, siempre creciente, el reparador ha desarrollado el curso de sus manifestaciones en la tierra. La ley y los profetas han durado hasta Juan. Desde aquellos tiempos se anuncia el reino de Dios y sufre cuando se toma por la violencia. El cordero sagrado había estado representado por los sacrificios de la ley antigua: el eclesiástico y los profetas nos lo habían dibujado como el que debía devolver la paz a la tierra. Juan es el primero que (como hemos visto en el número 41) dio a conocer visiblemente al reparador bajo el carácter del cordero que venía a quitar los pecados del mundo. Por su boca ha pasado el anuncio y la descripción de las naciones.

Este mismo Juan nos muestra en el Apocalipsis a este cordero, bajo una referencia aún más amplia. Nos lo presenta inmolado desde el principio del mundo; nos lo muestra abriendo los siete sellos, sentado en el trono de Dios, celebrando las bodas divinas y sirviendo de lámpara y de luz al templo del Señor.

Hombres curiosos y ávidos de inteligencia, continuad en esta cadena de progresión de la misericordia y ved en qué abundancia de paz y de felicidad debe acabar todo; pero no olvidéis que los que hayan seguido el modelo en sus sacrificios, en sus humillaciones y en su penitencia serán los únicos que puedan seguirlo algún día en su gloria. No temo aseguraros que es en las escrituras donde encontraréis el guía iluminado que os hará recorrer todos

los senderos de estas progresiones distintas y todas las maravillas que encierran estas épocas diversas. Emparejad continuamente vuestros principios inmortales con las verdades de las escrituras santas y veréis que crecen en vosotros y alrededor de vosotros numerosas generaciones.

Vosotros sois ese esposo provisto de todas las ventajas de la fortuna, ya que cuenta con el oído y los favores de su maestro, y la escritura es una esposa que está siempre radiante con las gracias de la belleza y la juventud. ¿Qué delicias pueden compararse a las que están reservadas a la ternura de vuestros dos corazones?

Podréis encontrar en las escrituras ese espejo interno en el que deberíamos mirarnos sin cesar; podréis encontrar en ellas el cuadro fiel de estas regiones tranquilas que habrían debido ser eternamente vuestra morada; encontraréis en ellas esas fuentes vivas que, acumulándose continuamente contra los objetos que la iniquidad les opone, no pueden dejar de derribarlos y triunfar sobre ellos; encontraréis en ellas el mayor secreto que se pueda comunicar al hombre en este bajo mundo, que consiste en aprender a abrir vuestras propias facultades a esas virtudes benéficas que os rodean y os rebuscan en todo momento y a conseguir así quedar impregnados de una forma más profunda, más universal, de tal modo que, al ser algo habitual esta unión, no salgáis ya de su esfera y os forméis en la tierra una morada celestial y duradera.

Conoceréis cómo serán tratados algún día vuestros enemigos, o esta Babilonia que, según Isaías, 47: no ha tenido misericordia con los cautivos, ha cargado con su yugo al anciano y ha dicho: dominaré eternamente... no hay nadie que me vea... Soy la única y detrás de mí ya no hay otra. Veréis que esta hija de los caldeos no recibirá en lo sucesivo el tratamiento de reina del mundo y que los dos males de los que se creía protegida, la viudedad y la esterilidad le vendrán Juntos en un mismo día sin que ella sepa de dónde le vienen estos males. Y se le dirá: «Quédate con tus encantadores, con la multitud de maleficios que has venido practicando desde tu juventud, prueba a ver si te sirven de algo o te hacen más fuerte... que sigan aquí y te salven esos, augures del cielo que contemplaban los astros, que calculan los meses para poder anunciarte lo que va a ocurrirte. Se han convertido en estopa, los ha devorado el fuego y no van a salvar a tu espíritu de las llamas. Así perecerán todas las artes a las que has dedicado tanto trabajo. Los que eran tus agentes desde tu juventud se han equivocado en sus caminos. No hay ni uno que pueda salvarte».

Pero vosotros, hombres de deseo, que seguís las huellas del hombre nuevo, os distinguís de ellos en que, en vez de los encantadores, preferís el camino simple de las escrituras que vincula al hombre con Dios de forma natural. ¿Quién podría contar con hechos producidos mediante operaciones forzadas? Han nacido de la violencia y deben desaparecer cuando venga a

manifestarse el reino de la paz; pero, antes de esa época, necesitarán algún tiempo para desaparecer y dejar que los operantes puedan volver al camino de los frutos naturales. Esta espera será dolorosa, ya que mantendrá al hombre en la privación. ¡Feliz aún si esos frutos son tempranos y no están viciados en sus elementos o picados por insectos maléficos!

53

Si preguntas al hombre nuevo cuándo vas a poder saborear como él los consuelos de los que no deja de hablar, te contestará: cuando abras tus oídos a los gemidos de los que suspiran a lo largo de los senderos. Las voces de todos estos hombres de deseo forman una larga cadena de sonidos lúgubres y dolorosos, que es como el anuncio de los buenos días de Israel. Esta larga cadena la ha medido el hombre nuevo en toda su longitud y esta medida se encuentra en el intervalo que va del Sabbat septenario al Sabbat octonario o dominical.

El hijo de Isaías era el tipo de este Sabbat, no sólo porque era el último de los ocho hijos de su padre, sino también porque cogió cinco piedras con su honda y atacó y venció al gigante. No quería utilizar armas extrañas, que impidiesen su marcha y sus movimientos, que debían ser libres como los del espíritu y la santidad. Hombre de deseo, repite sin descanso con el hombre nuevo: Señor, ¿cuál es la palabra cuyos sonidos se elevan hasta ti? ¿Es la que tú despiertas en el hombre, descendiendo hasta el fondo de su ser? Golpeas y te insinúas hasta en los cimientos de su templo y haces que salgan de él gritos de alabanza, gritos de júbilo o gritos de dolor, según las substancias que haya dejado que se acumulen o se desarrollen en él y se presenten a tu acción.

¡Pero antes hace falta que tu fuego seque el río de las palabras muertas y sin vida! Ese río discurre por un cauce pestilente, cuyo fondo oculta a nuestros ojos, con lo que resulta más funesto. Discurre por un lecho de palabras muertas, cuyos sonidos sólo se propagan en dirección contraria a la de la verdad.

¿Por qué las aguas del río de las palabras muertas no absorben, por lo menos, los vapores de las palabras mortales? Porque se dejan infectar por ellas y extienden después esta infección por el ambiente y, en esta triste y desdichada permanencia de horror y de escasez, el hombre está obligado a pagar los tributos legítimos que se deben a su soberano.

Pero llenaos de confianza, todos vosotros, hombres de espíritu. Pensad que el que ha querido regenerar al hombre nuevo ha pagado él mismo este tributo al príncipe, y ha pagado por todos los que se unen a él en el espíritu de justicia y de equidad, de que él ha dado ejemplo. ¿No ha dicho a sus discípulos: Id al mar, echad el anzuelo y al primer pez que pique, sacadlo,

abridle la boca y encontraréis una moneda de plata de cuatro dracmas, cogedla y pagad con ella por vosotros y por mí?

¿Qué era este mar? Es el abismo donde nos ha sumergido el crimen primitivo. ¿Qué era el anzuelo que había que echar? Es el rayo de misericordia y de amor que la mano del pecado no ha temido hacer que descienda desde lo alto de su sede eterna, hasta este mar tan distante de él y tan tenebroso. ¿Qué era ese primer pez que debía picar? Era el hombre viejo, que tenía encerrado en sus entrañas el único tesoro con el que podemos pagar el impuesto. ¿Qué era esa moneda de plata de cuatro dracmas que debía encontrarse en la boca de aquél pez? Es la palabra eterna, de la que es imagen el cuaternario del hombre. Esta palabra es la única que podía regenerar la nuestra y la única que podía pagar, tanto por ella como por nosotros, al César lo que es del César.

Hombre de paz, sobre eso debe apoyarse tu confianza. Se ha vuelto a encontrar el dracma. No te separes del que ha hecho que salga del fondo del mar y estarás siempre preparado para pagar, porque él ha dado valor y vida a lo que estaba muerto y sin virtud dentro de ti. El hombre nuevo ha vuelto a encontrar también este dracma, ha cogido con avidez el anzuelo que se le presentaba, ha salido del fondo del abismo y ha saldado su cuenta con la justicia. No dudéis en seguir su ejemplo.

Pero no hagáis después como tantos desdichados que han dejado que se borren los signos de este dracma por los poderes de la lima. Su acuñación ya no lleva la efigie del príncipe. Esa acuñación ya no puede circular y deja al hombre en la miseria más afrentosa. Buscad, por lo menos, si os quedan algunos medios de escapar de la muerte. Escuchad.

Se ha borrado la efigie del príncipe y la acuñación ya no tiene valor; ¿pero no nos queda todavía el metal? Llevadlo a un hábil artesano encargado por el soberano de darle a esta acuñación todo su valor. Volverá a imprimir en ella la efigie del príncipe y, en su nombre, podréis conseguir vuestra subsistencia y saldar los impuestos legítimos del Estado.

Podéis abreviar esta obra durante vuestra vida terrenal; pero, cuando ésta haya terminado, tendréis que esperar y soportar toda la duración del decreto, para que, dentro de vosotros, el muerto o la acuñación vuelvan a tomar su vida, su carácter y su valor.

Es un agua fecunda, que puede ayudaros a evitar estas desgracias. Este agua está oculta en vuestra tierra y tenéis que cavar hondo para descubrirla; pero recompensará vuestros trabajos. Este agua no es corrosiva como la del vasto océano, no es sosa e insípida como la de los ríos que fluyen por vuestro globo; es más límpida que el éter, más dulce que la miel, más activa que las

aguas más espirituosas y, finalmente, más inflamable que el azufre y el aceite.

Por su limpieza, deja que la atraviese una inmensa cantidad de rayos de luz que os acercan los objetos más alejados y os esclarecen su naturaleza y el destino de todo lo que os rodea. Por su dulzura, os comunica afectos tan deliciosos que no encontráis nada en la tierra que pueda proporcionaros ningún parecido. Por su actividad, rompe en vosotros los humores más densos y les devuelve esa libre circulación sin la cual vuestros días no pueden prometer ninguna duración. Finalmente, por su propiedad inflamable, puede, en un instante, llevar el fuego al mismo tiempo a todo vuestro ser y poner en juego todas vuestras facultades espirituales y todos los órganos de estas facultades.

Pero las propiedades de este agua tan fecunda no se limitan a vuestro reducto individual, sino que, por su cualidad inflamable, puede comunicar su fuego a todas las regiones superiores, porque esta misma agua se encuentra allí con una abundancia aún mayor. Al producirse esta unión inefable, la claridad sería demasiado resplandeciente para los ojos que no estuviesen preparados para soportarla, ya que esta claridad es siete veces mayor que cuando sólo se manifestaba en vosotros y alrededor de vosotros, según la profecía de Isaías (30: 26) La luz de la luna será como la luz del sol y la luz del sol será siete veces mayor, como si se juntase la luz de siete días, cuando el Señor haya vendado la llaga de su pueblo y haya curado la herida que había recibido.

Id, pues, a cavar con cuidado vuestra tierra, pues ella encierra este agua preciosa que ha de daros tantos beneficios, ya que es también el dracma que puede hacer de cada uno de vosotros un hombre nuevo.

Pero, si tiene el poder de abrir los ojos sobre objetos que hay dentro de vosotros, sobre los que hay alrededor de vosotros y sobre los que hay por encima de vosotros, también tiene el poder de abrirlos sobre los objetos que están debajo de vosotros, y ahí es donde el dolor se apodera del corazón del hombre nuevo.

Hombres de Dios, consoladme, consoladme. Mi corazón está henchido de aflicción. Consoladme. Está lleno de dolores, como el corazón de los profetas, pues abarca la vasta extensión del crimen y delante de mí se entreabren los abismos. Veo las víctimas que se inmolan todos los días en el altar de la iniquidad. Veo a esos infames sacrificadores que degüellan ellos mismos las víctimas desdichadas que han seducido con el señuelo de los mayores triunfos y de los consuelos más dulces."Veo a los satélites de los sacrificadores, que recorren todos los senderos de la tierra para sorprender nuevas presas y arrastrarlas a la caverna del león feroz, y no veo a nadie que las defienda ni las arranque de la muerte. Hombres de Dios, que sean

vuestros llantos los que corren por todas mis venas, en vez de mi sangre. Dadme vuestra fuerza e iré a coger a todos esos profetas de mentira que se apoderan del espíritu de los reyes de Israel y, lo mismo que Elías acabó con los falsos profetas de Baal y de Astarté, yo los precipitaré en el torrente de Cismón. Voy a pisotear a estos habitantes de Edom. Los voy a pisotear como en un lagar y su sangre saltará a mis vestiduras y teñirá de rojo los bordes de mi túnica (Isaías, 63:3).

Príncipes de la mentira, cuando el profeta se pone furioso por la gloria y el servicio de su maestro, decís que está loco. ¿Cómo va a mantener el profeta la sangre fría, la tranquilidad y el sano juicio, cuando su corazón está desganado por las angustias que se acumulan y se estancan en él como un torrente? Pero el delirio del profeta desconcierta la astucia de los príncipes de la mentira. No pueden granjearse sus honores. No pueden hacer que ofrezca incienso a sus proyectos ambiciosos y se retiran llenos de rabia y confusión.

54

El hombre nuevo se parece a un árbol, sobre el que viene a posarse con alegría una paloma, después de haber volado hasta agotar su fuerza para buscar el alimento de sus polluelos. El hombre nuevo se parece también a la trompeta que se hace sonar en las plazas y en las torres elevadas, para llamar al pueblo a la oración, ya que el hombre nuevo es el lugar de reposo de la verdad y está encargado de llamar a su propio pueblo al sacrificio, está encargado del mantenimiento de todos los canales de la ciudad y de que las aguas vivas puedan circular libremente y también de advertir a sus conciudadanos que la ciudad en la que viven es una ciudad santa y en ella no se soporta ningún mendigo sin permiso, ningún cobarde, ningún vago, porque no hay nadie que no pueda facilitarse de forma legítima y abundante su subsistencia, ya que, si uno de estos habitantes no se considera con fuerzas suficientes para cumplir su misión y satisfacer sus necesidades, puede dirigirse a uno de sus hermanos, puede unirse con él y esta unión no le dejará nada que desear, ya que está escrito: además os digo que, si dos de vosotros se unen en la tierra, cualquier cosa que pidan les será concedida por mi padre que está en los cielos.

Pero si el hombre no tiene necesidad de buscar más lejos que en sí mismo para encontrar la ciudad santa con sus habitantes, con mucha más razón podrá encontrar en sí mismo ese segundo, ese ciudadano con el que puede unirse en el nombre del Señor, para pedirle todo lo que puede necesitar su espíritu. Muchas veces, hasta esta simple reunión les dará ayudas inesperadas, con las que todos quedarán sorprendidos. Así, cuando se agite su barca con un fuerte vendaval, el reparador caminará junto a ellos por el mar y dirá cuando estén aterrorizados: soy yo, no tengáis miedo, y,

cuando lo recojan en su barca, ésta se encontrará inmediatamente en el lugar a donde querían ir.

Sólo el mentiroso y el vago tienen miedo a lanzarse a la playa para dirigirse a regiones lejanas. Se dice: ¡Hay mar gruesa! ¡Los vientos son fuertes! ¡La mar está llena de escollos! ¿Voy a arriesgarme a naufragar y a sumergirme? ¿Voy a correr el riesgo de que me sorprenda la tormenta y me vea obligado a refugiarme en un puerto enemigo? No, voy a esperar prudentemente a que se calmen los vientos y me quedará fondeado hasta que el tiempo me permita esperar una navegación más favorable.

Corazón del hombre, eres tú mismo el que es ese mar tormentoso y cubierto de restos de todos los naufragios que han tenido los navegantes desde el principio. ¡Cuántas riquezas has engullido en tu seno! ¡Cuántos hombres de deseo han encontrado en ti su sepulcro, en vez de encontrar un refugio o un lugar de consuelo! ¡Cuántos animales voraces merodean continuamente por tus parajes, esperando su presa! Sí, mientras no ofrezcas al navío nada más que un elemento tan pérfido y un destino tan funesto, hará mejor quedándose fondeado que exponiéndose a una perdición segura.

Corazón del hombre, haz que la mar esté en calma y sea más segura. Destruye todos los escollos que hay esparcidos en ella y apresúrate a lanzar el navío y soltar todas sus velas, pues las naciones extranjeras esperan con impaciencia su llegada para tener su subsistencia y eres tú quien los tiene en la miseria y en la penuria.

Pero el hombre no se ha contentado con tener miedo a esta empresa, sino que se ha olvidado hasta de levantar el ancla cuando había vientos más favorables y se ha quedado tan tranquilo, sin preocuparse de si los demás pueblos estaban en una indignancia que podría amenazarlo a él mismo si no cumpliera su misión.

¡Cuántas veces, esclavo desdichado cargado de cadenas, cuántas veces se ha puesto a tu alcance una lima en buen estado, con la que habrías podido romper tus hierros y entrar en las regiones de la libertad para ser allí útil a tu patria! En vez de aprovechar estas ayudas, te has dedicado únicamente a tomar todas las medidas de tus cadenas y hacerte meticulosas y eruditas descripciones de los metales de que están hechas y a llenarte con estos seductores análisis, hasta el punto de dejar de creer que tuvieses otro trabajo y, tal vez, hasta has dejado de creer que fueses un esclavo.

Apártate de las obligaciones que te deshonran. Coge la lima, tan pronto como te la ofrezcan, y no dejes de utilizarla ni un sólo instante. Aunque sólo limes cada día una raya en tus cadenas, te servirá de más que hablar de ellas.

¿Qué ha hecho el hombre nuevo? No se ha levantado ni un solo día si no lo hacía con el deseo y la determinación de elevar un altar a una virtud y ofrecerle asiduamente sacrificios, hasta recibir de ella los testimonios de su interés por él. Tampoco se ha conformado con estos testimonios, ha perseverado con asiduidad, hasta que esta virtud se hubiese identificado con él y él se hubiese como naturalizado y casado con ella. Así es como ha hecho que terminen en él los frutos vivos de la verdad, de la misericordia, de la justicia y ha establecido en el centro de su ser la consumación de la santificación y de su libertad.

Pero no ha perdido la esperanza de ver la culminación de sus trabajos y tan pronto como se daba cuenta de que le faltaba una virtud, se ponía en actividad para conseguir su posesión, como un hombre que se da cuenta de que se ha abierto una grieta en su casa y no descansa hasta que se ha cerrado, es decir, no se ha dedicado nada más que a reconstruir esta casa vieja que ocupábamos en otro tiempo, que estaba vallada por las virtudes del espíritu y del nombre del Señor, que nos mantenía a cubierto de todos los ataques de nuestros enemigos. Además, como ocupábamos en otro tiempo este recinto formado por las virtudes del espíritu y del nombre del Señor, estábamos bastante espiritualizados para ser cada uno de nosotros uno de los signos del Señor, ya que todos los rayos del espíritu y del nombre del Señor se concentraban en nosotros y hacían que reflejásemos su imagen.

Ésa sigue siendo nuestra ley, a pesar de nuestra caída, y ésa seguiría siendo nuestra esperanza si, como el hombre nuevo, no nos levantásemos ni un solo día de no hacerlo con el deseo y la decisión de elevar un altar a una virtud y de no abandonar la obra hasta que ese altar estuviese consagrado y tuviesen en él plena actividad las ceremonias santas.

Pero el adversario, por cuyos consejos hemos caído de ese puesto sublime, no se olvida de nada que pueda impedirnos que subamos de nuevo a él y nos espiritualicemos de una manera muy característica, para convertirnos en uno de los signos del Señor. También vemos que el trabajo más consolador de este adversario es oponerse a que los hombres se conviertan en indicios constantes y significativos de la verdad y pone mucho cuidado en que la región ilusoria en la que él reina no tenga como signo dominante nada más que lo vago, lo inseguro y la nada. Es más, se esfuerza aún mucho más para transformar a todos los hombres en otros tantos signos característicos de la mentira, las tinieblas y la iniquidad.

¡Pero cuántos signos alterados, engañosos y, abominables se han apoderado del hombre! ¡Cuántas fuerzas falsas piensan en él, piensan por él y le hacen pensar, a su pesar! ¡Cuántas fuerzas falsas hablan en él, hablan por él y le hacen hablar a su pesar! ¡Cuántas fuerzas falsas actúan en él, actúan por él y le hacen actuar, a su pesar! Sin embargo, éste es el ser al que debía pasar toda la Divinidad, de la que debía ser, al mismo tiempo, el

pensamiento, la palabra y la obra; éste es el ser que es la piedra angular sobre la cual el Señor ha dicho que quería edificar su iglesia: éste es el ser que, a imitación del reparador, del que es hermano, podía decir: yo soy la luz del mundo (Juan. 8: 12).

En vez de cumplir un destino tan noble, su espíritu, su corazón y su alma, toda su persona es continuamente el órgano y el esclavo de los signos extraños que dirigen todos sus movimientos. Es como esos reyes que tienen todas sus facultades concentradas y doblegadas y ya no sirven nada más que de juguete perpetuo de las opiniones de sus apasionados ministros.

Mortal desdichado, no olvides que la Divinidad debe pasar por completo a ti. Antes de tu crimen sólo hubiese pasado con gloria, mientras que ahora sólo puede pasar con humillación. Aprende a reconocer, por lo menos, la grandeza de tu origen y de tus derechos; aprende a reconocer lo que vales, teniendo en cuenta que el Dios se ha hecho hijo tuyo, para convertirse en tu padre por segunda vez. Aprende a reconocer la dignidad y la santidad de tus alianzas y si no estás lo suficientemente lleno de respeto por ti mismo para no apartarte de los senderos de la justicia, vuelve a ellos de inmediato con honor y con veneración por aquellos a los que perteneces.

Procura volver a ser uno de los signos del Señor, no sea que traspasen los muros de tu casa, como Ezequiel, y te hagan llevar, como él, la cara cubierta, por orden del rey y de tu pueblo prevaricador. Es posible que este signo salvase algunas almas: pero, aunque no salvase ninguna, tú recibirías siempre la recompensa que se merece el fiel servidor que ha buscado en todo momento la gloria de su señor.

Piensa, por lo menos, en tu propia seguridad. Convéncete de que un vasto incendio repentino acaba de encenderse en tu morada; piensa que este incendio debe durar hasta que no quede el mínimo vestigio de tu habitación, ya que la ha construido el mismo fuego que la quema. Haz entonces lo que se hace en los incendios de los edificios construidos por la mano del hombre: sacan enseguida los muebles y cogen las joyas, el oro y los títulos importantes, para evitar la miseria que les amenaza.

Saca pues, con cuidado y rapidez, los tesoros más valiosos, para que no se conviertan en pasto de las llamas. No pierdas un solo instante: la casa va a derrumbarse y puede atraparte o el fuego puede cerrarte el paso sin dejarte ningún medio de huir. Éste es el momento de desarrollar tu inteligencia y tu valor y este momento debe durar toda tu vida terrenal, ya que el incendio sólo debe apagarse cuando el fuego haya consumido hasta los últimos materiales del edificio.

Objetos engañosos, fuerzas ilusorias, poderes destructivos, en vano concentraréis vuestros esfuerzos contra el hombre nuevo: su pensamiento crecerá, a pesar de vosotros; su virtud no se verá obligada a declinar y destruirse, como la de todos los seres compuestos, sino que seguirá la línea del infinito. Sólo encuentra limitaciones cuando nuestro pensamiento ha bajado por el crimen. Ahí es donde se rompe la línea del infinito. Felices límites para nuestro infortunio. ¡Feliz ruptura! Amor, así es como has abreviado nuestra permanencia en el abismo. ¿No están contiguas todas las regiones del universo? El árbol, que tiene su pie oculto bajo tierra, participa de todas las acciones de la atmósfera. El pensamiento del hombre, enterrado en las tinieblas de su cuerpo, ¿por qué no va a participar de todas las acciones de su atmósfera celeste?

Tristes renuevos de la posteridad humana, todos sois solidarios. Los dolores de vuestros hermanos no sabrían ser extraños para vosotros. Si están en la atmósfera corrompida, sus influencias deben tener comunicación con vuestra morada y tener ahora el doble trabajo de defenderos de la corrupción y de proseguir vuestro crecimiento.

¿Dónde están los que, desde el mismo seno de su prisión, han obtenido el poder para purificar la atmósfera y devolver la salud a sus hermanos? ¿Dónde están los que tienen los ojos abiertos sobre el abismo, donde los arroja la oración para sacar a los desdichados?

Consolaos, hombres de paz. Tampoco estáis separados de vuestros hermanos que habitan en una atmósfera pura. La muerte sólo separa al malo y éste es el que tiene que esperar que vengan a auxiliarlo, porque, al quitarle su envoltura de mentira, se le ha quitado lo que era todo para él. Acordaos de la parábola del rico epulón: quería que Lázaro hubiese podido hundir su dedo en los abismos para moderar el ardor devorador; pero se le negó este consuelo. El hombre justo no pasa ni un momento sin que el dedo de Dios se hunda en su atmósfera. Además, lo mismo que la espiga que está en medio del campo ve sin fruncir las cejas la hoz del segador que derriba todo lo que hay a su alrededor y se acerca para derribarla a ella también, sabe que, al abandonar esta tierra entra en la atmósfera de la pureza y que allí ojos más penetrantes que los del impío lo visitarán con interés por protegerlo y ayudarlo, sin que se dé cuenta de ello.

El niño que está en la cuna no conoce la mano que lo cuida y los pechos que lo amamantan. A pesar de su debilidad y de su ignorancia, no está abandonado y no le falta de nada. ¿Podríamos estar nosotros más abandonados que él? No rechaza la mano que lo cuida ni el pecho que lo amamanta. No necesitamos más ciencia que la que él tiene. Por eso es por lo que escribe: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humille y se haga pequeño como este niño, será el más

grande en el reino de los cielos, y todo el que reciba en mi nombre a un niño, como acabo de decir, es a mí a quien recibe».

Por eso es por lo que el hombre nuevo, sumido constantemente en su profunda humildad, dirá con David (Salmo 43: 16) «Tengo ante los ojos mi confusión todo el día y la vergüenza que aparece en mi rostro me cubre por completo... Nuestra alma se ha humillado hasta el polvo y nuestro vientre está como pegado a la tierra. Levántate, Señor, ayúdame y rescátame para la gloria de tu nombre». Le dirá en su santa confianza: «Señor, no permitas que tus enemigos nos traten como trataron otra vez la ciudad de Sión. Esta ciudad, a la que llamaban la repudiada, y de la que decían: ¿Ésta es Sión, la que no tiene nadie que la busque?» (Jeremías, 30: 17)

Decías al pueblo escogido: «pero algún día todos los que os devoren serán devorados; todos vuestros enemigos serán hechos prisioneros, los que os destruyen serán destruidos; abandonaré al pillaje a los que practiquen el pillaje con vosotros». Si has prometido tratar con favor a tu pueblo y su templo, que no eran a tus ojos más que un pueblo temporal y un templo figurativo; si has prometido hacer que vuelvan los cautivos que vivían en las tiendas de Jacob y tener compasión de sus casas; si has dicho: la ciudad será construida de nuevo sobre su montaña y se levantará de nuevo el templo, tal como estaba antes, ¿qué esperanza no debe tener el hombre que es tu verdadero pueblo y tu verdadero templo...? Además, esperaré sin inquietud y lleno de fe como David (Salmo 45: 4) a que Tú, que eres el todopoderoso, te ciñas la espada al muslo y te des a conocer por tu gloria y tu majestad.

Le dirá: no dudo que bendigas el trabajo y las obras de mis manos y que mis manos se queden como hinchadas por la abundancia de la justicia y por el celo de tu servicio; no dudo que bendigas el trabajo interior de mi deseo y de mi amor y que se hagan parecidos a tu deseo y a tu amor; no dudo que bendigas mi inteligencia y mis ideas y las prepares para recibir en su pureza los rayos vivos de tu luz y de tu verdad, porque Tú has hecho el alma del hombre para que sea tu camino y tu órgano y, por muy sucia y muy impura que pueda estar, no te importa meterte en su suciedad y purificarla para que, después de haber entrado en ella en tu humillación y tu sufrimiento, lo hagas en tu alegría y en tu gloria.

Y vosotros, hombres ciegos, hombres descarriados, si os quedase el mínimo vestigio de sentimiento sobre la naturaleza de vuestro ser y su destino, ¿no echaríais lágrimas de sangre por vuestras insensibilidades pasadas? ¿No os atormentaría la vergüenza de haber acumulado en el camino del Señor tantos escombros y obstáculos tan grandes y no os veríais presionados por el deseo de evitar al Señor las terribles y violentas pruebas a las que habéis expuesto su amor?

Esos son los poderes ilusorios, los poderes destructivos de los que se ha apartado el hombre nuevo y de los que vosotros debéis apartaros, lo mismo que él, si queréis, como él, haceros servidores del Señor, en vez de ser sus adversarios. Preparaos para la acción Divina. Lo único que os pide es que no os pongáis a ella y sólo con esa entrega por parte vuestra se os va a entregar por completo y va a dejar en vosotros testimonios vivos de su celo. Va a extenderse por todos los canales de vuestro ser y a moverse en vuestro espíritu, lo mismo que se mueve la naturaleza en vuestro ser pasajero y sensible.

Este movimiento de la acción divina es el que ha preparado el nacimiento del hombre nuevo y es también este movimiento de la acción divina el que lo ha realizado, porque no hay nada, en el orden de las cosas del espíritu, donde no deba presidir el movimiento de la acción divina. Este nacimiento del hombre nuevo ha sido para él como aquel día que Abraham tanto quería ver, lo vio y se alegró (Juan, 8: 56) y eso es también lo que quería dar a entender la palabra del reparador a sus discípulos (Lucas, 10: 24): Yo os aseguro que muchos profetas y reyes han querido ver lo que estáis viendo vosotros y no lo han visto, y oír lo que oís vosotros y no lo han oído, pues, lo mismo que nadie sabe quién es el hijo, nada más que el padre, ni quién es el padre, nada más que el hijo, del mismo modo, nadie sabe quién es el hombre nuevo, nada más que la acción divina, ni quién es la acción divina, nada más que el hombre nuevo, o aquél a quien le haya dado el poder de revelarlo.

Efectivamente, esta acción divina y el hombre nuevo están unidos por los vínculos más indisolubles: él no puede hacer nada sin ella, ya que ella es la plenitud universal; pero ella no puede hacer nada sin él, ya que es su agente de predilección. Por eso es por lo que puede decir: mi padre ha puesto todo en mis manos. Pero, si se alegra de que su padre haya puesto todo en sus manos, no se debe tanto a que todos los espíritus están sometidos a él como a que su nombre está escrito en el libro de la vida, sino a que quien lo escuche a él escucha al padre y a que el ardor de su celo por la gloria de su padre celestial es tan grande que no encuentra ninguna perspectiva más consoladora que la de manifestar las maravillas de ese padre celestial que lo ha engendrado y que lo está engendrando continuamente. Además, basta un solo destello de la luz con que brilla este hombre nuevo para que la muerte y la nada huyan a sus tinieblas.

Entonces es cuando explicará el nombre del Señor, haciendo que resplandezcan sus maravillas, pues estas maravillas se han concentrado en el nombre del Señor desde el momento fatal en que se produjo la concentración universal; pero el nombre del Señor concentrado así ha sido puesto en manos del hombre nuevo, para que lo abra y propague sus perfumes por las regiones que estén preparadas para recibirlo y, mediante el

desarrollo de este nombre, destruya las barreras del crimen, para poner en su lugar el orden, la medida y la perfección.

Este hombre nuevo tiene también el poder de explicar el nombre del reparador, ya que no puede explicar el nombre del padre sin explicar el nombre del hijo, y además, al abrir este nombre, verterá los consuelos en todo su ser y en su propia tierra, lo mismo que este nombre ha vertido sus consuelos en la tierra universal.

El hombre nuevo explicará también el nombre del espíritu, ya que no puede explicar el nombre del padre y el nombre del reparador sin explicar el nombre del que es su trabajo verdadero y esencial, y, por la explicación de este triple nombre, se convertirá en el fiel servidor del Señor, porque no se dedicará jamás a la explicación activa de este triple nombre sin estar dominado por el santo temor de que los canales de su ser no estén bastante purificados para que la verdad pase a él sin sentir molestias ni dolor.

56

Ésta es la tabla de niveles por los que el hombre nuevo puede subir al trono de la gloria. Su ser corporal se mantiene en actividad y en armonía por los elementos, los elementos están operados por sus fuerzas, sus fuerzas están regidas por los espíritus de las regiones, los espíritus de las regiones están incitados a su obra por el alma sensible y deseosa del hombre nuevo, su alma sensible y deseosa está activada por el espíritu santo. El alma divina del hombre nuevo recibe un impulso impetuoso que es el aguijón de fuego y de verdad. De allí, pasa al respeto y al amor del hijo, de donde se eleva al santo terror del padre, que la mantiene por completo en la sabiduría, el celo y la actuación vigilante, hasta que se haya reintegrado en la unidad no subdividida, donde no conocerá más que el amor que es carácter esencial y universal del que es Dios.

El hombre nuevo no sube estos niveles nada más que con un temblor continuo, porque sabe que el fuego del espíritu puede inflamar hasta nuestras malas substancias y que, por consiguiente, no hay nada comparable con las precauciones que debemos tener para no hacer que entre Dios en nosotros, sin haber sacado de nosotros todas esas substancias falsas capaces de inflamarse para nuestra destrucción, en vez de inflamarse para nuestro verdadero perfeccionamiento. Además, si no se produce un incendio funesto, por lo menos puede ponernos en un peligro terrible: el de no captar la acción que realiza en nosotros el espíritu en toda su abundancia y su plenitud. Si quieres ser perfecto, decía el reparador a un joven en el evangelio, ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y después ven y sígueme.

Estas palabras se refieren en efecto a todas las substancias extrañas a nuestro ser, que tenemos que vender si queremos ser perfectos, es decir, si queremos que el espíritu circule en nosotros en su plenitud y en su perfecta abundancia. Y entonces, sin ni siquiera salir de este mundo, tendremos un tesoro en los cielos o, mejor dicho, los cielos nos traen a nosotros sus propios tesoros y nos hacen partícipes de sus riquezas vivas, haciendo que sintamos continuamente su actividad estimulante.

¡Afortunado el que coma el pan en el reino de Dios! decía uno de los que se encontraban un día a la mesa con el reparador (Lucas 14: 15). ¿Pero qué le dice el reparador para demostrarle lo reducido que era el número de hombres que sabían no sólo buscar el espíritu en su plenitud, sino también dejar que entrase en ellos cuando se presentase y vender lo que tenían para dejarle sitio? Le cuenta la parábola del banquete y de la gran cena a la que un hombre había invitado a muchas personas; le cuenta cómo todas estas personas se excusaron poniendo distintos pretextos: uno porque acaba de comprar una casa, otro porque estaba recién casado, etc. Le cuenta cómo dice a su servidor que haga que entren los pobres, los lisiados, los ciegos y cualquiera que se encuentren en las calles y a lo largo de los caminos, porque quiere que su casa esté llena.

En otra ocasión, incluso llega a elogiar las artes de los hijos del hombre, en ventaja sobre los hijos de la luz, que no saben, como los otros, poner sus riquezas a producir y ganarse amigos para los tiempos de miseria, pues, aunque estos administradores fuesen culpables por sus injusticias, se distinguían por su habilidad y su destreza. Y eso era todo lo que el reparador trataba de despertar en el espíritu de los hombres, para que, después de haber utilizado los dones que tenía a su disposición, se le confiaran otros más importantes.

Con esto nos daba también una instrucción luminosa sobre la conducta que mantiene generalmente el enemigo hacia los hombres. Se ha hecho administrador de nuestras facultades y, en vez de encauzar su administración en beneficio de la utilidad del amo, no piensa más que en la suya propia. Por eso, cuando prevé que el amo va a pedirle cuentas y a echarlo de su puesto, trata de encontrar personas que lo reciban en su casa, hace que vengan uno a uno los deudores que hay en nosotros y dice al primero: «¿Cuánto debes al amo? ¿Cien barriles de aceite? Ve a tu trabajo, siéntate y haz una labor por el valor de cincuenta. Dice a otro: ¿cuánto debes tú? ¿Cien medidas de trigo? Ve a tu trabajo y haz por ochenta».

Así es como se porta con nosotros este astuto enemigo, tratando de reducir nuestras deudas ante nuestros propios ojos, tratando de disminuir nuestra confianza con beneficios injustos y con una indulgencia criminal, y procurando que dependamos de él por nuestra debilidad y por las artes con que procura atenuar nuestras obligaciones. Pero, si la justicia es

imprescriptible, ni él ni nosotros podremos jamás defraudar los derechos del amo y, según las palabras de este maestro, es más fácil que pasen el cielo y la tierra, antes de que deje de tener efecto una sola palabra de la ley (Lucas, 16: 17).

También nos dirá: Pobres de vosotros, fariseos, que parecéis sepulcros que están disimulados y no los reconocen los hombres que pasan por encima de ellos. Porque, si escuchamos al enemigo, procurará que tengamos limpia la parte exterior de la taza y del plato, mientras que lo de dentro de nuestros corazones estará lleno de rapiña y de iniquidad. Se nos dirá: Pobres de vosotros, doctores de la ley, que ponéis sobre los hombres cargas insoportables y que no querríais haberlos tocado con la punta del dedo, porque, siendo peores todavía que aquel servidor al que el amo había perdonado la deuda y después sale y estrangula al que le debe a él para que le pague, habremos cometido la injusticia de pagarnos nosotros mismos lo que no se nos debía, sin pagar lo que debíamos.

Se nos dirá: Pobres de vosotros que construís tumbas a los profetas, siendo vuestros padres los que los han matado. Con eso dais testimonio de que consentís lo que han hecho vuestros padres, ya que ellos han matado a los profetas y vosotros les construís tumbas. Porque nosotros mismos hubiésemos servido de tumbas a estos profetas, ahogando la voz que no dejan de hacer que oigamos, y les hemos hecho de asesinos.

Se nos dirá: Pobres de vosotros que os habéis apoderado de la llave de la ciencia y, además de que no habéis entrado vosotros mismos, la habéis cerrado a los que querían entrar, porque, igual que los falsos doctores, habremos corrido por mar y por tierra para buscar en nosotros quien nos dé su aprobación, bajo pretexto de buscar prosélitos, y, cuando los hayamos encontrado, los haremos cien veces más culpables que antes, y porque, no sólo no habremos entrado con ellos en el espíritu de la verdad, sino que también habremos impedido que éste entrase en nosotros, a pesar de todas las peticiones que no dejamos de recibir por su parte.

Hombre nuevo, hombre nuevo, ven a disipar estas nubes sombrías. Te hemos visto hace un momento explicar el nombre del padre, explicar el nombre del hijo, explicar el nombre del espíritu, es decir, desarrollar activamente todas las maravillas que se encierran en estos ricos tesoros. ¿Por qué razón nos has explicado y desarrollado todos estos tesoros? Es que estos tesoros se han explicado o desarrollado ellos mismos sobre ti; es que han hecho que brille sobre tu cabeza el signo deslumbrante de su luz y han abrasado con su fuego todo tu ser; es que han explicado y desarrollado el germen sagrado que te constituye y han dado voz a esta piedra angular que hay en ti y sobre la cual el eterno Dios de los seres ha prometido fundar su iglesia; es que han devuelto la voz a todo lo que te compone, para que todo lo que te compone pueda celebrar la gloria del Señor, a imagen de la criatura

universal que, en cada uno de sus movimientos, en cada uno de los actos de su existencia, manifiesta el poder y la gloriosa dominación del soberano eterno de los seres.

¿Quién podría mantenerla vista de la majestad del hombre si se manifestase así, explicado y desarrollado por la influencia activa de los poderosos tesoros, de los que tiene que ser la fiel expresión, por haber nacido para ello, y de los que está rodeado en todo momento? ¿Quién podría resistir el resplandor de la majestad del Dios que habría en él y que lo haría como una palabra universal que se desplaza continuamente de occidente a oriente, para que todo esté lleno del nombre del Señor y todos los senderos de la vida y de la justicia estén siempre iluminados por la luz de la verdad, sin temor a que los que se presentasen allí para caminar estuviesen expuestos a las trampas y emboscadas del enemigo que no pretende más que retrasar los pasos del ejército de Israel hacia la ciudad santa?

No olvidemos más que ésa es la labor de la posteridad humana y que por eso el hombre nuevo se llama también hijo de Dios, pues, para que se convierta en un hombre nuevo, ha sido necesario que se juntasen los poderes supremos, se concentrasen en sus fuerzas y en su unidad y se decidiesen a pronunciar en voz alta su nombre sobre él.

Sí, Señor, pronunciando tu nombre sobre el hombre de deseo, renuevas todo su ser y, pronunciando tu nombre sobre él, le devuelves tu imagen, tu semejanza, tu propiedad, como esas substancias sobre las cuales ponemos nuestros sellos y nuestras firmas, para que se sepa a quién pertenecen. El hombre no se convierte así en tu imagen y tu semejanza nada más que pronunciando tu nombre sobre él, tú juntas también su propio nombre en su esencia y en su unidad y así lo haces capaz de realizar en su entorno la manifestación de las maravillas que tú realizas en la universalidad de todos los reinos y de todas las regiones.

Además, no debe extrañarnos que este hombre nuevo no permita ya ni un solo movimiento a su voluntad, ya que él es el pensamiento del Señor y no se considera con derecho a disponer del pensamiento del Señor.

No nos extrañe que la ilusión y las tinieblas no tengan nada que hacer con él, pues siempre tiene que responderles: yo soy un pensamiento del Señor, no puedo escucharos, no puedo entregarme a vosotros, porque pertenezco a aquél cuyo pensamiento soy y, si yo dispusiese de mí, dejaría de ser su pensamiento y, por consiguiente, ya no sería nada.

No nos asombre tampoco que todo su ser no sólo resulte brillante y luminoso como los astros del firmamento, sino que incluso esté completamente lleno de ojos, como las ruedas de Ezequiel, ya que tiene que

vigilar todo lo que se le acerca con malas intenciones e iluminar todo lo que viene a él con la sed de la luz.

No nos extrañe, repito, que tenga un ojo en cada uno de sus ojos, en cada una de sus orejas, en cada una de sus manos, en su lengua, pues es el signo de su actividad, de su vigilancia y de su penetración. Es, finalmente, la sal que según la ley de Moisés, debe esparcir y mezclar en todos sus sacrificios.

57

Se acerca el momento en que la salvación de las naciones va a hacer su entrada en Jerusalén. Ya está en Jericó, donde el publicano Zaqueo, queriendo dar una solución a su pequeñez, se sube a un sicomoro para poder contemplar a aquél de quien lo espera todo. El espíritu del hombre nuevo ha penetrado ya en todos los publicanos que están en él y no se limitan a tener una fe inactiva y muerta, sino que bajan rápidamente del árbol y reciben con alegría a ese hombre nuevo que les pide que le den alojamiento en su casa. Su fe hace que broten en ellos otras virtudes y dicen al hombre nuevo: vamos a dar la mitad de nuestros bienes a los pobres y, si hemos perjudicado en algo a alguien, lo indemnizaremos dándole cuatro veces más. Esto es lo que hace que merezcan del hombre nuevo estas dulces palabras: esta casa ha recibido hoy la salvación, porque éste es también hijo de Abraham, pues el hijo del hombre ha venido para buscar y salvar al que estaba perdido. Después, charlando con ellos, el hombre nuevo les cuenta la parábola de los diez talentos y les enseña su verdadero sentido.

Les enseña que, si el alma del hombre es depositaria de las siete potencias sacramentales, que son los canales de la vida del espíritu, lo es también de las diez fuentes de esta misma vida espiritual, que no puede fluir por los canales de espíritu nada más que después de haber salido de la fuente eterna a la que el alma del hombre está unida por una alianza indisoluble.

Les enseña que estas diez fuentes quedaron cerradas para nosotros por el crimen y que nosotros no podíamos ser regenerados mientras no recuperásemos su disfrute, que los marcos de plata que había distribuido el amo entre sus servidores eran para ayudarles a hacer que se abriesen de nuevo para ellos estas fuentes saludables e indispensables para nuestra existencia.

Les enseña que cada uno recibe en razón del cuidado que pone en sacarle valor a ese talento; pero sólo alcanza la verdadera meta el que ha conseguido hacer que se reabran para él estas diez fuentes, ya que éste es el único medio de que se convierta otra vez en la imagen y la semejanza exacta de ese modelo perfecto que nos ha formado para que lo representemos.

Les explica que, para ser culpable, no es necesario dejar que se pierda este talento, derrocharlo o prostituirlo, sino que hasta el que lo deja enterrado ofende al espíritu, ya que da la impresión de que piensa que el espíritu no es activo, fecundo y regenerador; además, no se contenta con quitar el talento al perezoso, sino que se lo da al trabajador que había ganado diez más. Ordena también que este siervo inútil sea expulsado a las tinieblas exteriores; pero a los que se declaran sus enemigos y no quieren reconocerlo como rey, los hace exterminar en su presencia: ley severa que el hombre nuevo ejerce en sí mismo, con todo rigor, sin lo cual no se establecería su reino.

Difundiendo semejantes instrucciones en sí mismo, ve insensiblemente que Jerusalén se acerca a él. Entonces dice a dos de los suyos: «Id a ese pueblo que tenéis delante y encontraréis al llegar una burra atada y a su borriquillo junto a ella. Desatadla y traédmela. Si alguien os dijese algo, contestadle que el Señor la necesita y os dejará que la traigáis. Para que se cumpla esta palabra del profeta, decid a la hija de Sión: tu rey viene a ti, lleno de dulzura, montado en una burra y sobre el borriquillo de la que está bajo el yugo».

Esta burra que está bajo el yugo es, a los ojos del hombre universal, la antigua alianza levítica que sujetaba al hombre con las cadenas de las leyes y de las formalidades ceremoniales de los sacrificios de sangre y de la inmolación de víctimas. La cría de esta burra, sobre la cual no ha montado nadie, es, a los ojos del hombre universal, la nueva alianza que sólo se podía traer y establecer con la mediación del reparador y que no se habría conocido jamás sin él, pero no podía tampoco manifestarse nada más que en el seno de esta misma ley levítica, ya que era como su hija, pues está escrito que la salvación viene de los judíos.

A los ojos del hombre particular, la antigua alianza es la imagen del hombre viejo retenido bajo el yugo del tiempo y de sus imperiosos ministros. La segunda alianza es el hombre nuevo, este alma Divina en su pureza, que es la única en la que podría apoyarse el reparador para hacer su entrada en Jerusalén. ¡Qué arrobamiento habría también en todas las regiones del hombre nuevo, cuando el reparador y él se encontrasen juntos en estas relaciones mutuas que no deberíamos haber perdido de vista jamás!

Entonces es cuando los habitantes de esta ciudad sagrada, que esperaba a este profeta Divino, extienden sus vestiduras y echan ramas de árboles bajo sus pies, «entonces es cuando todos los discípulos en multitud empiezan a alabar a Dios en voz alta, diciendo: ¡bendito sea el rey que viene en nombre del Señor, Paz en el cielo, y gloria, en las alturas!» Por más que los fariseos murmuren y pidan al maestro que haga callar a sus discípulos, él les dice que si éstos se callan, hablarán hasta las piedras.

Felicitate, por tanto, hombre nuevo, porque el reparador ha querido cumplir en ti la promesa que hizo a Abraham, de no abandonar nunca a su pueblo; pero llora por el hombre viejo y por todos los que ha subyugado y dile: «¡Si hubieses reconocido, al menos, en este día que se te ha dado, lo que podía darte la paz! pero todo esto está oculto a tus ojos, pues llegará un tiempo desdichado para ti en el que tus enemigos te rodearán de zanjas, te encerrarán y te oprimirán por todas partes, te derribarán, y te desgarrarán por completo a ti, a tus hijos que están dentro de tus muros, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado».

Siguiendo el ejemplo del reparador, el hombre nuevo va a entrar en su propio templo, va a expulsar a latigazos a los cambistas y a los vendedores de palomas, reprochándoles que de la casa de su padre, que era una casa de oración, han hecho una cueva de ladrones. Si los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los senadores le preguntan con qué autoridad hace estas cosas, no les responde, porque ellos no pueden decir si el bautismo de Juan era de los hombres o si era del cielo, porque ellos no conocen la unión del alma humana con el espíritu del Señor, que hace que el bautismo de Juan se refiera, a la vez, a estos dos mundos y por eso sea la imagen de la autoridad del reparador que procedía también de la reunión de los poderes de estos dos mundos.

Pero los doctores de la ley son muy tenebrosos para apreciar esta coincidencia y el alma humana no es para ellos nada más que un instrumento pasivo, semejante en todo a los seres inanimados, que no tienen una acción propia que pueda unirse, por analogía, a la acción de la Divinidad. Además, no dejarán de intentar apoderarse del hombre nuevo que, con todas sus respuestas, hará en todo momento que caigan en la confusión; pero, como dominan al pueblo, enviarán hacia este hombre nuevo personas que irán en contra de la gente de bien, para ponerles trampas y sorprenderlos en sus palabras, con el fin de entregarlo al magistrado y al poder del gobernador.

Le preguntarán si les está permitido pagar el tributo al César o no; pero el hombre nuevo, viendo su malicia, les dirá ¿por qué me tentáis? Enseñadme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción que lleva? ¿Del César? Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, respuesta que los dejará mudos y avergonzados, sin que puedan captar toda la profundidad que encierra, pues, lo mismo que ellos no han podido decir si el bautismo de Juan era de los hombres o era del cielo, ya que no conocían la relación que hay entre el alma humana y Dios, tampoco comprenderán por qué tienen que pagar a Dios el tributo que corresponde a Dios, porque no saben que el tributo se le debe a Dios por el mero hecho de que el alma

humana lleva la imagen de este soberano supremo, del mismo modo que el denario llevaba la imagen y la inscripción del César.

Pero no se quedarán ahí. Mandarán a él a los saduceos que niegan la resurrección. Se acercarán a él y le plantearán la pregunta de los siete maridos; pero, como las tinieblas de los saduceos se deben a que su espíritu está lleno solamente de ideas muertas, les dará a conocer que es posible que tenga lugar la resurrección sin que tenga la mínima importancia el problema que ellos plantean.

Les dirá: «Los hijos de este siglo se casan con mujeres y las mujeres, con maridos; pero, para los que sean considerados dignos de participar en el siglo venidero y en la resurrección de los muertos, ni los hombres se casarán con mujeres ni las mujeres, con maridos, ya que entonces no podrán morir, porque llegarán a ser iguales a los ángeles y, al ser hijos de la resurrección, serán hijos de Dios. En cuanto a que los muertos deben resucitar algún día, Moisés lo dice bien claro cuando está junto a la zarza y llama al Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Además, Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos, porque todos están vivos ante Él».

Estos son los medios de que se servirá el hombre nuevo para rechazar las constantes insinuaciones y artimañas de sus adversarios y pasará así la muerte con la vida, pues está escrito que pasó por en medio de ellos. Pero, siempre por las luces de la razón y de la inteligencia más sana y más pura, sabrá defenderse de ellos y luchar contra ellos, ya que el hombre nuevo es un ser que debe, en todo momento, hacer que se desarrollen, en él y fuera de él, las abundancias de la justicia, las abundancias de la misericordia y las abundancias de la luz.

58

Las respuestas de este hombre nuevo no habrían tenido tanta fuerza ni tanta precisión si el espíritu de sabiduría no hubiese llegado a comunicarle la plenitud de su actividad. Esta comunicación sólo puede realizarse con dolor, dada la postración en que se encuentran todos los intersticios de nuestro ser, en los que la acción del espíritu debe introducirse con violencia; pero esta violencia no es nada en comparación con la que debe producirnos el renacimiento, ya que, después de que nos haya impregnado así esta acción del espíritu, es preciso que nos lleve con ella y nos haga salir de esta prisión y de esta morada tenebrosa en la que no disfrutamos ni de la respiración ni de ningún otro beneficio de la vida.

Pero ahí es donde concebimos el premio del amor que había querido venir a enterrarse con nosotros en nuestros abismos, con el fin de hacerse cargo de nosotros y sacarnos con él. Entonces sentimos, digo yo, la inmensidad de este amor, por la inmensidad de los sufrimientos que

pasamos y que él no tiene ningún miedo a compartir con nosotros: sufrimientos que no podemos valorar antes de la operación de nuestro renacimiento, porque, antes de ese momento, no sabemos cómo ha venido la acción Divina a impregnarnos, ni si actúa secretamente en nosotros por el poder de los derechos eternos que tiene para penetrar todas las substancias y llenarlo todo, cosa que hace, sin embargo, en colaboración con esta vida inmortal, innata en nuestro ser, que se conserva en él en la sombra y el silencio, hasta el momento en que reciba la orden y el poder del maestro.

No es menos cierto que nuestro renacimiento no empieza hasta el momento en que este poder o este orden han tomado forma en nosotros, y que este renacimiento puede ser sensible para nosotros, lo mismo que también es cierto que, desde que ha tomado forma en nosotros esta capacidad de acción y de orden espiritual, debemos llenarnos de la esperanza en que la obra llegará a su término. Se trata de verdades de las que el ojo humano podrá encontrar muchos ejemplos en la naturaleza. Entonces es cuando nos sentimos cada vez más santificados en nuestro ser, siempre que pongamos mucho cuidado en recoger meticulosamente estas acciones puras, vivas e iniciativas cuando se nos dan a conocer, y siempre que tengamos presente en todo momento que su característica principal es la actividad, que de este modo todos los favores que podamos recibir no deben servir nada más que de provecho a nuestra actividad santa y espiritual y que, mientras no pongamos todas nuestras fuerzas en esta actividad completa y constante, que es la única en la que puede manifestarse verdaderamente la obra de nuestro renacimiento, lejos de renacer, morimos de nuevo y hacemos que muera con nosotros el espíritu.

¿Cuáles son pues, las condiciones sin las cuales no podemos esperar descubrir dónde están los prados tan abundantes, donde calienta el verdadero sol?

Estas condiciones consisten en estar animados por el celo de la casa del Señor, es decir, el celo de nuestra propia casa. ¿Y cuál es el medio de poder esperar ver que nace en nosotros el celo de nuestra propia casa? Evitar con un trabajo constante y perpetuo el celo de la casa ajena.

Si caminamos con este deseo humilde y vivo de estar animados por el celo de nuestra propia casa, el Señor caminará hacia nosotros por la vía rápida de su amor y de sus innumerables riquezas que forman parte de una actividad universal. No tardará en relacionarnos con esta actividad universal, ya que nos relacionará consigo mismo.

Pobres de los que hayan dejado sembrar en ellos la semilla de la frialdad y de la inacción. No dejará de producir algún día frutos amargos, cubiertos de espinas, que se clavarán en todos sus miembros, y no podrá evitar que dominen su ser enfermedades incurables. ¡Pobres de los que no

captan con fervorosa vigilancia estos relámpagos pasajeros que se nos envían de vez en cuando a nuestras tinieblas! La vida espiritual que desciende a nosotros es ya muy débil, debido a este cuerpo mortal en el que estamos encerrados ¡Viene tan pocas veces! ¡Se va tan pronto, después de haber encendido en nosotros la antorcha de nuestro pensamiento, que, sin la atención más activa, deberíamos temer que se apagase la antorcha antes de que vuelva, si no tenemos el cuidado de alimentarla y mantenerla!

Pero sólo con estas gradaciones largas y penosas podemos conseguir el renacimiento de este estado Divino en el que estaremos, como si nos sintiésemos renacer continuamente y al mismo tiempo en todas las fuentes de las innumerables y dulces afecciones de nuestro pensamiento y de todos nuestros deseos espirituales. ¡Señor, que venga a mí el fuego del cielo, para consumir las iniquidades de Israel y de Judá! ¡Que los temblores de mi frágil tierra derriben las columnas de Babilonia, hasta sus cimientos! ¡Que una guerra universal calcine todo mi ser! ¡Que los astros corruptibles que lo iluminan pierdan su luz! ¡Que los cielos y la tierra perecederos que me componen se vuelvan al revés, como una prenda de vestir! ¡Que se formen en mí nuevos cielos y una nueva tierra y que, desde el seno de los escombros de este viejo universo, vea yo que se elevan por los aires el signo de la eterna alianza y el estandarte de triunfador en su gloria!

¿Cómo puede estar engañado el hombre durante tanto tiempo sobre el destino de su ser? Es que lo busca fuera de sí mismo, mientras que es dentro de sí donde aprendería todos los secretos. Parece que se forma una densa bóveda entre el espíritu del hombre y su región inferior; pero debería sentarse sobre esta bóveda, como en un trono, para establecer el orden en todas sus posesiones y manifestar, a la vista de todos los poderes, el agente supremo del que es imagen. Podría estar sentado en este trono, como si ya tuviese a sus enemigos bajo sus pies y como si hubiese cerrado el pozo del abismo, después de haber arrojado a él a todos los prevaricadores. Ahí lo llevaría la actividad del espíritu, si respondiese con fidelidad. Le haría sentir físicamente esa meta sublime, para la cual han recibido su existencia la naturaleza y él, y allí aprendería a reconocer cómo fue establecido para ser el ministro y el rey de la naturaleza.

¡Pobre de él! Ha visto minar su trono por los vapores del pozo del abismo. El enemigo se ha levantado sobre estos vapores como sobre nubes y, a favor de estas nubes, se ha hecho llevar hasta las regiones más altas del pensamiento del hombre. Desde lo alto de estas sublimes regiones, ha dicho al hombre: prostérnate ante mí. Soy yo quien tiene que ocupar el trono del que te habías apoderado y, de ahora en adelante, serás mi servidor y mi esclavo. ¡Pobre de él! ¡En esta vergonzosa esclavitud va retrasando el trabajo de romper sus hierros! ¿Qué digo yo? ¡Murmura de las conmociones que se le envían para ayudarle en su liberación!

¿Qué finalidad tienen las agitaciones y los torbellinos de los vientos de la atmósfera? ¿No es hacer que caigan de los árboles los brotes golosos, fruto de una savia demasiado abundante, o que se sequen las aguas de lluvia y los vapores de las nieblas, que podrían reblandecer demasiado su corteza y habrían hecho que se pudriesen sus hojas y sus flores? ¿O, finalmente, no sería hacer que caigan los insectos venenosos que hubiesen corroído sus tiernas ramas?

Hombre, no te lamentes de las conmociones de tu región. La mano que las dirige sólo tiene planes favorables para ti. Si se ha vertido sobre la tierra la copa de la amargura, ¿no es para limpiar los ojos de nuestra inteligencia, lo mismo que la copa medicinal hace que nuestros órganos corruptibles recuperen su pureza original? Cuanto más te destruya esta copa amarga en el fuego del dolor, más agradecido debes estar al que te la ofrece, porque sólo puede producirte una gran purificación, si eres culpable, o una gran gloria y una gran recompensa, si te has dedicado a la obra sagrada...

Pero sólo las conmociones producidas por la mano de Dios, son saludables, porque los esclavos del enemigo están también conmovidos, sin que saquen de ello ningún beneficio. Este enemigo, después de haber alcanzado la victoria en todo el universo, actúa con sus sujetos como dueño y tirano.

Los afrenta con vivos dolores, para hacer que sientan que la materia es su reino. Los castiga por haber cometido la imprudencia de actuar sin su Dios, atormentándolos en esta tierra, como si fuese un lugar en el que Dios no tiene ninguna influencia.

Señor, ¿cuál es la inmensidad del crimen que ha podido irritar tanto tu justicia? Toda la posteridad humana está sufriendo. Ya la ves: está a tus pies y tú no puedes permitirte liberarla. ¿Es la voz del impío lo que te detiene? Dicen que no hay nada de malo: No se atreven a atribuirte el mal que hay y prefieren negarlo antes de buscar su origen en la depravación voluntaria de una criatura libre. ¿Cómo ibas a querer curarlos, si no se consideran enfermos y no te han llamado? ¡Si, al menos, su impiedad ignorante no influyese en toda la familia! Pero, si es toda la familia la que te ofende, ¿no es necesario que se reúnan todos sus miembros para implorarte y para someterse a ti? ¿Y no puede una sola voz discordante romper el concierto de nuestras súplicas?

¿Cuándo vais a dejar de blasfemar, desdichados? No podéis proferir ni una sola blasfemia que no cueste la vida o la salud a vuestros hermanos. Pero el Dios de paz y de amor será más grande que sus blasfemos. Inclinará sus ojos sobre vuestra triste posteridad y sobre nuestra propia casa y, a pesar de las maldiciones de los insensatos, dejará que descendan hasta

nosotros los flecos de su vestidura. Aunque no hagamos más que tocarla, estaremos curados de nuestra pérdida de sangre.

Justificate, por tanto, hombre de deseo, o, mejor dicho, no dejes que te derrumben por la base. Tu vida procede de la vida. Que baste tu existencia para demostrar que eres el hijo de Dios. ¿No toma la vida siempre sus propias medidas? ¿Quién podría causar perjuicio a tu estabilidad, si no perdieces nunca de vista que eres el hijo de Dios y que eres su pensamiento, su palabra y su obra y si, por tu constancia, y la fuerza de tu fe, no llegases a dar una prueba de ello a la ignorancia? Cuando te encuentres débil, vuelve lo ojos hacia el que viene a consagrarte hasta en tu interior, para ser sacerdote, según la orden de Melquisedec, y entonces te verás elevado hasta los cielos.

59

¿Cómo se ha hecho el hombre nuevo tan activo y tan clarividente? No dejando de llenarse de celo por su propia misión; no temiendo la demolición del templo antiguo o del hombre viejo, del que se ha dicho que no ha de quedar piedra sobre piedra, porque sabe que será reconstruido en tres días o que esta triple característica Divina, que lo constituye en imagen y semejanza de su príncipe eterno, debe quedar así restablecida en su esplendor y en la libre manifestación de sus títulos más sagrados.

Pero, cuanto más luces ha recibido, más obligado se cree a iluminar todas las regiones de su ser en todos los peligros que pueden acompañar a su regeneración. Por tanto, les dirá, lo mismo que el reparador a los apóstoles:

«Tened cuidado de que nadie os seduzca, porque vendrán muchos con el pretexto de instruirlos y aliviarlos; pero, como ellos mismos estarán llenos de tinieblas, no harán más que descarriarlos todavía más, y la señal por la que los conoceréis es que os propondrán otros maestros distintos de Dios, su espíritu y vosotros y que querrán evitaros el penoso trabajo de sacar fuerzas constantemente del que os ha dado la existencia y ha puesto en vosotros una representación de sí mismo y de todas sus obras».

«Oiréis también que hablan de guerras y de ruidos de guerra, veréis en vosotros mismos que se levantan pueblo contra pueblo, reino contra reino, veréis pestes, hambrunas, terremotos; pero todo eso no debe preocuparos, porque no será más que el comienzo de los dolores. Entonces seréis entregados, en vosotros mismos, a mil enemigos, para que os torturen y para que os hagan morir, y seréis odiados por todas las naciones, a causa de mi nombre.

Tened cuidado para que esto no se os convierta en ocasiones de escándalo y de caída, porque se levantarán en vosotros falsos profetas y aumentará la iniquidad y se enfriará la caridad de muchos; pero el que persevere hasta el fin se salvará. Y se predicará en vuestro ser este evangelio del reino, para que sirva de testimonio a todas las naciones que lo habitan».

«Cuando veáis que la abominación de la desolación que ha predicho el profeta Daniel está en lugar santo y que el enemigo está en sus días de triunfo, por el poder sobre vosotros que se le haya dado de arriba, a causa de la justicia y para dejar que colme la medida de sus iniquidades, huid a las montañas de Judea. Si estáis en el tejado, no bajéis para coger nada de la casa y, si estáis en el campo, no volváis para coger la ropa. Haced lo que Elías, escondeos en la cueva hasta que hayan pasado los momentos de cólera, "pues en estos días las pruebas son tan fuertes que si no se redujesen, no se salvaría ningún hombre; pero se han reducido en favor de los elegidos"».

«No toméis tampoco como signos infalibles de vuestra regeneración las cosas sorprendentes y los grandes prodigios que podáis realizar, porque pueden surgir en vosotros falsos cristos y falsos profetas que hagan cosas semejantes, hasta seducir, si fuese posible, incluso a los elegidos. No hagáis caso a todas las voces que os digan interiormente "yo soy el Cristo, pues, como un relámpago que sale de oriente y se hace visible hasta occidente, así será en vosotros el advenimiento del hijo del hombre". Echad de vosotros con el mayor de los cuidados solamente todos los cuerpos muertos, porque donde haya cuerpos muertos acudirán las águilas».

¿Cuándo va a aparecer la señal del hijo del hombre en vuestro cielo particular? ¿Cuándo vendrá a nosotros con gran poder y gran majestad? ¿Cuándo enviará a sus ángeles para que hagan que se oiga el sonido espectacular de su trompeta en todas vuestras regiones, para congregar a sus elegidos de los cuatro rincones de vuestro propio mundo, de un extremo a otro de vuestro cielo? Entonces será cuando vuestro ojo de apariencia volverá a su oscuridad, cuando vuestra luna dejará de dar su luz, cuando caerán las estrellas de vuestro débil firmamento, cuando se derrumbarán las virtudes de vuestros cielos individuales y todos los pueblos de vuestra tierra de dolor lamentarán su miseria, se meterán en las hendiduras de las montañas y dirán al universo: cúbrenos, sálvanos de la cólera y de la venganza del Señor».

«No hay nadie que pueda deciros cuándo van a llegar este día y esta hora, pues está escrito que nadie más que nuestro padre conoce este día y esta hora y que no lo saben ni los ángeles del cielo. Pero se os ha dado la posibilidad de conocer sus signos y de saber que el hijo del hombre estará junto a vosotros y se encontrará a vuestra puerta cuando aparezcan estos

signos en vosotros, lo mismo que pensáis que se acerca el verano cuando veis que están tiernas las ramas de la higuera y empiezan a echar hojas».

«No conoceréis este tiempo por ninguna de las revoluciones de vuestro ser natural y físico, ya que tiene que ser inmolado a las tinieblas y servirles de víctima, y, como no sabe nada de las cosas del espíritu, seguirá ciegamente su oscuro camino, hasta el día de su sacrificio, lo mismo que, en tiempos de Noé, un poco antes del diluvio, los hombres seguían todas las leyes de la materia, sin pensar para nada en lo que iba a pasar. Pero, cuando llegue vuestra hora, de los dos hombres que os componen, uno será retenido y el otro, dejado en libertad. De las dos mujeres que se dedican en vosotros a moler, una será retenida y la otra, dejada en libertad, porque, en vosotros, una de estas mujeres y uno de estos hombres participa del espíritu y de la luz y el otro, de la materia y las tinieblas. Vigilad, pues, porque no sabéis a qué hora va a venir vuestro Señor, «porque debéis saber que, si el padre de familia supiese a qué hora iba a entrar el ladrón, estaría vigilando y no dejaría que entrasen en su casa».

«Sed como un servidor fiel y prudente, al que ha puesto su amo por encima de todos sus servidores para repartir en su momento los alimentos que necesitan. Si, a su regreso, vuestro amo os encuentra en vuestro sitio, os pondrá al frente de todos sus bienes; pero, si os decís: mi amo tardará en venir; si os ponéis a pegarles a vuestros compañeros, en vez de darles de comer, y estáis comiendo y bebiendo con unos borrachos, llegará el amo el día que menos lo esperéis y a la hora más imprevista y os llevará aparte y hará que participéis del castigo que se da a los hipócritas, y entonces vendrá el llanto y el crujir de dientes».

«También hay en vosotros cinco vírgenes irresponsables y cinco vírgenes prudentes, pues ésa es la división que se ha hecho de los poderes, después de la caída del primer prevaricador y se ha repetido después de la prevaricación del hombre. Las primeras no sólo han gastado su aceite, sino que tratan de gastar también el que han conservado las vírgenes prudentes y de arrastrarlas con ellas a sus tinieblas y a sus funestas imprudencias, como hizo el enemigo con el hombre cuando lo comprometió a que le diese su fuerza, su poder y su palabra y, si no lo vigiláis con el máximo cuidado, este enemigo puede repetir todos los días con vosotros esta táctica vieja y criminal y seduciros como sedujo al primer hombre, hasta conseguir que gastéis en vano todo vuestro aceite y que se apague vuestra lámpara. Entonces se os confundirá con las vírgenes necias y, cuando os presentéis para entrar en las bodas con el esposo, se cerrará la puerta y el esposo os dirá que no os conoce».

«Tratad, por el contrario, de superar a las vírgenes prudentes del evangelio y de prepararos, con vuestros trabajos y vuestros esfuerzos, una cantidad de aceite suficiente para las vírgenes irresponsables, para que sean

admitidas a las bodas del esposo con vosotros, pues ése es el fin último de la caridad, que es la misma que tiene el espíritu con vosotros, sin miedo a penetrar en todos los abismos de vuestra existencia para compartir su aceite con vosotros y restablecer así la perfección de este número de diez talentos que habíais alterado en principio y que la sabiduría suprema quiere con tanto ardor volver a ver brillando en su exactitud y en toda su virtud».

«Además, ¿qué hará el hijo del hombre cuando venga en su majestad, acompañado de todos sus santos ángeles, se sienta en el trono de su gloria y se congreguen ante él todas las naciones de la tierra? Separará a unos de otros, lo mismo que un pastor separa a los corderos de los cabritos Pondrá a los corderos a su derecha y a los cabritos a su izquierda y dirá a los que estén a la derecha: venid, benditos de mi padre, a tomar posesión como herencia del reino que se os ha reservado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, necesitaba cobijo y me albergasteis, no tenía ropa y me vestisteis, estuve enfermo y me visitasteis, estuve preso y vinisteis a verme. Entonces le dirán los justos ¿cuándo te hemos hecho todas estas cosas? y el rey les responderá: en verdad os digo que tantas veces como habéis cumplido estos deberes de caridad con los más pequeños de mis hermanos, es conmigo con quien los habéis cumplido, porque estos pequeños son, por sus sufrimientos, una sola cosa conmigo».

«Del mismo modo, cuando las cinco vírgenes prudentes que hay en vosotros consiguen con su trabajo y su caridad viva, una provisión de aceite suficiente para que se borren las imprudencias de las cinco vírgenes irresponsables y el número de los diez talentos que representan estas diez vírgenes se encuentre reintegrado a vosotros en su perfección, se está cooperando para la gloria y la satisfacción de la propia sabiduría, pues se colabora en el restablecimiento de su imagen».

«El rey dirá después a los que están a la izquierda: retiraos de mí, malditos, e id al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles, pues tuve hambre y no me disteis de comer, necesité cobijo y no me albergasteis, no tuve ropa y no me vestisteis, estuve enfermo y en prisión y no me visitasteis. Y los malos le dirán: ¿Señor, cuándo te hemos negado todas estas cosas? Y él les contestará: en verdad os digo que tantas veces como habéis dejado de dar estas ayudas a los más insignificantes de estos pequeños, habéis dejado de dármelas a mí mismo, porque, al ser estos pequeños uno conmigo en sus sufrimientos, no habrían sido nada más que uno conmigo en sus alegrías, y porque, si vuestras vírgenes prudentes no colaboran en el restablecimiento del número representativo, corrigiendo las imprudencias de vuestras vírgenes irresponsables y satisfaciendo sus necesidades, contrariáis directamente el deseo, el hambre y la sed de la sabiduría eterna».

60

Se acerca la fiesta de los panes ácimos. Esta fiesta anuncia al hombre nuevo un alimento que no está sometido a la fermentación y la corrupción de la materia. Además, como esta fiesta se llama el paso y como en el paso del renacimiento espiritual se encuentran los mayores peligros para el alma humana, es también el momento de este paso el que eligen los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley para detener a la persona del hombre nuevo y en el que su enemigo se ofrece a ellos para entregárselo, mediante el precio que habían convenido, lo que llena de alegría a los príncipes de los sacerdotes y a los capitanes, porque temían al pueblo y no podían servirse nada más que de artimañas y traiciones...

El hombre nuevo no ignora esta traición que se trama contra él, pues ha dicho de antemano a los suyos: sabéis que la pascua se celebra dentro de dos días y que el hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Pero, como sabe también que la realización de su regeneración depende de este sacrificio y como sabe además que este sacrificio tiene que devolver la vida a los habitantes de su propio reino, ha dicho a algunos de los suyos: «Id a preparar todo lo que hace falta para la pascua... Cuando entréis en la ciudad, encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidlo a la casa donde entre y decidle al dueño: el maestro nos manda a decirte ¿dónde está el lugar donde comeré la pascua con mis discípulos? El os enseñará una habitación grande y alta, completamente amueblada. Preparaos y preparad también todo lo que haga falta».

¿Quién es este hombre que lleva un cántaro de agua? Es el precursor de la santa alianza con quien no se puede contratar nada más que después de una purificación perfecta. ¿Qué es esta habitación alta en la que se debe celebrar la pascua? Es el pensamiento del hombre, que está investido con el privilegio de manifestarse entre las naciones como la región más sublime del templo inmortal que el espíritu santo se ha propuesto habitar. ¿Quién es el maestro que manda a preguntar dónde está el lugar en el que comerá la pascua con sus discípulos? Es el propio espíritu del hombre nuevo, que viene a visitar el alma humana para devolverle la vida y la luz; pero, al saber que este alma humana es un ser libre, no quiere habitar en ella más que con su consentimiento, a pesar de todos los bienes y todas las riquezas con que acaba de favorecerla.

Espera la hora propicia para venir a realizar en el alma este saludable sacrificio, porque su amor por nosotros lo ha obligado incluso a someterse a la ley de las horas; pero, cuando llega esta hora, se sienta a la mesa con nosotros y nos dice: «deseo ardientemente comer esta pascua con vosotros, antes de padecer, porque os aseguro que ya no volveré a comer, hasta que se celebre en el reino de Dios». Porque, después de la consumación del gran

sacrificio del reparador, se necesitaba aún algún tiempo para la ratificación y para que los frutos de este sacrificio llegasen a su término.

«Entonces, el espíritu que está a la mesa con nosotros coge el pan, y después de dar gracias, lo parte, diciendo: éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Porque, lo mismo que la partición del pan anuncia la ruptura del cuerpo, también la ruptura del cuerpo anunciará la ruptura de los dolores de su espíritu, al que no le importa abandonar el lugar de su gloria para venir a habitar en la estancia de nuestra miseria.

Coge el cáliz y, después de dar gracias, dice: «este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros. No volveré a beber de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi padre. Cada vez que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga».

Porque la sangre de esta copa anuncia el derramamiento de la sangre material del reparador, el derramamiento de su sangre material anuncia el derramamiento de su sangre espiritual y, al mismo tiempo, esta copa anuncia el derramamiento de la sangre corporal del hombre por la abolición del pecado y el derramamiento de su sangre espiritual para su regeneración particular.

Por eso es por lo que el hombre nuevo no se habría regenerado si el reparador no se hubiese hecho hombre, porque sin eso no se habrían abierto nunca los caminos de nuestra sangre y esta sangre no hubiese podido fluir, a pesar de la muerte corporal que sufrimos todos los días y de todas las masacres de la tierra. Por este medio ha hecho también del alma de los hombres un cordero pascual parecido a él y este cordero pascual ha de ser inmolado en cada uno de ellos, para hacer otros tantos hombres nuevos, del mismo modo que ha tenido que ser inmolado él mismo, para la renovación y la regeneración de toda la especie humana.

Pero la función más bella de este profeta eterno y divino que ha venido a derramar la sangre de su cuerpo y de su espíritu, para ponernos en condiciones de volver, por él, a nuestro estado natural y primitivo, ha sido hacer que nuestra sangre sea eficaz y darnos así una segunda vida, después de la que habíamos perdido. Esta segunda vida, que nos daba de este modo, era la vida del dolor y debía costarle infinitamente más que la vida del amor, que es la que nos había dado la primera vez.

¿Debe limitarse, en realidad, la profecía a predecir y anunciar los acontecimientos? ¿No puede prevenirlos por la plegaria del dolor, si son funestos, y adelantarlos, si son buenos, constituyendo así una de sus características más importantes? Lágrimas del profeta, desatascad los

caminos de la ciudad santa, realizad vosotras mismas las manifestaciones de esta nueva Jerusalén, que las predicciones no hacen más que anunciar.

¿Ha predicho el reparador muchos acontecimientos? No, casi no ha predicho nada más que los que debían realizarse incesantemente para abrir los ojos a las naciones sobre su obra. Os digo esto ahora, antes de que ocurra, para que cuando ocurra reconozcáis quién soy yo (Juan 23: 19. 14: 29. 16: 4). Pero ha dedicado su vida entera a allanar, con sus sacrificios y con su amor, los caminos de nuestro regreso a nuestra patria.

También a imitación suya, el espíritu que viene a inmolarse en nosotros para regenerarnos no teme en absoluto «meter la mano en el plato, con el mismo que lo traiciona y que va a entregarlo a los príncipes de los sacerdotes»; porque este espíritu «que acaba de inmolarse en nosotros, se va, según lo que está escrito sobre él... pero ¡pobre de aquél por el que el hijo del hombre sea entregado! más le valdría no haber venido al mundo... Pero, para vosotros, yo os reservo el reino como mi padre me lo ha reservado».

¡Qué aflicción supone para este espíritu que viene a inmolarse en nosotros, saber que es traicionado no sólo por quien debe colaborar para hacer que se consume el sacrificio, sino también por aquél por el que incluso viene a inmolarse, o sea, por ese Simón que hay en nosotros, por esa piedra angular sobre la cual se debe construir la Iglesia! Pues el espíritu le dice en nosotros: «Simón, Simón, Satán te ha requerido para cribarte, como se criba el trigo; pero yo he pedido por ti, para que tu fe no desfallezca. Cuando te hayas convertido, encárgate de fortalecer a tus hermanos».

En el ardor de nuestro celo y en la ignorancia que tenemos de todo el alcance de la prueba, le decimos: Señor, estoy preparado para ir contigo a prisión e incluso a la muerte. Pero el espíritu, que nos conoce mucho mejor de lo que nosotros podemos conocernos, contesta: «Pedro, yo te aseguro hoy que, antes de que cante el gallo, habrás negado por tres veces que me conoces, porque el espíritu ve descubiertos todos los planes de los movimientos de los seres, porque este espíritu ve nuestra debilidad y la inclinación que tenemos a serle infieles y que, como el pecado primitivo tiene un carácter triple y él ha realizado en nosotros una muerte triple, nosotros repetimos este pecado triple y esta infidelidad triple en nuestras pruebas particulares, hasta que, después de cantar el gallo tres veces, como para anunciarnos ese desafortunado triunfo de la materia sobre nosotros, volvamos a nosotros mismos y, como hizo Pedro, derramemos lágrimas por nuestro pecado y por nuestra cobardía.

Pero el espíritu no se aparta de nosotros, aunque vea todos los planes de nuestra infidelidad. Continúa su obra y hasta sigue vinculándonos a ella y nos dice: « ¿Habéis necesitado algo cuando os he enviado sin saco, sin bolsa, sin sandalias? No, pero ahora el que tenga un saco o una bolsa, que lo

coja y el que no tenga espada, que venda su ropa y la compre, porque os aseguro que todavía tiene que cumplirse lo que está escrito sobre mí: ha sido enviado entre los malvados; porque lo que está profetizado sobre mí está a punto de suceder».

Éste es, en efecto, el momento de reunir nuestras fuerzas para ayudar a nuestro maestro a consumir su sacrificio. Es el momento de transformar todas nuestras facultades en valentía, para resistir al enemigo que tiene que atacarlo, y de conseguir que las fuerzas de arriba lo acompañen y lo apoyen en el penoso combate que va a librar entre su naturaleza eterna y su naturaleza pasajera y aparente, lo mismo que en la terrible prueba que va a sufrir su caridad, cuando vaya a ser entregado por completo para la liberación de sus hermanos y necesite hacer que caiga, gota a gota, toda la sangre de su ser y de su amor, para hacer que llegue a nosotros el río de la vida.

El espíritu nos dice también: «hijos míos, me queda poco tiempo para estar entre vosotros. Me buscaréis y, lo mismo que he dicho a los judíos que no podían venir donde yo voy, os lo digo también ahora, porque el espíritu es el maestro y nosotros no somos más que los discípulos y no podemos recibir nada más que lo que viene de él, mientras que la fuente en la que él vive nos resulta siempre impenetrable, y porque este espíritu va a realizar la obra de la liberación de los cautivos que podemos repetir después en su nombre, en nosotros mismos y en nuestros hermanos; pero nosotros no hubiésemos podido realizarla nunca sin él y si él no hubiese empezado por realizarla en nosotros. Por eso es por lo que él había dicho a los suyos antes: podréis beber el cáliz que yo beberé. Por eso es también por lo que acababa de admitirlos a la participación del cáliz y a comer su cuerpo en el paso, para prepararlos para participar después en toda la actividad de su obra, porque todas estas palabras son espíritu y vida.

Una vez comenzada la obra también por él, ya que el traidor se había marchado después de recibir su trozo, anuncia que ahora el hijo del hombre está glorificado y que Dios está glorificado en él, y entonces es cuando les da las principales instrucciones relacionadas con la obra que va a consumir y que ellos deben compartir con él: «os doy un nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. En eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros». Dijo esto para que comprendiesen que la obra de este maestro era la obra de amor y que jamás podrían ser la imagen y semejanza de su principio si no se hacían, por sus obras y por su sacrificio, la imagen y semejanza de este amor.

61

«Que vuestro corazón no se preocupe. Creéis en Dios, creéis también en mí. Hay muchas moradas en la casa de mi padre. Si no fuese así, os lo habría dicho, porque me voy para prepararos el sitio. Y, después de que me

haya ido y os haya preparado el sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que estéis donde yo esté». Esta morada que tenía que preparar era la que la fuerza perversa había usurpado en el universo y en el hombre, al que el espíritu venía a devolverla para que se cumpliesen los decretos del amor y de la justicia del ser soberano. Estas moradas diferentes que hay en la casa del padre son los diferentes dones y las diferentes recompensas que se han prometido a los que los hayan hecho valer.

Sabéis muy bien adónde voy y conocéis el camino. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al padre, si no es por mí. Porque hemos visto que, si no naciese en nosotros un hijo, jamás sería conocido ni manifestado nuestro ser y todos los seres de deseo que se elevan en nosotros no llegarían jamás a nuestro estado fundamental y constitutivo, sin la mediación de este hijo que debe nacer en nosotros, si queremos que se restablezca la armonía universal.

« ¿No creéis que yo estoy en mi padre y que mi padre está en mí? Lo que os digo no os lo digo por mí mismo, sino que mi padre, que mora en mí, es el que hace las obras que yo hago. ¿No creéis que yo estoy en mi padre y que mi padre está en mí? Creedlo, aunque sólo sea por las obras que yo hago». ¿Cómo no íbamos a creer en nuestro ser esencial y fundamental, si vemos que le nace un hijo en nosotros? Al mismo tiempo, ¿puede ofrecer este hijo testimonios reales de su padre, si no está continuamente en este padre y si su padre no está continuamente en él? Esta observación habría podido influir en los que dudan de la Divinidad del reparador y, a la hora de la verdad, no dudan tanto de la Divinidad de este reparador, nada más que porque no dudan mucho de la divinidad de la materia y porque no se han preocupado de trabajar para que nazca en ellos un hijo, ya que, si el hombre no renace de nuevo, no puede entrar en el reino de los cielos.

Pero si hubiesen trabajado para hacer que nazca en ellos un hijo, sería a ellos a quienes se dirigiese esta palabra: «Cualquier cosa que pidáis a mi padre en mi nombre, yo la haré, para que mi padre sea glorificado. En verdad, en verdad os lo digo: el que crea en mí hará las obras que yo hago y las hará aún mayores, porque yo me voy a mi padre» y de este modo (como se ha indicado en el hombre de deseo), la acción que envíe este reparador será más abundante y más poderosa, ya que procede, al mismo tiempo, de la acción del padre y de la acción del hijo juntas, y en la tierra no ha actuado nada más que como hombre, en el poder del espíritu, mientras que, por su reunión con su padre, actuará como Dios y por el poder de la misma unidad, imagen perfecta de las dos leyes que hemos observado ya con frecuencia, la última de las cuales es la única que puede completar nuestra reconciliación, uniéndonos de nuevo a nuestro verdadero origen, lo mismo que el reparador, después de su obra temporal, se ha reunido con su padre.

«Si me amáis, guardad mis mandamientos y rogaré a mi padre y Él os dará otro consolador, para que se quede eternamente con vosotros el espíritu de verdad que no puede recibir el mundo, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conoceréis, porque se quedará con vosotros y estará en vosotros». Este mismo hijo espiritual, nacido de nosotros y en nosotros por obra divina, es el que se convierte en nuestro consolador, lo mismo que se ha convertido en nuestro libertador, a imitación y conformidad del consolador universal y del libertador eterno que quiere que repitamos en nosotros mismos la obra que ha realizado en todo nuestro círculo. Este consolador debe, en realidad, quedarse eternamente con nosotros, desde que ha nacido del espíritu de Dios, mientras que los demás niños que dejamos que nazcan todos los días en nosotros mismos no ven que subsista su raza, porque son hijos del mundo. Por eso es por lo que este consolador particular no puede ser recibido por el mundo, porque es ajeno al mundo, como la luz es ajena a las tinieblas, y porque el mundo no lo ve ni lo conoce.

«No os dejaré huérfanos, vendré con vosotros. Dentro de poco, el mundo no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis también. Ese día sabréis que yo estoy en mi padre y vosotros en mí y yo en vosotros». El alma del hombre alimenta a su propio hijo. Porque, lo mismo que el padre tiene la vida en sí mismo, ha concedido al hijo tener la vida en sí mismo. Además este consolador no debe dejar en nosotros ningún huérfano, porque tiene la vida en sí y puede comunicarla a todos los suyos.

Todo lo que hay en nosotros puede ver a este consolador, porque él vive y da a todo lo que hay en nosotros la facultad de vivir como él. Entonces es cuando todo lo que hay en nosotros reconoce que el consolador está en su padre, que todo lo que hay en nosotros está en este consolador y que este consolador está en todo lo que hay en nosotros.

El que ha recibido mis mandamientos y los guarda es el que me ama. El que me ama será amado por mi padre y yo lo amaré también y me manifestaré ante él. Todo lo que en nosotros es fiel a la voz de nuestro consolador particular y observa sus mandamientos es fiel a este consolador y será amado por el padre de este consolador y este consolador lo amará y se manifestará a él, pero, como este consolador, o el hijo que debe nacer en nosotros, tiene todo lo que hay en su padre, ¿qué maravillas no debe comunicar a quien él quiera descubrirse en nosotros, es decir, a los que lo aman y observan sus mandamientos?

La palabra de consciencia tiene, sin duda, muchos derechos a nuestras muestras de respeto y es la palabra más grande que pueda emplear la sabiduría vulgar; pero es infinitamente menor que el nombre de este hijo y de este consolador espiritual que puede nacer en nosotros e iluminarnos.

«Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi padre lo amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada. El que no me ama, no guarda mi palabra, y la palabra que habéis oído no es mi palabra, sino la de mi padre que me ha enviado». Este consolador, o este hijo espiritual que debe nacer en nosotros, no sólo se descubre a todo lo que hay en nosotros que lo ama, no sólo comunica todo lo que recibe de su padre a lo que hay en nosotros que lo ama y cumple sus mandamientos, sino que hace que el padre ame también en nosotros todo lo que ama este consolador y vengan juntos a nosotros y establezcan aquí su morada. Pero, al no ser la palabra de este consolador, o de este hijo que debe nacer en nosotros, su palabra, sino la de su padre, no puede manifestarse en nosotros si no se manifiesta también su padre y nace en nosotros con él.

«Os he dicho esto cuando todavía estoy con vosotros; pero el consolador, que es el Espíritu Santo que enviará mi padre en mi nombre, os enseñará todo y hará que recordéis todo lo que os he dicho» Este nuevo consolador que se nos ha anunciado es el mismo que ha nacido ya en el hombre nuevo; pero la diferencia que hay entre uno y otro es que el primero ha nacido en nosotros en la amargura y en el dolor, mientras que el segundo debe nacer en la alegría, lo que no puede ocurrir mientras no realice y efectúe en nosotros físicamente todos estos consuelos, todos estos desarrollos, todas estas virtudes, todas estas luces que no había hecho más que anunciar durante el trabajo penoso de su obra y durante la permanencia que ha querido tener en nuestras tinieblas y en nuestros abismos. Entonces es cuando hace que nos acordemos de todo lo que nos ha dicho antes.

«Os dejo la paz, os doy mi paz; pero no os la doy como la da el mundo... Que vuestro corazón no se preocupe ni se asuste... Habéis oído que os he dicho: me voy y vuelvo con vosotros». Nos deja la paz de la esperanza y esta paz es real, porque es la suya misma. No nos la da como la da el mundo, ya que la paz del mundo no es más que una oscuridad que nos lleva siempre por caminos tenebrosos para que no lleguemos nada más que a decepciones, mientras que la paz del consolador o del espíritu que nace en nosotros es una paz viva, una paz de fuego que cada día es más clara y que no debe terminar nada más que con el esplendor de la luz.

Por tanto, no tengamos miedo a la inquietud en que nos deja este espíritu durante algunos momentos. Alimentémonos con la paz y la esperanza que nos ha dado y tengamos la seguridad de que regresa a su padre solamente para volver con nosotros cargado de las mayores riquezas y de los tesoros más valiosos. ¿No va a buscar nuestro enemigo otros siete espíritus para apoderarse de la casa que ha dejado? ¿Cómo no va a tener el consolador y príncipe de la paz y del poder los mismos poderes en el orden de la verdad?

«Si me amaseis os alegraríais de lo que os he dicho: que me voy con mi padre, porque mi padre es mucho más grande que yo». Deseemos que nuestro consolador particular, o el espíritu que debe nacer en nosotros, vuelva pronto con su padre, porque su padre es más grande que él y porque, con ello, tenemos que conseguir nuevas fuerzas, nuevos favores y nuevos consuelos. Si lo amamos, tenemos que desear este regreso a su padre, porque así debe hacer no sólo nuestra felicidad, sino también la suya propia, por su unión con su origen.

De ahora en adelante, ya no os diré nada, porque va a venir el príncipe del mundo y no hay en mí nada que le pertenezca. La voz de la verdad o de nuestro consolador se calla cuando se acerca la voz de la mentira para hacer que suframos otra prueba se calla para hacer que desarrollemos nuestras fuerzas: se retira, porque el enemigo no tiene nada que hacer con ella, sino con nosotros.

Pero me voy para que el mundo sepa que amo a mi padre y que hago lo que mi padre me ha ordenado. Si amamos a nuestro consolador o al espíritu que debe nacer en nosotros, no dejaremos de volver hacia él, para que todo lo que hay en nosotros sepa que lo amamos y que somos fieles al mandamiento que nos ha hecho de considerarlo como la causa de nuestras alegrías y el agente benéfico de nuestra liberación. No dejaremos de tributarle acciones de gracias por todos sus favores y, acercándonos a él todo lo que nos sea posible, le daremos verdaderos testimonios de nuestro agradecimiento y de nuestro amor.

62

Yo soy la verdadera viña y mi padre es el viñero. Me cortará todos los sarmientos que no den fruto y preparará los que tengan fruto, para que den más aún. Lo que hace el reparador en toda la familia humana lo hace el espíritu en nuestro hijo espiritual, para darle una constitución sana y robusta y para hacer que produzca numerosos frutos, y, a su vez, este hijo espiritual debe hacerlo en nosotros con todo nuestro ser. Pero este hijo espiritual es nuestra verdadera viña, cuyos sarmientos son nuestras facultades, lo mismo que todo nuestro ser es un sarmiento de la viña universal o del reparador eterno.

Vosotros ya sois puros por la palabra que os he dicho: morad en mí y yo, en vosotros. Por parte de la verdad, esta simple invitación tiene un efecto activo, porque no puede tener lugar nada más que por la manifestación de la palabra y la palabra de la verdad no se pronuncia sin difundir alrededor de ella la pureza, de la que ella es principio. Además, si se ha oído la palabra, ya se está puro. Por eso no tendrá excusa el que la haya oído y no la practique, porque no le habrá faltado la luz ni los medios. El espíritu nos hace que oigamos todos los días esta palabra:

«Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, sino que tiene que estar unido a la cepa, así también vosotros tampoco podéis darlos si no estáis unidos a mí. Yo soy la cepa de la viña y vosotros, los sarmientos. El que mora en mí y yo en él da frutos abundantes, porque no podéis hacer nada sin mí». Es dulce y consolador sentir que nuestra fructificación depende de nuestra adhesión al espíritu y a la palabra, sentir que se debe producir en nosotros un matrimonio real de la palabra con el ser divino y que de él nace este hijo espiritual y este hombre nuevo que nos hace ver las bellas campiñas de la tierra prometida.

Pero, siempre fieles a la naturaleza, no contamos con la solidez de esta alianza y con los largos días del que debe recibir su nacimiento en nosotros, nada más que en la medida en que la vida divina venga a establecerse en nosotros, como de incógnito, y se forme, como en secreto, una fuente viva e inagotable cuyos arroyos van todos a formar, a su vez, alianzas particulares con todas las formas y todas las propiedades de nuestro ser.

No podemos sentir esta verdad deliciosa y activa sin reconocer la certeza de estas palabras: «no podéis hacer nada sin mí... el que no viva en mí será expulsado fuera, como un sarmiento inútil. Se secará y lo cogerán para echarlo al fuego, donde se quemará». ¿Queréis evitar este espantoso peligro? Evitad que todo vuestro ser pase sus días en la esterilidad y en la sequedad. ¿Queréis, repito, evitar este peligro? Poned delante de vosotros el nombre del Señor. Que ese altar esté siempre levantado y preparado para recibir vuestras ofrendas. No toméis una decisión, no permitáis un movimiento de vuestro ser, sin venir antes a presentarlo al templo, como ordenaba la ley de los hebreos para las primicias de todos los productos de la tierra; tened siempre el incensario en la mano para honrar a aquél de quien tenéis este hijo del hombre, este primogénito vuestro que se convierte en vuestro guía en los penosos viajes y que debe enseñaros a celebrar ese nombre del Señor en vuestros éxitos, en vuestras necesidades, en vuestros consuelos, en vuestros apuros, ya que, sin él, todas las ramas de vuestro árbol espiritual se quedarían secas y estarían condenadas al fuego y, sin él, estaríais sin actividad, sin penitencia, sin valor, sin humildad, sin amor, sin confianza, ya que, finalmente, sin él todo lo que hay en vosotros estaría sin palabra.

Por el contrario, «Si moramos en él y sus palabras moran en nosotros, pediremos todo lo que queramos y se nos concederá, porque la gloria de su padre es que demos muchos frutos y nos hagamos sus verdaderos discípulos».

«Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado también los mandamientos de mi padre y me mantengo en su amor». Ése es el efecto de la verdadera morada del hombre nuevo,

porque no puede habitar nada más que en su padre, ya que es de él de quien recibe continuamente la vida, y es una morada parecida la que nos promete el hombre nuevo o nuestro hijo espiritual, si nos mantenemos en su amor, como él se mantiene en el amor de su padre. Pero mantenerse en el amor del Señor es no salir de él y es no ir a otro sitio, es no moverse ni siquiera de su lugar, y, si este amor del Señor pudiese persistir en nosotros con la misma constancia, ¿no sería nuestra felicidad imperturbable, a partir de ese momento? ¡Qué grandes y poderosos son los que están tranquilos, quietos y plácidos como está la vida de la unidad en la unidad!

Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena y perfecta. Si el hombre nuevo nos comunica la alegría de que está lleno, que él saca continuamente de la alegría de su padre, nuestra alegría será plena y perfecta, porque será el fruto divino de la vida eterna y este fruto no puede manifestar su madurez y toda la dulzura de sus sanos jugos nada más que cuando ha llegado hasta el alma del hombre y ha impregnado y vivificado todas sus facultades, hasta el punto de que se hayan convertido a su vez en árboles soberbios y fértiles, a imitación del árbol no creado, cuyas representantes en la tierra deben ser ellas.

«Nadie puede tener un amor más grande que el de dar la vida por sus amigos. Seréis mis amigos si hacéis lo que yo os mando». ¿Qué es lo que nos manda el espíritu? Que le dejemos pasar a nosotros y manifestarse por nosotros, para que sea conocido por las naciones y se llene todo de su luz y su plenitud. La forma de hacernos sus amigos consiste en que él no pueda pasar a nosotros sin dejarnos rayos de la vida de la que él es el origen y sin pronunciarse él mismo en nosotros, según nuestro propio modo y según todas las formas de nuestro ser.

«Ahora ya no os voy a llamar servidores, porque el servidor no sabe lo que hace su amo, sino que voy a llamaros amigos, porque os he hecho saber todo lo que he aprendido de mi padre. No sois vosotros quienes me habéis elegido a mí, sino que he sido yo quien os ha elegido a vosotros y os he puesto para que deis muchos frutos. Eso es lo que pretende en realidad el espíritu con nosotros y eso es también lo que quiere el hombre nuevo y para eso es para lo que se propaga el amor y, cuando todo lo que hay en nosotros se ha hecho amigo, nos hacemos amigos del Señor.

«Si os odia el mundo, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si vosotros fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, como vosotros no sois del mundo, os he elegido y os he apartado del mundo». Nuevo cuadro del destino primitivo del hombre, por el cual debía flotar por encima de este mundo y beber continuamente su misión divina en la fuente superior y eterna.

«El servidor no es más que el amo. Si me han perseguido, os perseguirán a vosotros; pero os darán todos estos malos tratos por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado». El enemigo, que se ha apoderado del reino de este mundo, extiende su odio a todos los que se ponen de parte del que ha hecho su adversario y, si vemos cómo ha tratado sus obras, no debe extrañarnos el modo de tratar a sus obreros. ¿Pero qué podemos temer, si sabemos unirnos a esta verdad? El enemigo, que, con sus planes, no hace más que perjudicarse y no ha podido hacer nunca nada contra la verdad, no podrá hacer nada contra nosotros, si nos unimos a ella y, siguiendo su ejemplo, planeamos por encima de la región de los destinos.

«Si yo no hubiese venido y no les hubiese hablado, no habrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado. El que me odia a mí odia también a mi padre». Ver al hijo y no reconocer al padre es no tener fe, inteligencia ni voluntad. Es no tener inteligencia, porque el que ve al hijo ve al padre; porque ocurre con esta manifestación lo mismo que con la de nuestra palabra, en la que aquéllos a quienes la manifestamos pueden ver nuestro pensamiento, que es su padre, Es no tener voluntad, porque esta palabra que se presenta bajo la forma humana nos anuncia de forma bastante clara cuáles son nuestros derechos y nuestros privilegios y lo que podrían hacer que consiguiésemos, con poco que quisiésemos utilizarlos.

Por eso es por lo que el reparador añade: «Si no hubiese hecho entre ellos obras que nadie más ha hecho, no habrían pecado; pero ya las han visto y nos han odiado a mí y a mi padre». Pues, si el que ve al hijo ve al padre y el que ama al hijo ama al padre, es imposible, por la misma razón, odiar al hijo sin odiar al padre, teniendo en cuenta que el padre está en el hijo, lo mismo que el hijo está en el padre.

«Pero, cuando haya venido el consolador que os enviaré de parte de mi padre, el espíritu de verdad que procede del padre, dará testimonio de mí». Desgraciadamente, es posible que los que no hayan visto al padre en el hijo no vean tampoco al espíritu, y entonces será cuando se confirmará y comprobará su falta, de tal modo que no tendrán ninguna excusa y para ellos la justicia, en vez de convertirse en misericordia y amor, se convertirá en condena (Salmo 93: 15).

Pero, en cuanto a vosotros, también daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio. ¿Cómo no van a dar testimonio de él ante el consolador los que hayan visto al hijo y hayan estado con él desde el principio, cuando, después de ver al hijo, pueden dar también testimonio del padre? Es un testimonio semejante el que esperará el hombre nuevo de todo el que está en él, ya que su pensamiento, su palabra y su obra estarán íntimamente vinculadas y dar testimonio de uno es dar testimonio de los otros dos.

63

«Os he dicho estas cosas para protegeros de escándalos y caídas. Os echarán de sus sinagogas y llegará un tiempo en el que cualquiera que os dé muerte creerá que hace un sacrificio a Dios. Os tratarán así porque no conocen a mi padre ni a mí». El escándalo es la vergüenza de la inteligencia, tanto por parte del que lo produce como por parte del que lo recibe, porque el que tiene los ojos abiertos se observa en sus propias medidas y distingue muy bien las de los demás, para no dejar de darles lo que les pertenece, bien sea por su dedicación, cuando son justas, o por la condescendencia y la piedad, cuando no lo son.

«No os lo he dicho desde el principio, porque estaba con vosotros. Ahora me voy con el que me ha enviado y ninguno de vosotros me pregunta dónde voy; pero, cuando os he dicho todo esto, se ha llenado de tristeza vuestro corazón». Estos escándalos no pueden ocurrir cuando el espíritu de la verdad está habitando en el hombre, porque él lo aclara todo. Por eso es por lo que el hombre se aflige cuando prevé periodos en los que tendrá el trabajo de separar él mismo la luz de las tinieblas, porque estará solo. Pero no prevé que esos periodos no son nada más que para prepararle el camino para la realización de su obra, sin lo cual se llenaría de consuelos.

«Os conviene que yo me vaya, porque, si no me voy, el consolador no va a venir a vosotros; pero, si yo me voy, os lo enviaré». ¿Cómo iba a nacer en nosotros el consolador o la obra efectiva, si la voluntad, el amor y la palabra no nos lo envían? ¿Y cómo nos lo iba a enviar esta palabra, si no volviese a su padre, de donde ha nacido?

«Y, cuando haya venido, convencerá al mundo en lo relacionado con el pecado, en lo relacionado con la justicia y en lo relacionado con el juicio. En lo relacionado con el pecado, porque no han creído en mí», a pesar de tener en ellos una palabra que les demostraba la existencia de su pensamiento, como mi palabra y mis obras les demuestran la existencia de mi padre.

En lo relacionado con la justicia, porque me voy con mi padre y ya no me veréis, teniendo siempre en cuenta que yo no he aparecido junto a vosotros nada más que para liberaros de vuestra esclavitud y de vuestras cadenas y que ahora es preciso que se os deje desarrollar vuestras fuerzas para que alcancéis la meta y consigáis las recompensas prometidas a todos los fieles servidores.

En cuando al juicio, porque el príncipe del mundo ya está juzgado, y la presencia del consolador dará a conocer a este príncipe del mundo que ya no tiene nada que esperar, que sus proyectos están desconcertados y sus fuerzas, destruidas, que van a caer sobre él y sus seguidores la vergüenza, la confusión y los castigos más horribles, mientras que la luz y los consuelos

van a llenar a los que él ha querido convertir en sus víctimas. No podéis dudar de la existencia de estos tres testimonios del espíritu, ya que el hombre nuevo, que es la imagen de este espíritu, puede hacer que encontréis los tres en vosotros mismos.

«Tengo todavía muchas cosas que deciros; pero no podéis soportarlas ahora. Cuando haya venido el espíritu de la verdad, él os enseñará toda la verdad, pues no hablará de sí mismo, pero os dirá todo lo que haya oído y os anunciará lo que vaya a ocurrir». El hombre nuevo descubre en él cada día nuevos resplandores, que no pueden captar aún las diversas inteligencias de su ser. Está obligado a encerrarlos dentro de sí mismo, hasta que estas inteligencias hayan adquirido más fuerzas y más consistencia, es decir, hasta que los rayos del espíritu hayan transformado su substancia incompleta en una substancia de realidad y de verdad; pero, al mismo tiempo, se llena cada día de una nueva esperanza en que se cumplan estos efectos beneficiosos, porque, al combatir con valor la apariencia que lo rodea, llega a sentir en sí mismo como el contacto de la vida misma, como ese punctum saliens del que tiene motivos para pensar que, con el tiempo, no pueden salir más que ríos abundantes que no dejarán en la esterilidad a ninguna de las regiones de su ser.

«Él es quien me glorificará, porque tomará de lo que hay en mí y os lo anunciará. Todo lo que tiene mi padre es mío y por eso es por lo que os he dicho que cogerá de lo que es mío y os lo anunciará». Cuando el espíritu coja de lo que es del hijo, cogerá lo que es del padre, ya que todo lo que es del padre es del hijo. Por eso es por lo que glorificará al hijo, porque desarrollará y manifestará como pertenecientes al hijo, las maravillas de las que el padre es origen y depositario. Por eso es por lo que la gloria del hombre nuevo será tan grande cuando todas sus facultades hayan sido renovadas por el espíritu, porque este espíritu dará así testimonio de que el hombre nuevo está, a su vez, lleno de las maravillas del padre y esta Divinidad suprema ha pasado, en realidad, por completo a él.

Dentro de poco ya no me veréis y, un poco después, me veréis, porque me voy a mi padre. La primera aparición que hace el hombre nuevo en vosotros está velada y cubierta por las nubes de la región figurativa y pasajera y no puede tener más que un tiempo y cuando se cumple ese tiempo, tiene que terminar: pero sólo termina para volver con más esplendor, ya que el hombre nuevo, al acercarse al origen del que procede, toma una nueva vida y una existencia completamente espiritual, palabras que los apóstoles no podían comprender.

En verdad, en verdad, os digo que lloraréis y gemiréis, mientras el mundo está contento. Estaréis tristes; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. ¿Por qué va a estar el mundo contento cuando haya desaparecido el hombre nuevo? Porque creerá que este hombre nuevo ha desaparecido para

siempre y porque este hombre nuevo es para él un ser escandaloso que, con su sola presencia, le reprocha su nada y su impiedad. El mundo hace con el hombre nuevo lo mismo que hizo Herodes con el precursor en Jerusalén.

«Cuando una mujer da a luz, está triste porque le ha llegado su hora; pero, después de nacer el niño, con la alegría que tiene por haber traído un hombre al mundo, se olvida por completo de todos sus dolores». Ésta es la alegría que el hombre nuevo puede conocer sólo cuando se da cuenta de que ha salido de la esclavitud y del lugar de tinieblas y de que el espíritu lo ha traído a la vida. Sentirá esta alegría de una forma mucho más viva cuando se confirme en él este nacimiento con la presencia del consolador.

«Ahora estáis tristes; pero os veré de nuevo y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará la alegría», porque el hombre que habréis puesto en el mundo no habrá nacido de la carne, de la sangre ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad del espíritu y, por eso, este hombre será llamado hijo de Dios.

Ese día, ya no me preguntaréis nada, porque ¿cómo ibais a tener necesidad de preguntarme, si el que ha de venir a enseñaros la verdad va a ser para vosotros la continua expresión del padre y del hijo y va a desarrollar continuamente en vuestro corazón y en vuestro espíritu todos los tesoros de la sabiduría y todas las maravillas de la unidad?

«Os he dicho esto en parábolas. Se acerca el tiempo en que ya no utilice parábolas y os hable abiertamente de mi padre. Entonces, preguntaréis en mi nombre y no os digo que pediré a mi padre por vosotros, porque mi padre os ama también, porque me habéis amado y porque habéis creído que yo he salido de Dios». El tiempo de las parábolas es el tiempo en que nos encontramos todavía bajo las sombras de nuestra región tenebrosa que, como la antigua alianza, no nos permite ver nada más que relámpagos de la verdad. Cuando llega la edad de la madurez del espíritu para el hombre nuevo, está por encima de las parábolas, porque la palabra o la boca del padre está abierta para él y el padre trata de recompensarlo por haber reconocido la palabra y la boca de su hijo.

He salido de mi padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y voy con mi padre. ¿Cómo podría el hombre nuevo manifestarse en nosotros a las tinieblas que nos componen, si no saliese de su padre? ¿Cómo podrían vivir juntas la luz superior y las tinieblas inferiores? Además, si la luz superior y las tinieblas inferiores no pueden estar juntas, ¿cómo podría el hombre nuevo, después de haber salido de su padre para venir con nosotros en este bajo mundo, dejar este bajo mundo para volver con su padre?

«Ahora creéis, pero llegará y ha llegado el tiempo en que os dispersaréis cada uno por un lado y me dejaréis solo; pero yo no estoy solo, porque mi

padre está conmigo». La presencia del hombre nuevo alegra durante algún tiempo nuestras facultades tenebrosas; pero, cuando se retira para volver con su padre, se quedan en manos de sus tinieblas y ya no se acuerdan de él, hasta que vuelva para regenerarlas de nuevo. Pero, por más que lo dejen solo, él no puede estar solo, porque es un testimonio vivo de la existencia y la presencia de su padre junto a él.

«Os he dicho esto para que encontréis la paz en mí; tendréis penas en el mundo; pero tened confianza: yo he vencido al mundo». El hombre nuevo no viene en medio de nosotros nada más que para romper nuestros lazos y para vencer al mundo que hay en nosotros. De este modo, las tinieblas que nos siguen rodeando después de su regreso con su padre ya no están vivas como estaban antes y tienen que acabar por fuerza iluminándose, pues se les han cortado las raíces y el hombre nuevo ha vencido al mundo. Ésta es la razón de que el hombre nuevo sea tan importante para nosotros, ya que sin él todas nuestras substancias espirituales habrían conservado para siempre sus tinieblas y las raíces de estas mismas tinieblas.

64

Juntemos todas nuestras fuerzas, precipitémonos con ardor en el torrente que lleva la convicción, porque, sin convicción, no hay fuerza ni bravura y, sin fuerza ni bravura, no hay bondad, ni en nuestro corazón ni en nuestras obras. Juntemos, repito, nuestras fuerzas y digamos con el reparador: Padre mío, cuando llegue la hora, glorifica a tu hijo, para que tu hijo sea glorificado, porque la gloria y el interés de la alabanza de nuestro padre y de nuestro maestro deben animarnos más que nuestra propia gloria, y ¡pobre de aquél que, en su pensamiento, en su amor o en sus obras se atribuya a sí mismo un solo instante, porque ese instante está tan perdido para él como para su maestro! Los tiempos anteriores se han sacrificado a la consumación de nuestra vanidad; pero ha llegado la hora en que deben darse a conocer al mismo tiempo la fuerza del maestro, la debilidad del enemigo y la fidelidad del servidor.

«Le has dado poder sobre todos los hombres, para que dé la vida eterna a todos los que le has dado; pero la vida eterna consiste en conocerte a ti, que eres el único Dios verdadero, y al reparador que has enviado». No se da al hombre nuevo poder sobre todas las regiones de su ser, nada más que con el fin de que les comunique la vida eterna, de la que está lleno; pero esta vida eterna, ¿puede ser otra cosa más que conocer al autor supremo de la vida, en quien él ha enviado para manifestarlo, y sentir en nosotros mismos, como se nos ha dado, la obra efectiva de este nacimiento espiritual por el nacimiento del hombre nuevo en nosotros? Esta maravilla podría colmarnos de alegría, pero no debería sorprendernos, si tuviésemos siempre en la mente que todos debemos ser nexos, imagen y semejanza de Dios.

«Te he glorificado en la tierra... ahora, glorificame en ti mismo, con la gloria que he tenido en ti antes de que existiese el mundo». El hombre nuevo comprende fácilmente que hay dos glorias: la que tiene derecho a esperar de nosotros cuando nos manifieste la luz eterna de la vida, y la que esta luz eterna debe recibir cuando actúa directamente en él. Una de estas glorias parece ser más reversible para él que para la fuente de que procede; la otra parece más reversible para esta misma fuente. Por eso es por lo que quiere tanto ser glorificado por esta gloria: porque arde únicamente por el celo de la casa de su maestro.

«He dado a conocer tu nombre a los hombres que me has dado después de haberlos separado del mundo. Estaban en ti y tú me los has dado y ellos han guardado tu palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque les he dado las palabras que tú me has dado y ellos las han recibido y han reconocido verdaderamente que he salido de ti y han creído que tú me has enviado». Esta gloria que ha tenido el reparador en su padre antes de que existiese el mundo es tan grande que el hombre nuevo la pide como una recompensa a sus trabajos, como un lugar de reposo por haber manifestado la palabra. Esta gloria debe ser efectivamente el verdadero lugar de reposo para el espíritu del hombre que, según la ley de todo lo que existe, no puede encontrar descanso nada más que en la generación de su propia fuente en sí mismo.

«Por ellos es por los que pido; no pido por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío y yo soy glorificado en ellos». ¿Cómo iba a pedir el hombre nuevo por el mundo, si el mundo del que se habla aquí no está compuesto de hombres, sino de tiempo y de apariencia, que no pueden ni producir la oración ni participar en las dulzuras de sus frutos?

«Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos sí que están todavía y yo me voy contigo. Padre santo, conserva en tu nombre a todos los que me has dado, para que sean uno, lo mismo que nosotros». El hombre nuevo, aunque haya salido del mundo en espíritu, se ocupa de los suyos que están todavía en el mundo, porque sabe que todavía están en peligro, hasta que se haya terminado por completo el trabajo que se hace con ellos, y, como sabe que sólo puede vivir por su padre, emplea todo su amor ante este padre que se los ha dado y sin el cual sabe que ellos no pueden vivir más que él mismo.

«Cuando yo estaba con ellos en el mundo, los mantenía en tu nombre. He mantenido a los que me has dado y no se ha perdido ninguno de ellos, sino solamente el que era hijo de perdición, para que se cumpliese la escritura». La presencia del hombre nuevo entre los suyos es suficiente para protegerlos y, si el hombre cuidase de su círculo en santidad, no perdería a ninguno de los que están en él, con excepción del hijo de perdición que hay también en nosotros, que debe colaborar en nuestra regeneración, lo mismo

que ha colaborado en nuestra perdición; pero, al haber colaborado con éxito en nuestra perdición, ha de sentir por fuerza vergüenza al colaborar en nuestra liberación, para que la justicia que se ha pronunciado contra él desde el momento del crimen y se ha promulgado en las escrituras, se lleve a cabo en nuestra santificación, como ocurre con Iscariote, que asistió a la cena celebrada por el reparador y tuvo éxito al entregarlo a los príncipes de la sinagoga; pero, para él, el sacrificio glorioso de este reparador no fue después nada más que una vergüenza y un castigo más.

«Ahora vengo a ti y digo esto estando todavía en el mundo, para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría. Les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado... No te digo que los quites del mundo, sino que los protejas del mal. Santificalos en tu verdad... Yo me santifico a mí mismo por ellos, para que ellos sean santificados también en la verdad». ¿Qué sería la santificación del hombre nuevo, si no se extendiese a todo su ser? ¿Y qué sería la santificación de todo su ser, si no se extendiese nada más que a su propio círculo?

«Te ruego no sólo por ellos, sino también por los que deben creer en mí por su palabra. Para que todos ellos sean uno, lo mismo que tú, padre mío, estás en mí y yo en ti, y del mismo modo sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado». ¿Qué otro deseo, que el de la expansión de la unidad, puede darse a conocer al que está lleno de la vida de la unidad? Además, los rasgos característicos más vivos que encuentra el hombre nuevo cuando entra en la vía de la regeneración son el celo y el fervor por esta expansión de la unidad, el dolor que le produce la visión de los campos de Israel abandonados y desiertos, así como el espectáculo de todos esos hermanos que han sido llevados en cautividad y están sumidos en la esclavitud, y él siente en sí mismo todas estas impresiones distintas, pues no debemos olvidar que el hombre es, por sí solo, todo un universo y no debemos dudar que si, a imagen del reparador universal, hay en cada uno de nosotros un libertador particular, es porque hay también reyes de Egipto y de Babilonia, que no dejan de encontrar también en nosotros un pueblo culpable que ellos llevan todos los días a la esclavitud.

«Les he dado la gloria que tú me has dado, para que sean uno, lo mismo que nosotros somos uno. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, para que se consuman en la unidad y sepa el mundo que tú me has enviado y que tú los amas igual que me has amado a mí». Ésta es la unidad efectiva y conocida como efectividad por los que ella ama y la buscan como ha hecho el hombre nuevo. Eso es lo que los pone en situación de convencer al mundo de que la gloria de esta unidad ha llegado hasta ellos y, por consiguiente, ha llegado también el medio de transmitirla y se ha manifestado a las naciones.

«Padre mío, quiero que los que tú me has dado estén también conmigo donde yo estoy, para que contemplan mi gloria, que tú me has dado, porque

me has amado antes de la creación del mundo». Hombre nuevo, contempla aquí la gloria que te prepara el reparador, para que, a tu vez, tú la prepares a los tuyos. No es nada menos que estar donde está ahora el reparador; no es nada menos que contemplar su propia gloria, llegar así a esa luz que hay por encima de los tiempos, sentir, elevándote hasta él, lo que es haber sido amado por Dios antes de la creación del mundo, y reconocer por este medio la inmensidad del amplio campo que puede abarcar tu antiguo origen y tu santa inmortalidad.

«Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo sí te he conocido y los que han sabido que tú me has enviado. He hecho que conozcan tu nombre y seguiré haciendo que lo conozcan, para que el amor por el que me has amado esté en ellos y yo mismo esté en ellos». Hombre nuevo, no dejes de recalcar ante todos los tuyos estas últimas palabras que dijo el reparador antes de ser entregado para consumir su sacrificio. No dejes de decirles que el objetivo de todos sus deseos es que el amor, por el cual lo ha amado su padre, esté en los discípulos y que lo único que pretende es estar en ellos, para hacer que les llegue este amor con el que es amado por su padre y con el que él ama a toda la familia humana. No dejes de hacer que se den cuenta de que, si les muestra así su amor, como objetivo final de todas sus obras y de todos sus proyectos, es porque este amor es su principio eterno y universal.

65

Después de haber terminado así sus instrucciones, el reparador se retira al valle de Getsemaní, o valle del Aceite, y entra en el Huerto de los Olivos, donde solía ir con sus discípulos. Este nombre de valle del Aceite es de por sí

parecido a la obra de paz que venía a realizar el reparador y, en este jardín de pacificación es donde va a ser traicionado y entregado, como en otro tiempo el primer hombre en el jardín del Edén o de las delicias, para que, con estas sorprendente correspondencias, el hombre inteligente capte la relaciones que hay entre estas épocas diversas y no pueda tener ya ninguna duda de que el reparador no ha querido en absoluto caminar por los mismos caminos que el hombre culpable, sino con otro espíritu y con la intención de rectificar estos caminos y restablecer lo que había destruido este hombre culpable.

Aquí es, hombre nuevo, donde va a parecerte abrumador el peso de la obra. Vas a empezar a ponerte triste, vas a decir a los más allegados a ti: mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo. Pero, como el hombre culpable pecó solo, tú crearás que están todavía muy cerca de ti, en la expiación que vas a sufrir, y trabajarás solo en esta terrible expiación. Concentrarás todas tus facultades en ti mismo, en razón de la criminal concentración a la que se redujo el hombre con su crimen. Esta expiación te

parecerá tan terrible que dirás: padre mío, si es posible, haz que se aparte de mí este cáliz; pero, imponiéndose la sumisión sobre la debilidad, añadirás: ¡Pero hágase tu voluntad y no la mía!

Te volverás hasta tres veces hacia los tuyos y los encontrarás dormidos, lo mismo que se durmieron en otro tiempo las tres facultades del primer culpable, y les dirás: se acerca la hora y el hijo del hombre va a ser entregado a las manos de los pecadores. Después recibirás el beso de Judas, un beso parecido al que recibió del enemigo el primer culpable en las falsas promesas de una grandeza ilusoria, con la que abrigó cierta esperanza, y caerás, como aquel primer hombre culpable, en manos del que te traiciona. Pero el primer hombre cayó así en manos de sus enemigos, simplemente porque suspendió sus poderes, mientras que tú, hombre nuevo, vas a suspender los tuyos para volver a caer en el poder de Dios, con el fin de que puedan ponerse en movimiento todos los resortes de la expiación.

No ignorabas la ley que dice: el que a hierro mata, a hierro muere, ya que la recuerdas al que quiere defenderte, y no quieres ni siquiera recurrir al socorro de tu padre, que te enviaría docenas de legiones de ángeles, porque tu sacrificio debe ser voluntario para que sea útil, ya que el crimen del primer hombre fue funesto precisamente porque fue voluntario.

Del mismo modo, para demostrar a tus enemigos tu dedicación voluntaria, los derribarás en principio, con sólo decir la palabra yo soy y, acto seguido, te entregas en sus manos, para demostrarles, por un lado, tu temible poder y, por el otro, la enormidad de su crimen, pues, a pesar de estos testimonios evidentes de tu poder, tienen la impiedad criminal de apoderarse de ti y de continuar sus atrocidades contra ti. Además, esto los hará para siempre indignos de perdón, porque no podrán poner la ignorancia como excusa. Pero todo esto ocurre para que se cumplan las palabras de los profetas. Y entonces, los tuyos, abandonándote, huirán todos, como cuando hay un dolor muy fuerte y grandes desgracias inevitables, que caen sobre nosotros y todas nuestras fuerzas quedan anuladas y parecen abandonarnos.

¿Pero ante quién vas a aparecer? Ante el que ejercía entonces el cargo de sumo sacerdote de la ley, y en el lugar donde se encuentran reunidas todas las tinieblas, es decir, los doctores de la ley y los senadores que, atormentados por los rayos de verdad que han salido de ti y que los humillan, buscan por todos los medios falsos testimonios contra ti para hacer que mueras.

Mientras que el sumo sacerdote no empleará contigo más que la voz de esos falsos testimonios, tú guardarás silencio, no sólo porque te has ofrecido, sino también porque sabes que, al haber falsificado el hombre el testimonio que debía dar en otro tiempo a la Divinidad suprema, es una ley

de justicia que sufra la ley del talión y sea objeto de los falsos testimonios. Pero, cuando el sumo sacerdote te ordene por el Dios vivo que le digas si tú eres el Cristo hijo de Dios, mostrarás tu respeto por este nombre inefable y le responderás que eres el ungido del señor para realizar tu regeneración particular, lo mismo que el reparador es el ungido del Señor para la regeneración universal. Incluso añadirás, para darle a conocer la tranquilidad que tienes en medio de tantas amenazas y tu esperanza en medio de tus tribulaciones, que un día verá al hijo del hombre sentado a la derecha de la majestad de Dios, que vendrá sobre las nubes del cielo.

El que ostenta el cargo de sumo sacerdote fingirá escandalizarse con tus palabras. En su ignorancia hipócrita, se rasgará las vestiduras diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Vosotros mismos acabáis de oírlo blasfemar. ¿Qué pensáis? Y, bajo la influencia de las ideas de su jefe, responderán: ha merecido la muerte. Entonces se reunirán contra ti todos los seguidores de este jefe ambicioso y celoso, te llenarán de insultos y ultrajes, multiplicarán las acusaciones contra ti, con el fin de desconcertarte en tu obra y, sobre todo, para evitar que manifiestes los títulos de la verdadera realeza.

Los enemigos de la paz y de la luz, al tratarte así, tendrán mucho cuidado de observar algunos puntos de la ley, para parecer fieles a la justicia, mientras degüellan tu inocencia. Así es como los judíos, llevando al reparador ante Pilatos para entregarlo a la muerte, no quisieron entrar en el palacio de este gobernador que no era de su religión, por miedo a que, al estar impuros, no pudiesen comer la pascua.

Habrà en ti un hombre natural, dirigido por su simple razón, que condenará todas las injusticias que tus enemigos interiores dirigirán contra ti. Hasta tratará, como Pilatos, de no prestarse a la ira de tus adversarios y persuadirlos de que te acusan y te condenan injustamente y sin razón; pero te verás obligado a reducir al silencio incluso a este hombre, porque en esos momentos debe reinar el poder de las tinieblas para que pueda cumplirse tu sacrificio. Es el momento en que debe manifestarse la dedicación pacífica del hombre nuevo y entonces es cuando debe sentir cuánto le ha costado él a la verdad suprema, cuando se ha visto ultrajada por el hombre prevaricador, y reconocerá que es necesario que él sufra una injusticia de la misma índole que la que se cometió con la caída.

Sin embargo, este hombre natural que hay todavía en ti y que no estará ciego ante las injusticias que se cometerán interiormente contra ti, se separará de tus acusadores y dirá, como Pilatos cuando hizo que le llevaran agua y se lavó las manos ante el pueblo: soy inocente de la sangre de este justo. En vano se opondría a tu condena y en vano dirían los reyes de la tierra, al mismo tiempo que te despreciaban como Herodes despreció al reparador, que no encuentran en ti nada que merezca la muerte; en vano

ofrecerían tu liberación con motivo de la pascua, siguiendo la costumbre de que el gobernador liberase a un criminal por aquellos días. Tus enemigos interiores no se contentan con acusarte como criminal, sino que además quieren que seas crucificado como tal, mientras que, a cambio, quieren que se libere a Barrabás, es decir, ellos quieren que el indulto caiga sobre el culpable y todo el furor de la venganza, que ellos llaman justicia, sobre el inocente.

Hombre nuevo, hombre nuevo, admira aquí esta santa y profunda planificación que aplica la sabiduría para que se cumplan sus destinos en beneficio de la posteridad del hombre. Pon tus ojos en todos estos hechos que el reparador ha presentado a tu pensamiento. ¿Con qué finalidad vino este reparador? ¿No era con la de salvar al culpable? ¿No era con la de liberar al esclavo? ¿No era con la de arrancar tu palabra de los abismos, que la tenían encerrada? ¿Habría sido para liberarse a sí mismo, que no estaba sometido a la ley del pecado?

Pero la liberación del culpable no podía tener lugar sin el sacrificio del inocente, ya que había que ofrecer un señuelo al enemigo para que se cebase en él con toda su ira y soltase la presa. Por eso es por lo que el reparador anula todas sus fuerzas espirituales para entregarse a la fuerza temporal de los hombres. Anula todas sus fuerzas espirituales, por su amor y por el deseo que tiene de devolver la vida a sus hermanos, lo mismo que el primer hombre había anulado las suyas con codicioso orgullo y una ceguera inicua; se entrega al poder temporal de los hombres en una fecha concreta en que su ley y sus costumbres lo autorizan a liberar a un criminal y, aunque tiene todos los medios para escapar de las manos de sus enemigos, se deja condenar por ellos y permiten que suelten al ladrón. Imagen temporal de la liberación espiritual que iba a realizarse en toda la posteridad humana, por la consumación de su sacrificio.

Eres tú, hombre nuevo, quien tiene que sacar de aquí las instrucciones convenientes que este proceso del reparador ha presentado a tu inteligencia. Suspende en ti mismo todos tus poderes espirituales de dominio y autoridad, para que no entren en acción nada más que tus poderes de resignación; inmola en ti, en todo momento, al hombre inocente, para la liberación del hombre culpable o del Barrabás que llevas en tu seno. Finalmente, ten la valentía de entregar al hombre ilusorio y pasajero en manos de tus enemigos: ellos mismos serán las víctimas de los dolores que le hagan sufrir, su sangre caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque al descargar su ira sobre el hombre ilusorio y pasajero, abrirán el camino al hombre real y regenerado en la vida y este hombre real y regenerado en la vida los llenará de vergüenza y los precipitará en los abismos.

Después de que este reparador ha sido cubierto de ultrajes, después de que ha sido disfrazado con todos los signos del escarnio, después de que Pilatos lo ha presentado al pueblo en este estado de humillación, diciendo: Aquí tenéis al hombre, como para recordarnos el despojo ignominioso de todo nuestro poder y de toda nuestra gloria a donde nos ha llevado el crimen primitivo, después, repito, de que se hayan cumplido todos estos trámites preliminares, el reparador es entregado a las manos de sus enemigos, para que lo crucifiquen e inmediatamente lo lleven al suplicio, con dos ladrones que han de ser crucificados al mismo tiempo.

Hombre nuevo, ¿por qué marcha el reparador así al suplicio, entre dos ladrones, si no es para demostrar que no venía más que a romper la iniquidad? ¿Pero cuál es esta iniquidad que tiene que romper? Eres tú mismo o el alma del hombre lo que te ha transformado en mentira y en abominación, porque hoy debe pasar por ti para ir a atacar al enemigo, lo mismo que en otro tiempo habría pasado por ti para ir a llevarle ayudas y luces. La ley no ha cambiado, aunque el objeto de la ley ya no sea el mismo. ¡Y tú, desdichado mortal, tú, a quien el reparador no tiene miedo a atravesar aunque no seas más que iniquidad, tendrás miedo a atravesar con él las iniquidades que te rodean, esas iniquidades que no puedes romper ni disolver sin él, esas iniquidades que él viene a disolver de acuerdo contigo, pidiéndote solamente que le dejes entrar en ti bajo la figura de un criminal y caminar al suplicio contigo!

No, imitemos al Cirineo que le ayuda a llevar la cruz, para que su carga sea menos pesada para él. Abrámosle en nosotros un camino ancho y espacioso, dejemos que camine a su gusto en medio de todos los ladrones que hay en nosotros y besemos con una santa y trémula desolación cada paso que quiera dar en nosotros, hasta nuestro calvario, para que por él y con él podamos romper y disolver todas las iniquidades que nos rodean y convertirnos después en modelos de su gloria y de su luz, después de haber sido de un modo tan vergonzoso instrumentos de sus humillaciones y de sus sufrimientos.

Hombre nuevo, si hay en ti un pueblo que te acusa y te condena, también habrá en ti quienes se compadecerán de tu suerte y llorarán al ver que te tratan como a un malvado; pero tú te volverás hacia este pueblo y le dirás: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos, pues se acerca el tiempo en que se dirá: dichosas las estériles y las entrañas que no han dado hijos y los senos que no los han alimentado. Entonces empezarán a decir a las montañas caed sobre nosotros, y a las colinas, cubridnos, porque, si se trata así a la leña verde, ¿qué se hará con la seca?»

Camina por los pasos del reparador en tu resignación y en tu confianza, hasta subir a tu Calvario. Deja que te crucifiquen entre los ladrones que hay

en ti. Si tu ejemplo y tu dulzura no los convierten a todos, es posible que haya por lo menos uno que se conmueva al verte tan maltratado, a pesar de tu inocencia y al ver que pides por tus verdugos. Es posible que vuelva entonces sobre sí mismo y merezca entrar hoy mismo contigo en el paraíso preparatorio.

Te llenarás, pues, del espíritu de la inteligencia, para penetrar en la obra y el sacrificio del reparador y para aplicarlo después a tu sacrificio particular. Verás por qué había un jardín en el que fue crucificado este reparador (Juan 19: 41), porque ya has comprendido por qué fue detenido en un jardín, lo mismo que fue en un jardín donde el primer hombre se hizo culpable.

Verás por qué cogieron sus vestiduras e hicieron con ellas cuatro partes los soldados que lo crucificaron; pero no quisieron su túnica, porque la túnica del primer hombre no debería haberse dividido nunca y habría podido difundir el resplandor de su luz celestial por las cuatro regiones del universo.

Verás por qué se encuentran las tres Marías al pie de la cruz durante su suplicio, como representando a los tres principios elementales primeros, de los que el espíritu del hombre que se regenera se cree que está separado para entrar en la región del espíritu, la única que le es natural, ya que, si no la hubiese abandonado en otro tiempo, no habría nacido jamás de mujer.

Verás porqué los príncipes de los sacerdotes, los senadores, los soldados y todo el pueblo que pasaba por allí lo llenan de desprecios, diciéndole que, si era el elegido de Dios, enviado para salvar a los demás, se salvase a sí mismo y, si quería que creyesen en él, no tenía que hacer nada más que bajar de la cruz. Ellos no saben que no dispone nada más que de este medio cruel para realizar la obra de nuestra liberación, porque nosotros hemos dejado crucificar por la sangre y la materia lo que era de él y lo que había salido de él y porque si el reparador bajase de la cruz, no se cumpliría la obra espiritual, aunque los ojos corporales de la multitud asegurasen que se habían convencido con este prodigio.

No escucharás, por tanto, esa voz engañosa que querría detenerte en tu obra y hacer que bajases de tu cruz y te animarás con un celo ardiente que no conocerá ningún obstáculo y que no se permitirá ningún descanso, mientras no se cumpla tu obra y tus ojos espirituales no se queden atónitos ante prodigios cien veces mayores que los que podría ofrecer la materia. Con esto desconcertarás por completo los proyectos del enemigo de toda verdad, que no pretende más que detener el progreso de las verdaderas medidas, para hacer que prosperen las falsas.

¿Cómo podría hacer que avanzase su obra cuando ataca al diamante vivo, pues, creyendo que actúa en su propio beneficio, lo hace casi siempre en contra? Ha incitado a los judíos para que den muerte al reparador y esta muerte es la que debía matarlo. Ha incitado a los judíos a pedir que la sangre de este reparador cayese sobre su cabeza, porque esperaba perderlos con esta imprecación, y es esta sangre la que debía salvarlos. Al fracasar en estas dos empresas, pretende que lo tienten a él, pidiéndole que se salvase a sí mismo para convencerlos y, por el contrario, es este sacrificio que ha hecho de sí mismo lo que debe llevarlos a la convicción.

Hombre nuevo, estudiarás todas estas sabidurías y verás dónde está la fuente y el foco de la inteligencia.

Sabrás por qué la inscripción que se puso encima de la cabeza del reparador decía Jesús de Nazaret, rey de los judíos, y por qué estos mismos judíos pedían que se pusiese que se decía rey de los judíos porque se habrían escandalizado de la apariencia de su crimen si hubiese quedado el nombre positivo, mientras que no hubiese ocurrido lo mismo si la víctima apareciese como un criminal.

Descubrirás también destellos de luz en esta triple inscripción en hebreo, griego y latín, porque tiene bastante relación con el camino que ha querido seguir la verdad en la tierra. No en vano, estas tres lenguas eran conocidas y resultaban familiares en Jerusalén y no se hubiese escrito esta inscripción en las tres lenguas con la única finalidad de que las comprendiesen las tres naciones que las hablaban, si no hubiese tenido la sabiduría proyectos secretos para estas naciones, pues había también en Jerusalén otras naciones y otras lenguas, y estos proyectos secretos de la sabiduría se han explicado en parte a los ojos de los hombres menos perspicaces, cuando han podido ver la expulsión de los judíos y la llamada de los griegos y los romanos, imagen nueva de esta unidad que se sacrifica continuamente para la destrucción de la iniquidad y para la liberación de los desdichados que tienen su morada en las tinieblas. Pero, dejando esta investigación particular para la historia espiritual de los pueblos, en la que deben encontrarse también inmensos tesoros de inteligencia y de verdad, seguirás tus observaciones sobre el sacrificio del reparador.

Verás por qué dijo Tengo sed, palabras que guardaban menos relación con la sed material que podía sentir su cuerpo que con la sed de justicia, de fuerza y de luz, de las que, como hombre, tenía necesidad. Esta sed no te extrañará, porque, si te imaginas en todo momento en qué estado de miseria debió encontrarse el hombre después de abandonar la fuente eterna de la vida, no es raro que se haga sentir esta misma sensación de miseria en el que venía a ocupar el lugar del hombre para hacer lo que el hombre no habría podido hacer por sí solo.

Si no te desvías de la contemplación de estos principios, comprenderás por qué se le da a beber vinagre, porque, al margen de que los intérpretes digan que era costumbre dar a los criminales una poción amarga, verás que el hombre no podía encontrar otra después de separarse de la fuente eterna de las aguas vivas y puras y que el reparador, sufriendo corporalmente una ley tan rigurosa, daba al mismo tiempo una instrucción profunda al pensamiento y trazaba el camino al espíritu de los que quieren caminar por los caminos de la regeneración.

Ahí tenemos también la última prueba que termina la obra Visible de este reparador y parece que es gustar esa amargura espiritual, como hemos visto al principio de este escrito, que consiste realmente en el sacrificio, y todo el precio de la expiación, puesto que el reparador, después de haber tomado el vinagre que le ofrecieron en una esponja puesta en la punta de una caña, dijo: Todo se ha cumplido. Y bajando la cabeza, entregó el espíritu.

67

Hombre nuevo, hombre nuevo, aplícate rápidamente estos modelos que acabas de ver. La muerte corporal del reparador debía ser voluntaria, para devolver a tu espíritu la fuerza de morir voluntariamente a su vez, y te ofrece una obra mayor que la de tu propia muerte corporal. También había dicho: Haréis obras mayores que las mías.

Los primeros prevaricadores hicieron morir a la muerte al primer hombre enviado para regenerarlos; le hicieron morir a la muerte porque, al no ser materia, no podía morir de otra forma. Los judíos han dado muerte al reparador que venía a salvarlos; pero no le han hecho morir a la muerte, porque estaba por encima del pecado; pero tú, hombre nuevo, a quien el reparador acaba de conceder el poder sacerdotal para inmolar la víctima, no pierdas un instante para ejercer tu ministerio. Ves que los primeros prevaricadores han hecho morir a la muerte al primer hombre enviado para regenerarlos. Es preciso, por tanto, que tú mueras a la muerte por segunda vez, si quieres pagar el tributo de la justicia y si quieres entrar en la vida de tu espíritu, sin esperar ni siquiera la muerte de tu cuerpo, que debe estar en verdad siempre preparada y resignada por tu parte; pero no debe ser voluntaria, pues la del cuerpo del reparador lo ha sido y no es tu cuerpo el que ha pecado.

Por tanto, se deben consagrar al holocausto y a la muerte de tu espíritu todos tus esfuerzos y se deben dedicar en todo momento todas tus inteligencias y todas tus fuerzas a la realización de esta gran obra, ya que, si no mueras a la muerte en tu espíritu antes de la muerte de tu cuerpo, debes temer que, después de la muerte de tu cuerpo, tu espíritu ya no pueda vivir más que de la muerte, en vez de vivir de la vida. Es preciso, por

consiguiente, que, después de haber sido el juguete del pueblo ignorante que hay en ti, después de haber sido llevado al suplicio en medio de dos ladrones y de la iniquidad a la que te has acercado otras veces y, finalmente, después de haber sido clavado en la cruz y haber tomado el vinagre que se te ofrece, digas, como el reparador: Todo está consumado y, bajando la cabeza, entregues el espíritu, igual que él.

Tus verdugos no quebrantarán tus huesos, lo mismo que no quebrantaron los del reparador, ni dividirán tu túnica, porque tú mismo eres el sentido y el

espíritu, cuyo ejemplo y cuya letra eran todas estas cosas; pero atravesarán tu costado, igual que atravesaron el de su cuerpo, para que se derrame tu sangre espiritual y devuelvas a Dios lo que habías tomado de Dios, lo mismo que el reparador devolvió a la tierra la sangre material que había recibido de la tierra. Pero, lo mismo que la sangre del reparador, dada su pureza, ha rectificado todas las fuerzas de los elementos universales, así también tu sangre espiritual, al derramarse, debe fluir por toda tu persona y por todas tus fuerzas, para darles su primera virtud y su primer carácter.

Ése es el cordero sin mancha que se ha inmolado en ti desde el principio de tu mundo particular, lo mismo que el cordero divino se ha inmolado desde el principio del mundo general, para la redención de la universalidad de los seres humanos. Ese es el cordero que se ha engendrado en ti por el espíritu, lo mismo que el reparador fue engendrado por Dios. Finalmente, ése es el cordero cuya crucifixión te es tan necesaria e indispensable para llevar a cabo tu renacimiento particular, como podía ser la crucifixión corporal del reparador para llevar a cabo el renacimiento de toda la familia humana.

Pero, sin esta crucifixión del reparador, la familia humana no hubiese podido entrar jamás en los senderos que debían llevarla a la vida y, sin tu crucifixión particular, hasta la del reparador resulta inútil para tu curación espiritual, como sería para la curación de tus heridas corporales un bálsamo que te ofreciesen y no quisieses utilizar.

En la ley antigua estaba permitido retirarse del combate para dedicarse a sus ocupaciones, porque todavía era solamente el tiempo de los dones parciales; los oficiales debían gritar a la cabeza del ejército (Deuter. 20: 5):

« ¿Hay alguien que haya construido una casa nueva y no la haya ocupado todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y sea otro el primero que ocupa la casa. ¿Hay alguien que haya plantado una viña que no esté todavía en condiciones de que se tome cualquiera la libertad de comer de ella? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y haga otro lo que tiene que hacer él. ¿Hay alguien que se haya prometido a una muchacha y no la haya desposado

todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y sea otro quien la desposa. ¿Hay alguien que sea tímido y tenga su corazón lleno de miedo? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no contagie el miedo al corazón de sus hermanos, ya que él está aterrorizado y acobardado».

En la ley nueva, ningún hombre está dispensado de formar parte del ejército, porque cada uno debe combatir por su propia cuenta. Las victorias de uno no tienen nada que ver con las victorias de otro y, si alguno se retira del combate, bien sea por debilidad o por cualquier interés que lo atraiga a otro sitio, como no ha participado de los peligros y los trabajos, no participará tampoco de las recompensas, ya que, al tener que pertenecer a todos el don general que el reparador ha venido a traer a la tierra, estamos todos obligados al mismo trabajo, pues ya ha pasado el tiempo de las subdivisiones y podemos renacer, vivir y actuar en la unidad.

Además, los que no hayan consumado la obra de su crucifixión no serán admitidos al festín del cordero y no degustarán este nuevo jugo de la viña que está preparado para el reparador y para todos los que hayan hecho morir su espíritu en su nombre y lo hayan hecho enterrar en este sepulcro nuevo en el que no se había puesto a nadie antes que a él, porque él era el único que podría entrar el primero hasta las sombrías moradas de la muerte, para que, después de haber disipado sus tinieblas y su corrupción, no encontrasen los que quisiesen después morir en él y enterrarse nada más que la luz, la pureza y la vida.

Hombre nuevo, si, siguiendo el ejemplo de este reparador, caminas así hacia tu sacrificio y tienes la satisfacción de consumarlo, verás que se producen en ti los mismos prodigios que aparecieron en el momento en que él sufrió la muerte corporal. Se oscurecerá el sol de tu materia, porque este sol sólo produce en ti la muerte de la vida y este espíritu que nace en ti debe producir la muerte de la muerte.

El velo del templo se rasgará en dos de arriba a abajo, porque ese velo es la imagen de la iniquidad que separa tu alma de la luz en la que has tenido tu origen y, como, al dividirse en dos partes, deja a tus ojos un acceso libre para esta luz que antes te era inaccesible, tienes una clara indicación de que era la unión de estas dos partes lo que había formado tu prisión y te retenía en las tinieblas, nueva imagen de esta iniquidad que el reparador no ha temido atravesar, apareciendo en el Calvario entre dos ladrones, para darte fuerza y los medios necesarios para romper en ti también esta iniquidad.

Temblará la tierra, porque la sangre del cordero particular que se ha degollado en ti desde el principio de tu mundo individual va a penetrar hasta las raíces y los cimientos de todo tu edificio espiritual y, como esta sangre es

pura por estar engendrada por el espíritu, no podrá caer sobre estas raíces y sobre estos cimientos, que son impuros, sin producirles una fermentación violenta y un choque que tendrá repercusión en todo tu ser.

Se quebrarán las piedras, porque, al condensarse y coagularse en ti el crimen, la sangre del espíritu, que es mucho más poderosa que el crimen, disolverá con su proximidad todas estas sustancias petrificadas y las romperá, para que, después de haber derribado en ti el templo de Baal, pueda conseguir un recorrido libre por todo tu ser.

Se abrirán los sepulcros y resucitarán muchos cuerpos de los santos que están dormidos y, saliendo de sus tumbas después de su resurrección, vendrán a la ciudad santa y los verán muchas personas. Sentirás que renacen en ti tus sustancias espirituales y salen de sus tumbas, donde te parecía que estaban enterradas en el sueño de la muerte; recuperarán su actividad y vendrán a reunirse con la acción de tu espíritu, para sacar de ella continuamente nuevas fuerzas y nueva vida. Vendrán a pasear por las calles de esta Jerusalén santa, que se ha construido en ti desde el principio, pero tenía todas sus avenidas cerradas por la iniquidad y sólo podían quedar libres por el poder del que acaba de expirar en ti y que no ha podido expirar sin producir en ti una explosión universal.

Todas las demás sustancias que sean testigos de tu sacrificio estarán asombradas y, lo mismo que el centurión y los que estaban con él para guardar el cuerpo del reparador, dirán: Este hombre era verdaderamente el hijo de Dios. Pues, después de ver el temblor de tierra y todo lo que ocurra en ti, serán presa del pánico. No hay una parte de ti mismo que no deba sentir ese pánico a la vista de los prodigios que se producirán en tu suplicio y que no deba decir: Este hombre era verdaderamente el hijo de Dios, porque, tras la prevaricación, no ha habido ni una porción de ti mismo que no haya tenido una orgullosa seguridad y que no se haya negado a reconocer a Dios como tu padre.

68

Pedro nos dice (Epístola 1,3:19): «que, habiendo resucitado el reparador por el espíritu, fue a predicar a los espíritus que estaban retenidos en prisión, que en otras ocasiones habían sido incrédulos, cuando en tiempos de Noé contaban con la paciencia y la bondad de Dios...» Como el hombre nuevo debe ser para sí mismo un reparador particular, a imitación del que ha venido a marcarle el camino y ha actuado para la universalidad, es preciso, por tanto, que este hombre nuevo, después de haber consumado el sacrificio, descienda hasta los abismos profundos para celebrar un juicio terrible contra todos los prevaricadores que hay en él que han sido incrédulos y no se han mantenido fieles a la verdad. Este juicio no será el momento más difícil de su obra, porque, ¿cuál es la esponja que no hay que

presionar, porque está empapada con las aguas corrompidas? ¿Sería, sin esto, la naturaleza, la esponja del pecado? ¿Sería el hombre la esponja de la naturaleza? ¿Sería el reparador la esponja del hombre?

Además, se supone que este hombre, que, por los poderes de la reparación universal, se ha convertido en su propio reparador, ha tomado en sí y sobre sí las iniquidades de todo su ser y, si desciende al fondo de sí mismo, será para hacer toda una separación entre él y las substancias suyas propias que no estén purificadas de sus iniquidades.

Veamos, pues, a este juez terrible descender a sus propios abismos, veámoslo preguntando sucesivamente a todas las facultades que lo constituyen, condenando a una exclusión absoluta a las que sean refractarias a su palabra y no quieran aprovechar las gracias que él les ofrece. Veámoslo imprimiendo en estas facultades refractarias la impronta del espanto y del terror, como si estuviese armado con todos los poderes de la venganza; veámoslo condenando a aplazamientos y nuevas pruebas a las que, sin ser incrédulas, hayan vacilado y hayan retrasado su renovación en el espíritu; veámoslo ejerciendo él mismo todos sus juicios, agrupando a su alrededor todas las iniquidades y todas las prevaricaciones que ha cometido el hombre viejo y pronunciando sobre cada una de ellas una sentencia severa y rigurosa, sin poder permitirse tener con ellas la más ligera indulgencia, sin la cual no cumpliría su misión y merecería «ser tratado él mismo como un servidor infiel.

Pero ése es el momento de realizar en todas las regiones de su esencia la renovación que ya ha tenido lugar en él mismo y que debía empezar a partir de su corazón o de su propio centro, para extenderse a continuación a las extremidades más alejadas, lo mismo que la reparación universal ha salido del corazón de Dios para extenderse después por todas las naciones. ¿Para qué iba a quedarse el reparador universal tres días en la tumba, si no fuese para purificar y examinar con todo rigor las tres regiones que componen todo el universo visible e invisible?

El hombre nuevo seguirá igualmente ignorado por los suyos durante algún tiempo y, mientras crean que se ha separado de ellos para siempre, estará dedicado a revivificar y examinar todo lo que haya de impuro e irregular en las substancias de su propio ternario y no dejará de situarse entre ellas, hasta que haya hecho que pasen todas por la corrupción de la tumba. Si él mismo ha sufrido la muerte para llevar a cabo su propia regeneración, ¿cómo podría todo lo que hay en él recuperar la vida sin seguir la misma ley y sin pasar por el horror de la muerte y de la putrefacción que le sigue? Si todo ha sido culpable en él, ¿cómo no iba a estar todo sometido al juicio y a la condena?

Pero se comportará con ellas como se ha comportado el espíritu con él y como se comportó el reparador con los espíritus retenidos en prisión, a los

que el reparador fue a predicar (1 Pedro, 3: 19). Los comprometerá, como lo comprometieron a él mismo, a inmolarsse voluntariamente y a reconocer al mismo tiempo la justicia y la necesidad de su sacrificio, para que todo su ser entrase libremente en el camino de su juicio y de su regeneración, ya que todo su ser entró libremente en otra ocasión en el camino de la injusticia, de la iniquidad y de las tinieblas.

Reanimándolas así con el calor de su propio fuego, no hará más que repetir lo que el reparador universal ha hecho con él y lo que hace continuamente con toda la especie humana, a quien no deja de enviar rayos de su fuego Divino para que se decidan a su sacrificio, porque este reparador no sólo ha permanecido tres días en la tumba, no sólo se ha quedado cuarenta días en la tierra después de su resurrección, sino que además tiene que quedarse en el mundo hasta la consumación de los siglos.

¿Pero qué otro objeto pueden tener estas diversas estaciones, si no es el de restituir hasta los últimos restos de las tribus dispersas de Israel, haciendo que nazca en ellas el deseo de entrar libremente en el camino de su liberación, de precipitarse con valentía en el Mar Rojo y atravesar con dolores todos los desiertos que les quedan por recorrer, para volver del lugar de su esclavitud y de su servidumbre a la tierra prometida, a la Jerusalén santa, que no podrán ocupar nunca si no se lanzan con ardor y resignación a estos viajes penosos y a estas empresas peligrosas, pues, si la naturaleza es la esponja del pecado, si el hombre es la esponja de la naturaleza, si el reparador es la esponja del hombre, Dios es el único que es el lugar de reposo de todos los seres y es a esta Jerusalén a la que están convocadas todas las tribus de Israel, tanto en el orden universal de la especie humana como en el orden material de los individuos.

En todas las estaciones y en todos los descansos del reparador universal, bien sea durante los tres días que permaneció en la tumba, durante los cuarenta que se quedó después en la tierra o durante el tiempo que ha de transcurrir hasta la consumación de los siglos, que él ha prometido pasar en el mundo, ha caminado con medidas fijas y números exactos, porque él mismo era el arquetipo de todas las regularidades y no ha tenido más finalidad que la de restablecer el peso, el número y la medida en todas las clases donde nosotros los habíamos alterado y como roto.

El hombre nuevo, a su imagen, va a tratar de restablecer también la equidad y las proporciones en todas las regiones de su ser; pero, como no es más que la imagen del reparador y como además las mezclas tan diversas de que estaba compuesto antes de su regeneración debían introducir mil variedades en su obra, en los frutos de su obra y en los tiempos de su obra, nadie puede indicar el número, el peso ni la medida que le serán prescritos, bien sea durante el tiempo que esté en la tumba, durante el que esté en la tierra después de resucitar o durante el que se quede hasta la consumación

de los siglos, teniendo que cumplir unas proporciones particulares cada individuo que se regenera.

Para ti, hombre vulgar, todas tus medidas son todavía inciertas, ya que todas están rotas y tú las rompes aún más cada día.

Sólo te dedicas a rechazar continuamente este peso, este número y esta medida que te persiguen y a convertirte en el juguete diario de las fuerzas irregulares que huyen, como tú, de la regularidad y del camino de regreso e imprimen continuamente en ti el peso injusto, el número falso y la medida inexacta que se han convertido en su único elemento. Además, ¿quién podrá calcular alguna vez tu retorno hacia la luz y la duración de las pruebas que tendrías que soportar si tuvieses el deseo de volver a la regularidad?

Y tú, naturaleza, estás más lejos todavía. Tienes algo más que tu peso, ya que eres la esponja del pecado; tienes menos que tu medida, porque tus fuerzas están alteradas por el crimen y tu duración ha sido reducida por la misericordia. ¿Cómo podríamos encontrar tu número justo, en cuanto a tus purificaciones futuras, si ese número sólo se puede descubrir pasando por tu medida y por tu peso?

Hombre nuevo, hombre nuevo, éstos son los dolores que vas a sentir en la tumba durante el tiempo más o menos largo que permanezcas en ella; pero, como has puesto el pie en el camino, sabrás a quién deberás pedir ayuda para mantenerte y podrás esperar todos los consuelos y todas las evoluciones del que te ha dado el ejemplo en sí mismo y el medio de entrar en la tumba del espíritu. Sí, Divino reparador, tú eres el único que has conservado en su corrección todos estos elementos de la regularidad y de la perfección. Además, sólo en ti y por ti podemos ser instruidos en la marcha de los seres y de sus diferentes leyes progresivas para volver a la luz.

69

Cuando el hombre nuevo haya pronunciado así la sentencia a lo profundo de sus propios abismos, haya condenado a ser exterminados ante él a todos los que se hayan hecho enemigos de su palabra y de su nombre y haya dado la libertad a los que la hayan deseado, entrará en la región de su ser aparente y en ella se manifestará a los partidarios suyos que estén todavía en esta región, para convencerlos de que está vivo y ha resucitado porque ha estado muerto. Los convencerá, al mismo tiempo, de las beneficios que ha conseguido con esta muerte y con esta resurrección.

¡Hasta qué punto se encuentra el hombre regenerado o el hombre nuevo por encima del hombre que sigue todavía enterrado en las ilusiones de los elementos, porque su cuerpo ha adquirido una agilidad extraordinaria y superior a todo lo que puede manifestar la ley de los elementos!

Efectivamente, está animado por la vida del espíritu y esta vida del espíritu no puede animarlo sin prolongar sus reflejos y sus rayos hasta su ser aparente, para ofrecerle, al menos, algunos indicios de esta actividad primitiva, de la que hubiésemos disfrutado si no nos lo hubiese impedido el crimen.

Al mismo tiempo, la inteligencia no debe asombrarse al ver al hombre nuevo recuperar todos los derechos de este ser aparente que habían parecido cómo anulados durante el suplicio, las pruebas y la muerte de este hombre nuevo. La inteligencia, en mi opinión, no debe extrañarse de ver al hombre nuevo que pasa una vez más a su ser aparente, después de dar la impresión de que ha desaparecido, porque, cuando ha parecido que estaba separado de este ser aparente, sólo ha sido para descender aún más por debajo de esta apariencia, con el fin de ir a ejercer el juicio en los abismos; pero, como su residencia y su morada no están en estos abismos y como ha nacido de arriba y necesita volver al reino de su padre, no puede volver a este reino de su padre sin pasar de nuevo por este ser aparente, por debajo del cual había bajado durante algún tiempo.

Pero, al pasar de nuevo por este ser aparente, hará como el reparador que Dios resucitó al tercer día: se presentará vivo, no a todo su pueblo (Hechos 10: 41), sino a los testigos elegidos antes del tiempo de su misión particular, para que los testigos puedan predicar y dar después testimonio ante todo el pueblo de que es este hombre nuevo el que ha sido establecido por el espíritu, para ser en su reino individual el juez de vivos y muertos. No se manifestará a todo el pueblo, que está en él, porque todo el pueblo que está en él no se encuentra en condiciones de contemplar su gloria y sacar provecho de sus tesoros.

Éste era uno de los principales sentidos de la ley levítica por la cual los judíos vivían separados de las naciones y por la cual tenían prohibido admitir a las naciones entre ellos, a menos que éstas se sometiesen a todas las ordenanzas ceremoniales de su alianza; pero, como ellos también han violado las leyes y las ordenanzas que los habían convertido en la luz de las naciones, como se han hecho ver imprudentemente por las naciones extranjeras y las han admitido en su culto, despreciando su ley que se oponía a ello, han sido despojados de su herencia y se han visto obligados a solicitar la alianza de las naciones extranjeras y a abjurar de su propia ley, para ser tolerados entre las naciones.

Pero, si los judíos, el pueblo de la antigua alianza y de la ley materialmente figurativa, debían vivir separados de las naciones, ¿cuánto más alejado todavía debe vivir el hombre de la nueva ley? ¿Pueden entenderlo y comprenderlo las naciones? ¿Pueden ser admitidas las naciones a su sublime alianza, antes de haber concebido las leyes y las ordenanzas y antes de haberlas cumplido? ¡Mundo, mundo! Sí, hay verdades grandiosas,

dulces, consoladoras y capaces de disipar todas tus tinieblas y tus problemas; pero todavía no ha llegado el momento de que sean ciertas para ti y, si un hombre de la nueva ley se apresurase a abrirte los tesoros de tu alianza, caería pronto en desgracia como los judíos y estaría condenado, como ellos, a recurrir a la ayuda y la caridad de las naciones.

Sin embargo, tú sientes esas verdades cuando se acercan a ti y, si no eres culpable y ellas no te rechazan por culpa de tus crímenes, te reaniman, sin que te des cuenta por tu ignorancia y tus tinieblas. Caminas junto a ellas y con ellas, como los discípulos de Emaús caminaban y conversaban con el reparador sin conocerlo y sin saber que era el mismo a quien buscaban y, solamente cuando llega el momento y se abren tus facultades por el poder del espíritu, te das cuenta de tu ilusión y te dices como los discípulos de Emaús: ¿No estaba ardiendo nuestro corazón, cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las escrituras? Pero esta hora no te llegará nunca, mientras sigas manteniéndote en las tinieblas, porque es preciso que salgas de tu propia ilusión para que esta misma luz no te parezca una ilusión.

Sólo en la medida en que las almas van separándose de su propia región aparente, van concibiendo por completo el reino del Señor y oyen su palabra.

Sólo por cada una de las grietas de nuestro corazón podemos recibir algunos rayos del nombre vivificador y podemos conseguir testimonios de su gloria y de su poder, lo mismo que solamente con la fracción del pan fue reconocido el reparador por los mismos discípulos con los que había venido conversando por el camino.

El hombre nuevo, que sabe que el mundo no puede conocerlo, lejos de mostrarse al mundo después de la resurrección, sólo se manifestará en principio a los dos precursores que lo han asistido en su glorificación. No dejarán de unirse a su obra, durante su resurrección y después de ella, para instruir al alma simple y amorosa que estará consternada, esperando su venida, y que, aterrorizada, tendrá los ojos bajos mirando al suelo, «porque estos dos precursores se le aparecerán de repente, con vestiduras brillantes». Estos precursores dirán a este amigo: « ¿Por qué buscáis entre los muertos a quien está vivo? No está aquí, sino que ha resucitado. Recordad cómo hablaba cuando todavía estaba en Galilea y decía: es preciso que el hijo del hombre sea entregado a las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día».

Cuando este alma simple y amorosa haya sido preparada así, por la influencia y las palabras de los precursores, el hombre nuevo se manifestará personalmente a ella y, llamándola por su nombre, le comunicará bastante de su propia luz, para que ella lo reconozca y le diga: Rabboni, maestro. Este alma simple es la que, con sus compañeros, irá a anunciar a los discípulos a

resurrección de este hombre nuevo y los preparará, a su vez, para soportar el aspecto de su gloria y las maravillas de su poder, porque, después de resucitar del espíritu, su acción se ha dilatado y ha adquirido la facultad de no manifestarse nada más que mediante prodigios.

Pero este hombre nuevo, este hijo del espíritu y de la sabiduría eterna, este hijo Divino que el alma humana tiene la facultad de engendrar y por cuyo nacimiento debe salvarse, como aquellas mujeres que, según dice Pablo a Timoteo, se salvarán por los hijos que traerán al mundo, este hombre nuevo, repito, procurará reinar sobre el alma humana más por su amor que por prodigios.

Y le dirá con ternura: ¿Me amas? y ella responderá: sí, Señor, sabes que te amo. El hombre nuevo le dirá: apacienta mis corderos. Le preguntará de nuevo: ¿Me amas? y ella responderá: sí, Señor, sabes que te amo. Él le dirá: apacienta mis corderos. Le preguntará por tercera vez: ¿Me amas? El alma se sentirá preocupada al preguntarle por tercera vez ¿me amas? y dirá: Señor, tú lo sabes todo y sabes que te amo. Él le dirá: apacienta mis corderos.

Alma humana, no te aflijas si el hombre nuevo te presiona así para que le declares tu amor. Lo único que pretende es que te unas a él por este amor, lo mismo que él está unido por este mismo amor al espíritu, cuyo hijo es. Si repite esta pregunta tierna y conmovedora es porque, antes de su sacrificio, tú le has dado motivo para sospechar de tu amor por él y la repite tres veces, porque son tres veces las que tú lo has negado cuando estaba en manos de sus adversarios y tenías miedo a compartir con él las pruebas y los peligros.

Si has hecho como el primer hombre que, en vez de unirse de forma invariable a su jefe supremo, se ha sometido al yugo de las tres acciones elementales, y si el poder de estas tres acciones inferiores se ha hecho sentir en ti, en los tres ataques que se te han inferido, ¿no es justo que manifiestes tres veces la fidelidad al que te ha amado siempre y se ha inmolado con el único fin de devolvarte la vida?

Después de esto, no te olvides de observar qué prueba te pide de tu amor hacia él. Se trata de apacienta sus corderos; de mantener, en todas las facultades y en las regiones que hay en tu dependencia particular, el orden, la medida y la armonía que va a sacar él de ahora en adelante de la fuente viva, para transmitirte los a ti y a todos los tuyos; de comprometerlos para que sigan su ejemplo y se inmolen a su vez, lo mismo que él se inmoló siguiendo el ejemplo del reparador, si quieren recuperar la vida y ver que nace en ellos la unidad universal.

Alma humana, tú reparador particular, o el hombre nuevo, te ha abierto el espíritu para que comprendas la realización de lo que se ha dicho en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Cuando el reparador universal decía es de mí de quien han profetizado, no hablaba sólo de sí mismo y daba a entender con estas palabras que habían profetizado de todas las almas de deseo, de todos los que quieren hacerse hombres nuevos, pues él se ha llamado tu hermano y el hermano de todos los elegidos.

Al abrirte el espíritu sobre tu destino, te enseña que tienes que predicar todos los días en ti misma, en su nombre, la penitencia y la remisión de los pecados en todas las naciones, empezando por Jerusalén. Es decir, empezando por esta piedra angular que hay en ti, de donde deben brotar las fuentes vivas capaces de saciar a todos los pueblos.

Este hijo nuevo que te ha nacido va a seguir su curso. Ha descendido a tus abismos, ha vuelto a manifestarse en su ser aparente y ahora ha llegado el momento de que suba con su padre, para enviarte el don que se te ha prometido, por medio del cual podrás instruir a todos los pueblos que hay en ti y bautizarlos en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo y enseñarles a observar todas las cosas que se te han ordenado. Por eso es por lo que no saldrás de tu propia Jerusalén, si no estás revestida de la fuerza de arriba y no ha venido el consolador a llenarte de la fuerza Divina, lo mismo que has podido llenarte de la fuerza espiritual con todas las operaciones precedentes, para que estés segura de que este hijo que te ha nacido y se ha inmolado por ti, estará siempre contigo hasta la consumación de los siglos.

No puedes dudar, en efecto, que estará contigo hasta la consumación de los siglos, ya que, sin salir de ti, realiza todas sus obras y observa en todo su transcurso las diferentes épocas, a imitación del reparador universal que, a pesar de la diversidad de sus operaciones, no se ha separado nunca del que lo ha engendrado y lo engendrará eternamente. Por tanto, si este hombre nuevo encuentra en ti a su madre, sus hijos, sus hermanos y su padre, va a remontarse, sin salir de ti, hacia este mismo padre, del que deben proceder todos los consuelos, que la fuente eterna que te ha engendrado sólo trata de verter sobre ti, tomándolo a él como intermediario.

Bajo este punto de vista, debes considerarte como una universalidad, tal como él te lo ha anunciado en muchos pasajes de este escrito, ya que encuentras en ti el mundo Divino, el mundo espiritual y el mundo natural y por ello eres la imagen del que ha producido todo y es todo. Pero eres la imagen del que ha producido todo y es todo, solamente si moras en él y él da forma a todas tus facultades y a todas tus substancias, pues, ¿cómo podrías ser una universalidad parcial, si no fueses continuamente conocida, engendrada y alimentada por la gran universalidad?

No dudes en creer que ése es el objetivo que tiene contigo esta gran universalidad y que todos sus planes y todas sus obras sólo tienden a dar a tu existencia el carácter de su grandeza y de su inmensidad.

Juzga por las comparaciones que puedes hacer entre tu ser y todas las amplias fuerzas que te rodean y que dominan por encima de ti. Contempla el inmenso alcance del universo en comparación con tu débil forma. Contempla la inmensidad del espacio y del tiempo, en comparación con todos estos seres parciales que no tienen más que una fracción tan pequeña de su duración, y reconoce que todos los esfuerzos del poder supremo sólo pretenden agrandar tu ser, por la reflexión que estas relaciones pueden hacer que nazcan en ti, y dar el curso más amplio a tu pensamiento, es decir, darle la marca de esta inmensa universalidad.

Pero, por muy débiles y despreciables que sean los mortales en apariencia, no pueden negar que es a ellos a quien se han enviado todos estos grandes presentes, pues ellos son los únicos capaces de contemplarlos y alimentar con ellos su pensamiento, mientras que todos los demás seres reciben sus ayudas, que utilizan y ponen en acción, sin llegar ni siquiera a comprenderlas.

Alma humana, si, por mediación de este hombre nuevo que ha nacido en ti, puedes elevar aún más tus ojos por encima de este mundo pasajero y corruptible, descubrirás en tu región superior una inmensidad mucho más amplia y dones infinitamente más abundantes y aprenderás entonces a crecer cada vez más con los favores del que ha producido todo y lo es todo.

Aprenderás a valorar esta semilla preciosa con la que ha formado el alma humana, a la que quiere tanto que, a pesar de sus ingratitudes, no puede separar los ojos de ella.

Verás que este Ser infinito vierte continuamente sobre nosotros, en todos sus géneros, la abundancia de sus fuerzas, de su majestad y de su infinitud, pues, por más que haga nuestra voluntad pestilente, el Eterno no deja de demostrarnos su límite y su impotencia, haciendo que nademos continuamente en su inmensidad universal. No te aflijas, pues, alma humana, si tu hombre nuevo, después de bendecirte, se ha separado de ti y se ha ido al cielo. Imita el ejemplo de los discípulos del reparador universal que, después de haberlo «visto separarse de ellos y subir al cielo, volvieron llenos de alegría a Jerusalén, donde se quedaron en el templo alabando y bendiciendo a Dios», porque estaban llenos de confianza en sus promesas.

No te extrañes tampoco de que el hombre nuevo, después de volver con su padre y quedarse allí el tiempo establecido, te dé por tus números particulares nuevas señales de su presencia y de su interés por ti, porque, «cuando se cumplan los días de pentecostés, y estén todos tus discípulos

reunidos en el mismo lugar, oirás de repente un ruido muy fuerte, como un viento violento e impetuoso que vendrá del cielo y llenará toda la casa donde estéis sentados. Al mismo tiempo, verás que aparecen como lenguas de fuego que se dividen y se detienen sobre cada uno de ellos. Inmediatamente estarán todos llenos del Espíritu Santo y empezarán a hablar diversas lenguas, según les ponga el Espíritu Santo las palabras en la boca.

En efecto, conocerás las lenguas de todas las substancias que te constituyen; comprenderás su lengua y ellas conocerán la tuya, para que coincidáis todas en manifestar cada una los dones particulares que le sean propios, para extender cada vez más el reino de vuestro Dios; no se producirá en ti ni un solo movimiento del que no tengas conocimiento y no sientas al mismo tiempo el juicio que debes hacer de él y el uso que debes darle. Si estos movimientos son falsos, entenderán tu lengua lo mismo que si fuesen verdaderos: pero sólo la entenderán para su condena, porque tu lengua se convertirá en una espada de doble filo.

Cuando se te den a conocer estos movimientos falsos, no tendrás más que pronunciar una palabra y se precipitarán a sus abismos y tendrás derecho a decir a los Safiros y los Ananias que habría en ti y tratarían de confundirte. « ¿Cómo ha tentado Satán vuestro corazón para impulsaros a mentir al espíritu santo y a perder parte de vuestro suelo? ¿No seguiría siendo vuestro, si hubieseis querido guardarlo? ...No habéis mentido a los hombres, sino a Dios; ahí tenéis a los que vienen a enterraros, que están en la puerta. Estos impostores darán el espíritu a tu palabra y serán llevados a tierra.

Pero tú tendrás también poder para verter los consuelos sobre los afligidos y sobre los enfermos, cuando tengan en su corazón una santa esperanza y una confianza viva en las fuerzas del Señor, hasta el punto de que tú misma sombra los librarás de sus enfermedades.

Cuando vayas al templo, siguiendo tu costumbre, y encuentres pobres lisiados, los mirarás para juzgar su fe y cuando, por el movimiento interior del espíritu, creas que puedes emplear tus riquezas en su favor, les dirás: No tengo oro ni plata, pero os doy todo lo que tengo. Curaos, en el nombre del reparador, y marchaos. Entonces se levantarán, se mantendrán con firmeza sobre sus pies y entrarán contigo en el templo, andando, dando saltos y alabando a Dios.

Estarás liberado de las ligaduras de la ley desde el momento en que seas admitido en el reino del espíritu y, si tu piadosa delicadeza te plantea escrúpulos sobre las ordenanzas levíticas, te responderá el espíritu lo que a San Pedro (Hechos 10: 15) No llaméis impuro a lo que Dios ha purificado.

Cuando los enemigos que hay en ti traten de cogerte y crean que te han vencido, después de haberte aprisionado en sus tinieblas para impedir que difundas la palabra de verdad en el templo, el ángel del señor abrirá, sin que ellos se den cuenta, la puerta de tu prisión y te dirá: Ve al templo y predica con ardor al pueblo todas estas palabras de esta doctrina de vida. Y tus enemigos, atónitos por no encontrarte en la prisión, temblarán de ira al ver que se difunde la palabra, a pesar de ellos.

No has de sorprenderte si, cuando hables con fe y confianza a los pueblos que hay en ti y éstos te escuchen, descende el espíritu sobre ellos, lo mismo que ha descendido sobre ti a la palabra del hombre nuevo, y con ello se hacen capaces de recibir el bautismo de tu mano, lo mismo que tú lo has recibido de la mano de tu reparador particular, por ser tú el depositario de las siete fuentes sacramentales que deben brotar de la piedra angular: porque se te ha hecho la promesa a ti y a tus hijos y a todos los que están lejos, siempre que el señor tu Dios los llame (Hechos 2: 39).

71

No basta con que el hombre nuevo haya recorrido todas las épocas temporales de la regeneración y haya pasado por todas las progresiones particulares propias de la restauración de la posteridad humana; sino que es preciso que llegue, de una manera temporal espiritual, al complemento particular de esta restauración, al menos de forma global y como iniciación a esta reintegración permanente de la que disfrutará cuando, después de haber estado representado aquí abajo su principio de una forma limitada, pueda representarlo en los cielos de una forma tan amplia como duradera.

Con independencia de este juicio particular que lo hemos visto pronunciar cuando bajó a los abismos, es preciso que pronuncie también, proféticamente, el juicio final que ha de decidir la suerte de los prevaricadores y separar a los que, en él mismo, después de escapar por la penitencia de la primera muerte, estén protegidos de la segunda, de los que sean víctimas de ambas muertes.

Veámoslo así esbozar de antemano en sí el cuadro de estos últimos tiempos, en los que será abolida la esperanza y no quedará nada más que el consuelo o la desesperación, el gozo perfecto o la privación absoluta. Veámoslo cogiendo las siete trompetas para llamar en él al juicio final a todas las naciones que están sometidas a su poder, para examinar a las «que hayan adorado a la bestia o su imagen o estén marcadas con su signo en la frente o en la mano, para beber el vino de la cólera de Dios, ese vino completamente puro preparado en el cáliz de su cólera, y estén atormentadas en el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y en presencia del cordero».

Veámoslo, por otro lado, «de pie sobre la montaña de Sión, con las ciento cuarenta y cuatro mil personas que tengan el nombre del cordero y el nombre de su padre escrito en la frente y canten el cántico nuevo delante del trono, como si hubiesen sido rescatados de la tierra, porque su voz será parecida a un ruido de mucha agua y al ruido de un trueno enorme y no hará nada más que como un solo sonido de muchos músicos que tañen sus arpas. Pero no se ha encontrado mentira en su boca, porque están puros y sin mancha ante el trono de Dios».

Veámoslo volando por su cielo, «llevando el evangelio eterno para anunciarlo a los que están en la tierra, a toda nación, a toda tribu, a toda lengua, a todo pueblo, diciendo en voz alta: Temed al Señor y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio, y adorad al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y la fuente de las aguas».

Veámoslo a continuación en el templo del tabernáculo del testimonio de las siete copas de oro llenas de la cólera de Dios, que vive por los siglos de los siglos.

Veámoslo derramando las cuatro primeras copas sobre la tierra, sobre los ríos y sobre el sol, para llevar a cabo la disolución de la región fantástica e ilusoria que lo retiene en las tinieblas y para hacer «que los hombres que tengan el signo de la bestia sean azotados por una plaga maligna y peligrosa, que el mar se convierta como la sangre de un muerto, que los ríos y las corrientes de agua se conviertan en sangre y los hombres, abrumados por un calor devorador, blasfemarán el nombre de Dios, que tiene en su poder sus heridas, negándose a hacer penitencia para darle gloria. La quinta copa se desparramará por el trono de la bestia y su reino se hará tenebroso. La sexta copa se verterá sobre el gran río Éufrates y su agua se secará para abrir el camino a los reyes que deben venir de oriente. La séptima copa se tirará al aire y se dejará oír una voz potente del templo, como desde un trono, que dirá: ya está hecho».

Entonces se producirán en el hombre nuevo «relámpagos, ruidos, truenos y un gran temblor de tierra tan grande como jamás lo ha habido desde que está el hombre sobre la tierra. La gran ciudad quedará dividida en tres partes y las ciudades de las naciones caerán, desaparecerán todas las islas y desaparecerán las montañas».

Después de todos estos terribles prodigios, el hombre nuevo «cogerá a la bestia y con ella a todos los falsos profetas y los arrojará al estanque de fuego y azufre» y saldrá del trono una voz que dirá: «Alabad a nuestro Dios, todos los que sois sus servidores y lo teméis, pequeños y grandes, porque sus juicios son verdaderos y justos y ha condenado a la gran puta, que ha corrompido la tierra con su prostitución, y ha vengado la sangre de sus servidores derramada por sus manos».

Alma humana, cuando se pronuncien estos juicios terribles y se lleven a cabo en ti, tendrás un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra habrán desaparecido y ya no habrá mar. Entonces verás «la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que, viniendo de Dios, descenderá del cielo sobre ti, dispuesta como una esposa que se prepara para el esposo, y oirás una potente voz que dirá: Ése es el tabernáculo de Dios con los hombres y él permanecerá contigo y tú serás su pueblo, y Dios, al quedarse en medio de ti, será tu Dios. Dios secará todas las lágrimas de tus ojos y ya no habrá muerte». Alma humana, si quieres conocer las proporciones de esta ciudad santa, de esta Jerusalén que descenderá a ti, dispuesta como una esposa que se prepara para su esposo, transpórtate a la montaña grande y alta que hay en ti. Verás que esta ciudad santa está iluminada por la claridad de Dios, que la luz que la ilumina es parecida a una piedra preciosa, a una piedra de jaspé transparente como el cristal.

Verás que está construida con forma cuadrada, que es igual en longitud que en anchura y que la medida de la muralla es de ciento cuarenta y cuatro codos de medida de hombre, para hacerte comprender que sobre las medidas adecuadas, a la vez ternarias, cuaternarias y septenarias, de tu esencia sagrada, se debe elevar esta ciudad eterna de la paz y de los consuelos, porque tú eres la única con quien la fuente eterna de todos los números y todas las medidas tiene relaciones muy próximas, porque ha querido hacer de ti su representante entre los pueblos y entre todas las regiones del universo visible e invisible. Reconocerás que tú misma eres el tabernáculo de Dios con todos los que habitan en ti y que por eso es por lo que quiere quedarse en ti, para que seas su pueblo y, al quedarse él en ti, sea tu Dios.

«Además, no verás ningún otro templo en esta ciudad santa y en esta celeste

Jerusalén, porque el Señor Dios todopoderoso y el cordero es su templo, y esta ciudad no tiene necesidad de estar iluminada por el sol ni por la luna, porque es la luz de Dios la que ilumina y el cordero que hay en ti es la lámpara. Las naciones caminarán al favor de esta luz y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y su honor».

Alma humana, ves que los hombres, que no están más que en un reino terrenal y material, cierran las puertas de sus fortificaciones después de hacer que salgan los enemigos y los malhechores. Los hombres del reino espiritual hacen lo mismo, para no correr el riesgo de caer víctimas de su propia negligencia, porque, si han dejado enemigos en la plaza, después de haber cerrado las puertas, ¿cuántos de estos enemigos van a devorarlos mientras duermen, sin que se den cuenta? ¿Cuántas aflicciones les descubrirá la aurora, al no abrirles los ojos nada más que para dejarlos que vean su cautividad?

Pero en este reino divino que establece en ti el hombre nuevo «no se cerrarán ya todos los días las puertas de la ciudad santa, porque no habrá noche; no habrá nada sucio ni ninguno de los que cometen abominación o mentira, sino sólo los que están inscritos en el libro de vida».

También verás en la ciudad santa un río de agua viva, clara como el cristal, que manará del trono de Dios y del cordero, porque ya no ignoras que el hombre mismo es este arroyo que sale de ese río y que, por consiguiente, debe fluir eternamente, lo mismo que el que le da el nacimiento ininterrumpidamente.

«Encontrarás también, en el centro de la plaza de la ciudad, a ambos lados del río, el árbol de la vida que tiene doce frutos y da su fruto todos los meses, y las hojas de este árbol son para curar a las naciones». Pero este árbol de vida es la luz del espíritu que acaba de encenderse en el pensamiento del hombre nuevo y que ya no podrá apagarse nunca. Este fruto que da cada mes es la palabra de ese hombre nuevo que tiene que llenar de ahora en adelante la universalidad del tiempo con todas sus sabidurías. Las hojas que deben curar a las naciones son las obras de este hombre nuevo, que esparcirán continuamente alrededor de ti la armonía y la felicidad, como tú habrías debido esparcirlas en otro tiempo, en virtud de estos tres dones sagrados que te constituyen a la vez en la imagen y el hijo del Dios de los seres.

No te concedas descanso mientras no se haya reconstruido en ti esta ciudad santa, tal como debería haber permanecido siempre, si el crimen no la hubiese derribado, y recuerda todos los días de tu vida que el santuario invisible en el que nuestro Dios se complace en ser honrado, el culto, las iluminaciones, los inciensos de los que la naturaleza y los templos exteriores nos ofrecen imágenes instructivas y beneficiosas y, finalmente, todas las maravillas de la Jerusalén celeste, pueden volver a encontrarse también hoy día en el corazón del hombre nuevo, ya que han existido en él desde el origen.

FIN